

An exciting new trilogy in the *New York Times* bestselling
universe based on the Xbox™ games

HALO

CRYPTUM

THE FORERUNNER SAGA



GREG BEAR

HUGO AND NEBULA AWARD-WINNING AUTHOR

HALO[®]

CRYPTUM

BOOK ONE OF THE FORERUNNER SAGA

GREG BEAR



A TOM DOHERTY ASSOCIATES BOOK • NEW YORK

El autor y el editor le han proporcionado a usted este libro electrónico sin el software de administración de derechos digitales (DRM) que se aplica para que usted pueda disfrutar de la lectura en sus dispositivos personales. Este libro electrónico es sólo para su uso personal. Usted no puede imprimir o publicar este libro electrónico, o poner este libro electrónico a disposición del público en cualquier forma. Usted no puede copiar, reproducir, o cargar este libro electrónico, que no sea para leer en uno de sus dispositivos personales.

La infracción de derechos de autor es contra la ley. Si usted cree que la copia de este libro electrónico que está leyendo infringe los derechos de autor, por favor notifique al editor en: us.macmillanusa.com/piracy.

**Esta obra es parte de un esfuerzo
mancomunado de apasionados por el
universo de Halo, y se distribuye
gratuitamente. Prohibida su venta.**

SOBRE EL TRADUCTOR

YA DESDE QUE leí este libro por primera vez ha pasado un tiempo, también desde que comencé con el blog y fue este libro el que hizo enamorar del universo expandido de Halo, porque en él se puede encontrar mucha de la visión que tenían los Forerunners sobre el mundo, también de su cultura, rituales, tecnología y temores...

Su sociedad se parecía demasiado a la nuestra actual, con sus secretos, misterios, divisiones, luchas de poder, excesos y armas de destrucción masiva, por eso hace que el lector se identifique y explore esta gran aventura...

Por eso le agradezco a todos los que me han ayudado a traer a todos los fanáticos de Halo este libro y los demás a nuestro idioma para que los puedan disfrutar.

—EnocJtor



Nota de la IA Traductora: Las mejores traducciones tácticas implican la conversión automática a términos y frases inmediatamente comprensibles, incluyendo coloquialismos. Esa tradición se ha seguido en este trabajo.

CONTENIDO

| | |
|--------------------------------|------------|
| SOBRE EL TRADUCTOR..... | 4 |
| CONTENIDO | 6 |
| UNO..... | 10 |
| DOS | 36 |
| TRES | 61 |
| CUATRO..... | 64 |
| CINCO | 69 |
| SEIS | 75 |
| SIETE | 84 |
| OCHO | 87 |
| NUEVE | 90 |
| DIEZ..... | 99 |
| ONCE..... | 105 |
| DOCE..... | 115 |
| TRECE | 136 |
| CATORCE..... | 144 |
| QUINCE | 149 |
| DIECISÉIS | 156 |
| DIECISIETE | 160 |
| DIECIOCHO | 162 |
| DIECINUEVE | 166 |
| VEINTE..... | 170 |

| | |
|------------------------|-----|
| VEINTIUNO | 181 |
| VEINTIDÓS | 188 |
| VEINTITRÉS | 192 |
| VEINTICUATRO | 198 |
| VEINTICINCO | 204 |
| VEINTISÉIS | 210 |
| VEINTISIETE | 221 |
| VEINTIOCHO | 228 |
| VEINTINUEVE | 238 |
| TREINTA | 242 |
| TREINTA Y UNO | 253 |
| TREINTA Y DOS | 255 |
| TREINTA Y TRES | 260 |
| TREINTA Y CUATRO | 266 |
| TREINTA Y CINCO | 279 |
| TREINTA Y SEIS | 285 |
| TREINTA Y SIETE | 305 |
| TREINTA Y OCHO | 318 |
| TREINTA Y NUEVE | 324 |
| CUARENTA | 329 |
| CUARENTA Y UNO | 333 |
| CUARENTA Y DOS | 340 |
| AGRADECIMIENTOS | 343 |

El pacífico está en guerra por dentro y por fuera.

—*El Manto, Quinta Permutación
de Número del Didacta*

LA HISTORIA FORERUNNER—la historia de mi pueblo—ha sido contada muchas veces, con una idealización cada vez mayor, hasta que apenas la reconozco.

Algunos de los ideales son factualmente ciertos. Los Forerunners eran sofisticados por encima de todos los demás imperios y poderosos casi sin medida. Nuestra ecumene abarcaba tres millones de mundos fértiles. Habíamos alcanzado los mayores niveles de tecnología y conocimiento físico, al menos desde los tiempos de los Precursores, quienes, según algunos, nos moldearon a su imagen, y la recompensaron con su aliento.

Los hilos conductores de esta parte de la historia—la primera de tres—son viaje, audacia, traición y destino.

Mi destino, el de un insensato Forerunner, se unió una noche con el destino de dos humanos y la larga línea universal de un gran líder militar... esa noche en la que puse en marcha las circunstancias que desencadenaron la última ola del abominable Flood.

Así sea contada esta historia, así sea contada la verdad.

UNO

SOL • DE EDOM HACIA ERDE-TYRENE

LA TRIPULACIÓN DEL bote apagó las fogatas, desconectó el motor de vapor y levantó la bocina de calliope del agua. La burbujeante canción del mecanismo se apagó con una serie de chasquidos y tristes gemidos; para empezar, no había estado funcionando bien.

A veinte kilómetros de distancia, el pico central del Cráter Djamonkin se elevaba a través de una neblina de color azul grisáceo, su punta delineada en oro rojizo por lo que quedaba del sol poniente. Una sola luna brillante se elevó radiante y fría detrás de nuestro bote. El lago interior del cráter ondulaba alrededor del casco de una manera que ninguna marea o viento jamás hubiera movido el agua. Bajo las olas y los torbellinos, brillando con la puesta de sol y la luna reflejadas, los pálidos merse se retorcían y meneaban como los lirios en el estanque de mi madre. Sin embargo, estos lirios no eran flores pasivas, sino krakens durmientes que crecían en las aguas poco profundas sobre gruesos tallos. De diez metros de ancho, sus bordes gruesos y musculosos estaban rodeados de dientes negros del largo de mi antebrazo.

Navegábamos sobre un jardín de clanizados monstruos que se clonaban a sí mismos. Cubrían todo el suelo inundado del cráter, escondiéndose justo debajo de la superficie y muy defensivos de su territorio. Sólo los barcos que cantaban la canción que los merse usaban para mantener la paz entre ellos

podían cruzar estas aguas sin ser molestados. Y ahora parecía que nuestras melodías estaban desfasadas.

El joven humano que conocí como Chakas cruzó la cubierta, agarrando su sombrero de fronda de palma y agitando la cabeza. Nos paramos uno al lado del otro y miramos por encima de la barandilla, viendo cómo los merse se retorcían y se agitaban. Chakas—de piel bronceada, prácticamente sin pelo, y totalmente diferente a la imagen bestial de los humanos que mis tutores me habían impreso—sacudió la cabeza con consternación. "Juran que están usando las canciones más nuevas", él murmuró. "No deberíamos movernos hasta que lo averigüen."

Observé a la tripulación en la proa, envuelta en una discusión susurrada. "Me aseguraste que eran los mejores", le recordé.

Me miró con ojos como de ónix pulido y pasó su mano a través de una gruesa capa de pelo negro que colgaba de su cuello, perfectamente cortada en forma cuadrada. "Mi padre conocía a sus padres."

"¿Confías en tu padre?" Le pregunté.

"Por supuesto", él dijo. "¿Tú no?"

"No he visto a mi verdadero padre en tres años", le dije.

"¿Eso es triste para ti?" preguntó el joven humano.

"Él me envió *allí*." Señalé un brillante punto rojizo en el cielo negro. "Para aprender disciplina."

"¡Shh-shhaa!" El Florian—una variedad más pequeña de humano, la mitad de la altura de Chakas—correteó desde la

popa descalzo para unirse a nosotros. Nunca había conocido una especie tan variada, pero que mantuviera un nivel de inteligencia tan uniforme. Su voz era suave y dulce, e hizo delicadas señales con sus dedos. En su entusiasmo, habló demasiado rápido para que yo lo entendiera.

Chakas interpretó las palabras. "Dice que necesitas quitarte la armadura. Está perturbando a los merse."

Al principio, esta sugerencia no fue bien recibida. Los Forerunners de todos los rangos usan armaduras de asistencia corporal durante gran parte de sus vidas. La armadura nos protege física y médicaamente. En caso de emergencia, puede suspender a un Forerunner hasta que sea rescatado, e incluso alimentarlo durante un tiempo. Le permite a los Forerunners maduros conectarse al Dominio, desde el cual puede fluir todo el conocimiento Forerunner. La armadura es una de las principales razones por las que los Forerunners viven tanto tiempo. También puede actuar como amiga y consejera.

Consulté con mi ancilla, la inteligencia y la memoria incorpórea de la armadura—una pequeña figura azulada en el fondo de mis pensamientos.

"Esto estaba previsto", ella me dijo. "Los campos eléctricos y magnéticos, además de los generados por la dinámica natural del planeta, provocan que estos organismos se enfurezcan por completo. Por eso el barco está impulsado por un primitivo motor de vapor."

Me aseguró que la armadura no tendría ningún valor para los humanos, y que en cualquier caso podría protegerse de su mal uso. El resto de la tripulación observaba con interés. Sentí que esto podría ser un tema delicado. La armadura se apagaría,

por supuesto, una vez que me la quitara. Por el bien de todos, tendría que ir desnudo, o casi. Me las arreglé para convencerme de que esto sólo podía mejorar la aventura.

El Florian se puso a trabajar tejiéndome un par de sandalias de lengüetas usadas para tapar fugas.

De todos los hijos de mi padre, yo era el más incorregible. En sí mismo esto no era una mala señal o incluso inusual. Los Manipulares prometedores a menudo muestran una rebelión temprana—el sello en metal en bruto a partir del cual se afina y forma la disciplina de todo un rango.

Pero sobrepasé incluso la amplia paciencia de mi padre; me negué a aprender y avanzar a lo largo de cualquiera de las curvas apropiadas Forerunner: entrenamiento intensivo, otorgamiento a mi rango, mutación a mi siguiente forma, y finalmente, adhesión a una tríada naciente... donde ascendería al cenit de la madurez.

Nada de eso me atraía. Me interesaba más la aventura y los tesoros del pasado. La gloria histórica brillaba mucho más en mis ojos; el presente parecía vacío.

Y así, al final de mi sexto año, frustrado más allá de la resistencia por mi terquedad, mi padre me intercambió con otra familia, en otra parte de la galaxia, lejos del complejo de Orión donde nació mi pueblo.

Durante los últimos tres años, el sistema de ocho planetas alrededor de una estrella amarilla menor—y en particular, el cuarto, un mundo seco, rojizo y desértico llamado Edom—se

convirtió en mi hogar. Llámalo exilio. Yo lo llamé escape. Sabía que mi destino estaba en otra parte.

Cuando llegué a Edom, mi padre de intercambio, siguiendo la tradición, equipó mi armadura con una de sus propias ancillas para educarme sobre los caminos de mi nueva familia. Al principio pensé que esta nueva ancilla sería la cara más obvia de mi adoctrinamiento—sólo otro grillete en mi prisión, dura y poco comprensiva. Pero pronto demostró algo completamente distinto, a diferencia de cualquier ancilla que yo hubiera experimentado.

Durante mis largos períodos de tutoría y ejercicio regimentado, ella me arrastró, rastreó mi áspera rebelión hasta sus raíces—pero también me mostró mi nuevo mundo y mi nueva familia a la clara luz de una razón imparcial.

"Eres un Constructor enviado a vivir entre Mineros", ella me dijo. "Los Mineros están por debajo de los Constructores, pero son sensatos, orgullosos y fuertes. Los Mineros conocen los crudos caminos internos de los mundos. Respétalos y te tratarán bien, te enseñarán lo que saben y te devolverán a tu familia con toda la disciplina y habilidades que un Manipular necesita para avanzar."

Después de dos años de servicio generalmente impecable, guiando mi reeducación y al mismo tiempo aliviando mi existencia embrutecedora con un cierto ingenio seco, ella llegó a discernir un patrón en mis preguntas. Su respuesta fue inesperada.

La primera señal del extraño favor de mi ancilla fue la apertura de los archivos de mi familia de intercambio. Las ancillas se encargan del mantenimiento de todos los registros y

bibliotecas, para facilitar el acceso a cualquier información que un miembro de la familia pueda necesitar, por antigua y oscura que sea. "Los Mineros, ya sabes, excavan profundo. Los tesoros, como tú los llamas, están frecuentemente en su camino. Ellos recuperan, registran, solucionan el asunto con las autoridades apropiadas... y siguen adelante. No son curiosos, pero sus registros son a veces *muy* curiosos."

Pasé horas felices estudiando los viejos registros y aprendí mucho más sobre los remanentes de los Precursorés, así como sobre la arqueología de la historia Forerunner.

Aquí fue donde capté insinuaciones de tradiciones desaconsejadas u olvidadas en otros lugares—no siempre en evidencia real, sino que deduje de este y aquel hecho extraño.

Y al año siguiente, mi ancilla me midió y me juzgó.

Un día seco y polvoriento, mientras escalaba la suave ladera del volcán más grande de Edom, imaginando que en la vasta caldera se escondía algún gran secreto que me redimiría ante los ojos de mi familia y justificaría mi existencia—mi estado común de fuga sin sentido—ella rompió el código de las ancillas de una manera impactante.

Ella confesó que una vez, hace mil años, había sido parte del séquito de la Bibliotecaria. Por supuesto, sabía sobre la mejor Trabajadora de Vida de todas. Yo no era completamente ignorante. Los Trabajadores de Vida—expertos en cosas vivas y medicinas—se encuentran por debajo tanto de los Constructores como de los Mineros, pero justo por encima de los Guerreros. Y el puesto más alto entre los Trabajadores de Vida es Moldeador de Vida. La Bibliotecaria era una de sólo tres Trabajadores de Vida honrados con ese cargo.

La memoria de la ancilla de su tiempo con la Bibliotecaria había sido supuestamente borrada cuando la organización de la Bibliotecaria la intercambió con mi familia de intercambio, como parte de un intercambio cultural general; pero ahora, completamente despierta a su pasado, parecía que estaba dispuesta a conspirar conmigo.

Ella me contó: "Hay un mundo a unas pocas horas de Edom donde puedes encontrar lo que buscas. Hace nueve mil años, la Bibliotecaria estableció una estación de investigación en este sistema. Sigue siendo un tema de discusión entre los Mineros, que por supuesto lo desaprueban. La vida es mucho más resbaladiza que las rocas y los gases."

Esta estación estaba situada en el tercer planeta del sistema, conocido como Erde-Tyrene: un lugar olvidado, oscuro, aislado, y tanto el origen como el depósito final de lo último de una especie degradada llamada *humanos*.

Parecía que los motivos de mi ancilla eran aún más retorcidos que los míos. Cada pocos meses, una nave se levantaba de Edom para llevar suministros a Erde-Tyrene. Ella no me informó precisamente de lo que encontraría allí, pero a través de indicios y pistas me llevó a decidir que era algo importante.

Con su ayuda, atravesé los laberínticos pasillos y túneles hasta llegar a la plataforma de embarque, me introduce de contrabando en la abarrotada embarcación, restablecí los códigos para ocultar mi masa extra—y me fui a Erde-Tyrene.

Ahora era mucho más que un Manipular rebelde. Me había convertido en un secuestrador, un pirata... ¡Y estaba asombrado de lo fácil que era! Demasiado fácil, quizás.

Aun así, no podía creer que una ancilla llevara a un Forerunner a una trampa. Eso era contrario a su diseño, a su programación—todo lo relacionado con su naturaleza. Las ancillas sirven fielmente a sus amos en todo momento.

Lo que no podía predecir era que yo no era su amo, y nunca lo había sido.

Me desnudé a regañadientes, desenrollando la espiral del torso, luego los protectores de hombros y brazos, y finalmente los protectores de piernas y botas. La delgada y pálida pelusa en mis brazos y piernas se agitaba con la brisa. De repente me picaban el cuello y las orejas. Entonces, *todo* me picaba, y tuve que forzarme a ignorarlo.

La armadura asumió un molde holgado de mi cuerpo mientras se desplomaba sobre la cubierta. Me preguntaba si la ancilla se quedaría dormida o si continuaría con sus propios procesos internos. Esta era la primera vez que había estado sin su guía en tres años.

"Bien", dijo Chakas. "La tripulación la mantendrá a salvo."

"Estoy seguro de que lo harán", le dije.

Chakas y el pequeño Florian—en su propio idioma, ejemplares, respectivamente, de chamanune y hamanune—se lanzaron a la proa, donde se unieron a los cinco miembros de la tripulación que ya estaban allí y discutieron en susurros bajos. Cualquier cosa más fuerte y los merse podrían atacar independientemente de si el barco cantaba o no la canción apropiada. Los merse odiaban muchas cosas, pero especialmente odiaban el exceso de ruido. Después de las

tormentas, se decía que permanecían alterados durante días, y que el paso sobre el mar interior se hacía imposible.

Chakas volvió, agitando la cabeza. "Van a intentar interpretar algunas canciones de hace tres lunas", él dijo. "Los merse rara vez inventan nuevas melodías. Es una especie de ciclo."

Con un brusco cabeceo, el bote giró sobre el eje de su mástil. Me tiré al suelo y me acosté junto a mi armadura. Había pagado bien a los humanos. Chakas había oído extrañas historias de antiguas zonas prohibidas y estructuras secretas dentro del Cráter Djamonkin.

Mis investigaciones entre los archivos de los Mineros me habían llevado a creer que había una posibilidad decente de que hubiera un verdadero tesoro en Erde-Tyrene, tal vez el tesoro más buscado de todos, el Organon—el dispositivo que podría volver a activar todos los artefactos Precursores. Todo parecía encajar—hasta ahora. ¿Dónde me habían guiado mal?

Después de una excursión a través de sesenta años luz y un segundo y trivial viaje de cien millones de kilómetros, puede que nunca llegue a acercarme a mi objetivo final.

A estribor, un merse rompió la superficie, flexionando abanicos de color gris púrpura y derramando cintas de agua. Podía oír largos dientes negros royendo el casco de madera.

La travesía de Edom a Erde-Tyrene duró unas largas y aburridas cuarenta y ocho horas, por lo que no se consideraba necesario entrar en el desliespacio para un viaje rutinario de suministros a través de una distancia tan corta.

Mi primera vista en vivo del planeta, a través de la portilla abierta de la nave de suministro, reveló un orbe brillante, como una joya de verdes y marrones y azules profundos. Gran parte del hemisferio norte estaba oculto en nubes y glaciares. El tercer planeta estaba pasando por un período de profundo enfriamiento y expansión de los depósitos de hielo. Comparado con Edom, hace mucho tiempo más allá en su mejor eón, Erde-Tyrene era un paraíso desatendido.

Ciertamente desperdiciado en los humanos. Le pregunté a mi ancilla sobre la verdad de sus orígenes. Ella respondió que según lo mejor de las investigaciones Forerunner, los humanos habían surgido por primera vez en Erde-Tyrene, pero hace más de cincuenta mil años habían movido su civilización interestelar hacia el exterior a lo largo del brazo galáctico, quizás para huir del control temprano Forerunner. Los registros de esas épocas eran escasos.

La nave de suministros aterrizó en la principal estación de investigación al norte de Marontik, la mayor comunidad humana. La estación estaba automatizada y vacía, salvo por una familia de lémures, que había establecido su residencia en un cuartel largamente abandonado. Parecía que el resto de la civilización se había olvidado de este lugar. Yo era el único Forerunner en el planeta, y eso estaba bien para mí.

Comencé a caminar por el último tramo de pradera y pastizal y llegué al mediodía a las afueras de la ciudad, llenas de basura.

Marontik, situada en la confluencia de dos grandes ríos, no era en absoluto una ciudad según los estándares Forerunner. Las chozas de madera y chozas de barro, de unos tres o cuatro

pisos de altura, estaban dispuestas a ambos lados de los callejones que se ramificaban en otros callejones, sin serpentear en ninguna dirección en particular. Esta abarrotada colección de primitivas casuchas se extendía a lo largo de decenas de kilómetros cuadrados. Habría sido fácil para un joven Forerunner perderse, pero mi ancilla me guió con infalible habilidad.

Vagué por las calles durante varias horas, una curiosidad menor para los habitantes, pero no más. Pasé por una puerta que se abría a pasadizos subterráneos de los que salían olores nocivos. Unos pilluelos en harapos se abrieron paso a través de la puerta y me rodearon, cantando: "Hay partes de Marontik sólo para los ojos de uno de ellos... ¡Los muertos al acecho! ¡Antiguas reinas y reyes conservados en ron y miel! ¡Han esperado siglos por ti!"

Aunque eso me dio un vago cosquilleo, ignoré a los pilluelos. Se fueron después de un tiempo, y nunca me sentí en peligro. Parecía que estos seres desaliñados, desarreglados y desordenados tenían alguna experiencia con los Forerunners, pero poco respeto. Esto no molestó a mi ancilla. Aquí, ella dijo, las reglas genéticamente impresas de la Bibliotecaria incluían la docilidad hacia los Forerunners, la cautela hacia los extraños y la discreción en todo lo demás.

El cielo sobre Marontik era frecuentado por aeronaves primitivas de todos los tamaños y colores, algunas verdaderamente horrendas en su pretensión—docenas de globos aerostáticos con cordones rojos, verdes y azules atados entre sí, de los cuales colgaban grandes plataformas de caña de río tejida, repletas de mercaderes, viajeros y espectadores, así

como de bestias inferiores destinadas, supuse, a convertirse en alimento. Los humanos comían carne.

Las plataformas de los globos proporcionaban un medio de transporte regular y vertiginoso—y así, por supuesto, mi ancilla me instruyó que pagara por el pasaje hacia el centro de la ciudad. Cuando le dije que no tenía ningún vale, ella me guió a un escondrijo oculto en una subestación cercana, de cientos de años de antigüedad, pero sin ser molestada por los humanos.

Esperé en una plataforma elevada y pagué el pasaje a un agente incrédulo, que miró el antiguo vale con desdén. Su cara estrecha y sus ojos redondos y brillantes estaban oscurecidos por un alto sombrero cilíndrico hecho de piel. Sólo después de charlar con un colega escondido en una jaula de mimbre aceptó mi pago y me permitió abordar el siguiente vehículo que rechinaba, se balanceaba y era más ligero que el aire.

El viaje duró una hora. La plataforma del globo llegó al centro de la ciudad al caer la noche. Faroles fueron encendidos a través de las retorcidas calles. Largas sombras se vislumbraban. Estaba rodeado de ronquedad antropoide.

En el mercado más grande de Marontik, me informó mi ancilla, había antiguamente un colectivo de guías humanos, algunos de los cuales aún conocían las rutas hacia los centros de la leyenda local. Pronto, todos los humanos estarían dormidos—una condición con la que yo había tenido poca experiencia—así que teníamos que darnos prisa. "Si lo que buscas es aventura", ella dijo, "aquí es donde es más probable que la encuentres—aunque también es más probable que sobrevivas a la experiencia."

En un desordenado conjunto de callejones, que servían tanto de senderos como de canalones, encontré la antigua fachada de piedra de río de la matriarca de los guías. Medio escondida en las sombras, iluminada por una sola vela que colgaba de un gancho en el zarzo, una hembra enormemente gorda, envuelta en una túnica holgada de tela blanca, vergonzosamente transparente, me miraba con abierta sospecha. Después de hacer algunas ofertas que me resultaron ofensivas, incluyendo un recorrido por catacumbas subterráneas llenas de muertos humanos, ella agarró lo que quedaba de mis vales y me pasó a través de un arco de trapos colgados hacia un joven miembro del gremio que, según ella, podía ayudarme.

"*Hay* tesoros en Erde-Tyrene, joven Forerunner", ella añadió en un dulce barítono, "como seguramente has deducido a través de una cuidadosa investigación. Y tengo al chico *perfecto* para ti."

Fue aquí, en las húmedas sombras de una choza de caña, donde conocí a Chakas. Mi primera impresión del humano de piel bronceada, semidesnudo, con su grasa cabellera negra, no fue favorable. No paraba de mirarme, como si nos hubiéramos visto antes, o quizás buscaba un punto débil en mi armadura. "Me encanta resolver misterios", dijo Chakas. "Yo también busco tesoros perdidos. ¡Es mi pasión! Seremos amigos, ¿no?"

Sabía que los humanos, como seres inferiores, eran tramposos y engañosos. Aun así, tenía pocas opciones. Mis recursos estaban en su límite. Unas horas más tarde, me condujo por calles negras hasta otro barrio, lleno de *hamanune*, y me presentó a su compañero, un Florian de hocico gris. Rodeado

por una turba de diminutos jóvenes y dos encorvadas y ancianas hembras—creo—el Florian se estaba llenando las mejillas con lo último de una cena de fruta y platos de carne cruda machacada y sin forma.

El Florian dijo que sus antepasados habían frecuentado una vez una isla en forma de anillo en el centro de un gran cráter inundado. Lo llamaron Djamonkin Augh—Agua del Hombre Grande. Allí, él dijo, hay un sitio maravilloso que todavía escondía muchas antigüedades.

"¿De los Precursores?" Le pregunté.

"¿Quiénes son?"

"Antiguos maestros", le dije. "Antes de los Forerunners."

"Tal vez. Muy antiguo." El Florian me miró con astucia, y luego se dio palmaditas en los labios con el dorso peludo de su mano.

"¿El Organon?" Le pregunté.

Ni Chakas ni el Florian estaban familiarizados con ese nombre, pero no descartaron la posibilidad.

La tripulación se separó y abrió la escotilla de la caja de calliope. Los hamanune—su cabeza apenas a la altura de mi cintura—menearon sus manos extendidas. Con la ayuda de sus pequeños y hábiles dedos, introdujeron un juego de plaquetas de madera diferente con pequeñas clavijas de cuerno, luego reajustaron el mecanismo de cuerdas de tripa arrancadas y arqueadas, desengancharon el cuerno que transmitía la música hacia el

agua, unieron el tubo de vapor y rebobinaron el resorte que lo alimentaba todo.

Chakas caminó hacia la popa, aún preocupado. "La música calma a las flores salvajes", dijo el *chamanune*, un dedo calloso sobre el labio. "Esperamos ahora y observamos."

El Florian volvió corriendo a agacharse a nuestro lado. Puso una mano alrededor de los tobillos desnudos de su amigo. La caja cerebral del pequeño hombre contenía menos de un tercio del volumen de la del joven Chakas y, sin embargo, me costaba decidir quién era más inteligente—o más sincero.

En mi búsqueda de tesoros, había centrado mis estudios en los viejos registros Forerunner, y lo poco que había aprendido sobre la historia de la humanidad no me resultaba agradable revelarlo a mis guías.

Hace diez mil años, los humanos habían peleado una guerra contra los Forerunners—y habían perdido. Los centros de la civilización humana habían sido desmantelados y los propios humanos involucionados y fragmentados en muchas formas, algunos decían que como castigo—pero más bien porque eran una especie naturalmente violenta.

La Bibliotecaria, por alguna razón, había adoptado la causa humana. Mi ancilla me explicó que, o bien como penitencia, o bien a petición de la Bibliotecaria—los registros eran vagos—el Consejo le había encomendado Erde-Tyrene y ella había trasladado allí a los últimos humanos. Bajo su cuidado, algunos de los humanos habían vuelto a evolucionar obstinadamente.

No podía decir si eso podría ser verdad o no. Todos me parecían degradados.

De ese acervo de semillas, durante más de nueve mil años, más de veinte variedades de humanos habían migrado y formado comunidades alrededor de este mundo empapado de agua. Los corpulentos ocres y marrones *k'tamanune* vagaban por las latitudes septentrionales y bordeaban las enormes capas trituradoras de hielo. Estos habitantes en sombras glaciales se envolvían en ásperas fibras tejidas y pieles. No lejos del mar interior de este cráter, sobre una imponente cordillera de montañas, los delgados y ágiles *b'ashamanune* corrían por las praderas ecuatoriales y saltaban entre espinosos árboles para evitar depredadores. Algunos optaron por construir ciudades rudimentarias, como si lucharan por recuperar la grandeza del pasado—y fracasaran miserablemente.

Debido a las fuertes similitudes en nuestra estructura genética natural, algunos sabios Forerunner pensaban que los humanos podrían ser una especie hermana, también moldeada y con el aliento de vida dado por los Precursores. Era posible que la Bibliotecaria intentara probar esas teorías.

Muy pronto, evolucionados o no, podría haber siete humanos menos en la colección de la Bibliotecaria—y un Forerunner menos.

Nos sentamos cerca del punto más ancho de la cubierta, lejos de la barandilla baja. Chakas formó sus dedos en una cuna, y luego los alternó en un ejercicio que se negó rotundamente a enseñarme. Su irónica sonrisa era muy parecida a la de un niño

Forerunner. El pequeño Florian nos miraba con algo de diversión.

Los merse hicieron un triste y húmedo silbido y lanzaron chorros de agua. Su rocío olía a algas podridas. Contempladas desde lejos, las criaturas que rodeaban nuestro bote eran ridículamente sencillas, poco más avanzadas que las medusas de peine que nadaban en las paredes vidriosas del palacio de mi padre de intercambio, en ese punto rojizo a cien millones de kilómetros de distancia. Y, sin embargo, se cantaban unos a otros—hablaban en suaves murmullos musicales a través de las largas noches, y luego se regocijaban en silencio bajo el sol moteado como si estuvieran durmiendo.

En raras ocasiones, el océano del cráter se agitaba con breves guerras de merse marinos, y centelleantes trozos de carne llegaban a playas lejanas durante semanas...

Tal vez había más en estos ciegos krakens de lo que un Manipular podía juzgar. La Bibliotecaria pudo haber tenido algo que ver en traerlos a Erde-Tyrene para que crecieran en el Cráter Djamonkin, donde también servían a sus fines, quizás resolviendo enigmas biológicos a su propia manera, usando sus propias canciones genéticas...

¿Me lo estaba imaginando, o estaba disminuyendo lentamente la trituración de abajo y la agitación a nuestro alrededor?

La luna se puso. Las estrellas estuvieron brillantes por un tiempo. Entonces la niebla volvió a entrar, llenando el tazón del cráter de borde a borde.

Chakas dijo que escuchaba el suave oleaje en una playa. "Los merse están tranquilos ahora, creo", él añadió esperanzado.

Me levanté para recuperar mi armadura, pero un humano voluminoso y de aspecto fuerte me bloqueó el paso, y Chakas agitó la cabeza.

La tripulación decidió que podría ser el momento de soltar la clavija y conectar el motor. Una vez más avanzamos. No podía ver mucho más allá de la barandilla, excepto pequeñas ráfagas de fosforescencia. El agua, lo poco que podía ver, parecía tranquila.

Chakas y el Florian murmuraron oraciones humanas. El Florian terminó sus oraciones con una melodía corta y dulce, como el canto de los pájaros. Si hubiera sido fiel a mi crianza, incluso ahora estaría contemplando los dictados del Manto, repitiendo silenciosamente las Doce Leyes del Hacer y del Mover, permitiendo que mis músculos se flexionaran de acuerdo a esos ritmos hasta que me balanceara como un árbol joven...

Pero aquí estaba yo, siguiendo falsas esperanzas, asociándome con los desacreditados y los humildes... Y yo aún podría nadar en un mar de dientes, mi cuerpo sin desarrollar sería destrozado por monstruos sin mente.

O caminar por una playa desierta alrededor de una isla sagrada en medio de un viejo cráter de un asteroide, inundado hace siglos con agua fría tan pura que se secaba sin dejar residuos.

Desafío, misterio, peligro desenfrenado y belleza. Todo eso valía la pena sin importar la vergüenza que pudiera sentir.

Como Manipular, todavía me parecía más a Chakas que a mi padre. Todavía podía sonreír, pero no lo creía digno de mí. A pesar de todo, en mis pensamientos no podía evitar visualizarme más alto, más ancho, más fuerte—como mi padre, con su cara larga y pálida, el pelo de la coronilla y la piel de la nuca decolorada hasta el blanco con raíces de lila, los dedos capaces de rodear a un melón shrop... y lo suficientemente fuerte como para aplastar su dura cáscara contra la pulpa.

Esta era mi contradicción: Desconfiaba de todo lo que tenía que ver con mi familia y mi gente, pero seguía soñando con mutar en una segunda forma—mientras mantenía mi actitud juvenil e independiente. Por supuesto, nunca parecía ocurrir de esa manera.

El piloto caminó hacia la popa con renovada confianza. "Los merse creen que somos uno de ellos. Deberíamos llegar a la isla anillo en menos de una bengala."

Los humanos contaban el tiempo usando mechazos cerosos atadas con nudos que ardían al ser tocadas por una llama ascendente. Incluso ahora, dos de los tripulantes estaban encendiendo linternas con toscos palos.

En la niebla, algo grande golpeó la proa. Me agarré en medio de la embestida y me estabilicé contra un amplio y lento giro de la popa. Chakas se puso en pie, sonriendo de oreja a oreja. "Esa es nuestra playa", él dijo.

La tripulación dejó caer una tabla sobre la arena negra. El Florian llegó a la orilla primero. Bailó en la playa y chasqueó los dedos.

"¡Shhhh!" Advirtió Chakas.

De nuevo intenté recuperar mi armadura, y de nuevo el voluminoso miembro de la tripulación se interpuso en mi camino. Otros dos se acercaron lentamente, extendieron las manos y me guiaron hacia Chakas. Él se encogió de hombros ante mi preocupación. "Temen que incluso desde la playa, pueda enfurecer a los merse."

No tenía muchas opciones. Podrían matarme ahora, o podría morir por otra causa más tarde. Cruzamos la rampa a través de la niebla. La tripulación se quedó en el bote—y también mi armadura. Tan pronto como desembarcamos, el bote retrocedió hacia el agua, se balanceó y nos dejó en la llovizna y la oscuridad con nada más que tres bolsas pequeñas de provisiones—sólo comida humana, aunque lo suficientemente comestible si me tapaba la nariz.

"Ellos volverán en tres días", dijo Chakas. "Suficiente tiempo para buscar en la isla."

Cuando el bote se había ido y ya no podíamos oír el resoplante sonido de su canción, el Florian bailó un poco más. Claramente, estaba eufórico de volver a caminar en la isla anular de Djamonkin Augh. "¡La isla lo esconde todo!" él dijo, y luego repitió una sonriente risa y señaló hacia Chakas. "El chico no sabe nada. Busca tesoros y *muere*, a menos que vayas donde yo vaya."

El Florian extendió sus expresivos labios de color rosa y levantó sus manos por encima de su cabeza, pulgar y dedo índice con círculos.

Chakas no parecía afectado por el juicio del Florian. "Tiene razón. No sé nada de este lugar."

Estaba demasiado aliviado por haber escapado de los merse como para sentir demasiada irritación. Sabía que no se podía confiar en los humanos; eran formas degradadas, de eso no hay duda. Pero algo se sentía auténticamente extraño en esta playa, en esta isla... Mis esperanzas se negaron a desaparecer.

Caminamos unos metros hacia el interior y nos sentamos en una roca, temblando en la humedad y el frío.

"Primero, dinos por qué estás aquí *realmente*", dijo Chakas. "Háblanos sobre los Forerunners y los Precursores."

En la oscuridad, no podía ver nada por encima de las palmeras, y más allá de la playa, nada más que un tenue resplandor de las olas que rompían. "Los Precursores eran poderosos. Trazaron líneas a través de muchos cielos. Algunos dicen que hace mucho tiempo moldearon a los Forerunners a su imagen."

Incluso el nombre que nos dimos a nosotros mismos, "Forerunner—Antecesor", implicaba un lugar efímero e impermanente en el Manto—aceptando que no éramos más que una etapa en la tutela del Tiempo de Vida. Que otros vendrían después de nosotros. Otros—y mejores.

"¿Y nosotros?" preguntó el Florian. "¿Los *hamanune* y *chamanune*?"

Agité la cabeza, sin querer alentar esta historia—o creerla.

"Estoy aquí para saber por qué los Precursores se fueron", continué, "cómo podríamos haberlos ofendido... y encontrar el centro de su poder, su fuerza, su inteligencia."

"Oh", dijo Chakas. "¿Estás aquí para descubrir un gran regalo y complacer a tu padre?"

"Estoy aquí para aprender."

"Algo que pruebe que no eres un tonto. Hm." Chakas abrió la bolsa y repartió pequeños rollos de denso y negro pan hecho con aceite de pescado. Comí, pero no disfruté nada. Toda mi vida, otros me habían juzgado como un tonto, pero me molestó cuando unos animales degradados llegaron a la misma conclusión.

Lancé una piedra hacia la oscuridad. "¿Cuándo empezamos a buscar?"

"Demasiado oscuro. Primero, encender un fuego", insistió el Florian.

Recogimos ramas y trozos de palma medio podridos y encendimos una hoguera. Chakas pareció adormilarse. Luego se despertó y me sonrió. Bostezó, se estiró y miró hacia el océano. "Los Forerunners nunca duermen", él observó.

Eso era bastante cierto—siempre y cuando usáramos armadura.

"Las noches son largas para ti, ¿no?" preguntó el Florian. Había convertido su pan de aceite de pescado en bolitas redondas y las había colocado en líneas sobre la suavidad de una roca negra vidriosa. Ahora las agarró y, una por una, se las llevó a la boca, golpeando sus anchos labios.

"¿Es mejor así?" Le pregunté.

Él hizo una cara. "El pan de pescado apesta", él contestó. "La harina de fruta es mejor."

La niebla se había disipado, pero el cielo nublado seguía cubriendo todo el cráter. No faltaba mucho para el amanecer. Me recosté de espaldas y miré hacia el cielo gris, en paz por primera vez en mi memoria. Era un tonto, había traicionado a mi Manípulo, pero estaba en paz. Estaba haciendo lo que siempre había soñado que haría.

"*Daowa-maad*", dije. Los dos humanos levantaron las cejas—eso los hizo parecer hermanos. *Daowa-maad* era un término humano para el rol y la tracción del universo. En realidad, se traducía de forma bastante clara en el habla Forerunner de los Constructores: "*Caes cuando tu estrés te desgarra.*"

"¿Sabes sobre eso?" preguntó Chakas.

"Mi ancilla me enseñó."

"Esa es la voz en su ropa", le dijo Chakas al Florian, sabiamente. "Una hembra."

"¿Es hermosa?" preguntó el pequeño.

"No en tu especie", le dije.

El Florian terminó su última bola redonda de pan de aceite de pescado e hizo otra cara notable. Con muchos músculos expresivos. "*Daowa-maad.* Cazamos, crecemos, vivimos. La vida es simple—nosotros lo sabemos." Pinchó a Chakas. "Me empieza a agradar este Forerunner. Dile *todos* mis nombres."

Chakas tomó un profundo respiro. "El hamanune sentado a tu lado, cuyo aliento huele a aceite de pescado y pan rancio, su nombre de familia es *Cazador Diurno*. Su nombre personal es *Levantador de la Mañana*. Su nombre largo es *Cazador Diurno que Hace Senderos Largos Levantador de la Mañana*. Un nombre largo para un tipo bajo. Le gusta que le llamen Levantador—Riser. Ahí. Está hecho."

"Todo bien, todo cierto", dijo Riser, satisfecho. "Mis abuelos construyeron muros aquí para protegernos y guiarnos."

"Lo verás después del amanecer. Ahora—demasiado oscuro. Buen momento para aprender nombres. ¿Cuál es tu verdadero nombre, joven Forerunner?"

Para que un Forerunner revele su verdadero nombre de uso a alguien fuera del Manípulo... y a humanos, en ese caso... Delicioso. Un garfio perfecto para mi familia.

"*Nacido de las Estrellas*", dije. "*Nacido de las Estrellas de Duración Eterna, Forma Cero, Manipular no probado*."

"Un trabalenguas", dijo Riser. Abrió los ojos de par en par, se inclinó hacia dentro, e hizo esa boca ancha, con los labios rizados, esa sonrisa burlona que indicaba una gran diversión Florian. "Pero tiene un buen sonido de balanceo."

Me incliné hacia atrás. Me estaba acostumbrando cada vez más a su rápido discurso. "Mi madre me llama Nacido", le dije.

"Corto es mejor", dijo Riser. "Nacido será."

"El día se acerca. Pronto hará calor y el sol brillará", dijo Chakas. "Revuelvan y raspen. No quiero que nadie encuentre huellas."

Sospechaba que, si alguien de Edom me estaba buscando, o si los observadores de la Bibliotecaria decidían revisar desde la órbita, desde un drone, o con un sobrevuelo directo, nos encontrarían sin importar cómo escondiéramos nuestras huellas. Sin embargo, no les dije nada a mis compañeros. En mi corto tiempo en Erde-Tyrene ya había aprendido una verdad importante—que, entre los pobres, los oprimidos y los desesperados, la valentía tonta debe ser saboreada.

Obviamente era un tonto, pero, aparentemente, mis dos compañeros ahora creían que podría ser valiente.

Barrimos nuestras huellas usando una fronda de palma de la vegetación de la costa. "¿A qué distancia está el centro de la isla?" pregunté.

"Piernas largas, viaje más corto", dijo Riser. "Fruta a lo largo del camino. No comas. Te da las patadas. Guárdalas todas para mí."

"Todo irá bien", Chakas me confió. "Si deja algo para nosotros."

"No iremos a la montaña", dijo Riser. Se metió entre la vegetación. "No hay necesidad de cruzar el lago interior. Un laberinto, algo de niebla, una espiral, luego un salto o dos. Mi abuelo solía vivir aquí, antes de que hubiera agua."

Cada vez más curioso. Sabía por un hecho—otra vez, por mi ancilla—que el cráter había sido inundado y que el lago había sido plantado con los merse hace mil años. "¿Cuántos años tienes?" Le pregunté.

Riser dijo, "Doscientos años."

"Para su gente, es solo un joven", dijo Chakas, y luego hizo un chasquido con la lengua y las mejillas. "Gente pequeña, larga vida, más memorias."

El Florian parloteó. "Mi familia creció en islas por todas partes. Hicimos paredes. Mi madre vino de aquí antes de conocer a mi padre, y ella le dijo, y él me dijo, una canción chasqueante y silbido melódico. Así es como descubriremos el laberinto."

"¿Canción chasqueante?"

"Eres un privilegiado", dijo Chakas. "Los *hamanune* no suelen revelar estas verdades a extraños."

"Si son ciertas", dije.

Ninguno lo tomó como una ofensa. Los humanos que había conocido parecían notablemente insensibles. O más probablemente, las declaraciones de un Forerunner significaban poco en un mundo que ellos pensaban que era suyo.

Finalmente llegó la luz del día, y con rapidez. El cielo pasó de naranja suave a rosa y a azul en pocos minutos. De la pequeña jungla no salió ningún sonido, ni siquiera el crujido de las hojas.

Había experimentado pocas islas en mi corta existencia, pero nunca había sabido que ninguna de ellas fuera tan silenciosa como una tumba.

DOS

SEGUÍ EL PASO rápido y persistente del pequeño humano a través de los bajos arbustos y junto a los desnudos y escamosos troncos de muchas palmeras, recubiertos de cerdas y coronas ramificadas. El sotobosque no era espeso, pero era regular—demasiado regular. Los senderos, si los había, eran invisibles para mí.

Chakas nos siguió unos pasos por detrás, llevando una perpetua y ligera sonrisa, como si se preparase para gastarnos una broma a ambos. Todavía no había aprendido a leer las expresiones humanas con confianza. Una sonrisa podría significar una ligera diversión. También podría ser un preludio a la agresión.

El aire era húmedo, el sol en lo alto, y nuestra agua—transportada en tubos hechos de una especie de hierba de tallo grueso—estaba caliente. También se estaba acabando. El *hamanune* pasó uno de los últimos tubos. Los Forerunners no pueden contraer enfermedades humanas—o cualquier enfermedad, si usan armadura—pero sólo de mala gana compartí el líquido caliente.

Mi buen humor se desvaneció. Algo extraño e inesperado estaba en el aire... Sin mi armadura, estaba descubriendo instintos en los que no sabía que podía confiar. Antiguos talentos, antiguas sensibilidades, ocultas hasta ahora por la tecnología.

Nos detuvimos. El Florian notó mi creciente irritación. "Haz un sombrero", le dijo a Chakas, meneando los dedos. "El Forerunner tiene el pelo como un cristal. El sol le quema la cabeza."

Chakas levantó la vista, oscureciendo sus ojos, y asintió. Me miró, midiendo mi cabeza, antes de trepar por un tronco desnudo. A mitad de camino, descascaró una rama seca y la tiró.

El pequeño se alegró.

Observé a Chakas terminar su ascenso de oruga. En la parte superior, sacó un cuchillo de su cinturón de cuerda y cortó una rama verde, también dejándola caer. Luego trepó de regreso, saltando la última mitad y aterrizando sobre piernas flexionadas con los brazos bien abiertos. En triunfo, se llevó la mano a la boca y balbuceó un sonido musical.

Nos detuvimos a la sombra del árbol mientras él tejía la cubierta para mi cabeza. A los Forerunners les gustan los sombreros—cada forma, rango, y Manípulo tiene sus propios diseños ceremoniales, usados sólo en ocasiones especiales. Sin embargo, durante un día de la temporada de las Grandes Estrellas, todos llevan el mismo estilo de sombrero. Nuestros sombreros eran mucho más dignos y hermosos de lo que finalmente Chakas me entregó. Aun así, me lo puse en la cabeza—y descubrí que me quedaba bien.

Chakas puso sus manos en sus caderas y me inspeccionó con atención crítica. "Bien", él juzgó.

Continuamos durante horas hasta que llegamos a un muro bajo formado por piedras de lava cortadas con precisión. La pared se movía entre los árboles. Desde arriba, le habría

atribuido una curva sinuosa como una serpiente arrastrándose por la selva.

Riser se sentó sobre la pared, cruzó las piernas y masticó una hoja verde que sobraba de mi sombrero. Su cabeza giró lentamente, grandes ojos marrones moviéndose hacia la derecha e izquierda, y extendió sus labios. El *hamanune* no tenía barbilla—nada como el rasgo prominente que hacía que Chakas se pareciesen a los de mi clase. Pero el pequeño humano lo compensaba con creces con sus labios elegantes y móviles.

"Los antiguos hicieron esto, más antiguos que el abuelo", él dijo, acariciando las piedras. Tiró a un lado el trozo verde, luego se puso en pie y se equilibró en la pared, con los brazos hacia fuera. "Tú ségueme. Sólo los *hamanune* caminan arriba."

Riser corrió por la parte superior. Chakas y yo lo seguimos por ambos lados, apartando la maleza y evitando los ocasionales y combativos crustáceos de tierra que no se hacían a un lado ante nadie, agitando sus poderosas pinzas. Casi caminé a través de ellos... hasta que recordé que no tenía armadura. Esas pinzas podrían quitarme una parte del pie. ¡Qué vulnerable era yo a todo! La emoción de la aventura empezaba a agotarse. Los dos humanos no habían hecho nada abiertamente amenazante, pero ¿cuánto tiempo podía contar con ello?

Nos costó mucho seguirle el ritmo al pequeño Florian.

Unos cientos de metros más tarde, la pared se ramificó. Riser se detuvo en la coyuntura para estudiar la situación. Giró el brazo hacia la derecha. La persecución se reanudó. A través de árboles más gruesos a nuestra izquierda, vi la playa interior. Habíamos cruzado el anillo. Más allá se alzaba el pico central,

rodeado por el lago interior de la isla anillo, todo ello formando una especie de diana de arquería dentro del cráter.

Me preguntaba si también vivían merse en esas aguas.

Mi mente deambulaba. Tal vez una poderosa y antigua nave Precursora se había estrellado desde el espacio, y el pico central era un efecto de olas de roca fundida que golpeaban hacia adentro antes de solidificarse. Ojalá hubiera pasado más tiempo escuchando los cuentos de mi padre de intercambio sobre cómo se formaban y cambiaban los planetas, pero no compartía su fascinación Minera por la tectónica, excepto donde podría ocultar o revelar tesoros.

Algunos artefactos de los Precursores tenían la edad suficiente para pasar de un ciclo a otro a lo largo de cientos de millones de años, arrastrados hacia abajo por la corteza subsumida y empujados de nuevo hacia arriba a través de volcanes o respiraderos. Indestructibles... Fascinantes. Y por ahora, inútiles.

Chakas fue lo suficientemente atrevido como para empujarme. Me estremecí. "No harías eso si todavía tuviera mi armadura", le dije.

Sus dientes brillaron. ¿Se estaba volviendo más agresivo, o era sólo su forma de mostrar afecto? No tenía forma de juzgar.

"Por aquí", llamó Riser desde donde se había adelantado.

Nos abrimos paso a través de un parche particularmente denso de árboles verdes ramificados con troncos y ramas de color rojo brillante. El Florian nos esperaba donde el largo y bajo muro llegaba a un abrupto final. Más allá se extendía una llanura blanca y plana, el lago interior a un lado, su playa formando una

línea de negro y gris, y la selva al otro. Una vez más el pico central se reveló, desnudo de vegetación, como un pulgar negro muerto empujando desde el centro de la diana, de color azul verdoso pálido.

"Muy bien, joven Forerunner", dijo Chakas, acercándose por detrás de mí. Me giré rápidamente, creyendo por un momento que estaba a punto de apuñalarme. Pero no—el humano de color bronce simplemente señaló a través del yermo blanco. "Tú lo pediste. Nosotros te trajimos aquí. Es tu culpa, no nuestra. Recuérdalo."

"No hay *nada* aquí", le dije, mirando a través de las llanuras. Olas de calor rompieron el contorno del lado más alejado del yermo en destellos aterciopelados.

"Mira de nuevo", sugirió Riser.

En la base de los destellos, lo que parecía ser agua era en realidad un cielo refractado. Pero a través de los destellos, me pareció ver una fila de simios grandes y corpulentos... grandes simios blancos, sin duda del extremo inferior de la locura de la Bibliotecaria. Venían y se iban como espejismos—y luego se estabilizaban, no vivos sino congelados: tallados en piedra y colocados de pie en las llanuras como piezas de un tablero de juego.

Un refrescante viento susurró desde el negro pico, alejando el creciente calor, y las figuras de simios desaparecieron.

No era un espejismo después de todo. Algo más engañoso.

Me agaché para recoger un poco de tierra. Coral y arena blanca mezclada con ceniza volcánica fina y dura. Toda la zona olía débilmente a fuego antiguo.

Miré entre los guías humanos, sin palabras.

"Camina", sugirió Riser.

La caminata al centro del yermo blanco tomó más tiempo de lo que esperaba, pero pronto me di cuenta de que estábamos cruzando un deflector—un lugar protegido por distorsiones geométricas—o al menos un deslumbrador, protegido por ilusiones.

Aparentemente, un Forerunner había decidido hacia mucho tiempo que el yermo debía ser escondido de los ojos curiosos. Me tapé los ojos y miré hacia la cubierta azul de cielo. Eso significaba que probablemente tampoco se podía ver desde arriba.

Los minutos se volvieron una hora. No podíamos mantenernos en línea recta. Lo más probable es que estuviéramos caminando en círculos. Aun así, seguimos adelante. Mis pies, calzados con sandalias humanas mal ajustadas, crujían ligeramente. Los granos afilados se clavaban en mis delicadas suelas y se deslizaban entre mis dedos.

Los dos humanos mostraron gran paciencia y no se quejaron. Chakas alzó al *hamanune* hasta sus hombros cuando se hizo evidente que los pies descalzos del pequeño estaban sufriendo por la arena caliente.

El último tubo de agua se agotó. Riser lo tiró a un lado con un resignado silbido, y luego me miró, cubriendo y descubriendo sus ojos con una mano. Pensé que era una señal de vergüenza, pero lo hizo de nuevo, y luego me dio una mirada de severidad.

Chakas explicó. "Él quiere que te cubras tú mismo. Ayuda."

Me tapé los ojos.

"Sigue caminando", dijo Chakas. "Si te detienes, podríamos perderte."

No pude evitar levantar las manos para mirar. "No mires. Camina a *ciegas*", insistió Riser.

"Estamos caminando en círculos", le advertí.

"¡*Precisamente* círculos!" Riser dijo entusiasmado.

El sol los estaba afectando. Me sentí como si estuviera a cargo de un par de humanos golpeados por el calor.

"¡Izquierda!" gritó Chakas. "¡Izquierda, *ahora!*!"

Dudé, levanté las manos y vi a mis dos guías—varios pasos delante de mí—desaparecer abruptamente, como si hubieran sido tragados por el aire vacío. Me habían abandonado en medio de la llanura, rodeado de arena blanca y selva lejana. A mi derecha se levantaba una mancha abultada que podría o no ser el pico central.

Me preparé para lo peor. Sin armadura, sin agua, moriría aquí en días.

Chakas volvió a aparecer a mi izquierda. Tomó mi brazo—lo solté instantáneamente—y retrocedió como un recorte aplanado, los bordes holgados y pareciendo agitarse. Parpadear no despejó esta aparición. "Como quieras", él dijo. "Gira a la izquierda, o vete a casa. Si puedes encontrar la forma de salir de aquí."

Luego desapareció de nuevo.

Lentamente giré a la izquierda, di un paso... y sentí que todo mi cuerpo temblaba. Ahora estaba de pie en una pasarela baja de color negro curvada a la derecha y luego de regreso a la izquierda, rodeada a ambos lados por arena blanca y granulosa. Así que había sido un deflector y no un deslumbrador. Un Forerunner había escondido este lugar hacía mucho tiempo, usando tecnología anticuada—como si esperara que la vieja tecnología fuera penetrada por humanos inteligentes y persistentes.

Por delante, claramente visibles ahora, no simios blancos, sino doce trajes de combate Forerunner de tamaño mediano, dispuestos en un amplio óvalo de unos cien metros a lo largo del eje longitudinal. Había pasado largas horas estudiando viejas armas y naves, para distinguirlas mejor de los hallazgos más interesantes. Tragándome la decepción, los reconocí como esfinges de guerra—llevadas a la batalla por Guerreros-Siervos en el pasado, pero que ahora sólo se encuentran en los museos. Antigüedades, sin duda, y posiblemente todavía activas y poderosas—pero que no me interesan en absoluto. "¿Es todo lo que tienes para mostrarme?" Le pregunté, indignado.

Chakas y Riser se mantuvieron fuera del alcance, colocándose en posturas de reverencia, como si estuvieran ocupados en la oración. Extraño. ¿Los humanos les rezan a las armas antiguas?

Volví mis ojos al círculo congelado. Cada esfinge de guerra tenía diez metros de altura y veinte de largo—más grandes que los trajes Forerunner modernos que sirven para la misma función. Una cola alargada contenía elevación y fuerza, y de ahí, en la parte delantera, se levantaba un torso grueso y redondeado. Sobre el torso, suavemente integrada con el diseño

curvilíneo general, se posaba una cabeza abstracta con un rostro obstinado y arrogante—una cabina de mando.

Di un paso adelante, decidiendo si cruzar o no el tramo de llanura que quedaba entre la pasarela y los blancos "gigantes" dispuestos alrededor del centro del yermo.

Chakas levantó sus brazos cruzados y suspiró. "Riser, ¿cuánto tiempo llevan estos monstruos aquí?"

"Mucho tiempo", dijo Riser. "Antes de que el abuelo se fuera a pulir la luna."

"Él quiere decir, más de mil años", interpretó Chakas. "¿Lees los antiguos escritos Forerunner?" él me preguntó.

"Algunos", le dije.

"A este lugar no le gustan los humanos", dijo Riser. Echó los labios hacia atrás y agitó la cabeza vigorosamente. "Pero el abuelo atrapó abejas en una canasta..."

"¿Le estás contando el secreto?" preguntó Chakas consternado.

"Sí", dijo Riser. "Él no es inteligente, pero es bueno."

"¿Cómo puedes saberlo?"

Riser mostró sus dientes y agitó la cabeza vigorosamente. "El abuelo puso abejas en una canasta grande. Cuando suenan fuerte, detente y mueve la canasta de un lado a otro. Cuando dejan de zumbar, ve por ahí."

"¿Quieres decir que hay marcadores—marcadores infrarrojos?" Le pregunté.

"Lo que tú digas", Riser concordó con un gesto de puchero.
"Las abejas saben. Si vives, tiras piedras para que otros puedan seguirte... hasta donde tú llegaste."

Ahora que sabía qué buscar, observé—a través del deslumbrado—que de hecho había líneas rotas y curvas de pequeñas piedras que marcaban la de otra manera suave arena blanca.

Riser nos guió a lo largo de este sendero irregular, deteniéndose de vez en cuando para canturrear para sí mismo, hasta que estuvimos a sólo unos pocos metros de la esfinge más cercana. Me detuve en su sombra, luego me incliné y extendí la mano para tocar la alta y blanca superficie, llena de siglos de escombros de batalla y polvo de estrellas. Sin una respuesta. Inerte.

Sobresaliendo sobre mí, los rasgos de ceño fruncido seguían siendo impresionantes. "Están muertas", les dije.

La voz de Riser adoptó un tono de cierta reverencia. "Ellas cantan", él dijo. "El abuelo lo oyó."

Hice retroceder mi mano.

"Él dijo que estos son trofeos de guerra. Importante para los antiguos, grandullón. Alguien los puso aquí para proteger, vigilar, esperar."

"¿Qué guerra, me pregunto?" Chakas preguntó, y me miró como si yo lo supiera.

Yo lo *sabía*. O lo sospechaba fuertemente. Las esfinges tenían la edad adecuada para ser de las guerras humanas-

Forerunner, de unos diez mil años. Pero todavía no me sentía cómodo discutiendo esto con mis guías.

Riser abandonó la pasarela y caminó con cuidado alrededor de la unidad de combate. Fui el siguiente, observando los puntos lisos de la cola bifurcada del traje, los túneles abiertos en cada bifurcación que conducían, sin duda, a los propulsores. No había puntos de orientación visibles. En el lado opuesto, me di cuenta de los contornos de los manipuladores retraídos y de los escudos plegados.

"Cerradas durante miles de años", le dije. "Dudo que valgan algo."

"Para mí no", dijo Riser, mirando hacia el humano más joven y más alto con los labios embolsados.

"Para él, quizás", dijo Chakas en voz baja, señalando con la mano hacia el centro del óvalo—un tramo vacío de arena distorsionada. "O para ella."

"¿Él o ella?" Le pregunté.

"¿Quién te eligió? ¿Quién te guió?" preguntó Chakas.

"¿Te refieres a la *Bibliotecaria*?" Le pregunté.

"Ella viene a nosotros cuando nacemos", dijo Chakas, su cara oscura con indignación y algo más. "Ella vela por nosotros mientras crecemos, sabe lo bueno y lo malo. Ella se alegra por nuestros triunfos y se aflige por nuestro deceso. Todos sentimos su presencia."

"Todos lo hacemos", afirmó Riser. "Hemos estado esperando el momento justo, y al tonto correcto."

Sin duda bajo su protección, estos humanos se habían vuelto arrogantes y presumidos. Pero no había nada que pudiera hacer. Los necesitaba. "¿Ella está ahí fuera?" pregunté, señalando hacia el pico central.

"Nunca la vemos", dijo Chakas. "No sabemos dónde está. Pero ella te envió, estoy seguro de eso."

Mi ancilla. Tenían más razón de lo que podían imaginar. "Ella debe ser de hecho un gran poder, para arreglar todo esto", le dije. Pero mi voz carecía de convicción.

"La suerte es su *método*", dijo Chakas.

Una vez más, los antiguos Forerunners conspiraban para guiar mi vida.

Riser se dobló y sacudió su mano sobre lo que parecía ser un vacío palmo de arena. Este movimiento apartó hacia un lado una baja neblina, revelando por un momento un gran y plano bulto de lava negra. "Bueno para las paredes."

Caminamos sobre la roca hasta el óvalo central bordeado por las esfinges. De repente, sentí un escalofrío—una conciencia de que estaba en un espacio sagrado que no era para humanos, sino para algún otro poder. Algo grande y antiguo estaba cerca—un Forerunner, de eso estaba seguro—pero ¿de qué rango? Por las esfinges, un Guerrero-Siervo parecía lo más probable.

Pero, ¿qué tan viejo?

De las guerras humanas. De hace diez mil años.

"No me gusta estar aquí", dijo Riser. "No soy tan valiente como el abuelo. Continúa tú. Yo me quedo."

"Sigue los guijarros y las rocas", dijo Chakas en voz baja. "Donde las rocas se detienen, ningún humano ha pisado—y vivido. Lo que hay que hacer, yo no puedo hacerlo—ni Riser puede hacerlo." El joven humano estaba sudando, con los ojos desenfocados.

El universo Forerunner tiene una rica historia de imposibilidades que se hicieron realidad. Me consideraba un pragmático, un realista, y la mayoría de esas historias me parecían insatisfactorias, frustrantes, pero nunca aterradoras. Ahora no sólo estaba irritado, estaba espantado—mucho más espantado de lo que había estado en el bote.

Cuando los Forerunners mueren—generalmente por accidente o, en raras ocasiones, durante la guerra—se celebran ceremonias elaboradas antes de que sus restos sean arrojados en fuegos de fusión asociados con las actividades de sus rangos—una antorcha de fusión o un cortador de planetas.

En primer lugar, los últimos recuerdos del Forerunner son extraídos de su armadura, que conserva unas pocas horas de los patrones mentales del ocupante. Esta esencia reducida—un arrebato espectral de personalidad, y no un ser entero—es colocada en un Durance trabado en el tiempo. El cuerpo es incendiado en una ceremonia solemne a la que sólo asisten familiares cercanos. Un poco del plasma de la inmolación es preservado por el designado Maestro del Manto, quien lo asegura junto con la esencia en el Durance.

El Durance es entonces dado a los miembros más cercanos de la familia del Forerunner muerto, que se encargan de asegurarse de que nunca se abuse de él. Un Durance tiene una vida media de más de un millón de años. Las familias y los

rangos son muy protectores de estos lugares. En los manuales de búsqueda de tesoros que he leído a lo largo de los años, con frecuencia se advierte a los buscadores que observen las señales y eviten tales lugares. Tropezar con un Durance familiar de este tipo sería considerado un sacrilegio.

"Este es un mundo *deshonroso*", murmuré. "Ningún Forerunner querría ser enterrado aquí."

Chakas apretó la mandíbula y me miró fijamente.

"No tiene sentido", insistí. "Nadie de un rango alto sería enterrado aquí. Además, ¿qué tesoro podría guardarse cerca de una *tumba*?" Yo continué, dirigiendo mis palabras arrogantes a un punto más fuerte. "Y si nunca se han encontrado con la Bibliotecaria, cómo..."

"Cuando nos encontramos por primera vez, supe que eras el indicado", dijo Chakas. "Ella viene a nosotros al nacer—"

"Ya lo has dicho."

"Y nos dice lo que debemos hacer."

"¿Cómo podría ella saber cómo me vería?"

Chakas descartó esto. "Le debemos nuestras vidas a la Bibliotecaria, todos nosotros."

Una Trabajadora de Vida tan poderosa como la Bibliotecaria ciertamente tenía los medios para imponer un comando genético de generaciones sobre los objetos de su estudio. Tal coacción en tiempos pasados habría sido llamada un *geas*. Algunos estudiantes del Manto incluso creían que los Precursores habían impuesto un *geas* sobre los Forerunners...

Me estaba arrepintiendo cada vez más de haber abandonado mi armadura en el bote. Necesitaba desesperadamente preguntarle a mi ancilla cómo estos humanos podrían saber que *me* esperaban. "¿Qué harán si me voy a casa ahora y renuncio a esta búsqueda?"

Detrás de nosotros, Riser resopló. Chakas sonrió. Esta sonrisa no mostraba humor, ni un preludio de agresión, sino desprecio, creo. "Si somos tan débiles y nuestro mundo es tan deshonroso, ¿de qué tienes miedo?"

"Cosas muertas", dijo Riser. "Un Forerunner muerto. *Nuestros* muertos son amistosos."

"Bueno, mis ancestros pueden mantenerse en el suelo y yo sería bastante feliz", admitió Chakas.

Sus palabras me picaron. Con un abrupto empujón de confianza, y quizás incluso con un ligero fanfarroneo, empecé a caminar hacia el centro del círculo, separando la niebla con sacudidas de mi pie, buscando los guijarros puestos por generaciones anteriores de *hamanune*. Debía parecer que estaba bailando para dirigirme hacia el centro, mirado con hosca desaprobación por el óvalo de esfinges de guerra que miraban hacia adentro. Armas antiguas, guerra antigua. Las esfinges llevaban las cicatrices de antiguas batallas, guerras que ya a nadie le importaban.

Miré por encima de mi hombro. Chakas estaba inclinado casualmente contra la proa de una esfinge. El rostro severo de la máquina brillaba sobre él como si fuera un sacerdote que lo desaprobaba.

Se necesita mucho para que mi pueblo sea incitado a la guerra, pero una vez incitado, la guerra es llevada a cabo de forma despiadada, en su totalidad, por nuestros Guerreros-Siervos. Hay una especie de vergüenza en ese lento ascenso a la furia total que a los Forerunners no les gusta reconocer. Va en contra del mismo Manto que tanto nos esforzamos por heredar y mantener, pero desafiar a los Forerunners es después de todo mostrar desprecio por el Manto mismo.

Quizás ese era el caso aquí. Monumentos del pasado. Pasiones ocultas, violencia oculta, vergüenza oculta. Las sombras de la historia olvidada.

A unos veinte metros del centro del círculo, un golpe lateral de mi pie en sandalia reveló otra pared negra baja. Más allá de la pared no había más guijarros—ni más marcadores. Me arrodillé para meter la mano en la arena y tamizarla entre mis dedos. La arena fluyó suavemente de regreso al suelo, sin marcas. Pero en mi palma, la arena había dejado un regalo extraño.

Lo giré en mis dedos.

Un trozo de hueso.

Mis huellas no habían dejado rastro. La arena no se pegaba a mis sandalias ni a mis pies, y ni un grano se pegaba a mis palmas, ni a mi piel, en ninguna parte. Una fosa de arena construida para resistir tormentas e intrusiones, construida para los siglos, para nunca ser borrada, para nunca ser completamente olvidada.

Diseñada para matar a cualquier intruso que no siguiera rituales precisos. A cualquiera no bienvenido aquí.

Sobre mí, algo tapó el cielo. Había estado estudiando la arena tan intensamente que no sentí el efecto del suelo ni escuché el sutil sonido de una nave, hasta que su sombra pasó encima y moví mi mirada hacia arriba.

Como había temido, una de las naves mineras de mi padre de intercambio me había encontrado. Renuente a enfrentar la vergüenza de perderme, mi familia sustituta había enviado grupos de búsqueda por todo el sistema, buscando a su protegido.

Permanecí de pie, esperando a que la nave descendiera, esperando a que me elevaran a la bodega y me alejara antes de que siquiera supiera por qué estaba aquí. Me di la vuelta y miré hacia el círculo de las máquinas de guerra. Chakas y Riser no se veían por ninguna parte. Podrían haber descendido por debajo de la niebla, o podrían haber regresado corriendo a través del deslumbrador, en dirección a los árboles.

La nave minera era algo feo, hosco, totalmente práctico. Su vientre estaba repleto de agarraderas sin ocultar, levantadores, cortadores, batidores. Si el amo de esta embarcación así lo deseaba, sus motores podrían fácilmente convertir todo el Cráter Djamonkin en un tornado humeante de roca y mineral en remolino, tamizando, levantando y almacenando cualquier componente que deseara transportar de regreso.

Odiaba lo que representaba.

Lo odiaba todo.

La embarcación continuó su lento y constante deslizamiento sobre el cráter. La arena no se hundió bajo la presión de sus levantadores, las rocas no temblaron; no oí más

que una sutil avalancha, como un viento entre los árboles. Bajé los hombros y me arrodillé en sumisión; no tenía elección. Podría volver a escapar, pero lo dudaba.

Después de un rato, el borroso borde opuesto de la sombra de la nave cruzó mi cuerpo y la luz del sol se esparció de nuevo hasta el otro lado del arenoso yermo. La embarcación minera se elevó lentamente, con gracia torpe, luego aceleró y voló sobre el pico. Siguiendo adelante.

No podía creer mi buena fortuna. Tal vez el engaño de la isla podía ocultarnos de las sondas de búsqueda profunda de una nave minera...

Mi alivio duró poco. Oí un lamento melódico. Chakas y Riser se habían unido en una horrible canción. Eso no tenía ningún sentido. La arena, que había resistido la inmensa presión de la nave minera, ahora giraba bajo mis pies y me volcaba. Ondas me empujaron, levantándome como una ola. Caí de costado y fui arrastrado en espiral hacia el muro de piedra. Me raspé fuerte contra la lava áspera. El movimiento se detuvo, pero una depresión precisamente hemisférica descendió frente a mí. En su centro, un cilindro blanco coronado con un capitel de piedra negra se elevó lentamente a una altura de más de cincuenta metros.

Chakas y Riser cesaron sus lamentos. La isla quedó en silencio. No tenía opinión, no hacía comentarios.

La embarcación Minera había desaparecido de la vista detrás del pico, luego había girado hacia el norte, y ahora estaba casi sobre el horizonte.

Mis compañeros reaparecieron, levantándose a través de la baja neblina. Riser salió corriendo a lo largo de los marcadores, los brazos extendidos en balance oscilante, y se puso de pie sobre la pared interior, mirándome desde arriba. Se agachó, los dedos de los pies clavados en el borde.

"Grande", él dijo. "¿Te está buscando?"

"No es fácil ocultar algo de una nave Minera", comenté. "Escanean arduamente y profundamente."

"Es un lugar especial", dijo Riser.

Chakas se nos acercaba, escarbándose de nuevo los dientes con una fibra de palma—un gesto que parecía creer que revelaba sofisticación. "Funcionó", él dijo, oscureciendo sus ojos.

"¿Cantaron para que se fuera?" Les pregunté.

"Nada de canciones", dijo Riser. Se miraron el uno al otro, y se encogieron de hombros.

Me di la vuelta para examinar la columna que sobresalía de la depresión. Definitivamente Forerunner, pero demasiado prominente para un Durance. En color y forma, parecía encajar en el severo estilo de un marcador que uno podría encontrar fuera de un templo de batalla, conmemorando el pesar y la pena eterna. Un monumento militar estaba ciertamente más en sintonía con las esfinges de guerra.

Caminé hacia la depresión y me quedé de pie en el borde por un momento, considerando mis opciones. La isla había sido visitada frecuentemente por los *hamanune*. Ellos exploraron,

construyeron muros, trazaron senderos, siguieron desafiando al deslumbrador.

Hice rodar el hueso en mis dedos.

Entonces, como si se hubieran rendido, los humanos se habían marchado—dejando que la isla descansara sobre su propio enigma. Sin embargo, en los últimos tiempos, los visitantes—la mayoría Florians, supongo—habían comenzado de nuevo a cruzar el lago lleno de merse, como anticipando un cambio, un despertar. Siguiendo su *geas*. La Bibliotecaria, obviamente, había sintonizado a estos pueblos para una tarea particularmente muy difícil.

Y ahora—la canción.

Todos estábamos siendo manipulados. Podía sentirlo. ¿Pero con qué propósito?

La pareja miraba con curiosa expectación desde la pared interior. "¿Alguna idea?" Llamó Chakas.

"Ve adelante", sugirió Riser, agitando los dedos. "Te da la bienvenida."

"Eso no lo sabes", le dijo Chakas al Florian.

"Lo sé", insistió Riser. "Ve al fondo. Tócalo."

Yo había estudiado casi todas las fuentes de mitos y tesoros sobre los Precursores. Pero ahora estaba esforzándome por recordar otros relatos... relatos que había oído en mi juventud sobre las extrañas prácticas de una clase alta de Guerreros-Siervos conocidos como *Prometeos*: prácticas anticuadas y raramente vistas hoy en día—es decir, en los tiempos de mi familia. Prácticas que implican secuestro y autoexilio.

En los archivos de los buscadores de tesoros, estos relatos iban seguidos inevitablemente de advertencias. Si uno se encuentra con algo llamado un *Cryptum*, o un *Torreón Guerrero*, uno debería dejarlos en paz. La violación de un Cryptum, fuera lo que fuera, traía consecuencias desagradables, y no la menor de ellas implicaba enfurecer al altamente protecciónista gremio de los Guerreros-Siervos.

Eso también podría explicar por qué la nave Minera siguió adelante.

Posiblemente por primera vez en mi vida, decidí pensar un poco antes de tomar cualquier acción imprudente. Me alejé de la depresión, me uní a los humanos en la pared y me senté junto a Chakas. Él levantó su sombrero de fronda de palma y se limpió la frente.

"¿Demasiado calor para ti?" él preguntó.

"Sus gritos... su canción. ¿Dónde la aprendieron?"

"Nada de canciones", dijo Riser otra vez. Parecía perplejo.

"Díganme más sobre la Bibliotecaria", les dije. "Ella los protege. Los marca al nacer. ¿Cómo hace para marcarlos?"

"Ella no nos marca. Ella nos visita", dijo Chakas. "Se nos dice quiénes somos y por qué estamos aquí. Aunque no sea secreto, es difícil de recordar."

"¿A cuántos jóvenes Forerunner tontos han traído a este lugar?" Les pregunté.

Chakas sonrió. "Eres el primero", él dijo, y luego retrocedió como si yo pudiera golpearlo.

"La Bibliotecaria les dijo que trajeran a un Forerunner aquí, ¿no es así?"

"Ella vela por todo", dijo Riser y se golpeó los labios. "Una vez fuimos grandes y muchos. Ahora somos pocos y pequeños. Sin ella, estaríamos muertos."

"Riser, tu familia ha conocido esta isla desde hace mucho tiempo", dijo Chakas. "¿Desde cuándo? ¿Mil años?"

"Por más tiempo."

"¿Nueve mil años?"

"Tal vez."

Desde el momento en que la Bibliotecaria se hizo cargo de Erde-Tyrene. Desde que los humanos fueron involucionados y exiliados aquí.

Un Torreón Guerrero, si eso era lo que esto era, escondido en un planeta de exiliados. Estaba detectando un patrón, pero no podía enfocarlo. Algo sobre la política Forerunner y la guerra humana... Nunca me había importado mucho ese tipo de historia. Extrañaba mucho a mi ancilla. Ella podría haber recuperado la información que necesitaba casi instantáneamente.

El sol estaba en el oeste. Pronto caería detrás del pico central y estaríamos en la sombra. Ahora, sin embargo, el calor de la isla anillo era más intenso, y me sentía incómodo, sentado en la pared negra, rodeado de arena blanca y deslumbrante—una arena disciplinada, hecha para permanecer aquí durante siglos.

Me puse de pie, me decidí y me alejé de la depresión y de la columna. "¡Llévenme de vuelta a la playa! Llamen al bote."

Los dos parecían incómodos. "El bote no regresará en días", dijo Chakas.

Supongo que se habrían alegrado de abandonar a un tonto joven Forerunner aquí, escapando con su armadura, escabulléndose de vuelta a Marontik. Pero no tenía sentido para ellos estar atrapados aquí con su desafortunada víctima.

Entrecerré los ojos. El sol me hacía daño en la vista. "En realidad no planearon nada de esto, ¿verdad?" Les pregunté.

Riser sacudió la cabeza. Chakas sopló su cara con su sombrero. "Pensamos que ibas a hacer algo emocionante."

"Todavía lo estamos esperando", dijo Riser.

"Donde vivimos es aburrido", dijo Chakas. "Ahí fuera..." Barrió con su mano hacia arriba y alrededor de la vasta y caliente tonalidad azul. "Tal vez tú y yo, nos sentimos aplastados por la monotonía. Tal vez tú y yo, pensamos igual."

Algo agarrotó mi cuello, luego hizo que me doliera la cabeza, pero no fue el último resplandor del sol. Podía *sentir* a los dos humanos a mi lado, sentados tranquilamente en la pared de roca, pacientes, aburridos—sin prestar atención al peligro. Como yo en muchos sentidos.

Demasiado como yo.

Hay puntos en la vida en los que todo cambia, y cambia a lo grande. Los viejos textos sofísticos se refieren a estos puntos como sincrónimos. Los sincrónimos supuestamente unen a grandes fuerzas y personalidades. No puedes predecirlos y no

puedes evitarlos. Sólo en raras ocasiones puedes *sentirlos*. Son como nudos que se arrastran a lo largo de tu cadena de tiempo. En última instancia, te atan a las grandes corrientes del universo—te atan a un destino común.

"Todo este cráter es un misterio", dijo Chakas. "He soñado con ello toda mi vida. Pero si entro en este círculo, o me alejo de las líneas del laberinto, me matará. Sea lo que sea, no le gustan los humanos. La arena baja por nuestras gargantas. Cuando estamos muertos, la arena vuelve a salir. Ahora, te traemos, y todo cambia. Este lugar te reconoce."

"¿Por qué algo valioso o interesante estaría atrapado aquí, en un mundo cubierto de *humanos*?"

"Ve a preguntar", sugirió Riser, señalando la columna. "Pase lo que pase, cantaremos tu historia en el mercado."

El atardecer estaba sobre nosotros, pero el aire se mantuvo caliente y quieto. Sabía que tenía que ir a la columna. Si no podía lidiar con un Cryptum, entonces era casi seguro que, cuando llegara el momento, me faltaría el valor cuando me enfrentara a algo mucho más antiguo y extraño.

Me tiré de la pared y di un paso. Entonces, volví a mirar a los dos humanos.

"¿Lo sienten?" Les pregunté.

Riser hizo un círculo con dos dedos y los movió—sí—sin dudarlo, pero Chakas preguntó, "¿Sentir qué?"

"Los lazos que nos unen."

"Si tú lo dices", dijo Chakas.

Mentirosos. Tramposos. Seres inferiores aptos sólo para ser conservados como ejemplares. Claro que la arena los ahogaría.

Pero no a mí.

TRES

TREPÉ SOBRE EL borde y bajé por la depresión. Primer paso. La arena no se hundió, sino que me sostuvo erguido, como si cada paso hiciera su propio escalón. Segundo paso. Ningún percance.

En unos segundos, estuve de pie junto a la columna, su ancha cubierta negra sobre mí. La oscuridad tropical que se había deslizado a través de la isla era profunda, pero las nubes se separaban y las estrellas en un cinturón difuso y brillante iluminaban la arena, la depresión, el pilar. Me arrodillé. Alrededor de la base se extendía una sola línea de texto en antiguos y abarcadores caracteres de Digon, usados casi exclusivamente por los Guerreros-Siervos—y en la historia reciente sólo por su clase más poderosa, los Prometeos. Yo estaba lejos de familia, rango y clase, pero lo que leí en esos caracteres prácticamente definió mi actitud hacia la existencia:

Eres lo que te atreves a ser.

Todo se acomodó en su sitio. Esto confirmó lo que había sentido antes. Un joven Forerunner, un Manipular inferior, había sido pericialmente reclutado por la ancilla de la Bibliotecaria—por instrucción de la misma Bibliotecaria. Había sido depositado en la isla anillo dentro del Cráter Djamonkin y guiado a una extraña zona de arena blanca custodiada por esfinges de guerra sin vida. Sus guías lo habían instado a cruzar un mortal y árido suelo de arena y piedras, luego, sin que ellos lo supieran, habían cantado una canción preprogramada, y por

primera vez en mil años, el lugar había cambiado—reaccionado, respondido.

Eres lo que te atreves a ser.

El sincrónico estaba definitivamente sobre mí. Por las sensaciones que subían y bajaban por mi espalda y mi cuello, sentí que un bucle conectivo de líneas universales me ataría durante mucho tiempo—quizás para siempre—a los dos humanos que esperaban en la oscuridad, atrás en el círculo de piedra. Me preguntaba si lo sabían.

Extendí mi mano y la puse sobre la superficie lisa de la columna. La fría piedra parecía temblar entre mis dedos. Una voz vibró por mi brazo y resonó en los huesos de mi mandíbula.

"¿Quién convoca al Didacta desde su viaje meditativo?"

Estaba atónito y me quedé inmovilizado. Mis pensamientos destellaban de pánico y asombro. Las historias aún resonaban a través de miles de años.... ¡El Didacta! Aquí, rodeado de la última población humana de la galaxia... Ni siquiera un tonto como yo podría creer tal cosa. No tenía ni idea de qué hacer o decir. Pero desde la oscuridad detrás de mí, los humanos comenzaron a cantar de nuevo. Y con ese lamento, ese canto vacilante, el tono de la voz de la columna cambió su desafiante sonoridad.

"Un mensaje de la propia Moldeadora de Vida, transmitido de una manera extraña... pero el contenido es correcto. ¿Es tiempo de levantar al Didacta y devolverlo a este plano de la existencia? Un Forerunner debe dar la respuesta."

En realidad, sólo había una respuesta sensata: *No. Lo siento. ¡Déjenlo en paz! Nos vamos ahora...*

Pero eres lo que te atreves a ser, y la oportunidad de conocer a este héroe, enemigo de todos los humanos... Sólo el más tonto de los jóvenes Forerunners se atrevería a esto, y así, una vez más, yo había sido bien elegido.

"L-le-levántalo", le dije. "¿Quieres decir, traerlo de vuelta...?"

"Tráelo de vuelta. Un Forerunner ordena esto. Apártate, joven mensajero", instruyó la voz. "Retrocede lo suficiente. Este es un sello milenario, sostenido por la sabiduría de Harbou, endurecido por la fuerza de Lang—y la fuerza de su ruptura será grande."

CUATRO

LA ARENA DENTRO de la depresión se arremolinaba hacia afuera en crestas en espiral, enrollándose alrededor de mis pies, pero sin molestarme. La columna parecía derretirse, fluir hacia la arena. El movimiento se profundizó, revelando un gran recipiente ovoide originalmente enterrado a metros bajo la superficie. Me alejé, para no tropezar y quedar atrapado en la excavación.

Los dos humanos y yo volvimos a esperar en la pared, esquivando la arena mientras se desbordaba por encima y formaba pilas cónicas por todos lados.

Eventualmente, la excavación se convirtió en un pozo.

El gran recipiente de cobre y acero, de más de diez metros de alto y al menos de ese ancho, brillaba como recién forjado.

Riser estaba balbuceando para sí mismo, sin duda cantando pequeñas plegarias a pequeños dioses. O quizás los *hamanune* tenían dioses más grandes, dioses enormes, para compensar. Chakas no hacía otra cosa que mirar y saltar a un lado cuando era necesario.

Ya era suficientemente malo que un Forerunner de otro rango perturbara el Cryptum del Didacta, pero si en verdad este recipiente llevara al gran guerrero Prometeo, podría estar severamente disgustado al encontrarse en presencia de los descendientes de su antiguo enemigo.

Otra vez la voz retumbó en los huesos de mi cráneo.

"Distancia mínima de seguridad, cincuenta metros. Apártense. El sello milenario se romperá en cinco, cuatro, tres, dos..."

"Aparten la mirada", les dije a los dos humanos. Como uno solo, todos desviamos la mirada.

Escuché un crepitante estruendo y vi incluso a través de mis palmas un destello de azul transcrónico. Reveló los huesos de mi mano. Lo sentí en mis vísceras. Me hacía sentir inmensamente viejo, como si pudiera desmoronarme hasta convertirme en polvo. Parecía sentir profundos pulsos de memoria de todos los que habían escogido entrar en un Cryptum y todavía estaban sellados en profunda trascendencia meditativa, unidos, hermanos y hermanas en el eterno *xankara*.

La noche fue iluminada por otro destello, éste de un blanco puro, atravesado por arcos de fuego verde. Detrás de nosotros, a través de la selva, las hojas de las palmeras se balanceaban salvajemente, atrapadas por los vientos cambiantes. Miré en todas las direcciones menos hacia el recipiente Cryptum.

Entonces todo acabó. El pozo quedó en silencio. Las imágenes remanentes danzaron a través de la oscuridad y se desvanecieron. Ahora aparecían las primeras estrías del amanecer. Parecía que sólo habían pasado unos segundos, y, sin embargo, la mañana había llegado. Pronto estaba claro, y se nos permitió ver claramente lo que habíamos hecho.

El recipiente ovoide se había separado en tres secciones por encima de la línea media de su cinturón. Las secciones se habían abierto hacia afuera como el cáliz protector que se derrumba

para desvelar una flor. Pero la gran figura así revelada no era tan bonita como una flor. De hecho, acurrucada como un embrión monstruoso y arrugado, parecía un gran cadáver arrugado por el tiempo—momificado.

Allá en la ciudad, me habían ofrecido recorridos por catacumbas llenas de humanos muertos, un vergonzoso comportamiento típico, pensé, de estos seres degradados. Hay cosas de las que no tengo curiosidad. Pero ahora, estaba viendo la vergüenza mortal de un Prometeo. No tenía idea de lo que pasaba dentro de un Cryptum ni de por qué un Forerunner de tal fama y jerarquía elegiría tal exilio, ya fuera por penitencia o locura...

Al principio, no escuché el acercamiento de las esfinges. Desde su círculo congelado, tres de las máquinas habían desplegado grandes patas curvas y ahora caminaban sobre las bajas paredes de roca negra. Entre las patas que se balanceaban y las garras brillaba y fluía luz azul sólida. La más cercana de las esfinges desplegó cuatro brazos desde justo debajo del puerto de su cabina de control vacía y tejió cables plateados en una red holgada. Entonces, la esfinge nos pasó por encima y descendió al pozo. Al otro lado del círculo, otra esfinge también descendió, y llegó hasta el Cryptum abierto para levantar suavemente el cuerpo arrugado del Didacta.

Con infinita paciencia, las máquinas envolvieron el cuerpo en la red, y luego se retiraron del pozo, la red y su contenido oscilando lentamente entre ellas. Cargaron al Didacta justo por encima de nosotros, y yo miré la piel arrugada, el mínimo de ropa ocultando las caderas huesudas del cuerpo. No podía ver ni la cara ni la cabeza, pero recordé a los Guerreros-Siervos que habían visitado a mi familia en Orión... Poderosos, ferozmente

apuestos, dándome en mi fresca y tranquila casa de infancia tanto visiones de fuerza como pesadillas de gran destrucción.

Como un Prometeo al completo de los Guerreros-Siervos, el Didacta, revivido y sin encogerse, podría haberse elevado al doble de mi altura y pesar entre cuatro y cinco veces mi masa. Sus hombros por sí mismos podrían haber sido tan anchos como mis brazos extendidos. Pero ahora, sin armadura, vivo o muerto, parecía tan vulnerable y feo como un pájaro recién nacido.

Con paso humilde y con los pies desviados, seguí las máquinas y salté sobre las paredes, ignorando el camino prescrito. Chakas no dijo nada mientras caminaba detrás de mí. Riser siguió las huellas ceremoniales de sus antepasados y se quedó atrás.

"¿De verdad, es esto un tesoro?" Chakas preguntó con dudas.

"No es un tesoro", le dije. "Es un desastre. Cualquier Forerunner que moleste un Cryptum... Castigos. Deshonra."

"¿Qué es un 'Cryptum'?" Preguntó Chakas.

"Una bóveda entre las edades. En busca de sabiduría, o para huir del castigo, alguien de rango maduro podría escoger el camino de la paz sin fin. Sólo se permite para los más poderosos, cuyo castigo podría ser molesto para las jerarquías Forerunner."

"Lo sabes, ¿pero lo has abierto? ¿Ellos también castigarán a los humanos?"

Sin defensa, sin excusas. Sentí vergüenza y miseria a la vez. "No fui yo—no sólo yo. Ustedes cantaron la canción correcta y ellos los escucharon", les dije.

"¿Estás feliz de compartir la culpa?"

Riser nos había alcanzado, corriendo y balanceándose, con los brazos abiertos. "No cantamos nada", dijo el pequeño humano. Chakas se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

Me maravillaba de su temeridad, de que no desaparecieron en la jungla. Las esfinges de la guerra rompieron la elipse de sus compañeras todavía congeladas y, sin disminuir la velocidad, pasaron a través, luego se lanzaron y se estrellaron contra la selva.

Dos esfinges más de las doce esfinges originales se elevaron sobre extremidades que chispeaban de azul, articulaciones vivas con luz sólida, y siguieron a las otras a través de un sendero despejado de vegetación desmenuzada.

"¿Qué vamos a hacer?" preguntó Chakas mientras nos abríamos paso entre palmas y arbustos rotos.

"Esperar represalias", le dije.

"¿Nosotros también? ¿De verdad?"

Los miré y sentí lástima. Estas esfinges de guerra probablemente habían matado a muchos de los ancestros de Chakas... Los humanos deben haber pecado mucho contra el Manto para merecer tal destino.

CINCO

LAS ESFINGES SE desplazaban en círculos hacia el este sobre la isla anillo, y gradualmente se dirigían hacia el exterior desde la orilla interior. Siguiendo su estela despejada, finalmente llegamos a la playa opuesta y miramos a través del amplio lago exterior, hacia el lejano borde del cráter.

Las esfinges transportaban su carga hacia un edificio bajo y plano, construido de metal fundido desnudo, gris y angular. Esta estructura carecía de los nodos y proyectores que creaban las conchas exteriores ornamentadas comunes en la arquitectura Forerunner. De hecho, desde el cielo, podría haber parecido un depósito olvidado, y contra la línea de palmeras altas, desde el lago, apenas se habría notado. Cada vez más misterioso.

Las cuatro esfinges se acercaron en filas de dos. La pareja que llevaba al Didacta se detuvo ante una amplia rampa descendente—la entrada. Escuché el sonido de enormes puertas abriéndose de par en par. Las esfinges bajaron por la rampa hacia el interior del edificio.

Las otras dos se hincaron contra el suelo y doblaron sus piernas y brazos con ligeros remolinos y gemidos. El brillo azul de sus articulaciones se atenuó y desapareció.

Pasamos lentamente por delante de la pareja inmóvil, asustadizos, inseguros de que fueran guardianes o simplemente monumentos una vez más. El más valiente de todos, Riser se detuvo para palmejar la superficie picada de la máquina más

cercana, provocando una exclamación de Chakas—"¡No hagas eso! Podrían vaporizarnos."

"No conozco eso", dijo Riser, ojos entrecerrados, orejas arriba, labios rectos. Sin duda esta era su cara de coraje.

De hecho, las esfinges se veían tan estériles y antiguas como siempre. Me asomé a la entrada. La arena había bajado por la rampa, marcada por los diminutos pasos de las otras esfinges. La oscuridad yacía en el fondo.

Las puertas seguían abiertas. *Eres lo que te atreves a ser.*

"Quédate aquí", le dije a Chakas, y empecé a bajar por la rampa. Él alcanzó a agarrar mi hombro.

"No es asunto tuyo", él dijo, como si estuviera preocupado por mi seguridad. Suavemente le quité la mano. El toque de su carne no era tan repugnante como yo pensaba. Se sentía un poco diferente a la piel de un joven Forerunner—la mía.

Ciertamente en realidad no podríamos ser hermanos, ambos formados por los Precursores...

"Creo que la Bibliotecaria nos quería a *todos* aquí", le dije. Mi miedo se había fundido con mi audacia y alguna otra cualidad que confundí con coraje, formando una estúpida resolución. Yo era como un insecto volando hacia una llama, convencido de que prometía, sino una justificación y salvación completa, al menos una aventura suprema. "Alguien les introdujo mensajes en la cabeza antes de que nacieran. Alguien les dijo que atrajeran a un Forerunner. Cantaron los códigos apropiados, y el Cryptum se abrió."

Chakas formó su boca en una O, luego se arrodilló y sostuvo sus brazos sobre su cabeza, mirando hacia un lado de la rampa. Riser se le unió, mirándome como si no estuviera seguro de que esta era la forma correcta de observar el ritual. "La Bibliotecaria toca todo", dijo Chakas, y juntos se sumergieron en cánticos susurrados.

Continué bajando hacia la oscuridad. La primera cámara dentro del edificio era ancha y húmeda, cuatro veces mi altura—apenas lo suficiente para admitir las esfinges. El frío se acumulaba mientras el aire caliente se arremolinaba por encima de mi cintura. Una tenue luz verdosa creció en la oscuridad y vi, en su contorno, las esfinges enfrentadas sobre un amplio foso lleno de líquido plateado. El arnés que contenía al Didacta colgaba entre las esfinges, apenas a unos centímetros por encima de la piscina. Me agaché tan cerca cómo me atreví a llegar al borde.

A mi alrededor, durante los siguientes minutos, todo estaba quieto.

Entonces, la voz estridente se dirigió de nuevo a mí:

"Forerunner, ¿eres testigo de este regreso?"

Intenté echarme para atrás, pero una brillante luz blanca descendió desde el techo de la cámara y me sujetó. La luz brilló y me quitó la voluntad de moverme.

"¿Lo atestiguas?"

"Lo atestiguo", dije, mi voz baja y trémula.

"¿Hablas por este que está a punto de ser convocado?"

"Yo... no sé qué decir."

"¿*Hablas*?"

"Hablo... por este."

"*¿Defiendes la decisión de traer al Didacta de vuelta de la paz intemporal?*"

Para mí, el cuerpo arrugado parecía muerto. Me preguntaba si eso significaba que el Didacta estaba a punto de ser resucitado—algo que me habían enseñado era imposible. Claramente, no entendía nada de lo que estaba pasando, pero por ahora conocía el procedimiento lo suficiente como para sólo decir, "Defiendo la decisión."

Desde el techo de la cámara, cuatro secciones de cintas de armadura personal, lo suficientemente grandes como para un Prometeo completo, cayeron lentamente a través de las dilataciones. Las piezas flotaban a ambos lados del arnés, y de ellas salían largos tentáculos transparentes como el cristal, que rápidamente se llenaron con tres líquidos de colores—los electrolitos básicos y los nutrientes necesarios para largos viajes. La mayoría de las armaduras Forerunner estaban equipadas para mantener vivo al portador durante años sin sustento externo.

"*Acércate*", instruyó la voz. "*El Didacta no es consciente de este reino. Adminístrale los fluidos revitalizantes.*"

Todo mi cuerpo se estremeció, pero entré en la piscina y anduve entre el líquido plateado. Mis piernas se calentaron. Los tentáculos se enroscaron hacia mí, no agresivamente, sólo ofreciéndose, esperando.

Las esfinges habían extendido la red de tal manera que se abría en la parte superior, revelando la forma enroscada. El

rostro del Didacta era ahora visible por primera vez. Era de hecho una cara fuerte, la piel estirada contra el cráneo natural debajo.

"Aplica los electrolitos", me dijo la voz. Obligatoriamente, el tentáculo lleno de rojo se movió hacia delante, y yo lo agarré.

"¿En su boca?" Le pregunté.

"Empuja a través de los labios. La deshidratación se revertirá. El rigor quedará suspendido."

Me incliné, intentando no tocar los brazos arrugados y no lo conseguí. La piel no estaba fría, sino caliente...

El Didacta no estaba muerto.

Tropecé la punta del tentáculo, una estrecha espiga, contra los labios secos del Didacta, y luego los separé, revelando unos dientes anchos, de color blanco grisáceo. La espiga liberó una inundación de líquido rojo entre las mandíbulas apretadas. La mayor parte se derramó por las mejillas arrugadas y se escurrió hacia la piscina.

Luego apliqué dos tonos de fluido azul. Surgió un crujido dentro de la red—el enorme cuerpo en realidad se agitaba. Las secciones de armadura se flexionaron sobre el Didacta como si estuvieran ansiosas por abrazarlo y protegerlo.

"La intemporalidad es profunda. Él está regresando, pero lentamente. Levanta y estira sus brazos, *suavemente*", instruyó la voz. Si el brazo no estuviera arrugado, el peso podría haberme derrotado. Pero hice lo que me dijeron. Caminé alrededor de las esfinges, levanté y giré el otro brazo, luego enderecé y flexioné

las piernas—casi tan rígidas como la madera—hasta que la piel adquirió un brillo diferente y volvió una especie de flexibilidad.

Seguí todas las instrucciones de la voz que vibraba a través de mi mandíbula, masajeando y limpiando al Didacta con un manojo de líquido plateado mientras él absorbía más líquidos renovadores. Durante las siguientes cuatro horas, ayudé a restaurar cuidadosamente al marchito Prometeo desde su largo sueño, desde ese profundo y meditativo exilio que era una tenue leyenda entre los Forerunners de mi edad.

Devuélvelo de la alegría y la paz del espacio eterno.

Sus ojos reumosos se abrieron. Dos lentes protectoras cayeron y él parpadeó, y luego me miró con una terrible mueca. "Te maldigo", él murmuró, su voz como rocas rechinando en el suelo de un océano profundo. "¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo he estado aquí?"

No dije nada. No tenía ni idea de cuánto tiempo.

Él se agitó y se esforzó, pero la red lo refrenó, para que no se moviera demasiado rápido, demasiado pronto. Después de un tiempo incómodo, cayó de espaldas, exhausto y se le escaparon líquidos por la nariz y los labios. Intentó hablar, pero fue difícil.

Se las arregló otra vez para pronunciar—una pregunta. "¿Ha sido la maldita cosa finalmente disparada?"

"Vete ahora. Está hecho", me dijo la voz.

Salí precipitadamente de la piscina y dejé la cámara. Los humanos me esperaban, pero yo estaba demasiado emocionado y asustado para hablar.

SEIS

EL TIEMPO EN la isla anillo parecía suspendido.

Algo en el fluido plateado, en las salpicaduras de los líquidos restauradores—en el aura de paz perturbada que había rodeado al Didacta—me había afectado profundamente. Sentí que había sido bañado en historia, llevado a la deriva a través del tiempo mismo.

Soles salían y se ponían, pero no estaba seguro de que fueran el mismo sol, ni de que el cielo nocturno fuera el mismo cielo—todo parecía diferente. Los dos humanos se quedaron cerca, como mascotas preocupadas. Nos quedamos dormidos juntos. Su toque ya no era repugnante. Me ayudaron a mantenerme caliente. A su debido tiempo, nunca entendería a los humanos, pero podría sentir cierto afecto por ellos. De hecho, dormí por primera vez desde la infancia, confirmándome a mí mismo que era la armadura la que liberaba a los Forerunners de este acto natural.

Después de diez días, el Didacta se aventuró a salir de la cámara para hacer ejercicio. Su piel había perdido la mayor parte de su aspecto arrugado y había adquirido un color rosado grisáceo más natural. Seguía sin llevar armadura, quizás porque estaba decidido a recuperarse completamente, sin ayuda. Silencioso, taciturno, no pidió compañía, y evitamos sus caminos. Aun así, noté los cambios que su regreso desde la eternidad había traído a este lugar.

Todas las esfinges de guerra estaban ahora activas. Se movían con propósito por la isla, abriendo nuevos senderos a través de los árboles, aunque siempre dejaban intactas las verdes y frondosas copas de los árboles. Supuse que estaban estableciendo puntos de observación y líneas de comunicación entre posibles posiciones defensivas. Tales preparaciones parecían antiguas y peculiares, por no decir más. Quizás el Didacta no había regresado con su inteligencia intacta.

Una vez, observamos dos esfinges fusionándose para crear una unidad más grande, pero con la misma expresión severa y crítica tallada en la superficie delantera.

Desde cerca de la rampa, donde Chakas y yo almorcábamos frutas y cocos, observamos el regreso del Didacta de una caminata que había comenzado con un desplazamiento hacia el este, y que ahora terminaba con su regreso del oeste—un circuito completo de la isla, siguiendo los nuevos senderos.

"¿Qué está *haciendo*?" Preguntó Chakas, con la boca llena.

"Reconocimiento. Preparando su defensa", supuse.

"¿Defensa contra qué?" Preguntó Chakas, incrédulo.

Me preguntaba si estos humanos sabían lo afortunados que eran, que él no los había aplastado ya con sus grandes manos, o había hecho que las esfinges los quemaran hasta hacerlos cenizas.

El Didacta descendió por la rampa, prestándonos tan poca atención como si fuera un arbusto soplado por el viento o una dispersión caprichosa de pájaros.

"¿Por qué estamos aquí?" Chakas me preguntó, su voz callada. "¿Qué es él para la Bibliotecaria?"

"Su marido", le dije. "En las antiguas leyendas, estaban casados."

Chakas parecía conmocionado, y luego disgustado. "¿Los Forerunners se *casan* entre sí?"

Para ser honesto, yo también estaba incrédulo. ¿Cómo podría formarse una alianza tan íntima entre el enemigo supremo de los humanos y su último y más grande protector?

Le expliqué simplemente para pasar el tiempo. "Los Forerunners se casan por muchas razones, pero se dice que los rangos inferiores se casan más a menudo por amor. Esto permite enlaces extraños. Los humanos nunca lo entenderán. Tus propias costumbres son demasiado primitivas."

Chakas recibió esto con menos que perfecta gracia. Él maldijo en voz baja y se fue por la selva. Lo consideré notablemente obtuso, poco dispuesto a aceptar su puesto en la vida.

Riser se aventuraba constantemente solo en la selva, y traía más frutas y unos cuantos cocos. Parecía despreocupado por lo que podría pasar después.

El Didacta permaneció en la cámara esa noche mientras yo caminaba por la selva con mis humanos. (La propiedad parecía una relación más apropiada que la hermandad.) Luego nos reunimos en la playa interior bajo las brillantes estrellas. Mi aprehensión y entumecimiento se habían disipado y ahora eran—demasiado típicos, me temo—sustituidos por el aburrimiento.

Habíamos servido a nuestro propósito. Ya no éramos necesarios, obviamente. Si no fuéramos a ser asesinados o arrestados, si el Didacta nos ignorara, entonces quizás podríamos ir a la orilla exterior y encontrar un bote.

Pero Chakas no lo creía así. Señaló que el perfil del pico central del cráter había cambiado. "Ellos lo verán desde el borde. Eso detendrá a cualquier bote de venir aquí."

No me había dignado a ser tan observador. Generalmente, la armadura personal mantenía un registro de los pequeños detalles de la vida, dejando a los Forerunners libres para dedicarse a pensamientos elevados. "¿Qué ha cambiado?" Le pregunté, irritado. "Está oscuro. Todavía tiene árboles alrededor de su base y rocas desnudas hasta la cima."

"Creo que las máquinas están pasando por encima y trabajando allí", él dijo. "De todos modos, algo está moviendo rocas."

"Las esfinges son máquinas de guerra, no excavadoras."

"Tal vez haya otras máquinas."

"No las vemos", le señalé. "Y no oigo nada."

"Mañana", sugirió Riser, y desapareció entre los árboles, para no volver durante horas. Chakas y yo nos abrimos camino hacia la orilla exterior.

La noche siguiente, intentamos seguir a Riser en una de sus excursiones. Aparentemente, al pequeño humano se le permitía vagar libremente, porque una solitaria esfinge de guerra se deslizó rápidamente entre los árboles y se plantó sobre patas curvas, bloqueándonos a Chakas y a mí.

"¿Acaso somos *prisioneros*?" Le grité.

No dio ninguna respuesta.

Chakas agitó la cabeza, sonriendo.

"¿Qué es lo gracioso?" Pregunté mientras caminábamos de regreso por el camino que habíamos recorrido, seguidos por la esfinge flotante. Riser corrió hacia nosotros con un pequeño montón de nueces.

Chakas gritó tras él, no con ira, sino con humor. "Los *Hamanush* son libres de ir y venir", él dijo. "Se jactará de ello si llegamos a casa. Parece que es nuestro superior aquí."

"Su cerebro es más pequeño que el tuyo", le dije.

"Y el tuyo es más pequeño que el del Didacta, apostaría."

"No", le dije, y estaba a punto de explicar las formas de mutación de Manipular a rangos más altos y formas más grandes, mientras regresábamos al claro alrededor de la cámara semienterrada.

Pero mis palabras fueron ahogadas.

El Didacta estaba sentado en una postura de pensamiento silencioso sobre la pared izquierda de la rampa. Sus ojos oscuros nos siguieron por primera vez como si mereciéramos un poco de atención. Gruñó y descendió de la pared con nueva agilidad. "Manipular", él dijo. "¿Por qué están estos humanos aquí?"

Chakas y yo nos quedamos de pie ante el Prometeo, atrapados en un silencio espantoso. Eso era todo, pensé—el momento del juicio y el castigo.

"Dime, ¿por qué *humanos*?"

"Este es *nuestro mundo*", dijo Chakas, en una justa imitación de la exaltada gramática y tono del Didacta. "Tal vez deberíamos averiguar por qué estás aquí."

Quise poner mis manos alrededor de su boca, y me di vuelta para regañarlo, pero el Didacta levantó un poderoso brazo. "Tú", él dijo, señalándome. "¿Cómo llegó a suceder esto?"

"El humano está diciendo la verdad", le dije. "Este es un planeta reservado para su ocupación. Vine aquí buscando artefactos. Estos humanos me llevaron a tu lugar de descanso. Tienen un *gea*—"

"Un Cryptum no debe ser violado", él interrumpió, mirando hacia el cielo. "Uno de ustedes encontró la forma de abrir mi recipiente. ¿Quién? ¿Y cómo?"

Su tristeza era como un paño que cubría la playa y la selva. Para mí, en presencia de un Forerunner tan veterano, parecía como si el mismo aire se llenara de su cansada melancolía.

"Los humanos cantaron canciones", le respondí. "El Cryptum se abrió."

"Sólo hay una Forerunner que podría ser tan retorcida", dijo el Didacta, suavizando su voz. "O tan inteligente. Estabas a punto de decir, los humanos tienen un *geas*. Alguien los infundió con códigos en su infancia, o más temprano—genéticamente."

"Creo que podría ser así."

"¿Cuánto tiempo ha pasado?"

"Quizás mil años", le dije. "Un sueño muy largo."

"No se *duerme*", dijo el Didacta. "Entré en el Cryptum en otro mundo. Alguien me trajo aquí. ¿Por qué?"

"Somos herramientas de la Bibliotecaria", dijo Chakas. "Nosotros le servimos."

El Didacta examinó al humano con desagrado. "Con mis esfinges, alguien me ayudó a reanimarme."

"Yo lo hice", le confirmé.

"Esperaba levantarme triunfante y reconocer mi sentencia—pero, en cambio, me encuentro frente a jóvenes tontos y a la descendencia de antiguos enemigos. Esto es peor que la desgracia. Sólo una razón más... una provocación más haría que la Bibliotecaria me reviviera bajo estas circunstancias humillantes."

Levantó un brazo, y luego hizo una breve señal en el aire con sus dedos. Las piezas de armadura salieron flotando de la cámara, y el Didacta asumió una posición de vestimenta, los brazos extendidos. Las secciones de armadura rodearon sus miembros, su torso, y finalmente, la parte superior de su cabeza, en brillantes bandas pálidas que flotaban centímetros por encima de su piel. Me sorprendió la humildad del diseño de la armadura. La armadura de mi padre estaba mucho más ornamentada, pero él no era cosa de leyenda. Tales eran las reglas suntuarias de los Forerunners—incluso un gran Prometeo debía vestirse por debajo del estilo de cualquier Constructor.

"Debe haber una razón por la que mi esposa no está aquí para recibirme", dijo el Didacta cuando estaba completamente vestido. Extendió sus brazos hacia las estrellas. Haces le salían

de los dedos, y dibujó varias constelaciones, como ordenando a las estrellas que se movieran. Me sentí extrañamente sorprendido cuando no lo hicieron.

Los haces se atenuaron y se apagaron, y él enrolló sus dedos en puños. "No sabes nada."

"Eso me han dicho", le dije.

"Eres un simple Manipular, y un irresponsable en eso." Él señaló a Riser. "Pequeño humano, conozco a los de tu clase. Eres de forma antigua. Pedí que te preservaran, porque eres pacífico pero lleno de inteligencia. Dignas mascotas para divertir y con bajo ejemplo para instruir a nuestros jóvenes. Pero tú..." Movió el dedo hacia Chakas. "Eres demasiado parecido a los humanos que casi destruyen mis flotas y matan a mis guerreros. Mi esposa se ha tomado libertades. Ella me provoca." Estiró los brazos. La armadura destelló. "Tú me provocas."

La cara de Chakas se nubló, pero, sabiamente, no dijo nada.

El Didacta parecía replantearse cualquier acción violenta. Sus brazos cayeron y la armadura volvió a un estado de protección.

"Manipular, ¿dónde viste la primera luz?" él preguntó.

Le expliqué que mi venerable familia Constructora tenía sistemas habitados desde hace mucho tiempo en y alrededor del complejo nebuloso de Orión, cerca del núcleo Forerunner.

"¿Por qué estás desnudo?"

"Mersedes rodean esta isla", le dije. "No tolerarán máquinas complejas. Mi ancilla—"

"Mi esposa criaba mersedes en nuestro jardín de aguas poco profundas", dijo el Didacta. "Nunca me gustaron mucho. Muéstrame."

SIETE

DE MUY MAL humor, Chakas se quedó atrás del Didacta, Riser y yo mientras caminábamos a lo largo de la orilla exterior, siguiendo uno de los nuevos senderos marcados por las esfinges—que, de hecho, estaban actuando como excavadoras, aparentemente para sorpresa del Didacta también. En verdad, parecía más a menudo consternado que en control de su entorno—más a menudo confundido que iluminado por lo que encontramos.

Él no tenía explicación para la remodelación del pico central.

"Estoy perdido aquí", él dijo mientras mirábamos el lago exterior del Cráter Djamonkin. Estudió a los merse revolcándose. Encontró una roca baja y se sentó de nuevo en esa postura contemplativa que también parecía revelar agotamiento. "Nadie puede decirme por qué no estoy en paz eterna."

"En el exilio", le dije.

Él miró con ojos entrecerrados. "Sí, exilio. Forzado a retroceder por decir la verdad, sabiduría táctica y estratégica, inútil contra las audaces afirmaciones del Maestro Constructor..."

Se detuvo a sí mismo. "Pero esos asuntos no son para los oídos de un Manipular. Dime—¿están terminadas las armas? ¿Han sido usadas?"

Le dije que no sabía nada de armas.

"Eso no tiene importancia. Como Manipular, no tienes necesidad de entender tus mayores circunstancias. Peor aún, sin embargo, aparentemente te enfocas en la ganancia y la riqueza personal. Artefactos Precursores. Sin duda buscas el Organon."

Sus palabras fueron apuñaladas profundamente, no sólo porque eran ciertas. "Soy honesto con mis metas. Busco diversión", le dije. "Las excusas para la aventura son medios para un fin." Le cité: "*Eres lo que te atreves a ser.*"

"Ah", murmuró el Didacta, agitando su gran cabeza. "Así se lo dije a *ella* una vez, y me ha reprendido con eso desde entonces." Miró hacia el lago y hacia el claro y despejado amanecer de la mañana. Una brisa salía desde el oeste hacia el ancho tazón del cráter y salpicaba las azules aguas, provocando círculos de espuma de los agitados merse.

"Bestias feas y malvadas", observó el Didacta, su rencor se enfrió. "¿Qué ritual te permitió venir aquí sin ser atacado?"

Le expliqué acerca de los seres humanos y sus botes de madera, impulsados por vapor, pero aun así requerían canciones acuáticas suaves para cruzar con seguridad.

"Los humanos haciendo herramientas... otra vez... he sido bien y hábilmente escondido. Ningún otro Forerunner me buscaría aquí."

"Hace mucho tiempo", confirmó Riser. Parecía cómodo alrededor del Didacta—como por instinto. Lo vi claramente. Una especie sirviente favorecida desde hace siglos...

No es de extrañar que Chakas estuviera de muy mal humor. Sus propios instintos probablemente estaban en blanco—borrados durante mucho tiempo—o llenos de recuerdos mucho más oscuros.

"Tu Cryptum mató a cualquier humano que se acercaba", le dije. "Al menos, cualquier humano estúpido."

"Un proceso de selección", dijo el Didacta.

"Pero había una forma segura de entrar, en parte. Alguien hizo un rompecabezas que se pegaría en la imaginación humana. Así que los humanos vinieron una y otra vez y se sacrificaron a sí mismos, y los sobrevivientes levantaron muros y colocaron guijarros para mostrar el camino. Alguien quería que te encontraran—cuando fuera el momento adecuado."

Esto pareció hundir al Didacta en una penumbra más profunda. "Entonces ya casi termina", él dijo. "Todo lo que hemos tratado de hacer como herederos del Manto—todo *será* transgredido, y la galaxia será asesinada... debido a que *ellos* no entienden." Él soltó un suspiro. "Peor aún, puede que ya se haya desatado. Únete a tus amigos humanos y canta canciones tristes, Manipular. Hay juicio, y la perdición está sobre todos nosotros."

"Es lo que todos ustedes merecen, nada más", dijo Chakas, tirando una astilla de palma.

El Prometeo no le prestó atención.

OCHO

ESA NOCHE, EN la oscuridad, el perfil del pico central se alteró abruptamente. Miles de chispas de fuego y brillos azules ardían alrededor de la prominencia como si fueran insectos relámpagos, hasta que el amanecer las apagó con los primeros rayos amarillos del sol.

Riser me acompañó a la orilla interior, compartiendo partes de un coco y la fruta verde agria que le gustaba. También me ofreció un trozo de carne cruda de algún animal que había atrapado en la oscuridad, pero por supuesto me negué. El Manto prohibía comer de la carne de los desafortunados.

Chakas no estaba en ninguna parte.

Lo que el sol reveló del antiguo pico fue un círculo de esbeltas columnas, que se elevaban a mil metros sobre una base montañosa remanente y estaban rodeadas por ramblas inclinadas de escoria. Nunca había visto algo así antes, y me pregunté vagamente si aquí, finalmente, había una máquina Precursora completamente activa, lista para desatar maldades.

Estaba muy confundido. Mi curiosidad sobre todo tipo de cosas históricas había sido despertada por el ejemplo del Didacta. Si él era en verdad el Didacta... pues ¿cómo podría un gran guerrero y defensor de la civilización Forerunner, cómo podría un verdadero Prometeo, sentir semejante profundidad de derrota y tristeza? ¿Qué pasiones—qué *aventuras*—ha conocido este Guerrero-Siervo en su larga vida, y qué podría

haber provocado que esa fuerza y ese talento se escondieran en el exilio meditativo?

Puse poco énfasis en su reprobación de otros Forerunners. En verdad, nunca se me había ocurrido el concepto de poner fin a la historia Forerunner. Me parecía ridículo. Y sin embargo...

La idea de que los Guerreros-Siervos rebajaran a especies enteras—ahora que en realidad había conocido humanos—parecía violar todos los preceptos del Manto. ¿Acaso el Manto no nos dio la autoridad para permitirnos elevar y educar a nuestros inferiores? Incluso los humanos, tan degradados, merecían ese respeto... Después de todo, había aprendido mucho sobre Chakas observándolo, y mis opiniones sobre su estado degradado estaban cambiando. Sólo la culpa del Didacta podría explicar su profundo sentido de oscuridad y fracaso.

Miré desde la orilla interior hacia los pilares descubiertos y me pregunté para qué estaban pensados, qué se elevaría a través de ellos o por encima y alrededor de ellos. ¿Era algo para el uso del Didacta? ¿Una baliza arquitectónica anunciando su regreso? ¿O el instrumento final de su castigo?

No entendía nada sobre la política Forerunner. Siempre había despreciado esta preocupación para las formas maduras. Ahora me sentía débil en mi ignorancia. Lo que destrozó mi ingenuidad juvenil más poderosa fue comprender que el mundo de mi gente—un mundo de orden y regulación social sin edad, de paz interna contra los desafíos externos—no podía ser eterno, que ascender a través de las formas de Manipular a Constructor, o cualquier otro destino del que huí tan alegremente—

Todo eso puede que pronto no sea una elección.

Esta mañana, sentí la verdadera mortalidad por primera vez. Y no sólo la mía. Ahora comprendía el profundo y antiguo símbolo del Tiempo—las arrolladoras manos opuestas con relámpagos entre dedos extendidos triangulando el pellizco de los destinos más eficientes de los que no hay retorno.

Chakas interrumpió mis pensamientos con un toque en mi hombro. Me di la vuelta y lo vi parado detrás de mí, mirando las columnas con una mirada de amargo temor.

"Están viniendo del este", él dijo.

"¿Al otro lado del lago, al otro lado del merse?"

"No. El cielo se está llenando de naves. La Bibliotecaria ya no nos protege."

"¿Lo sabe el Didacta?"

"¿Por qué debería importarme?" dijo Chakas. "Es un monstruo."

"Es un gran héroe", le dije.

"*Eres* un tonto", dijo Chakas, y volvió corriendo a través de los árboles.

NUEVE

LAS NAVES SE movían lentamente en una gran y ondulante línea gris y negra de este a oeste, como una cinta de acero y adamantio cortando el cielo. ¡Muchísimas! Nunca había visto tantas naves en un solo lugar, ni siquiera en días ceremoniales en el mundo natal de mi familia. Lo que no podía entender era la razón por la que tantas eran necesarias, si de hecho estaban aquí para capturar y encarcelar a un solo viejo Guerrero-Siervo.

Incluso un Prometeo, me pareció, no merecía tal demostración de fuerza.

Pero todos a mi alrededor parecían pensar que era un tonto, incluso un simplón. Me quedé en la playa interior, tumbado en la arena, viendo cómo las naves se organizaban en espirales estrechas hacia el Cráter Djamonkin. En el centro de la vertiente, una gran nave Constructora—la más grande que jamás había visto—y una gran embarcación Minera, fácilmente superior a cualquier otra propiedad de mi familia de intercambio, se mantenían inmóviles en una nube diádica de energías amortiguadoras. El aire mismo comenzó a sentirse rígido y áspero con la presión de tantas naves colgando en lenta suspensión.

Una sombra de un tipo más cercano y oscuro cruzó mi rostro, y yo incliné mi cabeza para ver una esfinge de guerra a pocos metros de distancia, alzándose sobre sus piernas curvas.

"El Didacta solicita su presencia", anunció.

"¿Por qué?" Le pregunté. "La galaxia entera está llegando a un amargo final. Soy un desperdicio que no vale la pena eliminar."

La esfinge dio un paso más cerca, desplegando la parte superior de los brazos cubierta de enredos de agarraderas flexibles. Luz sólida destellaba azul a lo largo de todas sus uniones.

"Así que no es una petición, ¿eh?" Le dije, y me puse de pie. "¿Camino? ¿O me estás ofreciendo un aventón?"

"Aguántate, Manipular", entonó la esfinge. "Tu presencia será útil."

Sentí por primera vez que podría haber algo más que una inteligencia mecánica bajo su piel picada. "Quiere que presencie su arresto", le dije. "¿Es eso?"

Las agarraderas parpadeaban como los ágiles dedos de maestro de *pan guth*. "Estas naves no están aquí para arrestar al Didacta", me informó la esfinge. "Están aquí para exigir su ayuda. Por supuesto que se negará."

No tuve respuesta para eso. En vez de eso, seguí a la esfinge silenciosamente a través de los árboles hasta la orilla interior. Como la esfinge parecía haber encontrado un nuevo propósito—contarme qué era cada cosa—me aventuré a hacer otra pregunta.

"¿Qué pasa con la montaña? ¿Por qué derribarla?"

"Es obra de la Bibliotecaria."

"Oh." Eso no me dijo nada, por supuesto—pero fue intrigante. Algo grande estaba sucediendo, eso era obvio. Sin mi

armadura, no estaba en condiciones de reunirme con mis superiores—ni siquiera con otros Manipulares, para el caso—pero el hecho de que el Didacta todavía supiera que yo existía y requiriera mi presencia también era intrigante.

Miré alrededor de la orilla interior. Entonces un destello me llamó la atención, y miré hacia la base de la montaña, los pilares que perforaban las nubes—y vi las otras esfinges de guerra volando a través del lago interior, subiendo rápidamente a varios cientos de metros.

Miré a mi alrededor. La playa interior estaba desierta. "¿Dónde están todos?" Le pregunté.

La escotilla de la cabina de control de la esfinge se apartó con un suspiro fluido. "Te unirás al Didacta. Entra."

Sabía lo suficiente sobre el protocolo de los guerreros y sus máquinas para entender que no estaba siendo reclutado para una gloriosa y desafiante lucha hasta el final. Y entonces me di cuenta—los *humanos* podrían estar montados en esfinges también.

¿Por qué éramos tan importantes?

Traté de ascender por la antigua superficie picada. Las agarraderas se extendieron alrededor y hacia la popa, proporcionando estribos. Entré por la escotilla trasera y ésta se selló detrás de mí. La cabina interior era lo suficientemente espaciosa para un Guerrero-Siervo maduro, sólo ligeramente más pequeña que el propio Didacta—dándome mucho espacio, pero ninguna comodidad porque nada estaba diseñado para acomodar a un Manipular mucho más pequeño y casi completamente desnudo.

Había un asiento sencillo, una variedad de pantallas anticuadas y tubos de control diseñados para engancharse a la armadura. De pie en el asiento, podía ver a través de los puertos de visión directa del frente, inclinados, que daban a los rasgos de la esfinge la ilusión de una mirada desdeñosa hacia abajo.

Sentí sólo un pequeño golpe, y luego nos alejamos volando para unirnos a la migración general hacia la montaña desmantelada y las misteriosas columnas. Encima de la isla, la espiral de naves se mantuvo en posición y no hizo nada—quizás encerrada en algún tipo de disputa.

Dondequiera que estuviera el Didacta, era probable que hubiera problemas. No podía imaginar el poder que había ejercido una vez—que todavía podía, después de mil años, provocar a legiones de Forerunners para que lo buscaran y reunieran sus naves sobre la isla.

Cruzamos el lago interior en minutos, a un ritmo pausado para embarcaciones diseñadas para caer desde la órbita alta, barrer continentes y diezmar ciudades. Lo único que les faltaba a estas viejas máquinas, pensé, era una conexión directa con el desliespacio. Pero no lo sabía a ciencia cierta de eso.

Las esfinges rodearon los tramos inferiores de las columnas, luego pasaron entre ellas y descendieron hacia una plataforma central octogonal. Allí se establecieron en una elipse protectora, tal como las había visto por primera vez unos días antes.

La escotilla se abrió. Salí y me deslicé por la curva trasera. De otra esfinge, Riser se asomó, claramente agitado. No lo suficientemente alto para ver por los puertos, pensé.

El Florian corrió y se paró cerca, retorciéndose las manos y temblando. "Algo ahí dentro conmigo", él murmuró, luego me sonrió y se limpió la frente con una mano. "No vivo. No feliz. ¡Muy mal!"

La mayor y doble esfinge de guerra llegó en último lugar y se instaló en el centro de la elipse. Como si a su contacto, la plataforma vibró bajo mis pies, y luego empezó a girar. Por todas partes, las columnas y la base de la montaña—y las naves en formación en las alturas—también parecían girar. La espiral de naves se convirtió en un hipnótico remolino de fascinación.

No sentimos nada de este movimiento, pero, aun así, Riser gruñó con consternación.

El Didacta descendió de la doble esfinge y caminó sobre sus piernas como de troncos para enfrentarnos. "Estás siendo secuestrado, joven Manipular", él refunfuñó mientras las columnas se aceleraban. "Los humanos también tienen que venir. Mis disculpas a todos."

Miré hacia abajo para evitar marearme, incluso sin la sensación de girar...

"¿Por qué disculparse ahora?" Le pregunté.

La expresión del Didacta no cambió—él no reaccionó en lo más mínimo a mi insubordinación, como si yo fuera un cachorro, haciendo alboroto contra los miles de años de vida y experiencia del Prometeo. Simplemente miró hacia afuera, bajó las cejas concentrado y preguntó, "¿Dónde está el otro humano?"

"Sigo escondido", dijo Riser. "Enfermo."

Chakas eligió este momento para sacar la parte superior de su cuerpo de la escotilla de su transporte. Se veía mareado. Su descenso por la parte posterior inclinada de la máquina careció de cualquier dignidad, y aterrizó sobre piernas dobladas, luego se desplomó hacia un lado y vomitó.

"*Mal cielo*", dijo Riser estoicamente.

El Prometeo contempló este signo de la debilidad humana con la misma emoción que había mostrado ante mi insubordinación. "En pocas horas, todos los signos de mi estancia aquí serán borrados. Nadie podrá probar que estuve alguna vez aquí."

"¿No pueden vernos las naves?"

"Aún no. Pero obviamente saben algo."

"¿Por qué tantas?" Le pregunté.

"Han venido a pedirme ayuda—o a arrestarme de nuevo. Creo que lo primero, y creo que sé por qué—pero *no debo ayudarlos*. Ya me he quedado aquí demasiado tiempo. Es hora de partir. Y todos ustedes vendrán conmigo."

"¿Adónde? ¿Cómo?"

Mi respuesta llegó mientras hablaba. La plataforma se estaba elevando. Las columnas que circundaban germinaron mamparos, vigas y puentes—todas las partes necesarias. El esqueleto de un viajero desespacial crecía a nuestro alrededor, casi demasiado rápido para seguirlo—hasta que las columnas quedaron amuralladas, el cielo y los remolinos de las naves desaparecieron, y quedamos completamente encerrados.

Chakas se tambaleó hacia mí para ponerse del otro lado. Claramente, él podría vomitar de nuevo. Una práctica repugnante y poco útil, pensé.

Estaba flanqueado por humanos, con el Didacta delante de mí, de espaldas y con los brazos extendidos, como si le ordenara al viajero que se levantara y creciera por los propios gestos de sus manos—lo que podría haber sido el caso.

"Ellos podrían percibir *eso*", le sugerí.

"Desde donde están, sólo ven una isla sólida y el agua del lago", dijo el Didacta. "La nave crecerá y despegará—y *entonces* lo sabrán. La Bibliotecaria diseña más allá de sus funciones. Ella siempre ha planeado bien."

"¿Ella hizo esto para ti?" Le pregunté.

"Por nuestra causa más grande", dijo el Didacta. "Luchamos por la gracia del Manto."

El Didacta se volteó para mirarme cuando nuestra cámara estuvo terminada, y vi que estábamos dentro de un gran centro de mando totalmente equipado. Mi padre no podría haber diseñado una nave más avanzada. Podía imaginar fácilmente el casco exterior, un ovoide gris, reluciente, alargado, de al menos mil metros de longitud. El poder y el gasto tenían que ser enormes—pero, ingeniosamente, en lugar de esconder una nave terminada, la Bibliotecaria debió dejar la semilla de diseño de los Constructores bajo el pico central, actualizándola a medida que se descubría nueva tecnología. La tecnología Forerunner seguía creciendo a pasos agigantados, incluso después de millones de años.

Ella debió haber negociado grandes favores por tal instalación.

Las pantallas parpadearon a la acción alrededor del centro de comando y mostraban vistas en muchas frecuencias y aspectos de la isla exterior, las paredes distantes del cráter, y arriba, mientras agarraba mi cuello por detrás, veía las naves de búsqueda reunidas.

Una única y brillante estrella resplandecía justo fuera del círculo de naves en el centro de la espiral de la flota. Esa estrella marcaba el punto de partida calculado de nuestro viajero. En el área inicial del desliespacio, no queríamos pasar a través de nada tan masivo como otra nave.

Nos elevamos de la isla. Las pantallas del centro de comando revelaron nuestro movimiento; no sentimos nada. En este punto, las naves *deberían* vernos, pensé. ¡Una embarcación tan grande debe dejar un rastro definido!

Sentí que esa breve sensación de desprendimiento—de que toda la historia y la memoria estaban siendo liberadas, y luego cuidadosamente vueltas a ensamblar, mientras cada partícula de nuestra nave y nuestros cuerpos eran arrancados de la doble mano del tiempo, y se tenía que encontrar nuevos escalares, nuevos destinos, muy, muy lejanos.

"Oh", dijo el Prometeo. "Estamos lejos. Está hecho."

Las pantallas rastrearon nuestro curso. Nos movíamos hacia afuera a lo largo del gran brazo en espiral que sostenía tanto el complejo de Orión como Erde-Tyrene—sólo unas pocas decenas de miles de años luz.

Pasarían horas como mucho para nosotros.

Si hubiera sabido a dónde huíamos y qué encontraríamos...
En contra de las más grandes y solemnes instrucciones del
Manto, podría haberme suicidado allí mismo.

DIEZ

SABÍA LO SUFICIENTE acerca de los viajes interestelares como para darme cuenta de que los marcos de tiempo y los destinos a nivel de referencia también se estaban ajustando. No habría paradojas, ni ondulaciones ni amontonamientos de líneas universales en el desliespacio. Se dice que los secretos que se encuentran entre las vetas de partículas y las ondas que forman los átomos son vastos. A partir de esos secretos internos, los Forerunners han sacado suficiente energía para cambiar la forma de mundos, mover estrellas, e incluso contemplar el desplazamiento de los ejes de galaxias enteras. Hemos explorado otras realidades, otros espacios—el desliespacio, la negación de ubicación, el espacio evasivo, la geodésica engañosa, el vacío natal, el reino sólo de fotones llamado el Resplandor.

Pero la inmensidad entre los soles es grande y misteriosa de una manera muy diferente. Creo que nuestra familiaridad con estas distancias casi se ha perdido porque las cruzamos muy despreocupadamente, pero ninguna memoria Forerunner sería lo suficientemente grande—quizás ni siquiera los recuerdos combinados de todos los Forerunners que alguna vez vivieron—para recordar los sucesos segundo a segundo de una simple *caminata* entre dos estrellas vecinas, a esta distancia en el brazo galáctico.

Volamos sobre y por encima, pero apenas pasamos *a través* de todo eso. Y, sin embargo, este viaje, en esta nave, me pareció

que duraba para siempre. Lo sentí en mi carne y hueso sin armadura. Estaba desnudo al espacio por primera vez en mi vida. Lo odié.

Llegamos. Y luego, perversamente, me arrepentí de que se hubiera acabado.

Contemplamos desde lo alto un mundo enorme, desolado, rocoso y gris, un cadáver escarbado y chamuscado que debió haber sustentado recientemente vida, porque aun así estaba envuelto en una atmósfera suficientemente fuerte como para permitir la supervivencia de Forerunners con armadura—si no la de nuestros humanos.

Chakas y Riser se quedaron en una esquina del centro de mando. Riser tirado en un inquieto semi-sueño. Chakas nos miraba con expresión de miedo y enojo. Sabía que estaba lejos de casa. Sospechaba que nunca volvería. Él no le debía nada a los Forerunners, y mucho menos al Didacta.

De hecho, estaba preocupado por él—por extraño que parezca.

"Este solía ser un mundo central de los Precursores", dijo el Didacta. "Una vez estuvo cubierto de estructuras tremendas—casi intactas. Extremadamente impresionantes."

Miré hacia abajo, preparado para sentirme asombrado. Nunca había oído hablar de un lugar así. Tenía sentido que las formas superiores ocultaran los verdaderos tesoros.

La voz del Didacta se hizo más grave. "Ha cambiado", él dijo.

"¿Cómo, cambió?" Le pregunté.

Caminamos alrededor del centro de mando, pasando junto a los humanos, el Didacta dirigiendo el camino, mientras observábamos cientos de imágenes ampliadas recolectadas en la primera órbita que recorrimos.

"No hay arcos orbitales. Parece como si hubieran colapsado fuera de órbita. Mira esos largos y lineales impactos. Todo está corroído. Apenas reconozco algo—ni la arena, ni la Autopista, ni la Armería del Gigante. Nada, en realidad."

"Eso no puede suceder", le dije. "Los artefactos de los Precursores son eternos. Están con nosotros como recordatorios de nuestra pequeñez, para siempre."

"Aparentemente no", dijo el Didacta. Él parecía estar formulando una teoría. Luego palmeó sus manos—masivos y estruendosos golpes de armadura y carne—y apuntó con un brazo hacia arriba. El centro de mando cumplió y comenzó a buscar y magnificar el cielo a través de un amplio espectro.

"¿Has estudiado los principios básicos de la tecnología de los Precursores, lo poco que sabemos?" preguntó el Didacta.

"Lo poco que creemos saber. Nadie ha visto nunca la tecnología de los Precursores en acción."

"Yo lo he hecho", dijo el Didacta, y me miró por el rabillo de sus oscuros y hendidos ojos. "Una vez. Dime lo que sabes, lo que ha cambiado en nuestro entendimiento en los últimos mil años... y juzgaré si me puedes ser de utilidad."

"El principio básico se llamaba física neural", le dije. "Los Precursores sentían que el Manto se extendía hacia todo el universo, la energía y la materia, así como las criaturas

vivientes... algunos dicen. El universo vive, pero no como nosotros."

"Algunos dicen. Desde mi exilio, ¿hemos descifrado sus técnicas, adquirido su aprendizaje?"

"No. Por eso busco el Organon."

"Bueno, no existe", dijo el Didacta. "No como tal."

Otra capa de decepción cayó sobre mis pensamientos. "Supongo que lo sabía", le dije. "Pero la búsqueda es la alegría de esto."

"Ya. Siempre es así. La búsqueda, la lucha—nunca el hallazgo o la victoria."

Miré al Didacta, sorprendido.

Los sensores del viajero escanearon las señales de calor y otras radiaciones en el cielo, las latencias en los patrones de rayos cósmicos desde el interior de la galaxia y el exterior del brazo en espiral.

"Nuestros humanos deberían sentirse como en casa aquí", él afirmó. "Una vez conocieron estos mundos mejor que los Forerunners. Lucharon y murieron aquí, rodeados de ruinas de los Precursores..." Lentamente se volteó, las pantallas silenciosamente avanzando con él. Luego señaló un vacío en el flujo magnético del sistema. "Recientemente hubo una enorme construcción cerca, a no más de trescientos millones de kilómetros de aquí."

"¿De los Precursores?" Le pregunté.

"No. Forerunner—pero bastante grande. El tamaño y la masa eran suficientes para crear una distorsión persistente en el campo del sistema. Mira eso—incluso ha dejado una marca en los vientos estelares."

"¿Cuán recientemente?"

"A juzgar por la difusión de su sombra magnética, hace cuatro o cinco décadas. La tecnología de los portales ha crecido en potencia enormemente, pero para mover un objeto así, se debe estar ralentizando el tráfico por toda la galaxia."

Barrió sus manos como un escultor y arrastró gráficos virtuales, diagramas, simulaciones basadas en las medidas del sensor. Lo que revelaron fue una laguna circular en el medio interestelar, y un bucle alargado en el vasto campo magnético de la estrella, que se tambalea lentamente, y sus patrones se desparraman hacia afuera por cientos de millones de kilómetros.

"Este mundo fue usado recientemente como sujeto de prueba", dijo el Didacta. "Puedo conjeturar por quién."

"¿Prueba para qué?"

"Transportaron un arma grande y *pecaminosa* al interior del sistema—y la dispararon. Entonces se fueron y se la llevaron con ellos. Los Constructores siguen adelante con su plan—destrucción neural completa. Cuando entré en mi exilio, los diseños no habían sido finalizados. Aparentemente, eso ha cambiado. Esta vez, lo probaron a escala limitada. Sin embargo... ha habido un desafortunado efecto secundario, uno que espero que no hayan anticipado. Debemos actuar con rapidez."

Las pantallas temblaron y desaparecieron. "La Bibliotecaria se enteró de la prueba. Sabiendo que trataría de alertarme, los Constructores establecieron vigilancia para observarla. No pudo venir a liberarme ella misma, pero había hecho otros arreglos usando lo que más ama... nuestros hermanos más problemáticos." Miró hacia los humanos. "Al final, ayudaron a salvarme de ser capturado. Ellos son sus sirvientes, lo sepan o no."

"Ellos lo saben", le dije.

"Y me guste o no, ella sabía que debían convertirse en mis aliados", dijo el Didacta. "Tú también. Vamos a bajar al planeta. Todos nosotros. Necesitarás armadura. La nave te equipará."

ONCE

LA ARMADURA TARDÓ una hora en crecer a mi alrededor, con numerosas unidades de ingeniería medio visibles, pequeñas y grandes, que revoloteaban desde los mamparos para ajustar y conectar las piezas necesarias, luego para activarlas—y luego me liberaron a mí y a mi nueva armadura.

Al principio, los humanos se negaron, pero después de ser perseguidos alrededor de la cabina de mando por ataduras ondulantes, finalmente fueron acorralados—y forzados a someterse. Chakas parecía más dispuesto que Riser, incluso era curioso, pero el pobre Florian estaba mortificado, gruñendo para sí mismo y temblando. El Didacta trató de tranquilizarlo con un golpe de dedo en la mejilla. Riser lo mordió.

El Didacta se retiró, y luego esperó impaciente.

Como no había nada más que hacer excepto hacer una mueca de dolor ante un pellizco menor, observé a mi secuestrador Prometeo con lo que esperaba que fuera más discernimiento y sofisticación, basado en la experiencia que había ganado en las últimas pentadas.

Nunca había conocido a nadie como el Didacta.

Por regla general, los Guerreros-Siervos eran reservados, excepto para responder a órdenes de líderes políticos, la mayoría de las veces Constructores. Unos pocos Guerreros, entre ellos los Prometeos, habían servido una vez en varios

consejos, pero sólo en calidad de asesores. La habilidad en la guerra, por muy necesaria que fuera a veces, siempre ha parecido vergonzosamente contradictoria con los principios básicos del Manto. Aun así, los Forerunners habían usado a los Guerreros muchas veces y probablemente lo harían de nuevo.

La hipocresía es su propio pozo de minas que colapsa, como le gustaba decir a mi padre de intercambio.

El Didacta estaba caminando a mi alrededor, golpeando las cintas de mis hombros y mi torso, clavando un dedo oscuramente escudado en el intersticio de mi cuello y, en general, sometiendo a mi armadura a una serie de pruebas de fuerza, ninguna de las cuales me pareció estrictamente necesaria. Mi armadura—suavemente curvada y de color gris plateado, con bordes de casco que se desprendían de mis rasgos faciales, con líneas de perfil de color blanco y verde—ya era lo suficientemente funcional como para proporcionarme listas de estructuras de mando, como las que se pondrían a disposición de los Manipulares. Pero aquí, en esta nave, el acceso parecía ampliarse—como si estuviera entrando en los propios almacenes del Didacta.

Y entonces oí una voz familiar.

La pequeña forma femenina azul reapareció en la parte de atrás de mi cabeza. Sentí sutiles zarcillos estableciendo las conexiones necesarias con mi memoria y mi pensamiento. Mi ancilla...

"Estoy aquí, Manipular", dijo ella. "No puedo establecer una conexión con tu anterior ancilla. Hasta que se haga esa conexión, ¿puedo servirle lo mejor que pueda?"

"Eres del personal de la Bibliotecaria", le dije.

"Ese parece ser el caso."

"Una ancilla como tú me metió en esta situación. ¿Estás aquí para servirme a mí, o a la Bibliotecaria?"

"¿Estás decepcionado por tus circunstancias actuales?"

Eso me dejó sorprendido. Miré a través del centro de mando. Los humanos se estaban ajustando torpemente a sus trajes. Riser era mucho más alto de lo que estaba acostumbrado, y andaba rígidamente sobre largas piernas que lo ponían a la altura de Chakas.

El Didacta estaba inmerso profundamente estudiando la huella del sistema en el reino fotónico del Resplandor, lo que podría revelar aún más evidencia de lo que había sucedido aquí.

"Estoy en una situación que me supera", le dije a la ancilla. "No me gusta que me retuerzan y me retengan contra mi voluntad—incluso para compensar mi estupidez."

"¿Te sientes estúpido?" preguntó la voz.

Chakas se acercó. "También tengo una mujer en mi ropa", él dijo con un giro irónico de su boca. "Dice que me ayudará. Ella es azul. ¿Dónde está realmente?"

"Ella no existe excepto en tu armadura y tu cabeza... y dondequieras que consiga su información, tal vez en la nave."

"¿Puedo dormir con ella? ¿Casarme con ella?" preguntó Chakas.

"Me gustaría verte intentarlo."

Chakas no quedó muy ilustrado con esta respuesta. "¿Qué tipo de ayuda necesito?" preguntó.

Riser caminaba con una confianza cada vez mayor y se unió a nosotros, con los ojos como si le estuviesen mostrando cosas que sólo él podía ver. "No pica. Es bonito aquí dentro, pero no puedo ver a mi familia—sólo a *ella*. Se parece a los *hamanush*, pero no es parte de mi familia."

Encontré interesante que la ancilla adoptara la forma física de Riser.

Chakas se volteó hacia mí. "Los *hamanush* viven con sus ancestros en la cabeza. Los *Chamanush* no."

"Ella responderá a sus preguntas", les dije, "a los dos, si encuentran qué preguntar."

Riser asintió. "Tal vez ella es el antepasado de *alguien*." Y cerró los ojos.

El Didacta se desprendió de su estudio y se acercó a nosotros. "Parecen tontos", él dijo de los humanos. "Se ve... ¿Qué está mal?"

"Mi ancilla fue programada por la Bibliotecaria."

"La mía también", dijo el Didacta. "Estamos aquí a petición de ella, para cumplir una misión que nos propusimos hace mil años. No está empezando nada bien."

"No me siento libre de preguntar lo que necesito preguntar, o estudiar lo que necesito estudiar", le dije.

"Ciertamente no eres libre, si con eso quieres decir libre para actuar como un Manipular egoísta."

"Quieres decir, aguántatelo", le dije.

"Exactamente." Él desplegó más pantallas. "Desde la órbita, no puedo hacer la inspección necesaria. Vamos a bajar a la superficie. Todos nosotros."

"Los humanos son sólo animales—no están listos para esto", le dije.

"Luché contra esos *animales* una vez", dijo el Didacta. "Créeme, son capaces de sorprenderte. Asegúrate de que estén preparados. No será un aterrizaje fácil."

Chakas puso una expresión de desprecio calmado como una estatua mientras yo les transmitía esta información. "Hay un planeta estéril abajo", le dije. "Vamos a bajar al suelo."

"¿Qué quiere él de nosotros?" Chakas preguntó.

"Lo vendería por una bolsa de fruta", dijo Riser.

Estaba consternado por la simpatía que sentía por estos dos inferiores. Animales, quizás—pero no tontos. ¿Cuál era entonces mi excusa?

La atmósfera cantó contra el casco. La nave se estremeció ante las nuevas tensiones sobre su fresca construcción. Aún no se había integrado—no se había probado a sí misma bajo todas las condiciones, especialmente la caída del planeta.

"La Bibliotecaria los protege", les dije. "Pero la Bibliotecaria también vela por él. Algo grande sucedió aquí—algo que otros Forerunners han mantenido en secreto."

Regresé con el Didacta. Él estaba absorto en investigaciones, su armadura conectándose con la nave para

adquirir nuevos volúmenes de conocimiento. En cierto modo para mi sorpresa, mi ancilla se sincronizó con la suya, y accedí a una intrincada gráfica escalonada y con notas al pie de página de relaciones concernientes al propio Didacta.

Quería que supiera más sobre él.

Hace diez mil años...

La Bibliotecaria y el Didacta se habían reunido por primera vez en Charum Hakkor, el centro político del imperio humano-San'Shyuum. La batalla final de Charum Hakkor había quebrantado la alianza humano-San'Shyuum y destruido las últimas existencias de resistencia humana. Esa batalla había sido notoria, una gran victoria—pero desde el punto de vista de la ortodoxia del Manto, por supuesto, supremamente vergonzosa.

La victoria no trajo alegría para el Didacta.

La extremidad del árido planeta gris se expandió. Nuestra nave tomó una configuración aerodinámica, doblándose hacia fuera en los lados, alterando su propulsión, produciendo enormes almohadillas de aterrizaje e irradiando escudos de flujo contra el retroceso.

Estábamos a punto de aterrizar en un mundo muerto en un sistema muerto. El horizonte era áspero en extremo.

"Abajo... Este es Charum Hakkor, ¿no es así?" Le pregunté.

El Didacta no respondió, pero sentí la verdad.

"Los tontos", él murmuró. Me miró con una profunda tristeza. El contraste entre su rostro y el mío—la profundidad

de la experiencia, el dolor, el carácter... "Y dicen que los *Guerreros* violan el Manto."

Lentamente, descendimos a través de los últimos kilómetros de la atmósfera. Nuestra armadura se aseguró a la cubierta. Detrás de mí, Riser chirriaba amargamente sobre su incapacidad para moverse.

El centro de mando movió sus mamparos y abrió un puerto de visión directa hacia la superficie. Estábamos aterrizando en la oscuridad.

"Los humanos hicieron de Charum Hakkor el centro de su imperio para estar cerca de una de las mayores colecciones de estructuras de los Precursores", dijo el Didacta. "Ellos creían que eran los verdaderos herederos del Manto."

"Herejía—¿verdad?" Le pregunté.

"Fue una de las causas de nuestra guerra", dijo el Didacta. "Sin embargo, no es la causa principal. Los humanos resentían la expansión Forerunner hacia los exteriores. Durante cincuenta años, dispersos a través del brazo galáctico, los humanos sondearon nuestros asentamientos y posiciones. Luego se aliaron con los San'Shyuum, combinaron sus conocimientos y crearon armas contra las que mis guerreros tenían poca defensa."

"¿Asentamientos? Creí que los Forerunners no necesitaban nuevos planetas—que habíamos alcanzado el máximo crecimiento."

El Didacta suspiró. "Hay muchas cosas que los Constructores no enseñan a sus jóvenes", él dijo. "Los desplazamientos tempranos alrededor de Orión y hacia el

centro galáctico nos obligaron a trasladar a las poblaciones nativas de sus regiones de origen a nuevos sistemas externos. La Bibliotecaria y su personal catalogaron y buscaron las coincidencias más apropiadas, estrellas que se asemejaban más a los soles nativos..."

"¿Remodelaron planetas?"

"Sí", dijo el Didacta. "Los humanos son naturalmente puristas. Les molesta tener que vivir con otras especies. De hecho, están entre los más contenciosos, intolerantes, egocéntricos..." Miró hacia Riser y Chakas. "Nunca entendí cómo los toleraba mi esposa."

"A los Forerunners tampoco les gusta vivir con otras especies", observé.

"Sí, pero por una buena razón", dijo el Didacta. "Hacemos cumplir el Manto. Debemos enfocarnos, proteger y preservar toda la vida—incluyéndonos a nosotros mismos."

Me habían enseñado este principio con bastante frecuencia, pero ahora sonaba increíblemente hueco. "Los humanos querían ser dejados en paz", le dije.

"Oh, ellos también se estaban expandiendo, y felizmente desplazaban y destruían por su cuenta. Los San'Shyuum no están naturalmente inclinados a la guerra. Son una raza apuesta, inteligente, enamorada de la sexualidad eterna y de la juventud. Esperaban pasar sus vidas en el lujo. Por todo eso, su ciencia era extraordinaria. Sospecho que, dados unos cuantos siglos más, los humanos y los San'Shyuum habrían peleado entre sí.... Sin duda, los humanos habrían devastado a sus más débiles aliados. Les ahorraremos ese problema."

"Tú devastaste a ambos", le dije.

"Hicimos un pacto con los San'Shyuum. Para los humanos, nunca hubo un pacto. La Bibliotecaria logró salvar a algunos. Más de lo que yo sospechaba."

"Perdona la insolencia, pero tu relación con la Moldeadora de Vida no parece ideal."

"No conoces ni la mitad. Prepárate, Manipular. Esta nave aún es joven."

Hubo varios estremecimientos más y luego un gran rebote de temblores—lo que debe haber sido impresionante fuera de los amortiguadores de nuestra cabina.

La nave se acomodó y todo sentido de movimiento cesó.

El horizonte exterior parecía un poco más gris y escarpado. Extrañas y puntiagudas montañas se elevaban por todas partes, pero un escrutinio más cercano reveló que estas difícilmente podían ser formaciones naturales. Los contornos estaban colapsados, redondeados, deteriorados, pero aun monumentalmente artificiales. Una vez, estas ruinas habían formado las anclas y los cimientos de las superestructuras de un antiguo mundo de los Precursores—sus filamentos inflexibles que vinculaban el sistema. Pero algo había reducido esos cimientos supuestamente irreducibles y los filamentos mismos a escoria. Sólo pensarlo me paralizó. ¡Los Precursores construyeron para la eternidad!

"La atmósfera no es óptima", informó mi armadura mientras descendíamos por el tubo de salida. Lo que la nave sentía y medía, todos lo supimos al instante. Riser y Chakas no

estaban contentos. Riser intentó volver a subir por la pared del tubo, pero éste lo rechazó.

"Deberías haber visto este mundo en su mejor momento", dijo el Didacta. "Fue magnífico. Un centro de poder misterioso e inactivo entre el que los humanos podían vivir, mirar, pero nunca empezar a comprender. Ahora... *mira* lo que hemos hecho." La ira y la consternación se mezclaban en su tono.

"¿Cómo?" Le pregunté. "¿Cómo destruyes los artefactos de los Precursores?" Son inviolables, eternos."

"Ellos entendieron el universo en formas que nosotros nunca entenderemos. No podemos desvelar sus secretos—pero ahora, aparentemente, podemos destruir todo lo que hicieron. *Eso* es lo que yo llamo progreso."

DOCE

LA NAVE HABÍA descendido cerca del perímetro de una arena de muchos kilómetros de ancho. Las paredes irregulares de la arena consistían en enormes trozos de escombros, de decenas de metros de tamaño, rotos a lo largo de planos cristalinos. Los planos brillaban bajo la luz de un sol de color blanco azulado, un punto cegador cerca del horizonte.

La atmósfera en la superficie era fría, delgada, pobre en oxígeno—el cielo estaba cubierto de nubes de estrellas en una dirección, casi vacío en la otra. Allá afuera, más allá del borde difuso de la galaxia, estaba el vacío del espacio intergaláctico, un vacío que los Forerunners encontraban poco atractivo—una vastedad de pocos o ningún recurso entre islas lejanas de gran riqueza y energía.

Estábamos satisfechos con los recursos de *esta* galaxia, por el momento, y rara vez mirábamos hacia afuera. Así me habían enseñado. Pero, como el Didacta fue muy rápido en señalar, hay muchas cosas que los Constructores no enseñan a sus jóvenes.

La armadura nos protegía contra las duras condiciones y cubría nuestras necesidades personales sin dificultad, pero eso no fue inmediatamente obvio para los humanos. Se aferraron a la aparente apertura de sus cascos envolventes, dándose cuenta lentamente de que tanto los dedos como los rostros estaban cubiertos por una delgada y ajustable película de energía.

El Didacta caminó hacia el oeste, hacia la estrella azul, su larga sombra detrás de él. Yo seguí su figura decreciente. A través de cientos de metros de la arena llegamos a un amplio foso circular. Objetivos sobre objetivos... Esto me recordó a la isla anillo y al campo arenoso alrededor del Cryptum del Didacta. Espeluznante, por no decir otra cosa. No me gustaba este lugar. Una vez me hubiera gustado tener la oportunidad de visitar este mundo, pero todas mis ideas de lo que los Precursores me ofrecían habían cambiado.

Todo en mis ideas estaba cambiando.

Chakas y Riser, me di cuenta, habían decidido seguirme, si no al Didacta. Eso fue una tontería. Yo no tenía nada que ofrecerle a nadie. Yo era una cáscara vacía. Estaba tratando de reconstruir algo de mi personalidad, de transformarme en un ego desafiante y exigente—pero era difícil. ¿Qué poseían los Forerunners que pudiese *hacer* esto?

¿Cómo pudieron los Precursores dejar su patrimonio tan vulnerable?

El inmenso foso descendió varios cientos de metros hasta una versión más pequeña de la arena. Entonces noté un fino recubrimiento de material carbonizado y escoriado, crujiendo como cenizas bajo nuestros pies: no de color gris plateado, no roto a lo largo de planos cristalinos—y por lo tanto no era Precursor. Caminamos con lentitud y precisión bajando la pendiente, balanceándonos cautelosamente sobre trozos más pequeños de escombros, saltando de trozo a trozo más grande de losa, caminando alrededor de mezclas más peligrosas. Toda esta área debió haber estado pavimentada en un momento dado. Alguien había construido sobre la arena. Las estructuras

de los Precursores estaban en el fondo, posiblemente de decenas de millones de años de antigüedad. Las ruinas carbonizadas más altas eran probablemente humanas o de los San'Shyuum.

Estábamos descendiendo a través de capas de una historia horrible.

Mi ancilla eligió este momento para reafirmar su presencia.
"¿Puedo intentar reconstruir tu relación con la ancilla anterior?
Necesitaré acceder a tu memoria."

"No me importa", le dije, irritado por la interrupción, pero también aliviado. El silencio entre estas atrocidades de la guerra se había vuelto casi venenoso.

"Puedo servir mejor si hay continuidad, de alguna manera", dijo ella.

"Muy bien. Dime lo que estoy viendo", le dije.

"Esto es Charum Hakkor, aunque no como el Didacta lo dejó,
ni como la Bibliotecaria lo vio por última vez."

"¿Qué pasó aquí?"

Me suministró una serie de imágenes vívidas. "Las flotas del Didacta aislaron este sistema de las armadas de los San'Shyuum. Los humanos habían colocado sus fortificaciones más fuertes sobre los cimientos de las ruinas de los Precursores. Utilizaban los filamentos inflexibles para unir sus plataformas orbitales, y lucharon durante cincuenta años contra repetidos ataques Forerunner, hasta que finalmente fueron derrotados. La mayoría de los humanos, y no unos pocos de los San'Shyuum

que estaban aquí, se suicidaron en lugar de someterse y ser trasladados a otro sistema."

"¿Qué puede destruir los artefactos Precursoros?"

"Eso no está en mi base de conocimiento."

"El Didacta lo sabe. Pregúntale a su ancilla."

"Aún no está permitido. Sin embargo, te ha suministrado la información necesaria para ayudarlo, si aceptas hacerlo."

"Parece que él no me da muchas opciones."

"Pronto tendrás que tomar una decisión importante, pero no hemos llegado a ese punto."

"*Elegí seguirlo.*"

El Didacta interrumpió. "No es de extrañar que me buscaran", dijo en lo que por él pasaba por un asombroso susurro.

Estábamos de pie ante un amplio cilindro cubierto con una cúpula destrozada, reventada y desgarrada como una corona rasgada. Parte de la pared se había derrumbado, y pudimos entrar en el interior del cilindro a través de esa brecha.

Escarbamos entre los escombros—lo que parecían ser paredes humanas y Precursoras y gruesas estructuras de contención—hasta que llegamos a una escalera que se elevaba hasta una pasarela circular de cinco metros de ancho, a unos cincuenta metros del lado opuesto. Aparentemente, esto había servido una vez como una galería diseñada para contemplar desde lo alto algo contenido abajo, dentro del núcleo del cilindro. El parapeto interior estaba formado por cristales

angulares de material transparente, nebuloso y rayado por los impactos de alguna explosión de hace mucho tiempo. Poco más que la pasarela y el cilindro interior estaban intactos.

En lo alto, la corona destrozada de la cúpula permitió que la última luz azul del día y unas pocas estrellas que no paraban de brillar iluminaran nuestro camino. El Didacta se acercó al parapeto interior, su armadura realmente brillando ante su confusión interior—como si se preparara para desviar un daño mayor. Así debe haber sido en la batalla...

Deabajo, medio escondido en la sombra, un intrincado molde de forma llenaba la mayor parte del foso. El molde había encapsulado cómodamente una vez algo de unos quince metros de alto, diez u once metros de ancho y casi tan grueso—demasiado grande como para ser cualquier variedad de humano o cualquier rango Forerunner.

La ancilla de la armadura no hizo ningún comentario, ni proporcionó ninguna información.

Pensé que había discernido lo que podrían haber sido cojines o abrazaderas para una serie de largos y múltiples brazos articulados, terminando en grilletes o guantes diseñados para agarrar manos más grandes que mi propio cuerpo. Manos con tres dígitos gruesos y un pulgar con cierre central... o garra.

Dos pares. Cuatro brazos, cuatro manos o garras.

Elevado y apartado, de tres metros de ancho, como un enorme sombrero lanzado sobre una mesa, había un casco de contención. Un conducto estriado descendía, por un lado, presumiblemente por la parte de atrás. Aparentemente, la

cabeza confinada por ese casco había arrastrado una vez una cola gruesa, sinuosa y articulada.

Una jaula. Una prisión.

Vacía.

El Didacta dijo, "En el nombre del Manto y de todo lo que honro—espero que esté muerto, me temo que no lo está. Lo han desatado."

"¿Qué conservaban aquí?" Le pregunté, de pie junto al Didacta, como un niño que se aferraba a su propio padre para protegerse.

"Algo que los Precursores dejaron atrás hace mucho tiempo", dijo el Didacta.

"Sí, ¿pero qué era?"

Rompí mi embelesada mirada lo suficiente como para ver que los humanos nos habían seguido por el pasadizo. Estaban parados a mi lado, mirando fijamente hacia el foso, con los ojos escudriñando, con las mandíbulas abiertas.

El Didacta les dio una mirada estrecha, y luego caminó alrededor de ellos hasta otro punto en el parapeto. "Un antiguo constructo... o un cautivo", él dijo. "Nadie conoce sus orígenes, pero lo que estaba confinado aquí aterrorizaba a todos los que lo veían. Hace millones de años, fue confinado en una cápsula de estasis y enterrado a miles de metros bajo la superficie. Los humanos encontraron la cápsula y la desenterraron, pero afortunadamente no pudieron romperla... no completamente. Ellos idearon un medio para comunicarse con el prisionero. Lo que les decía les asustaba profundamente. Con sorprendente

sabiduría, detuvieron todos los intentos de comunicación, y luego agregaron otra capa de protección, un perno de tiempo San'Shyuum casi tan efectivo como cualquier otro construido por Forerunners. Y colocaron la cápsula aquí, en la arena, como una advertencia para que todos la vieran."

La expresión de Chakas, tras la tenue máscara del campo de su casco, era rígida, su frente cubierta de humedad. Cada pocos segundos, otra expresión rompía esta rigidez, pena mezclada con un dolor inexpresable. Me preguntaba qué recuerdos de su historia la Bibliotecaria les había transmitido junto con su *geas*—memorias que recién ahora se están despertando. ¿Qué habían presenciado aquí sus ancestros? No podía saberlo.

El Didacta se apartó del vacío. Su armadura perdió su brillo. "¿Cómo podría viajar?" él preguntó. "Quién podría haber venido aquí..." Entonces su cara reflejó una teoría oscuramente obvia. "Los que realizaron la prueba", él afirmó. Se dio la vuelta y caminó hacia la escalinata. "Debemos irnos inmediatamente."

Chakas continuó contemplando el foso. Riser no dijo nada, pero el pelaje de sus mejillas estaba mojado de lágrimas. No lágrimas de tristeza—lágrimas de rabia.

"Vámonos", les dije. "El Didacta se va, y aquí no hay nada para nosotros."

"Una vez, había de *todo* aquí", dijo Chakas, mirando a su alrededor salvajemente, viendo fantasmas.

"Cuando volvamos a la nave, cuéntame lo que estás aprendiendo", le sugerí. Lentamente, se desprendió de su hechizo, y él y Riser me siguieron por las escalinatas, a través de la arena, hasta el tubo de elevación de la nave del Didacta.

Minutos después, estábamos en el espacio, mirando a Charum Hakkor desde lo alto.

"Debemos examinar otros planetas en este sistema", dijo el Didacta. "Lo que haya pasado puede haberse extendido. Dile a tus humanos—"

"No son *míos*", le dije.

El Didacta me examinó críticamente. "Dile a tus *compañeros* que la Bibliotecaria, en su perversa sabiduría, trató de crear un equipo capaz de ayudarme a explorar y comprender. Eso no es mucho, pero es lo que tenemos—a nosotros mismos, a esta nave, a nuestros ancestros y armaduras."

"No hay nada ahí abajo", le dije. "Lo que sea que hayas estado buscando, se ha ido. Los Forerunners han seguido adelante sin ti—y deben tener sus razones. Deberíamos volver y regresar—"

"Tu ancilla no ha comenzado a llenar las lagunas en tu educación", dijo el Didacta.

"Apenas ha habido tiempo."

"Este sistema tiene quince mundos. Las ruinas de los Precursores sólo se encuentran en Charum Hakkor. Los humanos se establecieron en dos más: Faun Hakkor y Ben Nauk. Los otros planetas fueron minados en busca de minerales y volátiles. Probaremos con Faun Hakkor después. Díselo a tus... díselo a los humanos."

El Didacta desapareció en la bodega inferior. Me quedé en el centro de mando, cerca de Chakas y Riser, que se acurrucaron juntos y luego se agacharon. Chakas parecía enojado y

confundido—por mucho que había aprendido a leer las emociones humanas. A Riser no podía entenderlo. El Florian estaba sentado con los ojos cruzados, los labios flojos, las manos cruzadas, inmóvil.

"¿Por qué ella nos maldice con estos recuerdos robados?" preguntó Chakas, mirándome. "¡Recuerdo tantas cosas que no podría haber vivido!"

"Cuando ves antiguos mundos, oyes viejos cuentos, eso te trae profundos recuerdos", le dije. "Parte de tu *geas*, me imagino."

"¿Qué va a hacer ese asesino con nosotros?"

"Yo también me pregunto lo mismo", le dije.

Chakas giró para mirar hacia otro lado. Riser aún no se movía.

"¿Qué *recuerdas*?" Le pregunté a Chakas, arrodillado a su lado.

"Está todo enredado. Éramos un gran poder. Luchamos mucho y duro. Puedo sentir por lo que pasaron... los humanos antiguos. Esos sentimientos *hieren*. Lo perdimos todo. *Él* nos derrotó y se vengó." Se agachó, con las lágrimas goteando en la cubierta.

Pensara lo que pensara del Didacta, por mucho que me impresionara y me asustara, no me atrevía a creer que alguna vez había actuado por malicia. "La Bibliotecaria debe haberte equipado con esencias humanas de aquellos tiempos."

"¿Qué significa eso?"

"Recuerdos recogidos de cautivos, en su mayoría. Ustedes no son esas personas, por supuesto."

Chakas le extendió el brazo a Riser. "Sus antepasados han vuelto para cantarle, y no sabe cómo detener su dolor."

No había nada más que pudiera decir o hacer.

Una vez que la nave había regresado al espacio, su forma era de nuevo ovoide, al menos de ochcientos metros de proa a popa. Todas las escotillas visibles se abrieron para mí. Nada me bloqueó el camino. Las entradas de los ascensores y los pasillos de tránsito brillantes iluminaron a mi acercamiento, sus paredes y pisos inmaculadamente limpios—y no es de extrañar. Eran recién nacidos. Era una embarcación joven, ni siquiera totalmente familiarizada con su propia naturaleza; como yo.

Había pasado suficiente tiempo viendo a mi padre y a sus Constructores diseñar naves como ésta para entender lo básico. La mayor parte del interior de la nave estaba formado por luz sólida de un molde u otro, creando una decoración ajustable sujetada a la voluntad del capitán. Supuse que la mitad de la nave era materia y tal vez un tercio era combustible, masa de reacción y, por supuesto, la escama central de la unidad desliespacial, astillada del núcleo original, aún mantenido estrechamente en un lugar conocido sólo por el Maestro Constructor, el jefe del rango y todos los gremios, el más grande de los grandes en ingeniería... posiblemente el Forerunner más poderoso en la ecúmene.

Me impresioné con una deducción repentina. La Bibliotecaria—si de hecho ella proveyó la semilla para esta embarcación—debe tener conexiones con los Constructores de

alto nivel. Sólo ellos podían autorizar la separación de un núcleo desliespacial.

Que uno de ellos le haya dado ese núcleo, que haya colocado ese dispositivo necesario en la semilla de la nave—escondida durante todo ese tiempo en Erde-Tyrene—podría significar sólo una cosa. Había división entre los Constructores al más alto nivel.

Sentí un breve momento de orgullo por mi inteligencia, antes de que se viera abrumado por otras mil preguntas—a cada una de las cuales mi ancilla profesó que tal información estaba "fuera de mi alcance actual".

Por supuesto que no habría conexiones de enlace, porque todas las comunicaciones entrelazadas tenían que pasar por encriptación propietaria y por lo tanto podían ser rastreadas. El Didacta estaba rodeado de silencio, incapaz de actualizar, incapaz de comunicar lo que había aprendido sobre Charum Hakkor. No me extraña que estuviera melancólico.

Para transmitir lo que sabía, tenía que revelar su ubicación y, por supuesto, tenía que revelar que había sido revivido, que había escapado y que estaba activamente involucrado en lo que él y la Bibliotecaria estaban planeando.

Eso dejaba al Dominio, por supuesto—no muy a menudo utilizado como medio de comunicación. Siempre existía la ligera posibilidad de que los mensajes cruciales pudieran ser alterados, incluso torcidos. Como un Manipular, sabía muy poco acerca del Dominio, y era poco probable que la ancilla me informara acerca de cosas prohibidas para mi forma juvenil.

Se complicaba cada vez más la situación.

Descendí en el elevador axial por debajo del centro de mando. Los espacios de vida de la nave eran un laberinto de cubículos e instalaciones de servicio: comedores y cocinas vacíos, bibliotecas y espacios de ensamblaje vacíos, muelles de entrenamiento, reparación de armaduras, talleres automatizados para reacondicionamiento y expansión. Esto podría haber acomodado fácilmente a cinco mil Guerreros-Siervos y tripulación de apoyo.

Los espacios de popa, encima de las cámaras de impulsión, estaban llenos de máquinas de guerra—centenares de ellas, en almacenamiento compacto y también en forma totalmente activada, todas mucho más modernas que las esfinges. Aquí había exploradores armados y cruceros de piquete orbital para colocar cordones y pantallas alrededor de embarcaciones más grandes, miles de envolturas de combate anónimas y condensadas para convertir en armaduras personales, armas de mano... decenas de miles de armas de mano de todas las variedades, para cualquier situación.

Suficiente para librarse una batalla importante, sino una guerra.

¿Qué estaba planeando el Didacta? ¿Estaba realmente pensando en rebelarse contra el consejo que gobernaba la ecumene?

Me había llevado consigo—*nos* había llevado consigo—tal vez para evitar matarnos, pero en todo caso para mantenernos cerca, para mantenernos tranquilos. Estaba en medio de algo demasiado enorme para poder contemplar. Algo mucho más allá de las habilidades de un Manipular, por muy inteligente que fuera, para comprender.

Toda mi juventud había vivido en un cojín invisible de civilización. Las luchas y designios de miles de años de historia me habían llevado a esta cima. Sólo tenía que exhibir los mínimos de autodisciplina para heredar el lugar que mi familia había planeado para mí: la vida de un Forerunner privilegiado, cuya misma noción me parecía muy restrictiva.

Mi privilegio—nacer y crecer sin ser consciente de lo que los Forerunners habían tenido que hacer para proteger su posición en la galaxia: apartar a civilizaciones y especies opositoras, apoderándose de sus mundos y sus recursos, socavando su crecimiento y desarrollo—reduciéndolas a una población de especímenes. Garantizar que sus oponentes no puedan volver a levantarse nunca más, que no representen una amenaza para el dominio Forerunner, mientras reclaman el privilegio de proteger el Manto.

Trapeando después de la matanza.

¿Cuántas especies habían colapsado bajo nuestra hipocresía, retrocediendo en el tiempo? ¿Qué era mito, qué era pesadilla, qué era verdad? Mi vida, mi lujo—alzándose de las espaldas aplastadas de los vencidos, que fueron destruidos o *involucionados*—

¿Y qué significaba eso exactamente? ¿Habían sido los humanos derrotados por el Didacta y sus flotas forzados a la esterilidad, a la senescencia sin reproducción, o habían sido forzados a observar a sus hijos a someterse a una reducción biológica, a convertirse de nuevo en *lémures*?

La ancilla sólo podría suministrar imágenes dispersas de unos pocos elegidos, bajo la protección de la Bibliotecaria, trasplantados en Erde-Tyrene. Bajo su influencia, equipados con

su *geas*, estos lamentables restos se habían convertido en pocos miles de años en una población de cientos de miles y habían recuperado muchas de sus formas ancestrales. Si Erde-Tyrene había sido su verdadero planeta de origen, entonces estos trasplantes e intervenciones posteriores deben haber enturbiado el registro fósil más allá de todo sentido.

Me detuve en el perímetro exterior de la mayor de las bahías de armas, estudiando las formas esbeltas y aerodinámicas que se encontraban en la parte superior, los transportes corpulentos fuertemente protegidos que había debajo de ellas, estaban apilados en estibas y suspendidos en agarraderas plateadas y azules de luz sólida. Escuché el débil, casi inaudible tic, tic, tic, tic de campos de estasis ajustados a la forma, manteniendo las embarcaciones y las armas en óptimas condiciones. La nave semilla de la Bibliotecaria había sido diseñada con mucho más que un simple escape en mente. El Didacta tenía una vez más una nave de guerra al mando. Una nave llena de muerte.

Un rompedor de planetas—adaptado a un Prometeo.

¿Cómo podría una Trabajadora de Vida, aún una tan grande como la Bibliotecaria, haber organizado una fuerza tan asombrosa? No sola, seguramente. No sin la ayuda de los Constructores.

Siempre me habían enseñado que las habilidades intelectuales y los talentos sociales más sofisticados y ornamentados venían con la primera mutación—el fin de la juventud, el fin de ser un Manipular. Aquí afuera, lejos de rango y familia, la mutación a la primera forma era imposible.

Estos problemas estaban más allá de mi comprensión, mucho más allá de cualquier solución. Envuelto en melancolía,

ascendí al centro de mando, donde los humanos se habían quitado la armadura y se habían dormido. Me paré a su lado, anhelando deshacerme de mi propia armadura, también—anhelando que todos regresáramos al Cráter Djamonkin y nos arriesgáramos de nuevo en el lago repleto de merse, que nos perdiéramos en la isla anillo y recapturar esos breves momentos de estúpida aventura, usando sólo sandalias ásperas y sombreros toscos, buscando inútilmente tesoros improbables.

La verdadera cúspide de mi vida hasta ese momento.

Pero no habría vuelta a esa inocencia.

Nunca más.

La nave se alejó del triste casco gris de Charum Hakkor. El viaje a Faun Hakkor duraría poco más de treinta horas.

Obligué a los humanos a vestirse si querían vivir. La aceleración era extrema, por supuesto. Riser y Chakas observaron conmigo cómo las estrellas giraban y la nave iniciaba un impulso de reacción total, agarrando la energía del vacío y expulsando un rayo violeta de neutrones virtuales, que se apagaba tan pronto como sus vidas eran descubiertas por la doble mano del tiempo.

Permanecimos dentro de nuestra armadura hasta que la nave encontró su órbita apropiada. El tiempo se ralentizó hasta gatear. Intenté enseñarle a los humanos cómo acceder a los juegos recreativos, pero no prestaron atención. Finalmente, excluyéndome, jugaron misteriosos juegos con los dedos una y otra vez. Estaba a punto de aprender por larga observación sus

reglas y elementos de estrategia cuando el Didacta se reunió con nosotros en el centro de mando.

Nuestras armaduras se desbloquearon.

Faun Hakkor apareció a la vista. Nuestra órbita se ajustó para permitir una pasada en bucle. No nos detendríamos, no aterrizaríamos.

"He inspeccionado todos los planetas con sensores de largo alcance", dijo el Didacta. "La información que recopilan no es cien por ciento convincente a tales distancias, pero..."

"¿Dónde lucharon con mayor fuerza los humanos?" preguntó Chakas, acercándose al Didacta. Él miró al Prometeo con una mirada despejada y sin miedo.

"Donde sus intereses eran más cruciales, por supuesto. Charum Hakkor vio algunos de los últimos y peores combates." El Didacta se erigió ante este humano acusador. "Tu pueblo—si se me permite llamarlos así—era más cruel cuando atacaban mundos donde los Forerunners habían reasentado a otras especies. La presión de sus crecientes poblaciones era fuerte. Aniquilaron cincuenta sistemas indefensos y sembraron sus conquistas con colonias humanas antes de que nos coordináramos y los empujáramos de regreso a los confines del brazo en espiral. Creyeron—"

"Al recrear muchas almas", dijo Chakas, ojos apagados, como si mirara para adentro, "Estoy aprendiendo mucho sobre mis ancestros."

"Nos hace infelices", comentó Riser.

"Cambia a la vista completa", ordenó el Didacta, quizás para salir de esta conversación.

De repente, pareció que estábamos suspendidos en el espacio, la nave desapareció a nuestro alrededor. Con algunas sacudidas y tanteos, acostumbrándonos a esta experiencia, todos podíamos mirar hacia abajo a Faun Hakkor sin restricciones.

Casi del mismo tamaño que Charum Hakkor, este planeta estaba cubierto de una alfombra moteada de verde y unos pocos océanos altos y dispersos, encerrados entre montañas—completamente diferente de Charum Hakkor, incluso hermoso... a primera vista.

"Yo podría vivir allí", dijo Riser.

Pero los sensores nos estaban contando una historia diferente. Solo ahora veíamos evidencias de destrucción en el pasado, destacadas por observaciones de la ancilla—marcas de tajos, cráteres, vastas regiones aplastadas y quemadas, ahora cubiertas de vegetación, pero delineadas en rojo y azul, con fechas de ataques, contraataques, y listas de naves Forerunner involucradas en la larga batalla de hace mucho tiempo.

Y luego—además de esas listas—otras naves, otros nombres. Nombres humanos. Chakas se estremeció ante algunos de estos nombres mientras su ancilla se los traducía.

"Faun Hakkor es el origen de los Pheru que los humanos valoraban profundamente como mascotas y compañeros", dijo el Didacta. "Las fuerzas de reserva los defendieron ferozmente pero su número e instalaciones eran mínimas, así que el planeta mantuvo la mayor parte de su flora y fauna original..."

"Algo ha cambiado", dijo Chakas. "No se ve bien."

Riser caminó a nuestro alrededor—una figura extravagante con su armadura, caminando a través de una cubierta invisible. "¿Quién vive aquí ahora?" él preguntó.

El Didacta solicitó rastreos de la biota actual del planeta junto con listas de la flora y fauna que habían sobrevivido a las batallas de hace nueve mil años. En los registros de la inspección realizada por los Trabajadores de Vida, probablemente después del fin de las hostilidades, vi cientos de especies de animales grandes que variaban en tamaño desde un metro hasta un centenar de metros—algunos claramente acuáticos, otros enormes carnívoros terrestres o herbívoros tranquilos en las praderas. Esta lista fue comparada con lo que los sensores podían localizar ahora.

Una por una, las especies más grandes desaparecieron de la lista.

"No hay animales de más de un metro", informó la ancilla de la nave con voz precisa y cortada.

Luego vino una variedad de especies históricas de menos de un metro—saltamontes, excavadores, pequeños carnívoros, comedores de semillas, criaturas voladoras, artrópodos, sociedades clónicas fraternas... los Pheru.

Uno por uno, fueron desapareciendo de la lista actual. No se encontró ninguno.

Luego vino la flora, incluyendo densos bosques arbóreos. Muchos de los árboles originales habían adquirido una especie de inteligencia a largo plazo, comunicándose entre sí durante siglos utilizando insectos, virus, bacterias y hongos como

portadores de señales genéticas y hormonales, análogas a las neuronas... Esa lista también se vació rápidamente. Había remanentes—bosques muertos y selvas cubiertas con una falsa alfombra verde de plantas primitivas y especies simbióticas.

Todo lo que quedaba, aparentemente, eran musgos, hongos, algas y sus formas combinadas.

"Nada con un sistema nervioso central o incluso una notocorda", reportó la ancilla de la nave. "No hay fauna por encima de un milímetro de escala."

"¿Dónde están las abejas?" preguntó Riser. "¿Qué dará fruto si las abejas se van? No hay carnes pequeñas que cazar. ¿Dónde están?" Su voz se elevó a un triste chillido.

"Las plantas que florecen son pocas y están en declive", continuó la ancilla. "Todos los océanos, lagos y ríos están ácidos con materia en descomposición. Los resultados de los sensores indican un colapso extensivo del ecosistema."

El Didacta ya no podía aguantar más. Cortó la vista virtual, y volvimos a estar de pie en la cubierta del centro de mando, las listas menguantes aletearon como si eran arrastradas por brisas desalentadoras.

"*Nos hemos convertido en los monstruos*", dijo el Prometeo. "Ha regresado con tanta fuerza que los Forerunners destruirán todo lo que lleve hasta la más mínima semilla de razón... todo lo que piense o planee. Esta será nuestra última defensa. Un crimen más allá de toda razón, superando todos los pecados previos contra el Manto... ¿Qué quedará?"

Me pregunté a qué se estaba *refiriendo*—¿al prisionero liberado de Charum Hakkor?

¿Algo peor?

Convocó una silla adecuada para su tamaño y se sentó a reflexionar. "Te preguntas qué me obligó a entrar en el Cryptum. Fue mi negativa a aceptar este plan incluso en sus primeras etapas. Con todo mi ser, luché contra el diseño de estos infames artefactos, y durante miles de años previne su construcción. Pero mis oponentes finalmente ganaron. Fui reprimido por el Consejo, trayendo vergüenza sobre mi rango, mi gremio, mi familia. Entonces me convertí en el infame—el conquistador y salvador que se negó a escuchar a la razón. Y así, desaparecí."

"Aquí no hay compasión", dijo Chakas, con los ojos bien abiertos.

"Desafiante hasta el final", observó el Didacta, pero sin ira— como si toda su ira hubiera sido absorbida por la visión de estos mundos estériles o moribundos.

Riser se acostó y se enroscó en miseria. "Nada de abejas", él murmuró. "Muriendo de hambre." Chakas se arrodilló junto a él.

"Hay un viaje más que debemos hacer", dijo el Didacta al cabo de un tiempo. "Si esa búsqueda fracasa, no tenemos otra opción. No hay nada más que aportar." Se dio la vuelta para enfrentarse a Chakas y a Riser. "Los humanos se negaron a rendirse ante la abrumadora fuerza, por lo que fueron reducidos. Sus aliados eran menos obstinados, menos honorables, y les concedieron un castigo menos severo. Los San'Shyuum fueron despojados de todas sus armas y medios de transporte y confinados a un único sistema estelar mantenido en estricta cuarentena Forerunner. Uno de mis antiguos comandantes supervisaba la cuarentena. Tal vez él todavía esté a cargo..."

"Iremos a ver cómo les va a los últimos de los San'Shyuum. Pero primero, necesito tiempo para pensar y planear. Iré abajo. Los humanos serán retenidos en sus cabinas." Los miró dudosamente. "Creo que no les agrado."

Dio la orden y la nave cumplió. En minutos, entramos en el desliespacio, y el Didacta partió del centro de comando.

TRECE

HORAS MÁS TARDE, emergimos. Los efectos pasaron más lentamente de lo habitual, lo que indica que habíamos recorrido una distancia muy grande, quizás más allá del rango de la reconciliación normal de partículas. Podría haber efectos de dilatación cuando volviéramos.

Me quedé solo en el centro de mando, mirando a través del tremendo y tenue remolino de una galaxia, y convoqué a un mapa grafico para ver dónde estábamos. Espirales y rejillas se extendieron rápidamente. Al menos esta era nuestra galaxia natal. La nave estaba en una órbita larga y oscura, muy por encima del plano galáctico, a decenas de miles de años luz de cualquier destino factible.

Me moví a través de la nave, buscando al Didacta. Estaba tan sólo unas pocas cubiertas más abajo, en una bahía de almacenamiento de tamaño medio separada de las bahías de armas más grandes. Aquí, las esfinges de guerra se habían dispuesto en su característica elipse, cada una sujetada por un reluciente amortiguador de luz sólida.

Lo observé desde detrás de un arco de presión que atravesaba la dimensión más amplia de la bodega. Parecía estar hablándole a un grupo reunido, como un comandante dirigiéndose a sus guerreros.

"Nunca he sido lo suficientemente ingenuo como para creer que seguir el deber conducía a la gloria, o que la experiencia lo

elevaba a uno a la sabiduría entre los Forerunners", él dijo, su profunda voz resonando por la sala. "Mis jóvenes, desearía que realmente siguieran aquí para aconsejarme. Me siento débil y aislado. Temo lo que encontraré cuando vuelva a caminar entre Constructores. Su gobierno nos llevó a este punto muerto. Lo que aprendimos hace mucho tiempo de los humanos..."

Me vio detrás del arco, luego estiró su grueso brazo e hizo un gesto para que me uniera a él. Así lo hice.

El Didacta estaba solo con sus esfinges de guerra. No vi a nadie más.

"¿Por qué hemos viajado tan lejos?" Le pregunté.

"Múltiples viajes en el desliespacio pueden ser rastreados por la autoridad central, si los viajes son racionales. Este no es un viaje racional. En algunos saltos más, ahora seremos más difíciles de rastrear."

El Didacta caminó por el interior de la elipse, tocando una esfinge y luego otra. "Éstas contienen lo que me queda de mis guerreros de hace mucho tiempo."

"¿Son *Durances*?" Le pregunté. Debajo de mi armadura, mi piel se arrugó ante el recuerdo de una esfinge reprendiéndome, diciéndome que *me aguantara*, y mi intuición de que había algo más que una ancilla dentro. Riser también lo había sentido.

"No. Los Guerreros no observan las sutilezas, como habrás notado, Manipular. En la batalla, nuestros muertos rara vez están en condiciones de cosechar sus esencias completas. Todo lo que me queda son las interacciones finales que mis hijos tuvieron con sus máquinas—muestras fugaces de sus pensamientos y recuerdos, antes de que fueran asesinados en

acción... mantenidas para ser estudiadas por su comandante, para ver qué se podía aprender para futuras batallas. Yo era su comandante, así como su padre... nunca he tenido el corazón para borrarlas."

"¿Todavía te ofrecen sus opiniones?" Le pregunté, con respecto a las esfinges con escalofríos.

"Algo de juicio queda", él dijo, observándome. Me puso una gran mano en el hombro. "No eres tan tonto como haces que parezca. Si te preguntara qué debo hacer", él dijo, "¿cómo responderías?"

Esto me atrapó en un aprieto de contradicciones. "Lo pensaría largo y tendido", respondí. "No tengo el conocimiento."

"La Bibliotecaria te seleccionó a ti e imprimió a los humanos—ella parece creer que pueden ayudar. Y a pesar de nuestros muchos desacuerdos, rara vez he encontrado que esté equivocada."

Luchó en su interior durante un momento, mostrando destellos de ira y tristeza, confusión, y luego resolución. "Mis tácticas ante los consejos Constructores y Guerreros eran demasiado contundentes, mi política demasiado directa e ingenua. La Bibliotecaria siempre tuvo razón. Eso no es fácil de admitir."

Un coro de voces surgió de las esfinges—grabadas y huecas. Sólo pude entender unas pocas frases cortas:

"Están ahí fuera, esperando..."

"¡Miles de años desperdiciados!"

"La solución estaba perdida, Padre... ¡Perdida!"

"Si lo que los Ancestros hicieron anda suelto..."

Me alejé de la elipse, aterrorizado.

Las esfinges se callaron. El Didacta estaba entre ellas, los hombros inclinados.

"*¿Quiénes eran?*" Le pregunté, sintiendo de repente que aquí había mucho más que un comandante y sus soldados muertos.

"Estos eran nuestros hijos e hijas. De la Bibliotecaria y míos", dijo el Didacta. "Se convirtieron en guerreros y sirvieron en mis flotas. Murieron en batalla. Todos ellos."

No sabía qué decir o hacer. Su dolor era palpable.

"Sus comunicaciones finales, sus últimos comandos y patrones y memorias, almacenados en estas máquinas, son todo lo que me queda. Todo lo que me importa personalmente aparte de mi juramento... mi deber. Pero necesito *ayuda*, más de la que ellos pueden empezar a dar. La Bibliotecaria te eligió para ayudarme. Pero, ¿cómo?"

Por un momento, pareció perdido, como si fuera incapaz de decidir cuál era el siguiente curso que seguía—extremadamente indeciso para un Prometeo. Luego hizo una pregunta no consecuente. "Los humanos... ¿cuánto tiempo pasaste con ellos... observando, antes de que dejáramos Erde-Tyrene?"

"Diez días", le respondí.

"*¿Todavía tienen su honor?*"

"Sí", dije sin dudarlo.

"Me está poniendo a prueba, mi esposa, ¿no es así?"

"Sé muy poco sobre la Bibliotecaria."

El Didacta lo descartó. "Nunca la conocerás de la forma que yo la conocí. Ella posee un sentido del humor raro entre todos los Forerunners e imposible de encontrar en Guerreros-Siervos... o en la mayoría de los Constructores. Es como si ella me convocara desde mi paz y me pusiera este desafío."

"¿Qué quiere que hagas?"

"Cuando serví como comandante en jefe de las fuerzas Forerunner, siempre contaba con el apoyo de un equipo de expertos... docenas de compañeros Prometeos, cada uno de ellos respaldado por las mejores ancillas de una gran experiencia militar. No estoy acostumbrado a trabajar solo, Manipular. Pienso mejor con un equipo. Pero lo que ella me ha dado... un Manipular y dos humanos... uno de ellos dócil y muy pequeño..."

Riser no era tan dócil—el pequeño Florian *había* mordido al Didacta—pero yo no lo contradije.

"Para alcanzar la plena eficiencia, el personal de un Prometeo comparte la mayor parte o todo el conocimiento del comandante. Es una tradición de gran antigüedad." Extendió su mano blindada. Un campo rojo oscuro se extendió a lo largo de sus dedos, como si la mano estuviese bañada en sangre brillante.

Aquí hubo algo completamente inesperado. Incluso aterrador. "No soy tu igual", objeté. "No tengo tu experiencia..."

"Tú viste lo que pasó en Charum Hakkor y Faun Hakkor. Tu ancilla te ayudará a absorber mi conocimiento. Sólo tienes que pedírselo y sabrás todo lo que yo sé."

Bastante simple. La ancilla absorbería ese conocimiento, y yo podría estudiarlo en el momento oportuno. Dudé, y luego extendí mi propia mano. Cuando lo hice, vi el campo rojo crecer entre mis propios dedos. La ancilla apareció en el fondo de mis pensamientos, no azul sino roja como la sangre... y hambrienta.

Nunca había sentido el verdadero instinto desenfrenado—podríamos decir *pasión*—de una ancilla a la hora de reunir conocimientos.

Nuestros dedos se tocaron. Dobló mi mano mucho más pequeña en la suya. "Cierra tus ojos", él sugirió. "Es menos desorientador de esa manera."

Cerré mis ojos. Algun tiempo después—perdí la noción del tiempo, pero podrían haber sido horas o días—los volví a abrir. Mi armadura cosquilleaba contra mi piel. Me sentía caliente por dentro, casi *quemado*. La sensación disminuyó lentamente, pero todavía tenía dificultad para concentrarme. El Didacta se tambaleó ante mí, poco más que una sombra.

Traté de acceder a mi ancilla. Apareció mezclada con rojo y azul, con un estremecimiento fuera de eje. "¿Funcionó?" Le pregunté. "No me siento muy bien. La ancilla parece rota, desconectada..."

"*No* funcionó", dijo el Didacta, echando hacia atrás su mano. Sólo habían pasado unos minutos. "Es demasiado para un Manipular. Debería haberlo sabido. Sólo una primera forma podría ser capaz de absorber tanto."

"Entonces, ¿qué puedo hacer? ¿Qué me queda?"

El Didacta no respondió inmediatamente. "Ve a atender a los humanos", dijo finalmente. "Volveremos a viajar pronto."

En su cabina, los humanos parecían estar durmiendo o absortos en el *geas* de la Bibliotecaria, yo no podía decir cuál. Sus ojos estaban cerrados y yacían enroscados uno al lado del otro. Decidí no interrumpir. A juzgar por mi propia experiencia reciente, era una crueldad someterlos a tanta información, tan rápidamente—tanto por dentro como por fuera. Me preguntaba si saldrían cuerdos o algo remotamente parecido a sus pasados yoes.

El dolor residual del intento de transferencia me había dejado desdichado. Ni siquiera la armadura pudo disipar inmediatamente mi malestar. Peor aún, la ancilla de la armadura estaba profundamente resentida de ser sobrecargada. Por ahora, parecía culparme a mí más que a su propia avaricia por conocimiento. Sentí agudamente sus rotos pulsos de desaprobación.

Me acosté al lado de los humanos, luego me volteé sobre la cubierta, agarré mi casco y rechiné los dientes.

Riser se paró junto a mí, chillando su preocupación. "¿Te lastimó, el asesino de humanos?" él preguntó. Unos pasos atrás, Chakas también apareció, su cara pálida y poco saludable.

Ellos están cambiando. No lo estoy haciendo.

"No", le dije, mis pensamientos lentamente comenzaron a aclararse y mi cabeza dejó de latir. "El pidió ayuda. Me ofreció..."

su entrenamiento, su destreza en la guerra, su historia personal." Simplifiqué estos conceptos lo mejor que pude.

Chakas sacudió los hombros y la cabeza. "Suena tedioso. ¿Y si salgo y le escupo encima?"

Riser le dio un bajo *faa-schaaaa*. Había aprendido lo suficiente sobre las expresiones del Florian para ver que estaba dispuesto a este ataque si Chakas lo estaba.

"*Les teme*", les dije. "Bueno, él los respeta. No. Tampoco es eso. Él recuerda lo que una vez fueron y lo que hicieron. Ustedes mataron a sus hijos... en batalla."

"¿Nosotros, personalmente?" preguntó dudoso Chakas. "No recuerdo eso."

"Nuestros ancestros", observó Riser, agachado. "Cuando tu gente y la mía era la misma."

"Han estado aprendiendo de su *geas*", les dije.

"Y de la pequeña mujer azul", dijo Riser. "Pero no me casaré con ella. Tienes razón en eso."

CATORCE

NUESTRA NAVE EMERGIÓ de su siguiente travesía rodeada por una neblina difusa de polvo helado, los restos de material cometario antiguo envolviendo el sistema hereditario de los San'Shyuum. Una vez esta nube había sido mucho más densa. Los San'Shyuum la habían agotado para abastecer de combustible a sus primeras naves estelares. Ahora lo último de la nube servía para enmascarar nuestra presencia y permitir al Didacta observar el sistema interior lo mejor que podía.

Las imágenes de los sensores eran impresionantes y extrañas. Nunca antes había visto un sistema estelar en cuarentena. Tales capacidades rara vez eran mostradas a los jóvenes Constructores. Un sistema planetario está mayormente vacío, incluso el más grande de los mundos se pierde en la inmensidad de miles de millones de kilómetros de espacio. Al igual que sus antiguos aliados humanos, los San'Shyuum habían evolucionado en un mundo rico en agua no lejos de una estrella amarilla, dentro de una zona templada que sólo permitía un estrecho rango de climas. Ahora, sin embargo, diez mil años después de su derrota, el sistema estaba rodeado de billones de vigilantes que constantemente entraban y salían del espacio-tiempo, a veces tan rápidamente que parecían formar una esfera sólida. Esta esfera se extendía hasta una distancia de cuatrocientos millones de kilómetros de la estrella, y por tanto no abarcaba cuatro impresionantes gigantes gaseosos cuyas órbitas yacían más allá de ese límite. Varias de las muchas lunas

que orbitaban esos gigantes gaseosos proporcionaban plataformas para estaciones de mantenimiento semiautomatizadas, algunas de ellas pobladas por las herramientas de servicio de los Constructores conocidas como Huragok. Los Huragok son más herramientas que organismos, y rara vez se les concede la condición de persona entre los Forerunners. Su orgullo se deriva de su servicio—y, hasta cierto punto, de su flotabilidad en cualquier atmósfera de apoyo que se encuentren. Disfrutan de estar confinados por gravedad o fuerza centrífuga y de permanecer dentro de un metro de una superficie sólida. Me parecían aburridos, cuando los encontraba, lo que nunca ocurría en la sociedad educada. Su metabolismo anaeróbico, y esas vejigas de gas...

El Didacta mantuvo su sensor de barrido pasivo por el momento, simplemente escuchando. Las comunicaciones Forerunner nunca se transmiten a lo largo de longitudes de ondas electromagnéticas, pero los San'Shyuum habían renunciado a todos los demás métodos. Y así, pudo estudiar lo que se estaba filtrando a través de los límites de la cuarentena. Su ancilla lo traducía.

"Está tranquilo", él dijo. "No oigo más que pulsos de microondas y señales transpositivas."

Pasando por la pantalla virtual, convocando cualquier información que estuvieran recogiendo los sensores de todo el sistema, el Didacta tardó varios minutos en localizar el solitario puesto de avanzada Guerrero-Siervo en el sistema, orbitando justo dentro de los límites internos de la cuarentena.

"Retiraron aquí a la *Reverencia Profunda*", él murmuró. Apareció una imagen ampliada que fue mejorada con

especificaciones y otros datos. La *Reverencia Profunda* era una impresionante embarcación de clase fortaleza, de cincuenta kilómetros de eslora, cuya fecha de inicio era anterior a la guerra humano-San'Shyuum. "Fui aprendiz en ella cuando era un cadete. Es un gran viejo casco. Estos mundos en cuarentena son un deber terrible. Casi espero que mis amigos ya no estén en servicio... Sospecho que se han visto afectados por mis propios problemas. Sospecho que fueron *castigados*."

Hizo un gesto con la mano para que se fuera la pantalla. "Tenemos que romper la cobertura y acercarnos. Es un riesgo, pero necesito entender más. Y necesito toda la ayuda que pueda conseguir."

"Pero intentamos..."

"Hay una forma más. Tu patrimonio está enterrado profundamente, inaccesible para un Manipular. Para absorber mis conocimientos, debes poder acceder a tu patrimonio y a toda la riqueza del Dominio. Para hacer eso, tendrás que expandir tus capacidades. Si estás dispuesto... si te ofreces."

"Quieres decir... mutar a un rango más alto."

"Una aproximación lo más cercana posible", dijo el Didacta. "Se llama mutación breve. No es común, pero está dentro del código Guerrero-Siervo. Esta nave es capaz de soportar semejante ceremonia... y no puedes acceder a lo que tus ancestros guardaron dentro de ti, o acceder al Dominio, que lo complementa todo."

"Se supone que debo desbloquear mi patrimonio con la ayuda de mi padre."

"Tradicionalmente, eso es cierto. Pero como soy el único Forerunner por aquí y es poco probable que encontremos algún Constructor cerca..."

Él no necesitaba exponer los detalles. Me estaban pidiendo que mutara y creciera sin que mi familia o incluso mi rango estuviera presente para ayudar. Él sería mi mentor. Y eso significaba que recibiría la huella genética del Didacta.

"Yo mutaría en un Guerrero-Siervo", le dije.

"Al menos en parte. Siempre podrías hacer una petición para una corrección, una reversión, una vez que vuelvas con tu familia."

"Nunca he oído hablar de tal cosa."

Había oido hablar de mutaciones fallidas, de individuos ocultos en enclaves familiares especiales y limitados a tareas serviles. No era una perspectiva atractiva.

"Es una elección."

Dadas las circunstancias, no se sentía como una elección. "¿Qué... qué se sentiría?" Le pregunté.

"Toda mutación es difícil. Las mutaciones breves son particularmente desagradables."

"¿Es peligroso?"

"Tendremos que ejercer cautela. Pero una vez que tengamos éxito, podemos aventurarnos y ver cuál es la situación en la *Reverencia Profunda*."

"No me he *ofrecido*", le recordé.

"No", él dijo. "Pero la Bibliotecaria siempre ha sido una gran juez del carácter."

QUINCE

No usas armadura durante una mutación. No aceptas las opiniones o consejos de una ancilla. Todo el mundo y todo lo que te rodea se queda en silencio y no responde a tus sonidos de dolor o de necesidad, excepto para proporcionar agua pura cuando gritas que tienes sed.

Cada Forerunner avanza a través de al menos dos mutaciones a lo largo de su vida. Muchos pasan por cinco o más. El número ayuda a determinar tu rango dentro de la jerarquía de la familia, Manípulo y gremio. Se puede entrar en el colectivo de gremios sólo después de la mutación a la primera forma. ¿A qué gremio, a qué rango, pertenecería...?

El Didacta me condujo a una pequeña cámara que la nave había preparado en la punta de la proa, ya que tal mutación por ley ritual debe tener lugar bajo la luz directa de las estrellas—o una aproximación razonable.

La proa se hizo transparente. Me quité la armadura, al igual que el Didacta. Las piezas fueron transportadas hacia la popa, y la cubierta se cerró por debajo de nosotros. Parecíamos estar solos y desnudos en el punto más alto de una estrecha montaña, inundados por la antigua luz de millones de soles...

Interceptado sólo por mí, el suplicante y mi mentor. Para cada mutación de rango Forerunner había que tomar como modelo a un mentor, y el Didacta era el único Forerunner disponible.

Nada de la ironía de esto se me escapó. Nunca había esperado conscientemente este momento y, sin embargo, siempre lo había anticipado, como si fuera plenamente consciente de que al final de mi estupidez había aún más privilegios y avances—y quizás nuevos métodos de diversión, de búsqueda de aventuras.

Nunca la noción de deber o responsabilidad. Sin embargo, ahora estaban despertando. Me sentí inadecuado, inmaduro en extremo—listo para el cambio.

Aun así, no podía reprimir la profunda indignación de ser guiado por un rango más bajo en lugar de uno de mis propios Constructores. En esto, como mi padre, fui un verdadero Forerunner después de todo.

"La mutación breve conlleva riesgos", dijo el Didacta. "La nave está equipada para estimular los factores de crecimiento apropiados, pero no serás impreso por tus parientes inmediatos... algunos detalles de tu desarrollo pueden perderse o distorsionarse. ¿Entendiste esto?"

"Acepto... bajo presión", le dije.

El Didacta dio un paso atrás. "No puede haber reticencias", él dijo. "La mutación es un viaje personal, no debe ser coaccionado."

"Si no lo hago, me dices que toda la galaxia podría ser aniquilada... ¿eso no es coacción?"

"La lealtad al deber es el más alto instinto y propósito de los Forerunners. Es lo que nos da poder para defender el Manto."

No iba a discutir la hipocresía inherente a *eso*. Si el Manto—la exaltada preservación de la vida a través del universo—era el núcleo de nuestra filosofía más profunda, nuestra razón de ser, entonces ¿por qué los Trabajadores de Vida estaban en el fondo de nuestros rangos?

¿Por qué los Constructores, que trabajaban mayormente con materia inanimada, estaban tan arriba?

En verdad, estaba al menos igual de harto de la santurrería Forerunner que siempre... Pero si podía evitar que mi familia sufriera, si podía evitar la devastación que habíamos visto en Charum Hakkor y Faun Hakkor, si podía preservar la extraña y convincente belleza de Erde-Tyrene de ser extinguida... con demasiada claridad estas posibilidades, inevitabilidades, se presentaron a mi imaginación...

Entonces tendría que aceptar este procedimiento, sin importar lo torpe o peligroso que pueda ser.

El Didacta me miró a través de sus estrechos ojos grises. El pálido pelo de su cuero cabelludo se erizó. "Estás disfrutando siendo una víctima", él dijo.

"¡No lo estoy!" Grité. "Estoy listo. ¡Procede!"

"Sigues creyendo que deberías tener el privilegio único de vivir tu vida de una manera determinada." Parecía derrotado, y luego aliviado, como si toda esperanza finalmente hubiera desaparecido—y estaba contento. "No puede haber aumento de rango sin un poco de sabiduría. No demuestras esa sabiduría."

"No participé en la creación de este desastre, pero estoy dispuesto a sacrificar mi vida para salvar a mi pueblo. ¿No es eso desinteresado y noble?"

"La mutación a un rango más alto requiere la aceptación del Manto. El Manto es en parte estar consciente de lo que toda vida ha sacrificado para permitirte existir. Eso despierta una profunda culpa personal. No sientes esa culpa."

"He violado los deseos de mi familia, he involucrado a estos humanos en mi estupidez, y, ¿qué les pasará cuando termines? ¡Me siento culpable! ¡Todo a través de mí, es *culpa*!"

"Sólo es arrogancia", dijo el Didacta. "Atreverse es arriesgar desinteresadamente, no desperdiciar tu vida porque no ves otro propósito a tu existencia."

Esto me impactó en el corazón y golpeé la cubierta, queriendo caer bajo las estrellas, volver atrás, olvidar esta atrocidad. Me acerqué a él como para golpearlo, y luego vi la diferencia en nuestros tamaños, en nuestra situación—vi su cansada tristeza y pensé en los lamentables recuerdos que aún guardaba en las esfinges de guerra que habían protegido su Cryptum durante mil años... lo último de sus hijos.

El Didacta no conocía otro deber que este. Su esposa estaba lejos, no la había visto en siglos, no sabía si lo estaba usando para fines que no estaban previstos cuando fue forzado a un exilio meditativo. Sin embargo, confiaba.

Él servía.

Retiré mi pequeño puño. "No quiero tu tristeza", le dije.

"Eso es el Manto."

"Estás de *luto*."

Esto lo retrasó un poco. "Pasé miles de años de luto y no encontré virtud en ello." Se acomodó, cruzando sus grandes

piernas, inclinando su torso hacia delante hasta que me quedaba muy poco espacio bajo las inquebrantables estrellas.

Me arrodillé a su lado y crucé mis propias piernas.
"Háblame de tu exilio."

"No es sabio, tal vez, pero es groseramente curioso", dijo con un suspiro.

"¿Qué experimentaste en el Cryptum?"

"Digamos que no encontré paz. Lo que todos los grandes y más elevados Dominios del universo imponen a los Forerunners nunca es la paz, nunca el consuelo, nunca el descanso. Nunca la consistencia, la lógica, ni siquiera la pasión pura. Francamente, envidio tu perversidad, Manipular."

No sabía qué hacer con eso. "Tu dificultad es que te arrepientes de todo lo que has hecho. Y estás de luto."

Los brazos del Didacta descendieron, sus hombros se relajaron, y vi un destello de algo más que simple aceptación, más que simple reconocimiento. Habló en voz baja y molesta. "Mi sangre y mi semilla... desperdiciadas. Mi vida con mi familia, mi esposa, tan breve. Sentí tanto odio. El odio sigue conmigo. Tal vez tengas razón al rechazar mi impresión. El Manto está tan lejos de mí ahora como..."

"Tampoco estabas *preparado* para mutar, ¿verdad? En combate, la mutación te fue forzada. Una mutación breve. Alguien vio tu potencial incluso a través de tus defectos."

El Didacta me inspeccionó y por un momento, en ese gran rostro de piedra, tallado o mutilado artísticamente por la

historia y el dolor, levantó los labios y casi sonrió como si aún fuera joven. No sabía que eso era posible.

"Tocado por tu espada, Manipular", él dijo.

"Acepto mis defectos como tú aceptaste los tuyos, y los trascenderé... como tú lo hiciste. Estoy más listo que nunca, Prometeo." En realidad, estaba temblando, pero no con miedo.

El Didacta se levantó y agitó la mano. "Que así sea, sí—y *sí* otra vez."

Una columna recubierta de pequeñas esférulas se levantó desde la cubierta y lentamente rotó para apoyarse contra mi costado. Las esférulas se retorcieron sobre tallos para tocar mi piel, acceder a mis puntos de energía nerviosa y genética, de reservas metabólicas y catabólicas...

La memoria, el músculo, la intención, la pasión, el intelecto, la estabilidad—y esa conexión peculiar con el Manto que todos tienen, pero rara vez saben o sienten.

Los puntos de mi ser, tan vergonzosos como que mis órganos sexuales fueran examinados y delineados, más aún—porque los Forerunners nunca eran tímidos acerca del sexo.

"Mentor y patrocinador", él dijo. Otra columna se levantó y más esférulas circundaron y se conectaron con su estructura más grande. "De mi vida deja que lo mejor sea tomado. Que se examine y se maximice el crecimiento inherente a esta juventud. Que todo lo que es potencial y amado del Manto sea nutrido y fortalecido. Que todo lo que ha pasado sea desechado, y que todo lo que es futuro sea traído adelante, hecho real y físico..."

Las palabras del Didacta continuaron. Yo ya no las oía, pero las sentía. Transfijado, no podía hablar.

Mi cuerpo ya estaba respondiendo.

DIECISÉIS

EL DIDACTA REMOVIÓ las esférulas a mano, tal vez horas después.

Las estrellas giraron lentamente a una nueva posición.

Yo parecía estar en el centro del universo. No podía razonar ni creer que fuera nuestra nave la que se había movido.

Fui llevado a popa y colocado en un gran cubículo que podía contener cómodamente un escuadrón de guerreros: gris, una sola luz en la pared trasera, vacío de todo adorno, limpio, ligeramente fresco.

"No comas nada por un tiempo salvo bebe cuando tengas sed", me dijo el Didacta, colocando mis miembros en la litera. La litera era más grande de lo que necesitaba—por ahora. "Tu cuerpo se alterará. No todos los cambios ocurrirán de inmediato. Podría tomar muchos días."

"Siento una sombra en mi cabeza", le dije.

"El viejo tú. Pronto, experimentarás una mente más limpia y rápida. Sentirás un arrogante tipo de júbilo—y entonces, eso también pasará."

En la soledad de ese cubículo, sentí los primeros cambios: un dolor lento y cuidadoso a lo largo de mis extremidades. Mis manos en particular me dolían. Las contemplé y pensé que ya parecían más grandes, menos pálidas, con la piel más arenosa y

grisácea. Siempre había pensado que los rangos más altos eran menos atractivos que los Manipulares.

Mi belleza juvenil estaba pasando. Me estaba volviendo más feo.

No me importaba.

¿Cuándo te dabas cuenta de que habías crecido?

Me pareció ver a Chakas de pie junto a mi litera, mirando con el ceño fruncido. Qué extraordinario que yo fuera como él. Muy parecidos. Me preguntaba si el *geas* impuesto a él y a Riser por la Bibliotecaria se sentía algo así como esta mutación.

Quería comparar mis experiencias con las de él, pero la habitación estaba vacía.

Bebí un poco de agua.

Por unos pocos minutos, pensé que había experimentado otra voz en mi cabeza, no yo, ni mi pasado ni mi futuro yo. Parecía contener una gran cantidad de conocimiento, nada de eso de ninguna utilidad. Era un conocimiento que pertenecía a otros desde muy lejos, otras existencias donde la vida y la muerte eran insignificantes, la luz y la oscuridad se retorcían juntas, donde los puños gemelos del tiempo desdoblaban sus dedos y se unían en un saludo, de modo que nada cambiaba o nunca lo haría.

Por supuesto que eso no tiene sentido. Más tarde, incluso pensar en ello me repugnó.

El Didacta me revisó y probó mis extremidades, me aporreó el pecho, tarareó sobre mi cuerpo tendido. Asumí que declararía la mutación como un fracaso. No me sentía como ningún tipo de Forerunner, ni joven ni viejo.

"Alégrate", él dijo. "No te estás convirtiendo en un guerrero. No del todo. Pero será suficiente."

"¿En qué me *estoy* convirtiendo?" Le pregunté. Si fuera a vivir, necesitaba saber dónde podría encajar, qué rango aceptaría mi horriblemente distorsionado cuerpo.

"Dentro de poco tendrás hambre", él dijo. "La nave preparará comida especial. Cuando estés listo, únete a mí en el centro de control. Tenemos que planear cómo nos acercaremos a los San'Shyuum."

"¿Cuándo accederé al Dominio? ¿Cuándo recibiré tu conocimiento?"

"El potencial ya está ahí, Constructor. Pero tómatelo con calma por ahora."

Caminé por mi cuenta hasta el centro de control. Chakas y Riser no estaban presentes. Me preguntaba si el Didacta los había encerrado durante todo el tiempo que estuve fuera de acción.

Estaba de pie frente a una vista directa de las estrellas. El amplio piso curvado del centro de control había germinado una serie de instrumentos que no reconocí inmediatamente. Uno de ellos, resultó, estaba allí para darme mi comida especial.

El Didacta señaló sin mirarme. Me senté y comí.

Comí mucho. Y entonces comenzó la segunda ronda de dolor, pero no se me permitió esconderme y acostarme. Nuestro trabajo estaba comenzando.

DIECISIETE

ME PUSE MI armadura después de dejar de tener hambre y sentirme terrible. Necesitaba algunos ajustes antes de igualar mi nuevo y más grande cuerpo. La pequeña mujer azul en el fondo de mis pensamientos seguía allí, pero parecía reacia a tratar conmigo. Tuve que cavar profundo para incluso encontrarla. Sentí como si mi armadura me juzgara.

El Didacta observó, parpadeando con lenta dignidad. Se reorganizó en el suelo y se volvió hacia la firmeza de las estrellas.

"La armadura está rota", le dije.

"Eres diferente. La ancilla lo sabe, pero no quiere atenderte. Ya no eres un Manipular. Tienes que escuchar mejor." El Didacta parecía notablemente paciente. Quizás recordó su propia mutación breve, hace miles de años.

"El Dominio—no siento *nada*."

"Yo diría que también es tu culpa—pero quizás no esta vez. Yo también tengo dificultades para acceder al Dominio en este momento. Es un misterio—por ahora. Quizá con el tiempo exploremos juntos y veamos si se puede resolver."

Decepcionado, me puse de pie, realicé un rápido diagnóstico de mi armadura, observé todo el gráfico claro y bien enfocado—luego intenté que mis pensamientos fueran más maduros. Aun así, no pude conseguir que la ancilla cooperara. Ella iba y venía

en diferentes lugares de mi cabeza, pero no hacía nada de lo que yo le pedía—tal vez porque mi habla interna era confusa.

"¿Adónde fueron los humanos?" Le pregunté al Didacta cuando estuve seguro de que este proceso no estaba llegando a ninguna parte.

"Los encerré en una habitación con mucha comida que parece gustarles."

"¿Por qué?"

"Hicieron demasiadas preguntas."

"¿Qué clase de preguntas?"

"A cuántos humanos he matado. Ese tipo de cosas."

"¿Respondiste?"

"No."

"La Bibliotecaria los llenó de conocimientos que no pueden manejar. Son como yo."

"Sí, son como tú, pero parecen estar *escuchando*. Simplemente no les gusta lo que están oyendo."

DIECIOCHO

MIS PRIMEROS ESFUERZOS exitosos, aunque tambaleantes, para acceder a las experiencias del Didacta produjeron impresiones dispersas de oscuridad, resplandor, soles ondulantes, dolor y enfermedad y gloria—un caos completo. Mi ancilla seguía siendo torpe; tenía que encontrar mi propia manera de aceptar e interactuar con el conocimiento.

Lo que logré fue un arreglo crudo, careciendo completamente de nueve décimas partes de la sutileza, el subtexto y el poder, pero al menos los recuerdos comenzaron a abrirse para mí.

Pronto, estaba temblando de nervios y abriéndome camino a través de una gran batalla espacial, eventos que se movían demasiado rápido para que yo pudiera darles mucho sentido. No tenía ni idea de dónde ni cuándo era esto—no podía correlacionar estos eventos con ningún registro histórico. Complicando la recuperación había muchos cientos de puntos de vista, atravesando y rodeando los eventos centrales, cortándolos e intercalándolos—y una percepción notablemente diferente de la realidad objetiva. Como Prometeo, el Didacta simplemente veía las cosas de manera diferente.

Claramente, hace mil años, al entrar en batalla, el Didacta se había conectado a la experiencia sensorial de miles de sus guerreros... algo que apenas podía imaginar y ciertamente no podía controlar.

Mi ancilla se quedó muy atrás, brillando entre toda la información medio procesada, crudamente ensamblada como una lejana estrella azul, buscando frenéticamente detalles que conectaran todo esto con la historia real.

Lo que me sorprendió mientras exploraba los hilos—y traté de colapsarlos para convertirlos en una narrativa utilizable—fue lo lamentable que era la realidad objetiva, en sí misma. Los hilos combinados—incluso el caos de hilos no combinados—eran mucho más ricos, mucho más evocadores e informativos.

En mi educación como Manipular, me había parecido que mis maestros e incluso mis ancillas habían intentado que memorizara los hechos y no que agregara mis propias interpretaciones. No confiaban en mí para enriquecer al conjunto; yo era joven e ingenuo. Era un tonto. Incluso ahora, era obvio que los recuerdos del Didacta se resistían a que yo añadiera cualquier coloración de mi propia experiencia. Yo no había estado allí.

Ahora comprendía que no importaba cuán sofisticado se volviera uno, la riqueza total era algo que ningún individuo podía capturar o conocer verdaderamente. La misma no debe ser restringida. *Es siempre cruda, siempre rica...*

Intenté salir de este pozo de excesos extáticos. La llamada realidad sólida de la nave, de mi armadura, del espacio y de las estrellas que nos circundaban, era de repente ominosa, aterradora. Tuve dificultades para distinguir estos diferentes estados. Estaba borracho.

Me aparté de los recuerdos y traté de volver a conectarme con mi yo central.

Y de repente, como si todo se hubiera enfocado, cabalgué sobre el látigo de más de una docena de hilos—hilos de guerrero. Tenían un lugar, un nombre, un marcador histórico. No podía liberarme.

Me sumergí profundamente en la primera batalla de Charum Hakkor, uno de los últimos combates entre los Forerunners y los humanos. Vi miles de esfinges de guerra girando en espiral en nubes alrededor del planeta como bandadas de gorriones mortales, retorciendo y enredando naves humanas—

Enviándolas a la atmósfera para que se desintegrasen, o golpeándolas contra el pilar inflexible de unas ruinas de los Precursores que se extendían sobre el planeta, o siendo atacadas de regreso—el hilo de la memoria repentinamente ardió brillante al final, parpadeando, arrugándose.

La pasión y el flujo de la vida de un guerrero... y, con demasiada frecuencia, la muerte. Las muertes se sacudían y azotaban a mi alrededor; el fin de la vida de un guerrero en una columna de metal fundido, carne carbonizada, plasma y rayos gamma puros, que se agitaba, lloraba y aterrorizaba abruptamente y se sentía tan afilada como una daga.

No podía detenerlo.

Vi las implacables ruinas de los Precursores de Charum Hakkor repletas de construcciones humanas, como hiedras creciendo en grandes árboles: vastas ciudades y torres de energía y plataformas de defensa operando en geosincronización y equigravitación, apenas menos sofisticadas que las naves y plataformas y estaciones Forerunner.

Los humanos habían sido un gran poder, un digno adversario—tecnológicamente. ¿Y espiritualmente? ¿Cómo se conectaban con el Manto?

¿Eran realmente nuestros hermanos?

No podía saberlo. El Didacta había estado extraordinariamente abierto a esas ideas en ese momento. *Debes conocer a tu enemigo, y nunca subestimar o menospreciarlo.*

No hay hilos humanos en el Dominio—no hay forma de saber sus reacciones—el Dominio no está completo—

¿Era ese mi pensamiento, o la observación crítica del propio Didacta, el darse cuenta de la grandeza de su enemigo?

Me las arreglé para sacudirme y vine en mí mismo en mi camarote, bajo la única lámpara de la pared, jadeando, gritando, con los dedos escarbando en la litera y en el mamparo, como para liberarme.

La verdad no era para tontos.

DIECINUEVE

LA ESCOTILLA DE la habitación de los humanos se abrió cuando me acerqué. Entré y vi a Chakas y a Riser en medio del piso, sentados con las piernas cruzadas, uno frente al otro. Su armadura yacía a su lado. Cada uno de ellos solo con un único pie en las perneras.

Chakas no se movió, pero Riser abrió un ojo y me miró.

"La dama azul nos está explorando", él dijo.

"No llevas puesta tu armadura", le dije.

Movió su pie. La armadura se movió con él. "Esto es suficiente."

Chakas estiró sus brazos con expresión cruzada. "¿Qué hemos hecho para merecer esto?" él preguntó.

"Yo no tuve nada que ver con sus *geas*."

"La dama azul dice que tenemos muchas vidas adentro", dijo Riser.

"Estamos viendo algo de lo que pasó en Charum Hakkor", dijo Chakas. "Antes de las batallas, antes de la guerra. Estoy tratando de ver al prisionero enjaulado. Está en alguna parte, pero ¿por qué debería importarme?"

"Desearía entender", les dije. "No lo hago. Todavía no. Hay una historia más grande, algo que da gloria a tu pueblo... pero yo no la veo. Creo que te toca a ti verla, no a mí."

Chakas se puso en pie, rompiendo la conexión con la armadura y la ancilla. "Hay comida. Comida Forerunner. Podrías también tomar un poco."

Riser se subió a una litera baja y sacó un par de bandejas cubiertas con ampollas flotantes de material grisáceo. Se veía poco diferente de la comida "especial" proporcionada después de mi mutación breve. Claramente, los Guerreros-Siervos no estaban atados a las comodidades de las criaturas. Intenté comer un poco. "Nos acercamos a un sistema en cuarentena", les dije. "¿Qué han aprendido? ¿Qué recuerdan sobre los San'Shyuum?"

"Son sombras", dijo Riser. "Vienen y se van."

"Creo que no me agradan", dijo Chakas. "Demasiado fascinantes. Resbaladizos."

"Bueno, vamos a ir a visitarlos, y creo que el Didacta va a querer que se reúnan y hablen con ellos. Parece que todos somos parte de un juego que él está jugando con la Bibliotecaria."

"¿Un juego difícil?" preguntó Riser.

"Un juego muy serio. Creo que no pudo advertirle de lo que ha estado pasando desde que entró en el Torreón Guerrero. Así que somos sus herramientas especiales. Pocos sospecharían de nosotros."

"¿Cómo funciona eso?" preguntó Chakas.

"Visitamos los lugares históricos, vemos, eso nos estimula—recordamos. Sobre todo, ves y recuerdas. Ahora que tengo los recuerdos del Didacta, creo que debo conectarme con el Dominio, pero el Dominio no está cooperando."

"*Dominio...*" Riser levantó la mano. "No sabemos qué es eso."

"Yo tampoco estoy seguro de que es. Ustedes hablan con sus antepasados... en los recuerdos que la Bibliotecaria les dio, encerrados dentro de ustedes, esperando ser activados. ¿Es una declaración justa?"

Riser movió la mano, lo que quería decir, supongo, sí. Su cara se relajó y ladeó la cabeza. Chakas se le quedó mirando con curiosidad.

"El Dominio es donde guardamos nuestros profundos registros ancestrales", les dije. "Están guardados allí para siempre, disponibles para cualquier Forerunner, en cualquier lugar, no importa cuán lejos estén."

"No son fantasmas."

"No, pero a veces es extraño. Los registros no siempre son los mismos. A veces cambian. No se sabe por qué."

Repasé algunas de las propias experiencias del Didacta con el Dominio, confusas e insatisfactorias.

"Como recuerdos reales", dijo Chakas, mirándome de cerca.

"Supongo. Estos cambios se consideran sagrados. Nunca se anulan ni se corrigen. Y aprendí algo sobre las esfinges de guerra del Didacta. Son todo lo que queda de sus hijos."

Riser silbó y se agachó, y luego se meció suavemente, destrozando su cara de nuevo.

"La guerra mató a muchos... pero los humanos lucharon bien", le dije. "Creo que estamos a punto de enfrentarnos a un enemigo común—no a los San'Shyuum."

Chakas y Riser se concentraron completamente en mí. "Jaula vacía", dijo Riser, y cruzó los brazos alrededor de su cuerpo, como si se abrazara y tranquilizara.

La ancilla de la nave apareció ante nosotros. "El Didacta solicita su presencia en el centro de mando."

"¿Todos nosotros?"

"Los humanos se quedarán en sus habitaciones hasta que la situación se entienda mejor."

Riser se regocijó, luego se volvió a sentar con las piernas cruzadas y cerró los ojos, levantando la barbilla como si estuviese escuchando música lejana. Poco a poco, Chakas se sentó también, y estaban como yo los había encontrado.

Tomé el ascensor hasta el centro de mando.

VEINTE

"**H**E ENVIADO UN mensaje a la *Reverencia Profunda* y revelado nuestra ubicación", confesó el Didacta mientras nos movíamos en descenso estelar, acercándonos a los vigilantes entrelazados de las defensas exteriores del sistema. "Seremos destruidos si no comunicamos nuestras intenciones al comandante. Entre los Prometeos, era conocido como el Confirmador."

Sobre la cubierta del centro de mando, volvimos a estar de pie en la vista virtual, sin apoyo en el amplio espacio, rodeados de estrellas. Uno de los pequeños mundos exteriores transitó: sin aire, rocoso, sin vida. Las pantallas transmitían información actualizada sobre el escudo de la cuarentena, junto con lo que se podía recopilar sobre los tres planetas protegidos en descenso estelar—dos aparentemente habitados por los San'Shyuum, el tercero un depósito de almacenamiento de armas Forerunner acumuladas (y presumiblemente desactualizadas).

Vi a los San'Shyuum en mis otros recuerdos como lo habían sido diez mil años antes: una raza elegante, bella, fuerte y sensual, inteligente pero no demasiado impresionada por el intelecto—capaz de seducir a otras especies con su belleza casi universal. Resbaladizos de verdad. Alrededor de los San'Shyuum, parecía que todas las emociones se fundían en una pasión exenta de sentido crítico. Las únicas excepciones, en su experiencia histórica—humanos y Forerunner.

Nuestra nave se deslizó en su larga órbita en descenso estelar por cien millones de kilómetros antes de recibir una fuerte señal de la *Reverencia Profunda*.

"Sí, un Prometeo interrumpe nuestra soledad, diciendo ser el Didacta", dijo una voz ronca y profunda, acompañada por la imagen de una vieja y casi sin forma masa de músculo y piel cicatrizada. Aquí había un Guerrero-Siervo que había sufrido, me pareció a mi recién informado ojo, más batallas y mutaciones que el Didacta, algunas menos exitosas que otras. "¿Eres tú de verdad, mi antiguo enemigo?"

El Didacta no reveló ninguna consternación en cuanto a lo que el tiempo le había hecho a su compañero Prometeo. "Te dije que volvería. Tenemos un asunto importante, y necesitamos tu ayuda. ¿Hay trampas aquí? Dime la verdad."

"¿Estás en problemas otra vez?"

En aparte para mí, el Didacta dijo, "Este es el Confirmador. Pero algo se siente mal. El escudo de la cuarentena ha estado en modo de batalla por algún tiempo, creo."

"¿Qué causaría eso?" Le pregunté.

El Didacta parecía cauteloso y sombrío. "Acción punitiva reciente, posiblemente... Pero los San'Shyuum fueron ciudadanos modelo después de haber sido traídos aquí. Trata de concentrarte en los mundos San'Shyuum que están en descenso estelar." Para la *Reverencia Profunda*, él dijo, "¿Cuánto tiempo llevas destinado aquí sin relevado?"

Mis dedos actuaron rápidamente para obtener los datos necesarios de los sensores. Estudié los dos planetas interiores en el escáner de baja resolución disponible a través del escudo

de la cuarentena. Las características de la superficie estaban en su mayoría oscurecidas. Lo que pude ver se desviaba sustancialmente de los registros de la ancilla. Las características habían sido *reorganizadas*. Inmediatamente pensé en Faun Hakkor...

Nada de la escala de una nave espacial podría ser resuelto, excepto, por supuesto, la *Reverencia Profunda*.

"Doce siglos", dijo el Confirmador. "Han sido años de bendecida oportunidad de crecimiento y reflexión. El Concejo nos asignó a los antiguos guerreros para que guardáramos y protegíramos a nuestros antiguos enemigos, ahora postrados ante el poder Forerunner. Cumplio con mi deber y nada menos. Deberías ver mi colección de tallas San'Shyuum. Magníficas— las valoro más porque no vale nada. Ningún Forerunner presta atención a los artefactos de los enemigos vencidos. ¿Supongo que deseas visitar mi pobre embarcación?"

"Esa es mi primera intención", dijo el Didacta.

"Un momento... déjenme verificar con mi personal. Oh, espera. No tengo personal."

"¿Estás solo?" El Didacta me dio una mirada que podría hacerme preguntar, *¿Están todos los antiguos guerreros solos?*

"Aquí afuera, el Dominio es mi único consuelo", dijo el Confirmador. "He estado conociendo ancestros que no sabía que existían. Pero últimamente, el Dominio me ha rechazado..."

"He venido aquí en una misión para la Bibliotecaria", dijo el Didacta. "Viajamos con dos humanos elegidos por ella. Necesitamos interrogar a los líderes de los San'Shyuum."

"La Bibliotecaria—la Moldeadora de Vida misma... Ella estuvo por aquí en alguna misión. Causó algunas dificultades. Tal vez hayas notado que el escudo y los vigilantes están en alerta."

"Mi esposa ha estado ocupada", dijo el Didacta.

Continué estudiando los planetas internos. Por lo poco que pudimos ver, a través del filtro del escudo de la cuarentena, casi todos parecían más oscuros, probablemente dañados.

"Curioso de por qué a alguien le importan estos restos de nuestras viejas guerras", dijo el Confirmador. "De vez en cuando, intercepto algunos mensajes sobre los grandes eventos que tienen lugar en la capital. Los ignoro. No tienen nada para mí—no hay nuevas órdenes. El Dominio es todo lo que me queda y ahora me ha dejado fuera. ¿Sabes por qué?"

"Me gustaría ver esos informes."

"Cuando llegues aquí, podemos rebuscar en la memoria de la nave y buscarlos. Pero permitir que los San'Shyuum se reúnan con humanos está prohibido. Los sepáramos por una razón, viejo amigo."

"¿Podemos aproximarnos y discutir?"

Una pausa. El Confirmador parecía estar dándole vueltas a una pequeña escultura en sus gruesas y toscas manos. Entonces, "Por el mismo Didacta, por supuesto. Ajusta tu órbita de descenso estelar, ajusta la ancilla de tu nave a estos códigos, y los vigilantes evitarán tejer una barrera donde tu órbita se cruza. ¡Es glorioso saber de ti! Un amigo vivo de los viejos tiempos. ¡Cuántas cosas para que nos pongamos al día!"

La transmisión terminó. Nuestra nave alteró su curso y coincidió con los códigos. Las pantallas revelaron que los vigilantes ya no estaban entrando y saliendo del sector donde nuestra órbita atravesaría el bloqueo.

"El Confirmador era un gran guerrero y un buen amigo, pero nunca lo consideré un gran experto en las bellas artes", dijo el Didacta. "Mantén los sensores enfocados en esos planetas." Él parecía preocupado.

"¿Debería llevar a los humanos al frente?"

"Sí. Asegúrate de que lleven su armadura."

Fui a popa y abrí el cubículo asignado a Chakas y Riser. Salieron a regañadientes, los ojos llenos de sueño. Riser arrastró su armadura detrás de él. "La mujer azul y yo discutimos", él explicó. "No me agrada."

Chakas me dio una mirada obscena. Estaba demasiado involucrado en su propia confusión interior como para prestar atención a los ligeros cambios físicos que yo ya estaba mostrando.

Le dije a Riser, "Podríamos estar entrando en peligro. La armadura te protegerá. Te enseñaré cómo apagar la ancilla, siquieres—por ahora."

"¿Hacerla callar?" él dijo. "Ella se enoja conmigo."

"Exactamente."

Con un estremecimiento, dejó que la armadura lo envolviese de nuevo, y se puso de pie casi a la misma altura—casi la mía. Yo todavía estaba creciendo.

"Pareces más grande", dijo Riser con dudas. "También hueles diferente."

Les mostré cómo desactivar la ancilla, y luego le pregunté a mi propia mujer azul sobre sus quejas.

"Lo que recuerdan los hace enojar", ella explicó. "Hacen preguntas que no estoy preparada para responder. Trato de calmarlos. Eso sólo los enfurece más."

"Bueno, deja de calmarlos", le dije. "Tiene que haber una razón para lo que están experimentando."

La *Reverencia Profunda* apareció formidable en los escaneos de los sensores cercanos. Había visto por primera vez embarcaciones de clase fortaleza durante ceremonias en mi juventud temprana en el complejo nebuloso de Orión. Las mayores naves de guerra Forerunner, las fortalezas tenían cincuenta kilómetros de longitud, con un hemisferio enorme en el extremo de proa, una serie de plataformas de nivel medio, equipadas con bahías de lanzamiento y monturas de armas, y por debajo de eso, una larga cola rebosante de armas. En su parte más ancha, tenían diez kilómetros de diámetro y podían llevar cientos de miles de guerreros, así como falanges automatizadas que podían ser guiadas por guerreros en una proporción de uno por un millón de naves-armamento...

Me llevó un momento darme cuenta de que no estaba accediendo a mi propia experiencia juvenil o al recuerdo de esas ceremonias pasadas, sino a la del Didacta.

Chakas miraba infelizmente hacia la *Reverencia Profunda*. "Estamos aquí para visitar a nuestros antiguos aliados, ¿no es así?" él dijo. "¿Los castigaron como a nosotros?"

"Hicieron un trato", le dije. "Hablemos de eso más tarde—"

El Didacta levantó un brazo como si fuera una advertencia. "Estamos siendo introducidos en la cuarentena", él dijo. "Si hay algunas trampas, deberíamos aprender pronto."

La ancilla de la nave apareció en una plataforma elevada entre nosotros. "El control de la nave ha sido entregado al comandante del sistema", ella dijo. "Dentro del escudo, todos los sensores se limitan a escaneo de baja resolución y cercano. Estaremos más que medio ciegos."

"Sabemos cómo distinguirlos, ¿no es así?" le preguntó Chakas a Riser mientras se mantenían firmes y miserables.

Nuestra armadura una vez más nos había arraigado a la cubierta.

A medida que nos acercábamos y maniobrábamos a la posición de atraque, se hacía cada vez más evidente que la *Reverencia Profunda* había visto mejores días. Apenas parecía operativa. La superficie era un ejemplo de colisiones, surcos, cráteres: daños de batalla no reparados, mucho peores que las virutas de polvo estelar de las viejas esfinges de guerra.

Las rampas y bahías de lanzamiento estaban en su mayoría vacías. Una fuerza simbólica de piquetes y corredores de ataques rápidos seguía existiendo, e incluso éstos no parecían haber sido atendidos recientemente.

Evidentemente, los Forerunners habían estacionado la fortaleza en su órbita y esperaban olvidarse de ella, de la antigua guerra, de este mundo—de los San'Shyuum en general. Se había hecho un pacto, pero para orgullo o beneficio de nadie. La fortaleza había sido abandonada en su lugar, sin vergüenza.

Aun así, la antigua plataforma de guerra seguía siendo impresionante, aunque sólo fuera por su tamaño. En comparación con la fortaleza, nuestra nave era un pedazo de pelusa pegada en la manga de un gigante.

La ancilla de nuestra nave extruyó una pasarela. Unos minutos después, caminamos por las frías y desnudas cubiertas de la fortaleza. Para no molestar al Confirmador, por el momento, dejamos a los humanos atrás.

El espacio por el que caminábamos estaba casi vacío de atmósfera, los lejanos confines perdidos en una sombra violeta, los mamparos y la cubierta cubiertos con una fina y crujiente capa de hielo de agua. De todas partes venía un sonido estridente, errante y quejumbroso, como un silbido vacío, mezclado cada pocos segundos con un *golpeteo* pulsante como un suave mazo impactando el casco exterior.

"El largo deber no ha sido bueno para el Confirmador", observó el Didacta. "Ningún guerrero debe permitir que sus armas se oxiden."

Un elevador descendió desde el techo arqueado y se abrió para que pudiéramos entrar. De todas partes salió una voz crujiente y mal reproducida, llenando y haciendo eco a través de la bóveda:

"¡Ven a lo más alto, viejo amigo! Nosotros, los del Dominio quebrantado, esperamos tu inspección."

El Didacta me miró desde lo alto cuando se cerró la puerta del elevador. "Esto puede que no salga bien. No le eches la culpa a tu cabeza, joven primera forma."

"Soy paciente, con agudeza", le contesté.

Esto lo impresionó. "Estás empezando a sonar como un Guerrero", él dijo. "Pero sigues pareciendo un Constructor. Tu fuerza... ¿cómo está progresando?"

"Más grande", le dije, inspeccionando mi mano. Ya no me parecía fea. Mis pensamientos se estaban poniendo al día con mi crecimiento. "No me duele tanto."

"El Confirmador una vez comandó legiones. Ya no. Dudo que haya algún tipo de pelea. Hmm, me pregunto por qué no eligió el Cryptum antes que esto."

"Él deseaba servir", le dije.

"Yo serví con mi partida, para no provocar conflictos", refunfuñó el Didacta.

"Sigue hablando del Dominio. ¿Ésa ha sido su única conexión con los Forerunners?"

"Tal vez. Eso me preocupa. A veces, hay un aspecto de espejo roto..."

Llegamos a un nivel medio dentro del hemisferio de residencias. El nivel era una confusión de muros a medio hacer y canales laberínticos, atravesados por murallas y puentes fantasmales. Aquí, la atmósfera era todavía demasiado

delgada—no segura sin armadura. Las capas de luz sólida eran débiles e inconsistentes. Al parecer, la situación energética de la fortaleza había sido calamitosa durante muchos siglos. No habría podido confiar más en un paseo por estas estructuras parpadeantes y corruptas que si hubieran estado hechas de escarcha.

"Mantente cerca", dijo el Didacta.

Adelante, una gran figura abultada que llevaba lo que parecían partes de tres juegos de armadura entró en un tenue y nevado faro de luz. Este debe ser el Confirmador, pensé—pero las características del Didacta no revelaban alegría ni reconocimiento instantáneo.

"Permiso concedido para abordar la *Reverencia Profunda*", dijo la figura. Se acercó, rodeado por un anillo circular de pantallas de naves, transmitiendo lo que parecía ser, desde donde yo estaba, información casi inútil—o ninguna información en absoluto.

"Nos honra ser recibidos en tu gran nave", dijo el Didacta.
"Muchos sirvieron y son recordados."

"Muchos sirvieron", dijo el Confirmador. "¿Trajiste al Gramático contigo? ¿Al Estrategos?"

"Esta vez no", dijo el Didacta. "Como dije, venimos por un encargo de una Trabajadora de Vida, mi esposa..."

"Y cómo te dije, ella pasó por aquí recientemente", dijo el Confirmador. "Si me preguntas, ella era demasiado engréída. Pero tenía el sello del Consejo, así que no hice preguntas. No interfiero en la política de los rangos más altos."

"Bueno", dijo el Didacta. "Nosotros mismos no tenemos el sello del Consejo."

"Me lo imaginaba. Siempre en dificultades. Primero te casas con una Trabajadora de Vida, luego te opones a los Constructores... me hace preguntarme si te merecías mi mutación breve." El Confirmador se adelantó y agarró al Didacta en un grueso y estridente abrazo.

El Didacta me miró con cierta vergüenza. Lo señalé y gesticulé, *¿Él?*

El Didacta levantó los ojos. Nieve los rodeó por un momento, hasta que el Confirmador se soltó y sostuvo al Didacta con el brazo extendido.

El viejo Prometeo se volteó ahora para mirarme. Nunca antes había visto un Forerunner más feo, nudoso y desgarrado de cualquier clase. Su piel, lo que pude ver a través del casi canceroso sobretejido de armadura, estaba moteada de gris manchado con malsanas venas pálidas, teñidas de rosa. Él no tenía ninguno de los parches de pelusa de color blanco azulado en la corona o en los hombros que marcaban a los Guerreros-Siervos que yo había conocido, incluyendo al Didacta. En su boca, vi dos crestas sólidas de dientes de piedra negra—crecidas juntas—with a protrusion in the middle.

"Aún no, viejo amigo. Divírteme. Cuéntame otra vez las historias de las luchas que hemos visto, las victorias que hemos conseguido. Estoy solo aquí, y el tiempo se extiende a extremos intolerables."

VEINTIUNO

VERDADERAMENTE, LA *REVERENCIA Profunda* parecía como un gran árbol plagado por el capricho errante de una sola y horrible termita. Cuanto más alto progresábamos dentro de la fortaleza—y *progreso* no es la palabra correcta—más profundo era el sentido de la indisciplinada decadencia. Me preguntaba si el Confirmador había pasado sus últimos mil años construyendo insensateces inútiles a lo largo de las cubiertas, por encima y por debajo, drenando los recursos de la nave y pervirtiendo su diseño original.

Finalmente llegamos a un espacio lo suficientemente cálido y con suficiente oxígeno para aliviar la carga de nuestra armadura. El silbido del reabastecimiento fue como un jadeo mientras nuestras ancillas aspiraban reservas de lo que ellas también parecían pensar que podría ser un momento desesperado.

El centro de comando del Confirmador estaba rodeado de cortinas andrajosas de un diseño que no podía reconocer. Dentro de las cortinas, empujando a través o levantándose en medio, había docenas de esculturas hechas de piedra y metal, algunas bastante grandes, y todas forjadas con una gracia y habilidad que era evidente sin importar lo que sus formas pudieran haber sido—abstracciones o representaciones, ¿quién lo sabría?

Pero como centro de comando, este espacio no era más funcional que la bóveda vacía en la que habíamos entrado al principio. Claramente, la fortaleza se había convertido en un fantasma desordenado de su antiguo poder.

El Confirmador ordenó la disposición de los asientos. Con crujidos y gemidos, la cubierta produjo sólo dos sillas adecuadas para los Prometeos, más un pequeño bulto que podría haber sido hecho para mí. Algunas de las cortinas se apartaron, rasgándose y cayendo en jirones polvorrientos... y tres esculturas se derrumbaron, una de ellas casi me golpeó antes de que aterrizara en la cubierta con un sólido *ruido sordo* y se partiera en dos.

El Confirmador trajo botellas de un amplio gabinete medio escondido en las cortinas, caminando con un tumbo hacia la izquierda. "Lo mejor que tengo para ofrecer", él dijo, y sirvió tres vasos de un líquido verdoso. Se sentó y le ofreció un vaso al Didacta y otro a mí. Ninguno de los vasos estaba limpio. "Te acuerdas del kasna", él dijo, levantando su propio vaso en un brindis. El líquido que había en el interior olía dulce y amargo—penetrante—y dejaba una mancha en el cristal. "Los San'Shyuum siempre han sobresalido en las artes de la intoxicación. Esto es de sus mejores reservas."

El Didacta miró hacia su vaso, y luego lo bebió en un trago—para consternación del Confirmador.

"Eso es algo raro", él reprendió.

"¿Permites que los San'Shyuum viajen entre sus dos mundos?" el Didacta preguntó, devolviendo el vaso a la polvorienta bandeja.

"Ellos están confinados dentro de los límites de la cuarentena", dijo el Confirmador. "No hay razón para retenerlos firmemente."

"En muchos sentidos, ellos eran peores que los humanos", dijo el Didacta.

"Que estaban engañados y descarriados, ahora sostienen."

"No importa, a estas alturas", dijo el Didacta. "¿Hace cuántos años que no tienes contacto con ningún otro guerrero?"

"¿Los vivos? Siglos, siglos", dijo el Confirmador. "El último cargamento de..." Se detuvo, miró por todas partes con una cámara con cortinas y ojos que habían perdido casi todo el enfoque. "Muchos colegas son traídos aquí, sabes. Exiliados con menos dignidad de la que el Consejo te permitió. Han peleado y perdido muchas batallas políticas desde que desapareciste."

"¿Dónde están?"

"A unos pocos se les permitió tener sus propios Cryptums. El resto... el Consejo nos envió sus Durances."

"¿La *Reverencia Profunda* se ha convertido en un cementerio?" preguntó el Didacta, el último color dejando sus ya pálidos rasgos.

"Una hectárea de Manto. Un Memorial. Es lo que se le permite a nuestra clase, ahora que han sido decomisados y desterrados por las acciones del Consejo. Los San'Shyuum vienen aquí cada poco tiempo para reparar y atender las pantallas, y estoy agradecido. No tengo ni el personal ni la energía para hacer el trabajo yo mismo."

"¿Nuestros enemigos *cuidan a nuestros muertos?*" El Didacta se puso de pie y parecía estar buscando algo para recoger y arrojar. Me alejé—todavía sin rivalizar con su fuerza.

"La guerra terminó hace mucho", dijo el Confirmador con un débil intento de dignidad. "Nos enfrentamos a grandes enemigos... y, sin embargo, *has* elegido el exilio en lugar de discutir con el Consejo y enfrentarte a lo inevitable. Y confiaste en que una Trabajadora de Vida te escondiera y sin duda proveyera tu regreso... no *tengo* nada que lamentar, amigo mío." El Confirmador se movió con ese paso incómodo hacia la escultura más cercana, una forma verde oscura, con un patrón de lo que podría haber sido un follaje. Su mano acarició la suave superficie tallada. "El embajador de los San'Shyuum las deja como una forma de respeto a sus apreciados conquistadores. Llega en una silla extraña, sobre ruedas... creo que ahora requieren que sus líderes sean parapléjicos. También creo que me tienen un poco de afecto. Los San'Shyuum ya no son como antes."

"¿Querrás decir buscadores decadentes de gratificación sensual? ¿Ingeniosos farsantes que traicionaron sus alianzas?"

"De hecho, alguna vez veneraron la juventud y la belleza. Ahora no es así. Los ancianos gobiernan, y los jóvenes cumplen sus órdenes. Es cierto que todavía hay mucha celebración en cuanto a la procreación.... Indecoroso, pero sus poblaciones están contenidas, se reproducen selectivamente, y por lo tanto no sobrepoblan sus planetas, como una vez amenazaron..."

"¿Quién los dirige ahora?"

"Ha habido muchos títulos, muchos nombres. Muchos asesinatos. He perdido la noción de quién o qué habla por sus dos mundos."

"Averígualo", dijo el Didacta. "Diles que un Prometeo de alto rango necesita interrogarlos sobre Charum Hakkor y lo que estaba encarcelado allí."

Ahora era el turno del Confirmador de perder todo el color en su cara. Lentamente bajó su vaso. "¿El eterno?"

"El Maestro Constructor ha terminado su arma suprema. Fue probada cerca de Charum Hakkor", dijo el Didacta. "Nadie parece haber anticipado el efecto sobre las estructuras de los Precursores. La arena ha sido perforada."

"Imposible", dijo el Confirmador. Por un momento pensé que la posibilidad de un nuevo desafío traería un porte más rígido al viejo guerrero, un regreso del porte orgulloso, pero después de pensarla un momento, miró alrededor de la cámara medio oculta, las polvorrientas y destartaladas cortinas, las docenas de esculturas, algunas todavía ubicadas en sus tarimas de transporte... y pareció que casi se deshinchaba dentro de su armadura de retazos. "Imposible", él repitió. "Si la jaula está rota y el prisionero ha desaparecido—¿adónde pudo haber ido? Nunca entendimos lo que era para empezar."

El Didacta habló con él...

Pero esa parte de los recuerdos del Didacta no estaba del todo clara para mí. ¿Demasiado peligrosos para un recién mutado en primera forma? ¿Acaso no confiaba en mí después de todo? ¡Pero él había transferido muchísimo!

"Por eso es imperativo que cuesteñemos a los San'Shyuum."

"No te detendré. Tu nave está fuertemente armada, sin embargo. Las armas deben quedarse conmigo."

"Todos excepto mis esfinges de guerra. Ya no son letales y me sirven como un recuerdo."

"Sí, lo entiendo."

"También tenemos dos humanos."

"Están prohibidos."

"Son necesarios para nuestra misión."

El Confirmador sostuvo la mirada del Didacta. Otra vez, una sombra de la antigua fuerza pareció volver. "Si el Consejo no ha desmantelado formalmente tu rango, eres mi superior. Los humanos son tu responsabilidad. Sin embargo, las armas no pueden pasar."

Eso pareció resolver el asunto. Un entendimiento entre dos viejos guerreros. Bebieron de nuevo, y esta vez el Didacta sorbió en lugar de tragiar. "La Bibliotecaria... ¿Te explicó su misión?"

"Seleccionó individuos de los San'Shyuum y otras especies y se los llevó. Entiendo que eso es lo que hace ahora en toda la galaxia. Tal vez colecciona especies como yo colecciono esculturas."

"¿Adónde se los llevó?"

"Una instalación llamada el Arca. Ella estaba escoltada por estos nuevos tipos de seguridad de los Constructores. ¿No hablaste con ella?"

Un silencio incómodo.

"No", dijo el Confirmador. "Por supuesto que no. Eso sería demasiado fácil, ¿no crees?"

VEINTIDÓS

NUESTRA NAVE SE insertó a sí misma en una órbita de descenso estelar. Al acercarnos al primero de los dos mundos San'Shyuum, el Didacta me confió lo que ya parecía obvio. "El Confirmador ya no es apto para el servicio. Ni siquiera comprobó si mi rango sigue en pie."

"¿Lo está?" Le pregunté.

"No tengo forma de saberlo."

"La Bibliotecaria sabía que vendrías aquí, después de Charum Hakkor."

"Sería una suposición razonable. Mi esposa tiene sus propios planes que lentamente—muy lentamente—me permite descubrir."

"Otros podrían sospechar lo mismo—y preparar una trampa."

"Por supuesto. Si ahora somos *sus* guerreros, debemos aceptar un elemento de riesgo. Como los humanos llevan su marca, ponerlos con los San'Shyuum puede liberar recuerdos cruciales. Es un riesgo que vale la pena correr."

"No están nada contentos con lo que recuerdan", le dije.

"Están accediendo a verdades desagradables—los pensamientos y recuerdos de guerreros humanos. Derrotados, amargados—y a punto de ser ejecutados."

"¿Tomó sus esencias antes de que los mataran?"

"Ella no tuvo nada que ver con lo que pasó en esos días. Era una política de los guerreros preservar lo que pudiéramos de los enemigos antes de que fueran removidos."

"*Removidos*", le dije.

"Y en esta ocasión, teníamos excelentes razones para cosechar recuerdos", continuó el Didacta. "Incluso antes de que entráramos en guerra con los humanos, ellos estaban luchando contra otro enemigo. Una plaga muy espantosa con la que aún no nos habíamos encontrado y de la que sabemos muy poco."

Miré hacia mi interior. "El Flood", le dije. Todo este conocimiento estaba abierto para mí: imágenes... emociones, pero todo desordenado e incompleto.

"Ese era su nombre para eso. Mientras luchaban contra nosotros, derrotaron a ese otro enemigo y lo empujaron más allá del borde de la galaxia—una batalla épica. No supimos de su victoria hasta que los *derrotamos*. Y queríamos aprender de ellos cómo luchar contra el Flood, en caso de que volviera—como parecía inevitable. Sin embargo, por razones obvias, no sintieron ninguna obligación de compartir su secreto. Lo mantuvieron diseminado entre ellos, oculto a todas nuestras técnicas."

"Seguramente, los humanos no lucharon contra este 'eterno', el cautivo desaparecido."

"No." El Didacta levantó su largo brazo y lo barrió lentamente a lo largo de la extremidad visible del mundo San'Shyuum, emergiendo en el día. "Este era anterior a los humanos que lo excavaron. Es anterior al Flood. Sin embargo, yo

compartí la opinión de los humanos de que fuera lo que fuera, era extraordinariamente peligroso."

"Y, aun así, hablaste con él."

Le pareció conflictivo que yo supiera sobre eso. "Lo ves todo. Así es."

"¿Cómo pudiste penetrar la tecnología de los Precursores?"
¿Qué le preguntaste?"

"Eso surgirá cuando estés listo—y en pleno contexto", dijo el Didacta. "Nuestras armas han sido removidas, pero esta nave aún está llena de herramientas poderosas. Tú, por ejemplo. Y los humanos. La Bibliotecaria ha estado llevando a cabo sus estudios e investigaciones durante los mil años que estuve en el exilio, y parece haber aprendido algunas cosas que no se atreve a comunicar directamente. Cosas que quizás ni siquiera le ha dicho al Consejo. Pero a través de ti y de los humanos, indirectamente... han sido colocados en un fusible lento, cronometrados para el momento adecuado... y ni siquiera yo tengo idea de cuándo podría ser eso."

"Todo suena terriblemente ineficiente", le dije.

"He aprendido a confiar en los instintos de mi esposa."

"¿Compartiste tus conocimientos con ella antes de entrar en el Cryptum?"

"Algunos."

"¿Compartió sus conocimientos contigo?"

"No muchos."

"Ella no confiaba en *ti*, entonces."

"Ella conocía mis circunstancias. Una vez que mi Cryptum fuera descubierto y yo fuera liberado, era inevitable que eventualmente me viera forzado a servir al Maestro Constructor y al Consejo, cualesquiera que fueran mis objeciones. Pero me dio algo de tiempo, un retraso, antes de que eso ocurra. Tenemos que hacer este viaje y hacer preguntas. En contexto."

La ancilla de la nave apareció y nos informó que ahora se nos permitía acercarnos al mayor mundo de los San'Shyuum.

"Trae a tus humanos aquí", dijo el Didacta.

"Ellos no son *mis*—"

"Sobre tus acciones ellos vivirán o morirán, servirán como héroes para su especie, o serán sofocados como pequeñas llamas. ¿No son tuyos, primera forma?"

Bajé mi cabeza y obedecí.

Nuestra nave continuó su caída en descenso estelar a lo largo de una órbita elíptica estirada. Si decidiéramos abortar, podríamos volver a salir y hacer una ruptura en el escudo de la cuarentena... con la esperanza, supongo, de que los códigos todavía funcionaran y fuéramos liberados.

Una débil esperanza.

VEINTITRÉS

FINALMENTE ESTUVIMOS LO suficientemente cerca como para que nuestros sensores penetraran la bruma humeante que cubría las oscuras ruinas de las ciudades San'Shyuum. La destrucción aludida desde lejos era ahora manifiesta.

Chakas y Riser observaban con nosotros en la cubierta de mando, caras inexpresivas. Riser me examinó con una expresión de desconcierto, y luego arrugó su nariz. Chakas ni siquiera me miró. Si sentían horror, asombro, recuerdo... no nos lo revelaron. Ya veía cuánto habían cambiado, cuánto habían crecido. Eran seres casi totalmente diferentes de los que había conocido en Erde-Tyrene. Todos lo éramos.

Al menos, me dije a mí mismo, mi servicio era voluntario—en cierto modo.

"Allí", confirmó el Didacta, y deslizó su dedo por encima de las imágenes magnificadas: rastros de señales de penachos de motor visibles incluso a través del calor abrasador de las ciudades en llamas, los contornos de flotas de naves aterrizadas o sobrevolando, algunas de ellas más grandes que las nuestras, muchas más pequeñas. "Los Trabajadores de Vida no llevan armas", él dijo. "La seguridad de los Constructores está aquí, pero se esconden en la oscuridad. Deben saber que estoy aquí. Echemos un vistazo más profundo. Hay—escueltas de clase Preservación y Dignidad. Cientos de buscadores rápidos, máquinas de guerra de clase Desviación. ¿Todo esto, para

proteger a unos cuantos Trabajadores de Vida? ¿Qué pasó allá abajo? ¿Ella sigue en el sistema?"

Su voz tenía tonos de resignación y desesperación, y un toque de esperanza—como si la derrota y la captura y cualquier cosa peor que hubiera imaginado podría valer la pena si pudiera volver a ver a su esposa.

Estábamos a cien mil kilómetros del planeta cuando la ancilla de la nave anunció que nuestra última órbita de escape estaba siendo interceptada. "Muchas naves se mueven en descenso estelar a través del escudo de la cuarentena. Se les permite plena funcionalidad, potencia y velocidad, y ahora coinciden con nuestro curso y trayectoria."

Me di la vuelta mientras más de un centenar destellaban en la vista de los sensores, la mayoría más pequeñas que las nuestras, pero unas cuantas substancialmente mayores y sin duda con un tremendo poder de fuego.

"Interdicción", dijo el Didacta. "El Confirmador realmente contribuyó a preparar la trampa." Hizo un último intento de cambiar nuestra órbita hacia ascenso estelar, pero campos de confinamiento se extendieron para evitar que alcanzáramos la velocidad máxima, y por supuesto no pudimos entrar en el desliespacio. Éramos como un insecto atrapado en una botella, zumbando en futilidad.

Cuando el Didacta había reunido toda la información posible, dijo, "Algo ha provocado la rebelión de los San'Shyuum."

"Pero no tienen armas..."

"No *tenían* armas. El Confirmador no ha estado atento. Claramente, todavía son clientes escurridizos."

"El comandante de la flota de respuesta ordena que nos sometamos y renunciemos", dijo la ancilla de la nave. "Se me ordena entregar el control. ¿Debería obedecer?"

"No hay elección", dijo el Didacta. Miró a su alrededor, como si todavía tratara de encontrar una forma de huir, un lugar al que escapar. Lo observé con una doble conciencia, compartiendo de manera extraña e incompleta sus emociones y recuerdos de derrotas anteriores, destellos de camaradas muertos, mundos enteros destruidos en aparente represalia...

Más de lo que yo podría soportar. Me alejé, tropezando con los humanos.

"¿Qué nos pasará?" preguntó Chakas. "Ni siquiera se supone que estemos aquí."

"Ellos castigarán", dijo Riser.

No pude responder. Yo no lo sabía.

Una segunda ancilla apareció junto a la de la nave. Las dos se enfrentaron en algún tipo de combate, no físico, sino a través de todos los sistemas de la nave. Sus imágenes se fusionaban, se retorcían geométricamente unas sobre otras, y luego crecían en espiral y desaparecían.

"¿Qué es eso?" Le pregunté.

"Los supresores de IA", dijo el Didacta. "Interrogatorio instantáneo y transferencia. Nuestra nave ha sido despojada de conocimiento y control."

Estábamos sintiendo toda la fuerza del armamento más moderno de una nave de guerra Forerunner, envueltos y aturdidos como una mosca en una red. Los campos de confinamiento cercanos parpadearon alrededor del centro de comando. Sentimos que la gravedad cesaba. Desde ángulos extraños, el Didacta, los humanos y yo esperábamos indefensos en la penumbra, ciegos a toda actividad exterior. Nuestras propias ancillas se quedaron en silencio bajo los supresores de IA transmitidos desde el exterior.

Finalmente llegó la oscuridad total. Pasaron los minutos.

Riser estaba orando en un viejo dialecto humano que no se había escuchado en diez mil años. Sus secuencias me sonaban familiares. El Didacta había estudiado alguna vez las lenguas humanas.

Chakas estaba en silencio.

Poco a poco, mi armadura empezó a fallar. Mi respiración era pesada y superficial. Algo brillaba a mi derecha. Intenté girarme, pero la armadura estaba bloqueada y ahora me mantenía inmóvil. Un resplandor anaranjado aumentó a un brillo insoportable, y vi que nuestros mamparos y superficies de control se derretían y colapsaban, mientras nuevas paredes de luz sólida luchaban por interponerse entre nosotros y el vacío. Incluso bajo asedio, despojada de casi todas las funciones superiores, la nave del Didacta intentaba valientemente protegernos.

Nuestro mundo se convirtió en una lucha de formas libres y retorcidas entre haces destructivos y construcciones nuevas. Observé con fascinación entumecida cómo la lucha se elevaba a

un terreno de juego que no podía seguir con mis sentidos naturales... y luego disminuyó lentamente.

Nuestra nave estaba perdiendo.

La mitad de lo que quedaba del centro de control—abstracto y angular y mucho más pequeño—se desplomó y desapareció. Vi brevemente el flanco curvo de un elegante cazador-asesino de clase Despair, brillando y destellando mientras reflejaba el brillo moribundo de la destrucción de nuestro casco. Quedamos a la deriva. Nuestro aire se paralizó rápidamente, y estábamos rodeados de vacío.

Desde mi punto de vista cada vez más estrecho, llegaron tres buscadores poderosos y plenamente funcionales—versiones más amplias y elegantes de las antiguas esfinges de guerra del Didacta. Carecían de las características de ceño fruncido de las máquinas más viejas—despersonalizados, oscuros, rápidos.

Uno de ellos atravesó las paredes recién construidas y voló en círculos detrás de nosotros, luego descendió a popa, penetrando en los mamparos interiores, buscando a otros ocupantes. A través de las capas destrozadas de la cubierta de la nave, lo vi lanzar las esfinges de guerra—sólo para aplastarlas como juguetes, cortarlas en secciones y luego reducirlas a polvo chispeante.

Las esfinges no ofrecieron resistencia.

Otro tomó al Didacta arrastrándolo, rebotando en su armadura como el juguete de un niño en una cuerda mientras era arrastrado desde la nave moribunda a las profundidades del espacio.

El tercero permaneció cerca de mí, pero no hizo nada, como si estuviera esperando instrucciones. Entonces, justo cuando mi visión se redujo a un cono púrpura y pensé que había tomado mi último aliento, el buscador extendió sus manipuladores, agarró mi armadura y me sacó del casco roto, no hacía una flotilla de naves, sino hacia afuera, alrededor—y finalmente, hacia abajo.

Todos estábamos siendo arrastrados sin contemplaciones hacia la superficie del mundo San'Shyuum.

VEINTICUATRO

PARALIZADO, ENVUELTO EN un campo transparente como una burbuja, incapaz de hablar con alguien, mi ancilla desactivada por los supresores, tenía una visión de primera fila siempre cambiante de lo que hacen los Forerunners cuando su ira y miedo toman el control.

No tienen disciplina guerrera.

La atmósfera de abajo era una sopa arremolinada de humo y fuego. Las embarcaciones de guerra y los sistemas de armas automatizados eran en su mayoría demasiado pequeños para ser visibles, pero vi sus efectos—haces de luz penetrantes de agujas, arcos brillantes que atravesaban continentes, enormes pozos en forma de puñetazos perforados en la corteza y luego levantados, girados, volcados. Nunca había visto nada como esto—pero el Didacta sí.

Sus recuerdos ofrecían comentarios y contexto mientras la agarradera me arrastraba hacia ese infierno.

Durante algún tiempo, mi punto de vista involuntario se fue alejando del planeta. Mirando hacia afuera, vi armas y naves en órbitas más altas transitar como estrellas frenéticas, el sol cegador—y luego, el casco centelleante y en disolución de la nave del Didacta.

La nave que la Bibliotecaria había sembrado dentro del pico central del Cráter Djamonkin—una masa doblada y rota que todavía penosamente intentaba reconstruirse.

Una nave que ni siquiera tenía nombre.

Varias veces, la agarradera y yo pasamos a través de pulsos de gas ionizado y plasma sobrecalentado que me hacían hormiguear los nervios y me hacían vibrar los huesos—sin sonido real.

Poco a poco se hizo obvio que la aniquilación del mundo de los San'Shyuum no era totalmente unilateral. El planeta mismo era una fuente de pulsos de plasma y otra potencia de fuego. Y lo que es más interesante, vi una embarcación silueteada contra las estrellas que no se parecía en nada a las hechas por los Forerunners—una plataforma plana rodeada de ondulantes velas plateadas, revoloteando hacia adentro y hacia afuera como la campana de una medusa, como si tratara de nadar sin obstáculos—pero sin éxito.

La campana se disolvió, la plataforma se desintegró. Cuerpos se derramaron, diminutos y sin movimiento—y luego todo se había ido. Volví a girarme. El planeta parecía lo suficientemente cerca como para tocarlo, tal vez cien kilómetros más abajo, durante la noche, enfatizando el resplandor moribundo de lo que podrían haber sido bosques, ciudades.

Cerca del arco brillante de la salida del sol, un reluciente río estaba delineado contra la sombra del amanecer, tachonado con humeantes pinceladas de naranja. Naves en llamas—naves hechas para flotar en el agua.

Había tiempo de sobra para compadecerme de mí mismo, para arrepentirme de todo lo que había hecho, pero contrariamente a todas mis expectativas y actitudes pasadas, no lo hice. No me apesadumbré por nada, no me arrepentí de nada. Simplemente observaba, esperaba... Esperando morir con una especie de satisfacción, si eso era necesario e inevitable.

Preguntándome por nuestros humanos, que tenían muchos motivos para arrepentirse de haber tenido algo que ver conmigo. Y que, si aún vivían, ahora podrían estar añadiendo eso a su propia conciencia de batallas pasadas, viejas guerras.

El premio principal era, por supuesto, el Didacta. Había huido de algún deber demasiado oneroso como para considerarlo. Había luchado contra una decisión del Consejo, y al perder esa lucha, se había ocultado, y se había retirado honorablemente, por no decir permanentemente.

Pero ahora sus oponentes lo tenían de nuevo. Eso me pareció más que significativo—me causó una ira más profunda que cualquier otra cosa que me hayan hecho.

Cerré los ojos por un momento.

Cuando los abrí de nuevo, bengalas de la entrada atmosférica estallaron por todos lados. Estábamos muy cerca de la superficie, a menos de sesenta kilómetros, y descendiendo rápidamente.

Volví a girar y vi el espacio a través de un cono de gases ionizados. Centrado en ese cono, algo imposible apareció mucho más allá de la panoplia de naves y el intercambio de armas: una enorme ondulación que agitaba las estrellas como un palo que daba vueltas entre pintura salpicada. La perturbación se

extendió a través de más de un tercio de mi vista, luego fue enmarcada por un encaje elíptico de luz sólida.

Reconocí que este era uno de los extremos de un portal masivo—diseñado para transportar una gran cantidad de masa en una base continua.

Observé sin emoción como un enorme pero delicado anillo plateado emergía a través del agujero púrpura en el centro del encaje. A pesar de su tamaño, el portal se había abierto lejos de las naves que estaban en órbita, a más de un millón de kilómetros de la órbita del mundo moribundo de los San'Shyuum... mucho más allá de la guerra, la muerte, las preocupaciones de pequeñas criaturas como yo.

"Es enorme", mis labios trataron de decir, pero de nuevo mi aliento se detuvo, mis pulmones se agitaron, traté de aspirar el aire que quedaba, pero claramente, me estaba quedando sin aire. El buscador me estaba remolcando hasta la superficie con sólo la burbuja como protección.

El anillo que estaba muy por encima brillaba. Dentro de su delicadeza, radios de luz sólida se dirigieron hacia el centro y crearon un brillante núcleo de color cobre de un tercio del ancho del propio anillo.

La mitad del anillo quedó en la sombra, la otra mitad brillaba bajo el sol.

La superficie interior—está cubierta de agua—

Mi visión de túnel se estrechó alrededor del anillo, se concentró en él, y noté pequeños detalles, nubes, nubes en sombra, imposiblemente diminutas contra tal vastedad... montañas, cañones, detalle tras detalle mientras mi visión tanto

se agudizaba como se encogía hacia adentro, hasta que se desvaneció por completo y fui a la deriva a través de un grueso pozo de nada.

Fue ahora que el Dominio se abrió para mí, sin el beneficio de la ancilla, la interface o la experiencia pasada. Era algo nuevo, profundo, sin forma—que tenía sentido. Yo estaba muriendo, después de todo. Entonces, asumió una forma, elevándose a mi alrededor como un hermoso edificio con una arquitectura brillante e indefinida, que no se veía bien, sino que se sentía con claridad, se sentía—una ligereza que llevaba su propia alegría sombría.

Aquí viene todo el mundo, pensé.

Y todos los que habían visitado el Dominio me dijeron:
Preserva.

La ligereza desapareció instantáneamente. El edificio estaba siendo tallado justo cuando nuestra nave había muerto.

Más mensajes.

Este tiempo está llegando a su fin.

Preserva.

La historia de los Forerunners concluirá pronto.

Estos venían con un grito de angustia en aumento, como si me hubiera conectado a una cámara donde las esencias estaban derramando más que recuerdo y conocimiento—derramando frustración, horror, dolor.

Antes del golpe, y de la repentina irrupción de aire frío, aire limpio—respirable, pero con un fuerte toque de hollín y

ozono—el Dominio se elevó y se alejó. Estaba agradecido de estar libre del mismo. Por un momento, dudé de haber visto algo más que un reflejo de mis propias emociones y problemas.

"A veces, hay un aspecto de espejo roto."

Vagamente me preguntaba sobre el anillo gigante. ¿Lo había imaginado? Parecía tan real. Entonces una palabra resplandeció en mi mente revivida, resonando desde la imagen que acababa de ver o imaginar o conjurar desde la anoxia.

Esa sola palabra se conectaba íntimamente con lo poco que el Dominio me había revelado: Muerte. Destrucción. Poder masivo.

Esa palabra era *Halo*.

VEINTICINCO

JANJUR QOM • EL GRAN MUNDO EN CUARENTENA
SAN'SHYUUM

"¿QUÉ DEMONIOS TE han hecho, Manipular?"

La voz era educada, culta. Reconocí sus tonos altamente entrenados e inculcados, como una poderosa música elevándose y haciendo eco a través de una gran y solemne estructura.

Por un momento, pensé que quizás este era el Dominio otra vez, hablando de una manera más física y personal. Sin embargo, no fue así. La voz estaba entrando por mis oídos.

Podía oler algo más que a quemado—como el resonante y almizclado perfume preferido por mi padre, demasiado caro para mi padre de intercambio u otros Mineros... o Guerreros-Siervos. Sin embargo, la voz definitivamente no era la de mi padre.

Mis ojos estaban abiertos, pero solo mostraban una oscuridad nadando con sombras vagas.

"Apaga los supresores. Su armadura puede revivirlo. Y lo quiero revivido." La misma voz, pero no dirigida a mí.

Otra voz, menos poderosa, servil. "No sabemos si la armadura ha sido contraequipada..."

"¡Apágalos todos! Tenemos al que queremos. Obtengamos algunos detalles adicionales. Estoy seguro de que hay un plan loco acechando por aquí en alguna parte."

Mi armadura se aflojó. La fuerza volvió a mi carne. Tenía algo de libertad de movimiento, pero no mucha—el supresor había sido apagado, pero los grilletes físicos aún me retenían. Parecía que estaba colgando de una cadena o de un gancho ante un volumen grisáceo que hacía eco. Parpadeé para despejar la borrosidad.

"Ahí estás", dijo la voz. "Te pregunto de nuevo, Manipular—¿qué te ha hecho el Didacta?"

Me las arreglé para hablar—apenas. "Soy una primera forma. No un Manipular."

"Hueles como un Guerrero-Siervo, pero pareces más un Constructor deformé. ¿Cómo sucedió eso?"

"Mutación breve. Necesaria dadas las circunstancias."

La poderosa voz se volvió llena de compasión. "¿Sabes dónde estás y qué ha pasado?"

"Vi el planeta siendo devastado. Vi un gran anillo iluminado por el sol en un lado. Tal vez lo imaginé."

"Mm. Estás en lo que queda de Janjur Qom, el planeta del tratado principal de los San'Shyuum. Nuestros antiguos enemigos se han convertido en enemigos de nuevo. No es imprevisto, pero ¿puedes decirme por qué los Prometeos permitieron que esto pasara?"

"No." Traté de concentrarme en una pared de luz borrosa y cambiante a mi izquierda—y no pude. Nada de eso me resultaba familiar. Nada de esto tenía sentido.

"¿Por qué la reciente visita de la Bibliotecaria ha provocado este levantamiento?"

"No sé si fue así."

"Pero sabes lo de su visita."

"El Confirmador lo mencionó."

"¡Ah! Una vergonzosa farsa, ese—¿el que protege a los guardianes? Aun así, tiene el ingenio para servir a aquellos que lo liberan de sus onerosos deberes. Parece que recuerdas algunas cosas importantes."

"No estoy tratando de engañarte."

"Por supuesto que no. Debe sentirse bien estar de vuelta entre los de tu clase."

"Aún no sé si lo estoy."

"Un regreso violento al redil, eso es seguro—pero dadas las circunstancias, no podíamos permitirnos que una nave sin asignar interfiriera con nuestras operaciones."

"Había humanos..."

"No lo he preguntado. Si es así, esa infracción también será castigada."

A medida que mis ojos se aclaraban y mis sentidos volvían, la gran silueta grisácea que tenía ante mí tomó forma y enfoque. Vi a un Constructor, quizás el mejor ejemplar de mi rango que

jamás había observado, guiado amorosamente a través de al menos tres, posiblemente más mutaciones. Esculpido y entrenado para altos cargos, incluso el propio Consejo.

"¿Quién eres?" Le pregunté.

"Soy el Maestro Constructor. Ya me has conocido antes, Manipular."

Aun así, insistía en llamarle así. Se suponía que era un insulto. Recuerdo vagamente a alguien como él en mi juventud, visitando el mundo de mi familia en el complejo de Orión. No se le llamaba entonces Maestro Constructor. Se le conocía simplemente como Faber.

Donde el Didacta había sido amasado y labrado, el Maestro Constructor había sido suavemente tallado, redondeado, pulido hasta un brillo gris rosado. Su piel irradiaba perfume almizclado. Pensé en los San'Shyuum y en su capacidad de encanto.

Estábamos dispuestos a lo largo de un pasillo largo y poco iluminado, más ancho de lo que era de alto, dividido por bloques angulares escalonados contra las paredes. Cada pocos segundos, barras de luz verticales se deslizaban por el medio, una función desconocida para mí.

Mi ancilla aún estaba suprimida.

El Maestro Constructor caminó a mi alrededor.

"¿Cuándo te uniste al Didacta en su misión?"

"En Erde-Tyrene."

"Erde-Tyrene está asignado a los Trabajadores de Vida como reserva natural, bajo la protección de la Bibliotecaria. ¿Estuvieron los humanos involucrados en este complot desde el principio?"

"No sé a qué te refieres."

"¿Eran conscientes de las consecuencias de liberar al Didacta de su Torreón Guerrero?"

"No lo creo."

"Es nuestra mejor teoría hasta la fecha, que todos ustedes fueron guiados por la Bibliotecaria en un esfuerzo por frustrar al Consejo. ¿Estás personalmente en desacuerdo con el Consejo?"

"No lo sé."

"¿Cómo puedes estar tan desinformado?"

"Al no prestar atención", le dije. "Vivía entre Mineros antes de escabullirme hacia Erde-Tyrene. Tienen poco interés en los Constructores y sus asuntos."

"Ciento", dijo el Maestro Constructor. "Tu familia te expresa su apoyo, pero la decepción y la sorpresa por tus acciones son extremas. Por el momento, tu padre me ha confiado, personalmente, tu bienestar."

Eso no sonó bien. Dudaba que me hubieran entregado con ligereza al Maestro Constructor—los Constructores en general tienen fuertes lazos familiares. Lo cual, por supuesto, mi familia estaba acostumbrada a hacerme pruebas...

"Afirma que no sabía que estabas en Erde-Tyrene. Que fuiste enviado a Edom. ¿Le informaste de tu destino?"

Peor y peor. El más mínimo paso en falso o la más mínima declaración de mi parte podría poner en peligro a toda mi familia, eso estaba claro. "Soy reacio a decirte cosas que podrían estar equivocadas. Mis pensamientos todavía están confusos, y mi memoria después de la mutación también es dudosa. Me gustaría ayudar, Maestro Constructor..."

"Y lo harás, en su momento. Mientras tanto, disfruta de otro breve descanso. Todavía tenemos trabajo que hacer aquí, y después de que eso termine, te atenderemos. Ahora, ¿dónde están esos humanos?"

Levantó su brazo y mi armadura se bloqueó. El campo del supresor regresó, esta vez tan alto que automáticamente empecé a desmayarme. Justo antes de que cayese en la inconsciencia, volví a sentir un roce con el Dominio.

Están a punto de darle poderes que nunca antes había tenido.

Justo como lo hicieron hace mucho...

Los que ignoran la historia están condenados a repetirla.

Pensé que reconocí a quien o lo que sea que había depositado este mensaje, pero no pude ubicar el recuerdo. No había sido el Didacta, eso era seguro.

Puede que ni siquiera haya sido un Forerunner.

VEINTISÉIS

AHORA APARECIÓ LA luz más brillante que jamás había visto.

Estaba despierto de nuevo, mirando desde una plataforma transparente—quizás la nave insignia del Maestro Constructor—sobre los escombros de una ciudad. La luz provenía de una horrible bola de plasma que se elevaba en el horizonte, lanzando corrientes secundarias de interferencia de patrones de materia—masa que se convertía tanto en radiación electromagnética como en energía de vacío. Los escudos se oscurecieron, pero no antes de que sintiera otro hormigueo y quedara temporalmente ciego.

Mi armadura tendría un trabajo real que hacer después de todo esto para reparar el daño de la radiación.

En esa oscura pausa, la memoria del Didacta me mostró cómo hubiera sido una ciudad San'Shyuum antes de esta destrucción: extensas y ramificadas torres orgánicas y calles anchas y curvas, miles de calles dispuestas como ondas cruzando un estanque.

Los San'Shyuum—fieles a su tradición—habían utilizado todos los medios a su alcance para recuperar una existencia cómoda, con comercio ligero y viajes entre dos mundos adyacentes y varias lunas pequeñas—los comienzos, en tiempos mejores y bajo otras circunstancias, de una recuperación histórica completa.

Otro amanecer pareció llegar cuando mis ojos se recuperaron.

Nuestra nave descendió sobre una amplia llanura abierta, rodeada de altas naves y columnas de humo y custodiada por un sombrío contingente de Constructores con armadura de batalla.

Seguridad de los Constructores. Eso aún me parecía extraño.

Tres burbujas de confinamiento aparecieron a mi lado, colgando de hilos de remolque de agarraderas. Una contenía a Riser, con los ojos cerrados, la cabeza levantada en su armadura; la otra, a Chakas, cuya cara mostraba un poco de conciencia.

Y la tercera contenía al Didacta, desnudo y plenamente consciente, rodeado de proyectores de dolor: despojado de armadura, honor, dignidad, y haciendo todo lo que podía para no mostrar su agonía. Me miró, y en sus ojos había una pregunta, que aún no podía responder. Se le aplicó más dolor, y volvió a mover la cabeza hacia delante, mirando solo al Maestro Constructor.

"Has causado muchos problemas, Prometeo, y ahora has arrastrado a tu esposa y a estos pobres subordinados."

Este, creo, fue el punto en el que mi madurez llegó en un apuro terrible. El Maestro Constructor, lo supiera o no, ahora tenía un feroz enemigo—yo.

"Viniste aquí a reunirte con los San'Shyuum, ¿no es así?" preguntó el Maestro Constructor. "Bueno, vamos a arreglar esa reunión. La Bibliotecaria recientemente rescató a unos cuantos, y eso parece haber encendido el levantamiento cuya cuestión final se está decidiendo incluso ahora. Ella está fuera de mi

alcance, desafortunadamente. Pero tú no lo estás—y *estos* no lo están."

Una línea de prisioneros San'Shyuum, también envuelta en burbujas de restricción, fue empujada hacia el frente como una cadena de cuentas sobre el campo, hasta que todos fueron colocados en la amenazante sombra de la nave del Maestro Constructor. Ninguno tenía evidencia de la legendaria y sensual belleza de los San'Shyuum. Observé un surtido de ancianos de aspecto decrepito, sin despertar a los guerreros ni a la juventud energética. Varios habían llegado en las extrañas sillas de ruedas que el Confirmador había mencionado, con la cabeza y los hombros cargados de amplios cascós ornamentales con alas extendidas. Otros, más en forma, desataron los recuerdos enterrados del Didacta de hermosas figuras de épocas pasadas—cuando los San'Shyuum habían ante todo demandado satisfacción sensual en sus vidas.

Parecía verlos como si estuvieran en una larga y ornamentada procesión, patrones, sombras y ecos de figuras pasadas que se remontaban durante miles de años...

"El Maestro Constructor es bien conocido", dijo el líder de los ancianos con voz enfadada y sin pulmones. "Soy llamado, por mis compañeros, Viento Sustentador. ¿En qué podemos ayudarle, triunfador?"

El Maestro Constructor ordenó a Chakas y Riser que avanzaran, fuera de la sombra de la salida del elevador. Los humanos en su armadura paralizada parecían sólo medio conscientes de su situación. Me preguntaba si el Maestro Constructor también los había rodeado de proyectores de dolor.

La delegación San'Shyuum reaccionó con sorpresa e incluso enfado. Uno de los Profetas ordenó que su silla girase hacia el frente, y observó a Chakas con una expresión profundamente triste. "Están *degradados*", anunció el Profeta a los que se reunían y se agolpaban detrás de él. "¡Este es el destino que nos esperaba! Fue predicho por Profetas pasados, y demostrado por la tristeza de la Bibliotecaria. ¿Fue la presencia de estos desgraciados lo que nos trajo esta devastación?"

"No olvidemos la construcción secreta y el acopio de naves y los ataques a nuestra flota visitante", dijo el Maestro Constructor.

Viento Sustentador bajó la cabeza, el amplio tocado vibrando. Chakas y Riser permanecieron quietos y en silencio, pero Chakas volteó su mirada hacia mí—y parpadeó. No tenía ni idea de lo que esto significaba, pero me animó. Aparentemente no me consideraba su enemigo, y por eso sentí una triste gratitud.

"¿Es esto un intento de recordarnos nuestra vergüenza, en nuestro tiempo de destrucción final?" continuó el anciano.

Chakas miró ahora hacia los cielos. Tal vez estaba pensando en momentos pasados en los que los humanos, San'Shyuum y Forerunners se habían reunido... en otros tiempos aún más violentos.

El anciano ahora se movió alrededor de Riser. Riser lo miró con desprecio, su pequeño rostro peludo más de un metro más alto que el arrugado semblante del anciano—menos, por supuesto, esa ridícula corona.

"¿Y por qué les diste la armadura *Forerunner*?", chirrió y resopló el anciano. "¿Son estos vencidos ahora elevados a un estatus más alto que aquellos con los que firmaron los tratados? ¿Los *reclutaste* para este ataque?"

"Los humanos son siervos de la Bibliotecaria." El Maestro Constructor ordenó varios guardias de seguridad entre los humanos y el San'Shyuum. Empujaron firme pero suavemente hacia atrás al anciano.

Entonces el Maestro Constructor se volvió hacia el Didacta y le preguntó, "¿Qué recuerdos afloran en ti ante este espectáculo lamentable?"

El Didacta no respondió.

"¿Hay otras pistas que podemos encontrar aquí... sobre lo que hemos perdido?"

Sí. Eso era, en parte. El Didacta había venido aquí para...

La silla del anciano se echó hacia atrás. "La Bibliotecaria seleccionó algunos de entre nosotros, y luego se fue. Su visita nos dijo que sin importar lo que hicéramos, la destrucción pronto estaría sobre nosotros. Reaccionamos como cualquier especie civilizada, para preservar nuestro patrimonio y a nuestros hijos. ¿Qué has traído sobre nosotros?" el anciano resolló, con la cara lívida. "Nos dieron su palabra de honor..."

"Él pensó que ustedes ocultaban un gran secreto", dijo el Maestro Constructor. "¿Sabes por qué estamos aquí?"

"No somos salvajes. Hemos observado, escuchado. Tu gente está al borde de la desesperación, incluso del pánico. El frente ha avanzado—el frente que empujamos más allá de la galaxia

hace diez mil años—el enemigo que derrotamos, que ustedes *no pueden*."

Todavía estaba tratando de recuperar completamente lo que sabía que estaba dentro de mí, la historia del Flood del Didacta. Sólo sentí una agitada marea de caos.

El anciano levantó sus flacas y débiles manos, como si estuviese regocijándose. Se volvió hacia el Maestro Constructor. "Y ahora—has *perdido* algo, ¿no es así? Algo tan tremendo e importante que seguramente no puede ser escondido."

El Maestro Constructor finalmente pareció mostrarle al anciano algo de simpatía. "Se ha dicho que los humanos y San'Shyuum encontraron el secreto para destruir a sus mayores enemigos. Ustedes fueron preservados si alguna vez necesitábamos ese secreto."

"El Maestro Constructor trajo la perdición sobre nosotros—y sobre ustedes mismos. No hay secretos, no hay futuro."

"En cuanto a su perdición, eso es lo que creo", dijo el Maestro Constructor. "Veo que nunca hubo un secreto ni una razón para preservarlos. Han violado nuestro tratado. Los Forerunners nunca toleran la traición de la confianza. Pero, aunque tengo claro que no tienes nada que ofrecer, tengo que preguntarte sobre el secreto del Didacta—el que conspiró para ocultar, con tu ayuda."

Llegó otra serie de burbujas, ocupadas por un grupo muy diferente de San'Shyuum—ensangrentados, sin extremidades, apenas conscientes de su entorno. Más allá de sus heridas y sus ropas andrajosas, estas eran criaturas bien formadas, elegantes

y musculosas que se ajustaban mejor a la imagen tradicional de los San'Shyuum.

Las burbujas se abrieron y los guerreros del Maestro Constructor organizaron a los cautivos en una fila ante nosotros, ante los ancianos. Incluso en el dolor y bajo restricción, la forma en que se movían transmitía poder y encanto—sometidos a las circunstancias, pero reales a pesar de todo.

El anciano atado a la silla casi escupió a los recién llegados. "Estas son las víboras en nuestras camas—los agentes personales de esta derrota. No compartiré *aliento* con ellos."

Chakas trató de reír. Meramente terminó ahogándose. Riser lo vio todo con los labios apretados, las cejas en alto, los ojos brillando como si fuera una advertencia. Nunca lo había visto enfurecido. Su tamaño no lo disminuía ahora.

El Maestro Constructor caminó a lo largo de la línea, estudiando con un aire reflexivo ambas variedades de San'Shyuum, tan diferentes como el día y la noche: viejo y nuevo, edad y juventud. Pero aquí, yo sabía, que las figuras más desecadas y decrepitas eran los verdaderos revolucionarios.

El Maestro Constructor retrocedió y se detuvo ante el Didacta. "Prometeo, escúchame", él dijo. "Tienes una última oportunidad para redimirte. He hecho que mis fuerzas especiales de inteligencia busquen por todo el planeta. Todos los que podrían confirmar lo que dices que existe están reunidos aquí—preservados incluso en su traición. Sus familias están muertas, la resistencia completamente aplastada. Seguramente ahora revelarán lo que han ocultado durante tanto tiempo—o eso has afirmado, todos estos miles de años."

El Didacta los contempló con cansancio. "Has escogido y preservado... por error."

La fría furia del Maestro Constructor se acumuló hasta que pensé que levantaría el brazo una vez más y pediría que nos rodearan proyectores de dolor a todos.

Entonces, retrocedió su ira. Mirando hacia su rostro, me preguntaba qué recursos había adquirido al ascender de Manipular a primera forma—o segunda—o tercera. No parecía más sabio por todo eso, solo más poderoso, más cruel.

En comparación, el Didacta fue el Forerunner más gentil—una contradicción completa a mi comprensión anterior.

"¿Ninguna pregunta para ellos?", preguntó el Maestro Constructor.

"Había un San'Shyuum a quien conocí y con quien trabajé después de su derrota", dijo el Didacta, sus ojos barriendo lentamente la línea, los ancianos. "Él también entró en un estado de exilio para expiar la derrota que enfrentó contra mis fuerzas. Antes de eso, establecimos una especie de vínculo, como podría haber entre los que perdieron y eliminaron a tantos valientes compañeros y familiares.

"Él fue quien me dijo que cuando llegara el momento, cuando los enemigos de todos regresaran, revelaría su secreto, a cambio de la libertad de sus descendientes. No lo veo aquí."

"Hablas de nuestro Primer Profeta", dijo el anciano, su bravuconería desapareciendo.

"¿Dónde está esta *bestia sucia*?" preguntó el Maestro Constructor, usando la calumnia más obscena sobre todos los que no son de nuestra especie.

"Vi su palacio destruido en el primer asalto", dijo el anciano, su voz áspera y triste. "Ya no existe."

El Maestro Constructor levantó su mandíbula romana, movió su mano, y sus soldados se colocaron tras la línea de prisioneros San'Shyuum heridos. Luego se dirigió al Didacta. "Puedes salvar a estos guerreros, si nos cuentas lo que pasó en Charum Hakkor, y cómo eso se relaciona con este *profeta* y su secreto. Una prisión tiene a un prisionero, pero alguien aquí tiene la llave."

Vi algo en la mirada del Maestro Constructor que me congeló la sangre. Todo su esmalte y preparación, todas sus elegantes mutaciones, no podían ocultar la conciencia de que su poder estaba disminuyendo rápidamente. Todo lo que hacía aquí era desesperado.

Lo que sea que se hubiera perdido, lo que sea que se hubiese perdido, no era algo que los Forerunners pudieran permitirse perder, y no era sólo el prisionero de Charum Hakkor. Recordé el vacío en forma de anillo y el rastro de corriente que quedaba en el campo magnético y el viento solar del sistema Charum Hakkor. ¿Era el mismo que el anillo que estaba en el sistema San'Shyuum?

¿Tenía el Maestro Constructor más de uno a su disposición? Cada uno capaz de destruir casi toda la vida en un sistema solar...

"Trajiste tu *Halo* a Charum Hakkor", le dije. "¿Es eso lo que perdiste?"

"¡Suficiente!" ordenó el Didacta, e instantáneamente me callé, apagué mis emociones, endurecí mi postura, pues él tenía razón. Esto no era para que otros lo oyieran. Ni siquiera yo debería saberlo.

El Maestro Constructor me miró horrorizado, su brillo y dignidad borrados. Se me acercó de costado, como si yo fuera una serpiente que podría atacar y causar aún más dolor. "Si nadie puede decirme a dónde se ha ido este prisionero—o, de hecho, quién o qué era—entonces hemos terminado aquí. Este mundo se terminó. Esta línea de la historia está a punto de terminar."

El Maestro Constructor agachó su cabeza cerca de la mía. "Estuviste en Charum Hakkor", él dijo en voz baja, suavemente pero inquietante. "Si no fuera por el poder de tu familia, te convertiría en una neblina de células cerebrales ardientes y te dispersaría por este campo. ¿Qué podría yo distinguir de esas cenizas ingenuas, Manipular? Eres sólo un eco lamentable del Didacta. Lo que sabes, él lo sabe—y mucho más. Y él es mío para hacer lo que me plazca."

Los guardias restauraron las burbujas alrededor de los prisioneros San'Shyuum, esta vez incluyendo a los ancianos en sus peculiares sillas. Entonces se acercaron al Didacta y lo encerraron en un supresor.

Los humanos fueron los siguientes.

Cuando vinieron hacia mí, el Maestro Constructor los detuvo por un momento, lo suficiente como para decirme: "Hemos notificado a tu familia. A través de una larga relación, someto mi ira. Tu padre ha afirmado su autoridad. Serás intercambiado, pero tu familia será multada—una multa atroz.

Tus días de vagabundeo han terminado, Nacido de las Estrellas de Duración Eterna."

"¿La autoridad de mi padre?"

"Adónde llevas al Didacta?"

"Donde me será más útil."

"¿Y los humanos?"

"La Bibliotecaria se ha excedido más de lo habitual esta vez. Todos sus proyectos serán suspendidos."

Los soldados voltearon sus supresores sobre mí. Lo último que vi fue la cara del Didacta, contorsionada por la agonía, pero sus ojos estaban bien fijos en los míos.

Lo sabía. Él lo sabía. Entre nosotros había más que eco y respuesta.

Mi mundo se encogió en un estrecho nudo gris.

VEINTISIETE

DEBÍA SER DEVUELTO al lugar donde comenzó mi vida, dentro del amplio vals orbital de tres soles en el gran complejo nebuloso de Orión—devuelto a casa y familia, donde esperaba que se me permitiera recuperarme, meditar y alcanzar mi propia madurez, a mi manera y en mi propio tiempo.

Mientras estaba todavía inconsciente, la seguridad de los Constructores me escoltó fuera de la esfera de cuarentena a un sistema adyacente. Finalmente, se me permitió despertarme, y me encontré en un transporte de personal desmantelado y una embarcación de investigación compartida por Mineros y Constructores.

Mi viaje a partir de ese momento fue rápido, tranquilo, en su mayor parte sin incidentes. No me trajeron de manera diferente a los demás pasajeros, en su mayoría ingenieros estelares. Parecían pensar que era un Guerrero-Siervo reclutado por los Constructores y recuperándose de un trauma inexplicable. Al parecer, muchos de ellos estaban siendo trasladados a centros de recuperación.

No les dije lo contrario.

Otros continuaron considerándome como una especie de monstruo. No podía estar en desacuerdo. No disfrutaba mirarme en un espejo. Ciertamente había crecido. Mi fuerza

física era mucho mayor. En casi todos los sentidos, supongo que en realidad era—*soy*—un monstruo. El hecho de que mis compañeros de viaje me prestaran atención hablaba bien de la amable cultura de estos aventureros científicos, que querían desarrollar y aumentar el reino Forerunner sin conquistas militares.

Nuestra nave se detuvo en varias instalaciones donde la ciencia de la formación planetaria estaba siendo desarrollada en etapas avanzadas. Los mundos rocosos eran un lujo, me explicó uno de los Mineros en el pequeño y poco designado salón de la nave. Los Forerunners ahora tenían la habilidad de colapsar un campo de asteroides en una masa fundida de veinte megámetros de rango, luego enfriar y curar el protoplaneta en menos de diez mil años.

"El último problema sigue siendo la domesticación de las estrellas jóvenes", él dijo. "Pero estamos trabajando en eso. Enviamos ingenieros de clase estelar equipados con ancillas de tercera clase—los llamamos jinetes de plasma. Les encanta el calor, pero la mayoría desaparecen después de unos pocos cientos de años—simplemente desaparecen. No sabemos qué les ocurre. Ellos hacen el trabajo, sin embargo."

Escuché cortésmente, pero mi propia miseria dejaba poco en el camino de la curiosidad.

Como mi armadura no tenía una ancilla, a veces dormía, y mis sueños eran extraordinarios, cubriendo miles de vidas y millones de años, cortados y reordenados en un denso tapiz de líneas universales... pero los olvidaba casi inmediatamente al despertar.

En nuestro camino a través de los confines exteriores del complejo nebuloso de Orión, entrando y saliendo del desespacio para entregar nuestros suministros e investigadores a varias guarderías estelares, en realidad nos encontrábamos a un millón de kilómetros del planeta natal de los Forerunners, un mundo de cenizas ahora desolado y azotado por la radiación, conocido en la lengua más antigua como Ghibalb.

Ghibalb había sido una vez un paraíso. Emergiendo en el reino galáctico, estos primeros Forerunners habían estado contentos de vivir y desarrollarse en una gloriosa cuna de tan sólo doce estrellas, pero sus primeros experimentos en ingeniería estelar habían salido mal, causando una serie infecciosa de novas que iluminaron todo el complejo de Orión durante cincuenta mil años—y casi destruyeron nuestra especie. Las imágenes de esa época muestran que la nebulosa era extraordinariamente brillante y colorida.

Los Forerunners hace tiempo que habían mejorado su habilidad y habían cometido menos errores. Ahora el complejo era más oscuro y mucho menos activo, apenas visible desde una distancia de más de un centenar de años luz.

Mientras que los otros estaban enterrados profundamente en interacciones con sus ancillas, observé nuestro viaje con sólo ojos, mente y memoria.

La única interrupción fue un problema de navegación causado por perturbaciones en el propio desespacio. Cuando se nos informó que nuestra nave estaba cinco años luz fuera de curso, un investigador conjeturó que los grandes portales estaban siendo sobreutilizados últimamente. "Nos han dicho una y otra vez que no podemos entregar materias primas a

sistemas necesitados. Lo único que podría causar este tipo de problemas es el paso frecuente de embarcaciones excepcionalmente grandes—¡abusivamente frecuentes e inimaginablemente grandes! ¿Y quién creen que autoriza *eso*?"

Barrió a todos sus compañeros de viaje con una mirada significativa, como si nos viéramos obligados a divulgar algo de nuestro propio conocimiento sobre estos asuntos. Los otros—los que emergieron de sus estudios ancillares—uno y todos se burlaron de su teoría.

No dije nada. Había presenciado uno de esos pasajes, y la evidencia de otro, pero ciertamente no me correspondía hablar de lo que había visto.

No obstante, este problema causó un desvío inesperado e incontrolado que provocó una inspección sorpresa de un equipo de Constructores exaltados. Llegaron en una nave de guerra de diseño desconocido, elegante y rápida—que nos interceptó cerca de una asociación antaño desierta de planetas extrasolares. El rumor se propagó rápidamente entre los investigadores de que nos habíamos acercado a una instalación segura de la que ninguno de ellos sabía nada.

El grupo de abordaje consistía de seguridad de los Constructores—ninguno de ellos Guerreros-Siervos, contrario a la larga tradición. Ellos observaron todas las cortesías apropiadas—luego revisaron minuciosamente los registros del transporte. Después de eso, amablemente nos pidieron que nos despojáramos de nuestra armadura—por supuesto yo no usaba ninguna—e interrogaron a las ancillas de los investigadores, en busca de lo que nadie hubiera dicho.

El equipo pronto partió, habiendo concluido que nuestro traspaso fue accidental—pero sin dejarnos nada más sabio. Antes de irse, uno me lanzó una mirada que combinaba desprecio y lástima.

Yo era el único al que habían ignorado.

Esto naturalmente despertó sospechas sobre mí. También se propagaron rumores de que yo era la verdadera causa del retraso, y que sólo los más valientes y los investigadores inferiores me hablarían desde entonces. Pronto, hasta ellos me excluyeron.

El resto de mi viaje fue solitario, hasta que, a doce años luz de casa, fui trasladado a un veloz yate compartido por mi familia y otros cinco clanes Constructores.

Mi padre, mi madre y mi hermana me saludaron al cruzar del transporte al yate. No había visto a ninguno de ellos en tres años. Mi padre había sido objeto de otra mutación desde que me fui y ahora tenía un parecido diferente y perturbador con el Maestro Constructor. Mi madre había cambiado muy poco—si acaso, sólo se había vuelto más tranquila y digna, comenzando su tercer milenio interino, durante el cual no daría a luz, ni de otra manera crearía descendencia.

Considerando que mi padre medía cuatro metros de altura, tenía los hombros anchos y las piernas gruesas, su piel era como ónix pulido, sus parches de cabello bien recortados de color blanco púrpura, sus ojos negros salpicados de plata, mi madre medía un poco más de dos metros de altura, delgada como una caña, su cabello rojo profundo y su piel gris plateado. Mi hermana era un poco más alta que nuestra madre y menos

delgada, en esa etapa de transición previa al intercambio familiar, el cortejo, el matrimonio.

Incluso antes de mi exilio a Edom, ella había estado experimentando una suave mutación hacia la madurez reproductiva, y ahora estaba en la fase más temprana de su avance hacia la primera forma. Me saludó con una apreciación silenciosa y con los ojos muy abiertos, luego me abrazó rápida y calurosamente; mi madre, viendo mi condición, me saludó con una formalidad dolorosa; mi padre, con un apretón firme de mi hombro, escondió sus emociones y sólo intercambió unas pocas palabras escogidas con precisión, dándome la bienvenida de nuevo al redil.

Mis padres tenían más de seis mil años. Mi hermana y yo teníamos apenas doce.

"Estoy seguro de que habrá mucho de qué hablar", él concluyó, antes de enviarme a mis aposentos a probarme una armadura nueva. "Cenaremos en una hora."

En la pequeña cabina, elegantemente decorada, la nueva armadura me rodeó con maestría. La nave ensambló una ancilla perfectamente digna y poco llamativa de sus propias reservas. Neutra y simple, parecía una parodia superficial de la proporcionada por la Bibliotecaria—no muy útil y completamente poco emocionante.

"Disculpas por este primitivo accesorio", dijo la nave, notando mi reacción. "Tu ancilla puede, por supuesto, ser mejorada cuando llegues a tu finca."

Sentí una profunda punzada de soledad y una extraña sensación de pena. La ancilla no sabía cómo animarme ni qué

palabras de apoyo ofrecerme. Me sentía responsable de todo lo que había ocurrido y seguía ocurriendo, grandes acontecimientos conocidos y desconocidos, muy lejanos—más el destino de un Prometeo y dos seres humanos.

Esa primera cena a bordo fue incómoda, tranquila y poco iluminadora. La nave trató de servir lo que creía que eran mis comidas favoritas. En mi condición actual, me hicieron sentir vagamente indispuesto.

"Quizás necesite una dieta más adecuada para un guerrero", sugirió mi padre.

Suavizando un destello de ira, no le pregunté en quéaría estar involucrado, profesionalmente, para que a veinte mil años luz de distancia yo fuera tratado con severa indulgencia por un Maestro Constructor que de otra manera sería muy poderoso.

Había avanzado, muy bien—más allá de ser una vergüenza—a ser un gran desastre, tanto en comportamiento como en apariencia física.

En unos días, estábamos en casa de nuevo.

VEINTIOCHO

LA PRIMERA VISTA del mundo de nuestra familia despertó una paleta mixta de elevadas emociones. Observamos el acercamiento orbital desde la cubierta del puente del yate, un accesorio cómodo y en gran medida de carácter ceremonial. El yate estaba controlado por su propia ancilla, como casi todas las naves Forerunner, pero una parodia de los antiguos tiempos todavía era necesaria al aterrizar la presencia del miembro superior de la familia, en este caso mi padre, que ladraba comandos en Jagon Forerunner—un idioma mucho más antiguo que mis padres, pero no tan antiguo como el Digon que el Didacta había aprendido como un joven guerrero.

Didacta. Me llamaban así cuando enseñaba en el colegio de Defensa Estratégica del Manto—el Colegio de Guerra. Algunos de mis estudiantes parecían pensar que yo era demasiado exigente y demasiado preciso en mis definiciones...

Este afloramiento no fue una sorpresa. Esperaba algo así. El Didacta había patrocinado mi mutación, después de todo, y eso significaba que yo contenía algunos de sus patrones inherentes... y posiblemente incluso gran parte de su memoria. Sentí como si algo estuviera creciendo dentro de mí que podría no ser capaz de controlar.

Traté de no mostrar signos externos, pero mi padre detectó fácilmente el cambio.

Por supuesto, el mundo natal de nuestra familia había cambiado poco. ¿Qué necesidad de cambio cuando cada metro cuadrado de su superficie había sido construido, afinado y adaptado a la comodidad y ambición Forerunner? Incluso desde una distancia de mil kilómetros, el arco de la extremidad del planeta estaba visiblemente erizado por arquitectura, aunque ciertamente no era igual a las ruinas encontradas en cualquier gran planeta Precursor—no había puentes orbitales abovedados que se extendieran de un mundo a otro, ni cables eternos e inflexibles...

Regresé a Charum Hakkor antes de su misteriosa destrucción, viendo como si milagrosamente se hubieran restaurado tanto las ruinas Precursoras como el uso que los humanos habían hecho de ellas una vez...

Pero suficiente. Volver al mundo de mi familia me recordó una vez más que los Constructores no tenían nada de qué avergonzarse en su búsqueda del dominio arquitectónico.

Una vez había llevado una fantasía juvenil a nuestros elevados océanos, cada uno de mil kilómetros de diámetro y mil metros de profundidad, brillando como un cinturón de monedas superpuestas alrededor del ecuador. Cada uno de ellos estaba separado de su vecino por varios cientos de metros de elevación, que se sobreponían dependiendo de si se juntaban con ellos cascadas de agua o embudos de agua retorcidos. Los Trabajadores de Vida por invitación habían venido durante muchos siglos a estudiar estos grandes acuarios y a experimentar con nuevas variedades de criaturas exóticas, que a veces exportaban a otros grupos de investigación y aficionados de toda la galaxia.

Una vez, ayudé a dirigir uno de esos experimentos: una manada de reptiles de agua salada, carnívoros de tres torsos con tres cerebros unidos y sentidos asombrosos—los más inteligentes de su clase... hasta que mi madre decidió, después de varios intentos casi exitosos en mi joven vida, que estas criaturas eran demasiado peligrosas. Terminó el experimento y el Trabajador de Vida que diseñó los reptilianos fue reasignado a otro mundo, muy lejos.

Casi tan impresionantes eran los arcos rocosos del hemisferio norte, que se extendían en un cinturón longitudinal desde los océanos hasta el círculo perfecto del gélido polo: grandes formaciones de arenisca roja y amarilla talladas por granalladores de arena, torbellinos autónomos de arenisca que ahuecaban y esculpían y trabajaban hasta que los antiguos fondos marinos de caliza eran maravillas de cal. Los excursionistas y viajeros podían perderse durante meses en cientos de miles de kilómetros de laberintos sinuosos y espirales—aunque, por supuesto, nunca había ningún peligro real, ya que los exploradores familiares estaban siempre de guardia, esperando señales de socorro o simplemente el aburrimiento.

Mi hermana había disfrutado una vez de dejar sus propios y peculiares grabados en las paredes de las rocas dentro de los laberintos, invitando a otros a contribuir con sus propios diseños. Nadie lo hizo. Los suyos eran demasiado originales, demasiado enigmáticos.

Aterrizamos en la finca más extensa de la familia, cerca del ecuador entre el cinturón de océanos y una cordillera baja y

antigua. Nuestra nave se extendió para ser sostenida en la cuna de aterrizaje, y encarnó ancillas de muchos tipos que nos saludaron, junto con representantes de las familias de menor rango que compartían y conservaban el planeta en nuestro nombre.

Mi padre no presentó a su hijo de aspecto desconocido ni explicó su presencia, ya que sin duda se había olvidado de explicar mis años de ausencia.

La primera tarde después de nuestro regreso, mi hermana se unió a mí en el porche a orillas del lago de la residencia principal y se sentó a mi lado mientras la tiara de tres pequeños y brillantes soles se hundía bajo el horizonte, estampando todo en un resplandeciente crepúsculo. Le siguió un despliegue inusualmente brillante de auroras. Casi pude ver la refracción adicional causada por los campos que nos protegían de las radiaciones más desagradables de esas pequeñas y brillantes estrellas enanas.

"¿Alguna vez encontraste tu tesoro?" ella preguntó gentilmente, tocando mi brazo. Si eso era para desviar mi tristeza o para animarme, no fue así.

"No hay ningún tesoro", le dije.

"¿No hay Organon?"

"Nada remotamente parecido a eso."

"Todo el mundo en este lugar está actuando muy misteriosamente últimamente", ella dijo. "Padre en particular. Es como si llevara el peso de la galaxia sobre sus hombros."

"Él es un Constructor importante", le dije.

"Él ha sido importante desde que tengo memoria. ¿Es más importante ahora de lo que solía ser?"

"Sí", le dije.

"¿Cómo?"

"A mí también me gustaría saber más sobre eso."

"Ahora *estás* siendo misterioso."

"Vi cosas... cosas terribles. No estoy seguro de cuánto puedo explicar sin causar problemas."

"¡Problemas! Te *encantan* los problemas."

"No de este tipo."

Vio que era hora de cambiar de tema. Ella me miró con esa combinación de evaluación medio oculta y gentil juicio que había heredado de nuestra madre. "Mamá se pregunta si planeas redimir tu mutación y reformarte a ti mismo", ella preguntó.

"No", le dije. "¿Por qué? ¿Soy especialmente feo?"

"Antes de que las mujeres estemos comprometidas, un poco de convivencia entre los rangos es casi obligatoria. Tienes un aspecto brutal que le quedaría perfecto a algunos de mis amigos. ¿Piensas convertirte en un Guerrero?"

Ahora estaba bromeando. Ignoré la burla, pero sentí una punzada en la posibilidad real. "Mi vida ya no es mía", le dije. "Tal vez nunca lo fue."

Una aguda réplica casi vino a sus labios—podía decir por su expresión que estaba a punto de decir que yo estaba lleno de autocompasión. No se habría equivocado. Pero ella sometió el impulso, y yo tomé en serio el consejo tácito.

Después de un largo momento, cuando cayó la oscuridad, la nebulosa se hizo más brillante ante nuestros acostumbrados ojos, y el porche se iluminó sutilmente y se calentó desde abajo, ella preguntó, "¿Qué pasó realmente ahí fuera?"

Fue ahora que mamá apareció, caminando con su gracia perpetua y casi eterna a través del porche. Ella solicitó otra silla y, cuando se formó, se sentó a nuestro lado con un largo y agradecido suspiro. "Es bueno tener a mis mejores hijos conmigo de nuevo, todos aquí en casa", dijo ella.

"Nacido de las Estrellas estaba a punto de contarme lo que pasó en Edom", dijo mi hermana.

"¡Edom! Ojalá eso fuera todo en la historia. Hemos castigado a tu familia de intercambio por permitir que la influencia de una Trabajadora de Vida te llevara por el mal camino."

"Por el mal camino..." Mi hermana se deleitó con esa frase. Una última aurora tardía agitó su lento estandarte, impregnando su suave rostro con un florido resplandor rosa que clavó una púa de arrepentimiento sobre mí. Nunca más volvería a compartir su inocencia, su sentido de la aventura.

"Y ciertamente espero traspasar algunas de las multas del Consejo", agregó mamá. "Aún podemos perder este mundo a causa de tus 'aventuras', Nacido de las Estrellas. Espero que hayan valido la pena."

"¡Mamá!" Mi hermana pareció sorprendida y angustiada. Yo no lo estaba. Había esperado este momento durante la mayor parte de mi viaje de regreso.

"¿Se permite algún tipo de 'narración'?" preguntó mamá. "Dejaste Edom. Fuiste adelantado a la madurez por un Guerrero-Siervo deshonrado."

"Por el Didacta", le dije.

"¿El Prometeo disidente—desterrado por el Consejo?"

"Vencedor sobre los humanos y San'Shyuum, protector de la ecumene durante doce mil años." Mi otra memoria recordaba esto sin orgullo, solo un sentimiento de pesar por no haber podido hacer más.

"¿Todo es verdad?" preguntó mamá, su voz suave y un poco atemorizada. La historia de mis viajes y aventuras no le había sido contada en profundidad, aparentemente, y con grandes supresiones.

"Es verdad."

"¿Cómo pudiste permitirte estar tan equivocado?"

"Edom no está lejos de Erde-Tyrene. Fui allí a buscar un tesoro. Me hicieron creer que podría haber artefactos Precursores. Pero no encontré nada de eso. En vez de eso, fui guiado por un par de humanos al Cryptum del Didacta."

La admiración de mi hermana creció. "¿Un Cryptum Guerrero? ¿Lo abriste?"

"Y ayudé a revivirlo. No pidió un castigo. Él me reclutó."

Mi madre ató los nudos obvios de la historia. "¿Todo esto fue un plan de la Bibliotecaria, quizás?"

"Eso parece."

"Entonces, bajo la influencia de un antiguo líder, te uniste a la causa del Didacta." Ella estaba tratando de poner una máscara amable, sobre todo—en su opinión—el sórdido episodio. "Sin duda necesitaba tu ayuda para lograr sus peculiares fines. Y debido a tu juventud, no podías entender cómo eso podría complicar el trabajo de tu padre y causar un gran daño a nuestra familia."

"Mi cuerpo no es lo único que ha cambiado", le dije. "Aprendí mucho de lo que se les oculta a los Manipulares e incluso a la mayoría de los Forerunners. Aprendí sobre algo llamado el Flood."

Mi hermana miró entre nosotros, sin comprender.

La expresión de mamá cambió en un instante de paciente tristeza a rígida formalidad. "¿Dónde has oído hablar de eso?" ella preguntó.

"En parte del Didacta, y en parte del Dominio mismo."

"Entonces *has* experimentado el Dominio", dijo mi hermana. "¡Y desde la perspectiva de un antiguo guerrero! ¿Cómo es eso?"

"Confuso", admití. "No he integrado mis percepciones. El conocimiento es primitivo en el mejor de los casos, y no puedo regresar sin una mayor orientación... creo. En cualquier caso, no he accedido al Dominio desde que me quitaron mi armadura en el mundo en cuarentena de los San'Shyuum."

"¡Cuarentena!" exclamó mi hermana. "He oído hablar de los San'Shyuum. ¿Eran maravillosos y sensuales?"

"Ya se ha dicho suficiente de *eso*." Mamá miró alrededor del porche y pareció estar inspeccionando toda la finca a través de sus ancillas, como si estuviera anticipando espías del Consejo, más multas y una corrección aún más severa. "He oido hablar del Flood. Era una misteriosa enfermedad estelar que causaba anomalías de radiación. Dañó severamente un número de mundos de las colonias Forerunner en los confines de la galaxia, hace varios siglos." Esto pareció costarle un esfuerzo considerable. Vi claramente la carga que se le había impuesto en los últimos meses. Yo sólo podía asumir la responsabilidad de una parte limitada de esa carga. "Debemos esperar el juicio de tu padre", dijo ella finalmente, retrocediendo en su estudio, sin duda para alivio de las ancillas de todo el planeta.

"Padre también ha cambiado—parece como si hubiera sido preparado y entrenado para un gran avance", le dije. "¿El Maestro Constructor fue su mentor para su última mutación?"

"¡Basta!" Mamá gritó y se puso de pie. Docenas de pequeñas unidades sirvientes se dispersaron. Con un temblor, sugirió que nos retiráramos a contemplar el Manto antes de dedicar las horas de oscuridad a un estudio privado. Luego salió rápidamente, dispersando de nuevo las unidades, y nos dejó a mi hermana y a mí bajo los tenues mechones de brillo nebuloso y estrellas difusas y nítidas, como si estuviésemos atrapados tras un velo arrollador y roto de niebla andrajosa.

"¿Qué le está pasando a esta familia?", preguntó mi hermana. "No todo puede ser culpa tuya. Incluso antes de que te fueras—"

"Mamá tiene razón", le dije.

"¿Qué es el Flood?" ella preguntó abruptamente, sus instintos agudos. "Mamá parece saber algo... Ciertamente yo no."

Agité la cabeza. "Historias espantosas inventadas para beneficio político, y tal vez eso sea todo." ¿Ahora estaba engañando a mi propia hermana? Con un encogimiento de hombros, agregué, "Me someto al juicio de Padre."

"Oh, *¿ahora* lo haces?" dijo ella.

Nos separamos en la puerta del porche y regresé a mi habitación en lo alto de una torre que miraba hacia el mar en forma de disco más cercano, su borde rodeado de aguas en cascada, bajo la siempre cambiante galería de nuestro cielo: estrellas recién nacidas, soles moribundos, la gran confusión en la que los Forerunners habían visto la primera luz.

Yo no había hecho nada por mi familia. Perversamente, ahora sentía más conexión con el Didacta que con ellos—e incluso más perversamente, tal vez así era como me redimiría ante la familia y antepasados por igual.

¿Cuántas traiciones se necesitarían para cerrar el círculo?

Ahora era aún más imperativo que supiera quién era en realidad y en qué me iba a convertir. Nadie podía decírmelo. Nadie podía enseñarme.

VEINTINUEVE

ESA NOCHE—Y muchas después—se desbarataron y se confundieron. Me senté rodeado de pantallas que parpadeaban gentilmente y que proporcionaban poca de la información que pedía y necesitaba. El Dominio seguía siendo una caja de rompecabezas cerrada. A veces sentía su toque, pero nunca lo suficiente como para sumergirme o estudiar su naturaleza y contenido.

En vez de eso, observaba el cielo, siguiendo los rastros de reentrada de cientos de transportes de los Constructores que iban y venían. Últimamente había muchas naves. Demasiada actividad. Siempre había sabido que mi padre era importante, pero la sospecha había florecido en la certeza de que él era de hecho crucial para el plan del Maestro Constructor. Demasiado odio dirigido a los Guerreros-Siervos.

¿Qué papel juega Padre en su descenso? ¿Era consciente del daño a nuestras tradiciones, a la protección del propio Manto?

Visiones del prisionero de Charum Hakkor, *sea lo que sea*, ahora libre y fuera del alcance del Didacta.

Ha estado desaparecido durante cuarenta o cincuenta años.

Y, siempre en ciernes, el espectro de ese vasto y esbelto anillo—subrayado por el extraño horror de la destrucción de las esfinges de guerra por parte del Maestro Constructor y las impresiones de los hijos del Didacta.

Lo que había logrado aprender sobre el cisma Forerunner era un hilo delgado, pero todavía intrigante. Mis otros recuerdos todavía me ocultaban esos momentos, quizás esperando más sofisticación—o el momento adecuado.

Hace diez mil años, justo después de la conclusión de la guerra humano-San'Shyuum, los más eminentes de los Guerreros-Siervos, los Prometeos, habían sido los ascendientes entre los Forerunners, con la más alta posición social y poder que jamás alcanzarían. Su caída se produjo cuando se estaba tomando una gran decisión estratégica. Detrás de esta maniobra yace una amenaza de fuera de la galaxia—teórica, tal vez, pero terrible, no obstante. Recordando lo que me había dicho el Didacta, supuse que esta amenaza era lo que los humanos una vez habían combatido y derrotado, o rechazado, incluso mientras luchaban contra los Forerunners: el Flood. De eso todavía podía aprender poco o nada, pero estaba seguro de que la historia de la enfermedad estelar de mi madre era simplemente una fachada.

El secreto de la victoria humana contra el Flood nunca había sido revelado.

Pero todos habían anticipado que el Flood regresaría.

El Maestro Constructor parecía haber establecido esa nueva gran estrategia (¿y también una nueva arma?) que hacía innecesarios a los anticuados guerreros, ejércitos y flotas.

Poco después, el Didacta y todos sus compañeros Prometeos fueron removidos del Consejo. Supuse que fue cuando el Didacta fue forzado al exilio y entró en el Cryptum.

Desde entonces y hasta ahora, durante más de mil años, los Guerreros-Siervos han sido cada vez más marginados, sus rangos han sido reevaluados, sus fuerzas y flotas y ejércitos disueltos.

Noche tras noche luchaba con los limitados alimentos, y día tras día sufría bajo la amable condescendencia de mi padre y el triste reconocimiento de mi madre.

Apenas había empezado a explorar las profundidades de la huella del Didacta, abriéndose y expandiéndose lentamente dentro de mí. Había una razón para su ocultación y su lento desenvolvimiento. Esos recursos no eran para mi entretenimiento personal, ni siquiera para mi propio crecimiento y edificación. Tenían que ser enterrados profundamente contra el acceso invasivo—para ser desbloqueados sólo si volvía a un puesto de importancia, de responsabilidad.

Sólo si me *atreviera*.

Si perdiera la protección de mi padre y cayera en manos del Maestro Constructor una vez más, yo también podría ser peligroso para el Didacta. Mis otros recuerdos podrían ser dolorosamente arrancados y puestos en exhibición para el beneficio del Maestro Constructor, para buscar información incriminatoria.

Tal vez eso ya les había pasado a los humanos.

No podía soportar la idea de que el Maestro Constructor dejara a un lado los cadáveres usados de Chakas y Riser y pusiera a un lado a Erde-Tyrene, sofocando la resistencia

potencial—empujando a un lado y enterrando a cualquier persona que se interpusiera en su camino.

TREINTA

MÍ INQUIETUD ME convirtió en un errante.

Un hogar Forerunner nunca duerme. No hay equivalente a la noche y el descanso, pero hay momentos de reposo cuando todos se retiran hacia la contemplación individual y se preparan para la siguiente ronda de actividades. En los hogares tradicionales de los Constructores, estos momentos son sacrosantos. Así, durante cualquier ciclo día-noche, hay horas en las que la casa—y en nuestro caso, gran parte del planeta—se queda en reposo. Las calles y los caminos reducen su flujo. Incluso las ancillas y los sistemas automatizados reducen sus actividades de guardia.

Pero yo no lo hacía. Prefería hacer mis ejercicios solo, sin armadura, simplemente para permitir que mi yo en desarrollo—independientemente de lo que fuera—comunicara su dirección. Todavía estaba mutando, todavía cambiando en formas que nadie podía predecir. El Didacta me había hecho un verdadero número.

Y así anduve. Caminé. Exploré kilómetros de pasillos que conducían a cientos de cámaras vacías, cámaras que recreaban su elaborada decoración de luz sólida sólo en presencia de los Forerunners. Partes de nuestra casa y edificios no habían sido visitadas por cientos de años. Muchos contenían tributos y registros de antiguos miembros de nuestro clan y clanes aliados, incluyendo ancestros del propio Maestro Constructor. Tomé un

interés perverso en la relación del Maestro Constructor con mi familia, y aprendí a través de exposiciones reactivadas—lamentablemente entusiastas por ser finalmente observadas—de grandes contratos y alianzas políticas que se remontaban a veinticinco mil años atrás, mucho antes del inicio de mi Padre.

Pasé muchas horas escuchando una pequeña ancilla, un poco chiflada, dedicada a catalogar e investigar las consecuencias históricas de los millones de contratos y construcciones de mi familia. Una diminuta y descolorida figura de zafiro cuyos bordes apenas se cohesionaban, sus recursos no habían sido actualizados o renovados en los últimos tres mil años, pero seguía en su deber, siempre con la esperanza de servir, fiel más allá de la razón, pero cada vez más excéntrica. Ella me mostró los registros de más de mil mundos transformados por mi padre y sus cohortes Constructoras, y luego reveló con obvio orgullo contratos aún mayores: docenas de estrellas encauzadas por campos de contención y recolección, incluyendo, al parecer, la ingeniosa cuarentena alrededor del sistema San'Shyuum.

En estos registros, para mi gran interés, había indicios de armas de gran escala. Bajo el antiguo nombre de Faber, el Maestro Constructor se había asociado con mi padre para crear y ofrecer estos diseños al Consejo. Se eliminó de los registros cualquier indicio de aprobación o negación de estas armas por parte del Consejo. Sin embargo, ninguna asumió el aspecto final, en forma de anillo, de los grandes Halos.

Un millar de años de política y progreso.

Mi padre nunca se había jactado de sus obras e influencia, por supuesto, y como Manipular, nunca había mostrado mucho

interés. Pero ahora entendía cómo había sido capaz de asegurar mi regreso.

Sin embargo, esto no era explícitamente lo que yo buscaba.

Mi inquietud tenía sus propios motivos. En lo que me estaba convirtiendo—en quien me estaba convirtiendo—tenía un conjunto separado de curiosidades, y me las permití. El problema de ser potencial es que uno contiene multitud de resultados, candidatos compitiendo por convertirse en personalidades finales, y a medida que pasaban las horas y los días, las más fuertes gobernaban durante un tiempo hasta que eran derrocadas por otras aún más fuertes...

Las cosas llegarían a un punto crítico muy pronto. Uno de mí sería suficiente y gobernaría, complementado por la sabiduría del Didacta.

Durante un largo reposo, doscientos días domésticos después de mi regreso, me encontré con mi padre y un visitante bajo una cámara de recepción de nave y cúpula raramente utilizada, a medio camino de la longitud principal de nuestra casa, a unos diez kilómetros de las cámaras de mi propia torre.

Sucedía que estaba cruzando un puente aéreo que conectaba dos pisos más altos en esa ala, debajo de la cúpula, cuando oí voces que resonaban desde cien metros más abajo. Una voz era la de mi padre, clara y precisa—pero para nada autoritaria; más bien, inesperadamente servil.

Me incliné cautelosamente sobre la barandilla. Mi padre y otro Constructor, ambos libres de armadura, estaban en una acalorada conversación que obviamente no deseaban que fuera

escuchada o grabada. Los servicios de apoyo locales habían sido cerrados, dejando los pisos y las paredes congelados por el frío.

El otro Constructor era mucho más joven que mi padre, una primera forma muy parecida a la que yo habría tenido si mi mutación hubiera procedido normalmente. A pesar de su juventud, parecía hablar con considerable autoridad.

Ciertamente curioso, que alguien tan joven pudiera tener una audiencia con mi padre. Me las arreglé para ver poco más de la mitad de lo que se decía.

"Más incidentes en el exterior alcanzan... doce sistemas perdidos en los últimos trescientos años..."

Y: "... quedan rastros del lecho de pruebas cerca de Charum Hakkor, incluso después de cuarenta y tres años... la diezmación de los San'Shyuum... causa insuficiente del levantamiento..."

"... juicio pendiente... cargos de grave violación de los principios del Manto..."

¿Se estaba refiriendo al Maestro Constructor?

"... Una ancilla de nivel metarca asignada al dispositivo del lecho de pruebas enviado a Charum Hakkor. Ambos desaparecieron después de la acción contra los San'Shyuum..."

"... voto de no confianza en el liderazgo del Maestro Constructor..."

Y entonces mi padre, su voz elevándose fuerte y clara en el vasto espacio mientras las corrientes de aire soplaban hacia mí: "¿Cómo podrían ser usados de esa manera? Afinados tan ampliamente y sin protecciones... Va en contra de todo lo que los

diseñadores habían planeado y esperado, no como defensa final, sino como brutales castigos..."

"Fue tu ciencia la que se los permitió, Constructor. La facción opositora en el Consejo nunca autorizó tal uso, pero eso es secundario a la culpa de construir y habilitar."

Me eché para atrás, temblando no sólo por el frío. Sabía de lo que estaban hablando. Parecía que las fuerzas del Maestro Constructor habían usado el Halo probado en Charum Hakkor para terminar lo que habían empezado con los San'Shyuum. Yo había estado allí. Había sobrevivido a las crueidades del Maestro Constructor.

¿Pero qué ocurre con el Didacta y los humanos?

¿Y qué hay de la ancilla de nivel metarca desaparecida? Estas grandes mentes artificiales, mucho más poderosas que cualquier ancilla personal o de a bordo, generalmente administraban los proyectos de construcción más complicados y estaban fuertemente restringidas por la ley. En la actualidad existen menos de cinco y nunca se les permite servir a ninguna otra entidad que no sea el Consejo. Mi otra memoria estalló con su propia angustia e ira.

¡Una ancilla de nivel metarca—asignada a la defensa—comandando un Halo!

"... ha sido llamado para un interrogatorio. Todas menos una de las instalaciones han sido devueltas a una estrella de estacionamiento, custodiada por mis propios mirmidones. Solicito su destrucción. También, en Cero Cero..."

Todas menos una. Se acerca un momento de crisis. Días a lo sumo, quizás antes.

La sabiduría del Didacta otra vez, esta vez fría y concisa.

Aquí la claridad momentánea del sonido se desvaneció y me encontré escuchando ruidos de otros lugares bajo la cúpula, como lejanos susurros. Pero éramos los únicos Forerunners vivos en esta ala de nuestra antigua casa. Lo que escuché tuvieron que ser meras corrientes de aire en un gran volumen. Y muy pronto, la nieve comienza a caer y los sistemas de iluminación reactivados de la cúpula, interesados en la belleza potencial del clima interno, comienzan a resaltar las escamas arremolinadas.

El edificio estaba despertando de nuevo de su temporal estupor, fanfarroneando, pensé quizás por mi padre y su visitante, pero cuando me incliné otra vez hacia delante, ambos se habían ido.

Díselo.

Díselo ahora. Necesita saberlo.

Descendí de mi torre al porche para reunirme con mi familia para el primer resplandor de la mañana. Sólo llevaban trajes blancos, permitiendo que su armadura fuera pulida y meticulosamente revisada, y estaban tomando una primera comida de frutas y nueces, que con una punzada me di cuenta de que recibirían la aprobación total de Riser. Aunque el Florian también podría traer *pequeñas carnes* y perturbar la tranquilidad de mi madre.

Mi padre estaba de pie junto a la cornisa, mirando hacia nuestro mar en forma de disco y los vastos campos de lirios. Una vez, él había parecido imposiblemente voluminoso, prohibitivo

y frío. Ahora simplemente parecía cansado, demasiado extenuado incluso para unirse a la pequeña charla de mi hermana y mi madre, que alguna vez le había ofrecido diversión y alivio.

Ahora.

Las palabras me vinieron de repente. "Creo que traigo un mensaje", yo dije, antes de poder detenerme. "Pero no sé para quién es."

Mi padre se volteó lentamente y me miró. "No es inesperado", él dijo. "Estoy escuchando."

"Un Halo liberó algo que había sido escondido tanto por los Precursores como por los humanos en Charum Hakkor."

Mi padre puso su brazo alrededor de mi madre como para protegerla, la primera vez que los vi entrar en contacto físico sin armadura. El gesto me pareció tranquilizador y perturbador. "No sé nada de un Halo en Charum Hakkor", él dijo.

"Este no es momento para mentiras, padre."

Mi hermana se estremeció, pero tanto mi madre como mi padre se quedaron quietos, quizás conmocionados por mi insubordinación.

"Tu visitante del Consejo te informó. También había un Halo en el sistema en cuarentena de los San'Shyuum", les dije. "Lo vi."

Padre soltó a mi madre, se giró y extendió su brazo. "Necesito mi ancilla." Su armadura avanzó hacia él. Observó con impaciencia como giraba en busca de su aprobación. Finalmente, la hizo a un lado, la enderezó y, con un esfuerzo, su voz se ahogó y dijo, "He hecho todo lo que he podido para

protegerte. Pero ellos—esto—*esto* te ha alejado de nuestra familia, de nuestro rango, de nuestro escudo de la sociedad y de la ley. Y ahora cuestionas mi juicio. ¿De verdad eres tú hablando?"

"¿Qué es el Flood?" preguntó de nuevo mi hermana.

Padre se volteó rápidamente hacia ella, como para reprenderla, pero su voz se cortó. "Quisimos proteger toda la galaxia", se las arregló finalmente. "Los Constructores han estado diseñando y planeando esto desde antes de que yo naciera. Muchos han fracasado y han sido degradados. Después de tres mil años, mi equipo y yo tuvimos éxito... de una manera que aparentemente ha recibido la desaprobación del Consejo."

Mi madre miró entre nosotros, consternada y lentamente se dio cuenta horrorizada de que habíamos alcanzado un punto de inflexión.

"¿Qué le hizo él a los San'Shyuum?" Le pregunté.

"¿Qué es un Halo?" preguntó mi hermana.

"Es un anillo gigante", le dije, "un arma horrible que destruye toda vida—"

"Ya se ha dicho suficiente *sobre eso*", proclamó mi padre. Su mirada era a la vez triste y desafiante. "Charum Hakkor parece ser un asunto de gran preocupación para el Consejo. Entonces, *mensajero*, ¿qué encontraste allí?"

"Una jaula construida por los Precursores, mantenida y fortalecida por los humanos antes de nuestra guerra con ellos", le dije. "Pero un Halo destruyó esas protecciones—creo yo—y el cautivo que contenía fue liberado."

Mi padre levantó las manos con consternación, y luego se dio la vuelta. Su armadura intentó seguirlo. "Eso nunca fue una posibilidad en mi diseño. Cambiaron su sintonización. Es la negación de la física neural, mucho más allá de..." Su voz se apagó.

"*¿Qué es un Halo?*" Esta vez fue mi madre quien casi gritó la pregunta. Ella se apartó de su agarre y se retiró.

"Una defensa final", dijo mi padre. "Yo los diseñé. El Maestro Constructor encargó doce. Nuestro gremio los construyó." Se volteó hacia mí. "*¿Es el Didacta quien me envía un mensaje?*"

Hice movimientos contradictorios, pero dije: "Sí."

"*¿Tienes información sobre este cautivo? ¿Lo has visto?*"

Agité la cabeza, y luego asentí—otra vez confundido por un aluvión de recuerdos que no eran míos. "No estoy seguro. El Didacta pudo haberse comunicado con el cautivo una vez. Creo que fue originalmente preservado por los humanos y San'Shyuum como una amenaza para ser usada en caso de su inminente derrota—un arma definitiva, como tus Halos." Me encontré firmemente con la mirada derrotada de mi padre, sintiendo un profundo dolor familiar que nunca sanaría. En este momento, yo odiaba al Didacta más allá de toda razón.

"Bueno, mensajero, aquí hay un mensaje para ti. Ha llegado una petición de las primeras formas que sirven en el Consejo", dijo Padre.

"*¿Primeras formas? ¿Ese joven?*" preguntó mi madre, asombrada.

Mi padre dijo que esa era la forma de actuar ahora en el Consejo, ya que muchos ancianos habían dimitido en protesta o en desgracia. "Quieren que regreses con ellos a la capital. Negué esa petición, como es mi derecho como tu padre. Esperaba que pudiéramos encontrar una manera de recuperarte, rehacerte... regresarte a ser nuestro hijo. Pero ahora veo que eso es imposible. Difícilmente veo que quede algún hijo mío, sólo un portavoz para los Guerreros-Siervos."

"¿Quién hizo esas peticiones?" preguntó mamá.

"Después de un exilio de mil años, al parecer, el Didacta ha vuelto a estar a cargo de las defensas Forerunner", dijo mi padre. "Pregunta por Nacido de las Estrellas. Y desde muy lejos de la galaxia, una Trabajadora de Vida conocida como la Bibliotecaria también ha pedido a nuestro hijo. Parece que trabajan en complicidad. Ya no me corresponde negarlos. Yo mismo podría ser acusado pronto por el Consejo."

Tanto mi hermana como mi madre lo miraron con consternación. "¡Pero tú ayudas al Maestro Constructor!" dijo mi madre.

"Su tiempo de poder ha terminado, me temo." Mi padre se agachó sobre una rodilla, una postura que nunca antes le había visto asumir, y me miró fijamente, sus ojos entrecerrados y oscurecidos por el dolor interior. "Me avergüenza no haber estado contigo para actuar como tú mentor."

"No fue nuestra elección, padre", le dije.

"Eso no disminuye mi vergüenza. Hay grandes cambios que hacer, hace tiempo atrasados. Mi generación y las generaciones anteriores a la mía han cometido graves errores, por lo que es

justo que nuestras tradiciones continúen. Pero me hubiera gustado que mi hijo llevara los patrones más profundos y preciosos de nuestra familia. Tal vez cuando regreses, con tu permiso, pueda remediarlo."

"El honor será mío, padre."

"De todos modos, es probable que nuestro hijo pronto entienda más de lo que pasa en el Consejo que yo. Nuestro gremio se enfrenta a la interdicción."

Mi madre se puso de pie de nuevo junto a mi padre y le agarró el brazo. Mi hermana tomó una posición más cercana a mí.

"Todos menos uno", yo cité. "¿Qué significa eso?"

"Sólo tenemos a once Halos contabilizados. Falta uno."

"¿Junto con una ancilla de nivel metarca?"

"Aparentemente. Todo es parte de la acusación contra el Maestro Constructor. Tienes programado testificar en su contra. El Consejo enviará su propia embarcación a recogerte."

"¿Cuándo me voy?" Le pregunté.

"Muy pronto", dijo mi padre. "Nuestro tiempo se acorta peligrosamente."

TREINTA Y UNO

HAY INSENSATEZ, LUEGO hay imprudencia, y poco después sigue la locura. Las palabras de mi padre parecieron desencadenar chispas en mi cerebro y en mi cuerpo. Me preocupaba que el Didacta pudiera haber sido ejecutado. Ahora... ¡él estaba en el poder! No en el exilio, sino restaurado.

No lo harían excepto en las peores circunstancias posibles. Un Halo perdido.

Me despedí de mi madre y mi hermana, y luego busqué a mi padre en su estudio orientado al norte, donde estaba rodeado de modelos de proyectos tanto virtuales como físicos. Ahora no le daban consuelo, eso era obvio.

Aceptó mi abrazo. Nos frotamos las mejillas como antaño. Una vez, mi piel había sido más suave que la suya—ahora era más áspera.

"Eres el bastión de nuestra familia", él me dijo. "Lo redimirás todo. Vas con mis esperanzas, mis sueños y mi amor."

"Yo voy orgulloso de mi familia—y de mi padre", le dije.

Una estela atravesó nuestro cielo, y los escudos protectores de nuestro planeta abrieron una puerta resplandeciente, como un anillo de piedras preciosas, a través del cual esa estela pasó, se ralentizó, se enderezó...

Sobrevoló el mar en forma de disco más cercano: una nave del Consejo, ornamentada y supremamente rápida y poderosa, con forma de un doble barrido ascendente de vientos fundidos en oro y bronce. No había visto una en cinco años, y nunca había viajado en una.

Un aviador del transporte partió desde el costado de la nave del Consejo y cubrió la distancia hasta nuestro muelle en pocos minutos.

Mi padre y yo nos sepáramos sin más palabras. Sólo miré hacia atrás una vez, para ver a mi madre y a mi hermana en un parapeto, vestidas con trajes ceremoniales que flotaban alrededor de sus armaduras, azules y plateadas con vetas de vibrante color carmesí. Y en otro parapeto, vi a Padre, alto y firme contra el cielo rojo y violeta.

Mi afán de reencontrarme con el Didacta y quizás con la Bibliotecaria me hizo sentir perverso, incluso cruel. Ahora miro hacia atrás y deseo que mis recuerdos de esos últimos días en el planeta de mi familia me dejen para siempre, porque sólo me traen un dolor extraordinario. Nunca volví a ver a mi familia—viva y libre.

TREINTA Y DOS

NADIE JAMÁS PODRÍA llamar a una nave del Consejo lujosa o frívola. Los miembros del Consejo servían durante mil años, y durante ese tiempo hacían votos de abstinencia personal y austeridad. Pero en ningún momento los eludía el poder, y ése era el carácter principal de una nave del Consejo: un poder *sedoso*, inmediato e ilimitado.

Al llegar supe que esta nave se llamaba *Semillero Estrella*. Dejando a un lado los diminutivos, era la expresión más extraordinaria de la ciencia Forerunner que jamás había tenido la oportunidad de examinar de cerca. La memoria del Didacta confirmó en silencio que en todo menos en las armas, eclipsaba a cualquiera de las naves alguna vez asignadas a los Guerreros-Siervos.

Fui escoltado a lo largo de ascensores y pistas cerradas por dos guardias de la selecta seguridad del propio Consejo, señalados con una elegante armadura negra y roja. A través de paredes translúcidas, vi a autómatas desconocidos corriendo a toda velocidad por sus propias vías y conductos; algunos estaban decorados con los más alarmantes caparazones insectoides.

Pero aún más sorprendentes fueron las numerosas ancillas encarnadas y fuertemente blindadas. Había oído hablar de Guerreros-Siervos que las utilizaban durante la batalla y para otras tareas especiales, pero nos encontramos con cientos

espaciadas por toda la nave, flotando en serena quietud, en aparente modo de baja potencia, sus sensores azules, rojos o verdes brillaban tenuemente.

Cobrarán vida en caso de emergencia. Pueden reemplazar a los comandantes Forerunner, si es necesario. Son una parte vital de la metarquía del Consejo—la red general de ancillas que apoyan al Consejo.

Pero en comparación con una ancilla de nivel metarca, estos son meros juguetes.

No podía explicar mi reacción: de alguna manera me repelían.

Con educada firmeza, los guardias me llevaron a habitaciones elegantemente sencillas en lo profundo de la nave. A continuación, dieron instrucciones a los cuarteles para que extruyeran un nuevo conjunto de armadura, negra con trazos verdes—los colores de un asesor especial del Consejo. Mi padre había sido uno, miles de años antes de mi nacimiento. Y ahora... era mi turno, a menos que se tratara de meros repuestos reciclados para un huésped particular.

No es probable.

"Familiarízate con tus fuentes y bases de conocimiento", ordenó el guardia superior, señalándome a mí, y luego a la armadura. "Son extensos."

"¿Tendré acceso a todos los recursos del Consejo?"

"No tengo esas respuestas", dijo el guardia mirando a su compañero. "Las viejas costumbres cambian rápidamente ahora."

Se fueron, y esperé un momento antes de permitir que la armadura me rodease. Casi tenía miedo de ver a la ancilla—temeroso de encontrar más bloqueos y restricciones, más obstáculos para prolongar mi agonía de saber a medias. Pero cuando ella apareció en el fondo de mis pensamientos, la reconocí instantáneamente.

Esta era la ancilla de la Bibliotecaria, la que me había engañado, la que me había tentado... La que había sido cedida por la Bibliotecaria a mi familia de intercambio...

La que me había llevado a Erde-Tyrene.

Mi primera reacción fue de ira. "¡Tú empezaste todo esto!" Grité en voz alta, aunque eso no fue necesario.

"Aquí, soy realmente tu servidora. Estoy liberada de las metarquías del Consejo y de la Bibliotecaria."

"¿Y el Didacta?"

La ancilla mostró su confusión. Esta era una pregunta difícil de responder. "Estamos en circunstancias peligrosas", dijo ella, "pero mejorando. Te ayudaré sin instrucciones previas y responderé cualquier pregunta que tengas."

"¿Y quién te ordenó hacer eso?"

"La Bibliotecaria", dijo la ancilla. "Pero ya no es mi dueña."

"Eso ya lo veremos. ¿Me abrirás el Dominio completamente?"

Ante esto volvió a parpadear con una emoción secundaria. Al principio parecía que estaba avergonzada, quizás angustiada... y luego leí que su expresión manifestaba

verdadera frustración, algo que raramente se veía en las ancillas.

"¿Ese es un 'no'?" Insistí.

"El Dominio está fluyendo", ella dijo. "No se realizan conexiones confiables para ningún Forerunner, sin importar su rango o forma."

"¿Alguien *me* va a culpar por eso?"

"Parece ser sintomático de un disturbio en nuestro pasado inmediato, o futuro inmediato..."

Ella se congeló. Frustrado, me quedé dentro de la armadura negra y verde durante un momento, y luego la flexioné, sintiendo su suavidad y fuerza, pero preguntándome si de hecho estaba funcionando mal.

Poco a poco la ancilla regresó, estable de nuevo, tranquila y serena, y dijo, "No hay respuestas disponibles para las preguntas previas. Mis disculpas por el retraso. Hay una reunión programada en una hora. Me han dicho que tienes que prepararte poniéndote al día sobre las personalidades y las políticas actuales del Consejo. Ya has conocido al Maestro Constructor, y has presenciado a un miembro primera forma del Consejo hablando con tu padre, ¿no es así?"

"Sabes que sí", le dije. "Tú sabes todo lo que yo sé."

"Algunas partes de tu memoria que pueden ser usadas como testimonio ante el Consejo están cerradas para mí. Y por supuesto no tengo acceso a esa parte de ti que una vez perteneció al Didacta. Espero que no impida mi utilidad."

"¿No me espiarás?"

"No."

"¿O me 'guiarás' según los deseos de la Bibliotecaria?"

"No."

"Pero estás aquí para instruirme sobre políticas Forerunner", concluí, sintiéndome un poco mareado. Nunca había demostrado aptitud o gusto por tales estudios. En la política podía haber tesoros para otros, pero nunca para mí.

"Sí, con disculpas", dijo ella. "Ahora, comencemos..."

TREINTA Y TRES

EL CONSEJERO PRIMERA forma enviado para escoltarme—el mismo que había hablado con mi padre bajo la cúpula—era sólo un poco mayor que yo, veinte años domésticos como máximo. Se subió a la plataforma con vista directa al mundo de mi familia, se dirigió primero a tres miembros del equipo de seguridad, luego se volvió hacia mí—y sonrió.

Este indecoroso rictus me escandalizó. Los humanos podían haber sido capaces de ello, pero un Forerunner primera forma, y un consejero en eso... Me encontré con su leve reverencia y su saludo al pecho con uno propio, ejecutándolo, debo decir, con gracia practicada.

"Eres *todo* un espectáculo, Nacido de las Estrellas de Duración Eterna", dijo el consejero, con respecto a mí (yo pensé) en forma distorsionada con verdadera admiración. "Mi nombre es Polvo Espléndido de Antiguos Soles. Mis colegas me llaman Polvo. ¿Es aceptable tu mutación?"

"Es lo que es", le dije, una frase infantil.

Otra vez el rictus. No me gustaba.

"Tengo ancillas expertas que pueden hacer ajustes mínimos... cosméticos, principalmente. Pero debo decir que esta combinación de rasgos tiene una clara atracción."

"¿Combinación?" Le dije.

"Un escaneo al embarcar confirma que combinás perfectamente las estructuras mentales y neurológicas de Guerreros-Siervos y Constructores, con un toque de Trabajador de Vida... Eso tiene sentido. Fue una Trabajadora de Vida la que equipó la nave que guió tu mutación, y, según tengo entendido, fue el propio Didacta quien proporcionó la impresión."

Escuché y no dije nada, juzgando que se trataba de un Forerunner al que le gustaba hablar y le gustaba dominar una habitación rápida y fácilmente. Al mismo tiempo, había sido objeto de admiración, evaluación, atención en tonos familiares y puesto en mi lugar—como alguien a quien le vendría bien un buen ajuste o dos.

Pero el Didacta dentro de mí no era fácilmente reprimible.
"¿Cuál de mis patrones se deriva de un Trabajador de Vida?"

"Vamos a averiguarlo." Polvo Espléndido—No me atrevía a pensar en él tan sólo como Polvo—convocó a tres pequeñas ancillas, que revolotearon detrás de mí en el puente y se prepararon para tomar muestras y guiar sondas.

"¡Nada de eso!" Me balanceé con alguna alarma, pero Polvo Espléndido volvió a sonreír, y luego les hizo señas para que se fueran.

"Misterios y sorpresas", él dijo. "Podemos averiguarlo más tarde, cuando sea apropiado—cuando lo decidas. Pero no estamos aquí para medirte o entenderte—estamos aquí para transportarte a la capital. Has sido convocado por el Consejo para testificar. ¿Qué te dicen los recuerdos del Didacta de las defensas Forerunner, pasadas o presentes?"

"Muy poco, por ahora", le dije. "Sólo recuerdo y entiendo lo que el Didacta hubiese entendido en el momento de mi mutación."

"Sin duda tu ancilla te ha informado que el Dominio está experimentando dificultades."

"Sí."

"El Consejo ha almacenado una gran cantidad de material de archivo e incluso contable en el Dominio. Ahora no podemos acceder de forma fiable a nada de eso. Afortunadamente, una nave como esta tiene suficiente conocimiento para servirnos, por ahora."

"¿Puedo hacer una pregunta personal, Consejero?"

"Pregunta."

"¿Tu sonrisa?"

"Soy parte de un nuevo patrón. Más... natural. Algunos lo llaman atávistico. Pero en lugar de estar sujetos a muchas mutaciones a lo largo de siglos, sufrimos una serie de cambios económicos en un solo año doméstico. Nuestro punto final es menos rígido, menos distorsionado y ornamental."

"¿Quién es *nosotros*, Consejero?"

"Venimos de familias Constructoras, en su mayoría, pero algunos entre nosotros son Guerreros-Siervos."

Se cauteloso. Por supuesto, el Didacta se opondría a esta desviación de la tradición. Al menos, suponía que esa era la causa de su reacción.

Polvo Espléndido continuó. "Esto nos deja con menos distorsiones inherentes tanto de la anatomía como de la mente. Menos prejuicios... algunos dicen, menos sabiduría impresa, ya que tenemos menos mentores. De hecho, se suponía que íbamos a complementar ese déficit con el estudio del uso del Dominio, pero eso es difícil ahora. Siento la pérdida."

"¿Cuántas mutaciones más vas a sufrir?"

"Ninguna", él dijo. "En cierto modo, soy como tú. Somos lo que somos." Y volvió a sonreír. En silencio, estudiamos la curva del mundo de mi familia.

"¿Se me permitirá volver alguna vez?" Le pregunté después de unos momentos.

"Yo no lo prohibiría. En la práctica, ¿quién sabe?"

Lo estudié. No parecía importarle. En su alcance y flexibilidad, sus expresiones me recordaban tanto a los jóvenes Manipulares como a los seres humanos. Me preguntaba si eso era algo bueno. No. No me gustaba mucho. Y aun así me agradaban los humanos, en su mayoría.

Luego nos separaron de la órbita planetaria y el mundo de mi familia se hizo pequeño. En unos pocos minutos más, la nave del Consejo aprovechó una gran cantidad de energía de vacío para aplanar la curva de nuestra órbita estelar, y el planeta en el que nací desapareció por completo.

"¿Cómo te convertiste en consejero?" Le pregunté.

"A varios de mis compañeros se les ha concedido... se los podría llamar cargos temporales. Mi nombramiento es temporal."

Un grupo revolucionario. ¿Qué hay del Maestro Constructor?

"¿Estamos en estado de guerra?"

"Los Forerunners han permanecido en un estado clandestino de guerra desde que el Didacta derrotó a las fuerzas humanas en Charum Hakkor."

"¿Guerra contra el Flood?"

"Muy pronto, esos detalles. Ahora, sin embargo, estamos a punto de instituir un Tribunal Supremo del Manto. El Phylarch de los Constructores ha restablecido el cuerpo de los Guerreros-Siervos, y se ha unido a ellos para pedir procedimientos judiciales. Las cuestiones legales y estratégicas serán decididas por el Consejo y el tribunal."

Nunca había ocurrido tal procedimiento en vida de mi padre, mucho menos en la mía.

No es bueno.

"No es bueno", me hice eco de ese juicio interno.

"Tal vez, pero necesario", dijo el consejero.

"¿Cuándo podré saber más sobre este estado de guerra?"

"Pronto, espero."

"¿Está el Flood sobre nosotros?"

"¡Ah! El Flood. Durante diez mil años, esa amenaza ha propulsado la estrategia y la política de los Forerunners en todas partes—y ha distorsionado a algunos de nosotros hasta el punto de violar todo lo que hemos defendido. Ahora somos mucho más conscientes de lo que era el Flood y en lo que se ha

convertido. La mayoría del conocimiento da fuerza, Nacido de las Estrellas. Este conocimiento, sin embargo, casi nos ha hecho enloquecer. Y me preocupa que pueda tener el mismo efecto en ti... con tu huella de Guerrero y todo eso." Me dio la misma expresión enfocada con la que lo había estado escudriñando... y luego sonrió una vez más.

"¿Por qué?" Le pregunté.

"Porque se nos ha dicho que te demos acceso a ti y a tu ancilla a toda la información transportada en esta nave del Consejo. Información oculta a todos menos a unos pocos Forerunners durante miles de años. Yo mismo sólo he estado al tanto de partes clave durante unos meses."

Con eso, el joven consejero hizo que dos de los guardias de la nave me regresaran a mi cabina para comenzar lo que él llamó, con un giro de sus labios, mi período de "iluminación".

TREINTA Y CUATRO

EL VIAJE FÍSICO entre el mundo de mi familia y la capital de la ecúmene normalmente dura menos de dos horas. Por razones que no se me explicaron inmediatamente, incluso viajando en la nave súper-rápida del Consejo, nuestro viaje duró tres días. Todo el espacio-tiempo en esta porción de la galaxia—quizás toda la galaxia—estaba todavía perturbado. Más de quince veces experimentamos los efectos inevitables del salto al desliespacio y la reconciliación; un viaje ordinario podría haber conllevado uno o a lo sumo dos pasajes.

El alivio de estar fuera de las posibles garras del Maestro Constructor pareció abrir partes sustanciales de mi impresión. Quizás mi otra memoria estaba llegando a confiar en mí también. Me quedé a solas, aprovechando el tiempo extra para explorar las posibilidades de autodescubrimiento e integración.

Mi cabina se convirtió en mi universo.

Por fin se me abrieron ciertas corrientes en la memoria del Didacta sobre el Flood—un bienvenido, aunque gradual flujo de memoria y conocimiento. Había llegado a comprender al Didacta lo suficiente como para que su simpatía por los humanos vencidos y los San'Shyuum no me sorprendiera completamente—y él había sentido simpatía, incluso pesar. La guerra no había sido una lucha justa. Con el Flood devastando sistemas humanos, por un lado, y una marea de migración

humana lejos del peligro que los empujaba a los territorios Forerunner, una gran tragedia había sido inevitable. El Didacta sintió esto agudamente.

En cuanto a la naturaleza del Flood...

En todas las circunstancias naturales, los seres vivos compiten. Esta es una directiva primordial para aquellos que defienden el Manto: no es una bondad disminuir la competencia, la depredación—incluso la guerra. La vida presenta luchas y muerte, así como alegría y nacimiento. Pero los Forerunners en su sabiduría más elevada también sabían que la ventaja injusta, la destrucción sin sentido, la muerte sin sentido y la miseria—un desequilibrio de fuerzas—pueden retrasar el crecimiento y reducir el flujo del Tiempo de Vida. El Tiempo de Vida—la alegría de la interacción de la vida con el Cosmos—era el fundamento del Manto mismo, el origen de todas sus reglas convincentes.

Y el Flood parecía demostrar un tremendo desequilibrio, un cruel exceso de depravación. Ciertamente los humanos y San'Shyuum se habían sentido así.

El Flood llegó por primera vez desde una de las nubes magallánicas de estrellas que se desplazan justo fuera de los confines de nuestra galaxia. Se desconocía su origen exacto. Sus primeros efectos sobre los sistemas humanos en los confines de nuestro brazo de la galaxia fueron sutiles, incluso benignos—así parecía.

Los humanos sospechaban que fue transportado en antiguas naves estelares, toscas en su diseño, pero completamente automatizadas. Las naves no tenían ni pasajeros ni tripulación, y cargaban poco de interés, pero sí una carga de

tipo uniforme—millones de cilindros de vidrio que contenían un polvo fino y desecado.

Los humanos encontraron escombros de las naves en mundos deshabitados y habitados por igual. Los cilindros fueron examinados cuidadosamente, con las más estrictas precauciones, y su contenido de polvo fue analizado y se encontró que eran moléculas de cadena corta, relativamente simples y aparentemente inertes—orgánicas, pero no vivas ni capaces de vivir.

Los experimentos iniciales demostraron la posibilidad de efectos psicotrópicos en algunos animales inferiores, pero no en humanos o San'Shyuum. Los principales animales afectados por el polvo eran, como resultó, mascotas populares en las sociedades humanas: los Pheru, criaturas vivaces y gentiles que fueron encontradas por primera vez en Faun Hakkor. Cantidades muy pequeñas de polvo indujeron cambios en los Pheru que mejoraron su comportamiento doméstico, los hicieron más cariñosos, no tanto dóciles sino ingeniosamente carismáticos. Muy pronto, en un mercado negro emergente, fuera del control de los gobiernos humanos, los Pheru tratados con estos polvos raros alcanzaron un precio muy alto. Los San'Shyuum en este punto también adoptaron a los Pheru como mascotas.

Durante siglos, docenas de mundos humanos y San'Shyuum criaron y empolvieron a estos animales—sin consecuencias negativas. Ningún investigador sospechó los efectos a largo plazo del polvo, que se adhirió a puntos clave en los genes de los Pheru y comenzó a cambiarlos... mientras que al mismo tiempo mejoraba sus comportamientos.

Lo que pronto se convertiría en el Flood se manifestó por primera vez como un crecimiento peculiar que se encontraba en aproximadamente un tercio de todos los Pheru tratados con el polvo. Una especie de pelaje holgado y suave crecía entre los hombros de las mascotas. Fue considerado por los criadores como una mutación natural, incluso una variación agradable.

La calidad sensual del pelaje impresionó particularmente a los San'Shyuum, que reprodujeron estos ejemplares.

Otros Pheru pronto fueron encontrados pastando entre estos compañeros, consumiendo su pelaje—y en ocasiones incluso consumiendo a los propios animales. Los Pheru eran herbívoros por naturaleza.

Esto pareció activar algún tipo de temporizador biológico, una señal de expansión. En muy poco tiempo, los Pheru estaban produciendo crecimientos mucho menos atractivos. Varas flexibles de rayas brotaban de sus cabezas, que a su vez también eran consumidas por compañeros Pheru—causando abortos y nacimientos no naturales.

No había cura. Pero esto era sólo la superficie de la creciente infestación.

Los Pheru pronto estuvieron más allá de la recuperación. Los humanos y los San'Shyuum eliminaban a sus mascotas con arrepentimiento—y perplejidad, porque estas primeras etapas estaban más allá de su entendimiento biológico. La mayoría de los investigadores creían que los Pheru simplemente habían sido excesivamente criados y sobre-especializados. Algunos incluso fueron devueltos a su hábitat nativo en Faun Hakkor.

Entonces—los humanos comenzaron a manifestar los crecimientos. Algunos humanos, al parecer, consideraban a los Pheru como alimento. Estos humanos se convirtieron en vectores. Todo lo que tocaban también estaba infectado y, con el tiempo, lo que deseaban—extremidades, tejidos—también podía propagar la infección.

Así comenzó el Flood.

La plaga pronto se propagó de humanos a San'Shyuum, de humanos a humanos, pero rara vez de San'Shyuum a humanos—alterando sus comportamientos sin cambiar aún su apariencia exterior. Los humanos infectados combinaron sus recursos para forzar a otros humanos a infectarse—usualmente por canibalismo de un individuo sacrificado, inducido a crecer hasta alcanzar un tamaño prodigioso antes de ser consumido mientras estaba vivo.

Para ese momento, docenas de mundos estaban completamente infestados y más allá de ser salvados.

Los seres humanos y otras especies animales comenzaron a reformarse en otras formas variadas y viciosas, equipadas para mutilar y matar—y consumir, absorber y transformar.

Los mundos infectados e incluso sistemas enteros fueron puestos en cuarentena. Sin embargo, muchos de los infectados escaparon y propagaron la plaga a cientos de mundos en quince sistemas.

Los humanos fueron los primeros en reconocer el peligro extremo. Y aquí fue donde el antiguo cautivo de la prisión Precursora entró en la historia. Los humanos habían descubierto cómo comunicarse con el cautivo—pero sólo por

segundos o minutos a la vez. Los primeros investigadores trataron de usarlo como una especie de oráculo, pidiendo las respuestas a vastas y difíciles preguntas de la física e incluso de la moral—todas las cuales generaron respuestas confusas o inútiles.

Pero finalmente se prepararon y formularon una serie de preguntas. Preguntaron acerca del Flood.

Y lo que estos humanos recibieron como respuestas los traumatizó tan profundamente que muchos se suicidaron en lugar de continuar viviendo con sus conocimientos.

Con el tiempo, como una especie de defensa, el acceso al cautivo se redujo, y luego se cortó por completo. Se agregó la cerradura de tiempo humana. La comunicación se interrumpió.

La mayoría de los humanos llegaron a creer que el cautivo era una aberración antigua y que había sido encarcelado por los Precursores por una causa justa, y que sus pronósticos, si eran así, eran absurdos, incluso dementes.

Los humanos en la cúspide de los estragos del Flood fueron impulsados a una brillantez inigualable.

Encontraron una cura. (Aquí detecté en los documentos la admiración de la propia Moldeadora de Vida.)

Un nuevo sacrificio. En su totalidad, un tercio de la especie humana debe ser alterada, colocada en el sendero de la infestación Flood, y combatir fuego con fuego infectando al Flood mismo con un conjunto destructivo de genes programados.

El Flood no tenía defensa; la mayor parte se extinguió. Algunas naves que transportaban lo último del Flood escaparon y dejaron la galaxia una vez más, con destinos desconocidos.

En el momento de esta heroica lucha, los humanos también estaban luchando contra los Forerunners. Los humanos estaban desesperados. Su desesperación los hizo crueles. Necesitaban nuevos mundos, mundos no infectados—y los tomaron. La crueldad y la aparentemente irracional conquista y destrucción obligaron a los Forerunners a reaccionar con decisión.

Esta doble guerra era la fuente de la vergüenza del Didacta, aunque cómo él habría alterado su conducta, de haberlo sabido, no estaba nada claro.

Las fuerzas humanas fueron erradicadas y los mundos ocupados por humanos fueron reducidos, uno por uno, hasta que la batalla de Charum Hakkor destruyó la última resistencia humana. Los San'Shyuum ya se habían rendido. No se encontró a ningún infectado por esta supuesta plaga. Todos los especímenes empolvados e infestados de los Pheru llevaban mucho tiempo muertos, destruidos. Las embarcaciones originales que habían transportado los contenedores de vidrio también habían sido destruidas, tal vez por el perverso deseo humano de que los Forerunners enfrentaran una infestación similar y no estuvieran preparados.

Muchos Forerunners, de hecho, consideraron toda la historia del Flood—porque ese era el nombre que los humanos le dieron a esta infestación que se propagaba, a esta enfermedad intergaláctica—como una falsificación diseñada para absolver a los humanos y San'Shyuum de la culpa.

El resto de la historia la conocía o la había deducido, y mi conocimiento coincidía con los del Didacta. La Bibliotecaria fue autorizada para preservar algunos especímenes humanos, y para preservar los rastros de memoria de muchos otros, un procedimiento considerado con mucho disentimiento y disgusto por los observadores ortodoxos del Manto.

Pero la posibilidad del retorno del Flood inició los acontecimientos que dieron forma a la historia Forerunner hasta mi época. Y la mayor parte de ella—casi toda—era mantenida en secreto por el Maestro Constructor y su gremio, incluido mi padre.

Sólo unos pocos consejeros comprensivos fueron plenamente informados.

Así comenzó el conflicto con los Prometeos. El Didacta proponía la vigilancia y la investigación—y, en caso de cualquier retorno del Flood, independientemente de cómo se manifestara, un aislamiento sistemático de los mundos infectados y, si fuera necesario, la inmolación. Propuso establecer mundos fortaleza—Mundos Escudo—a través de las porciones de nuestra galaxia dominadas por los Forerunner, para monitorear potenciales brotes y estar preparados para combatirlos con extrema precisión y mínima destrucción.

Otros tenían soluciones más ambiciosas. El Didacta y los Prometeos se enfrentaron contra la facción más extrema de los Constructores, ahora en completo control del Concejo. Esta facción vio tanto una oportunidad para crear armas definitivas contra tal amenaza, como una forma de maximizar y hacer permanente su poder político al mismo tiempo.

Así, mi padre y el Maestro Constructor comenzaron a diseñar una serie de instalaciones, mucho menos numerosas que los Mundos Escudo propuestos—que se convertirían en los Halos.

Al irradiar una poderosa ráfaga de neutrinos supermasivos en fase cruzada, estas instalaciones eran capaces de destruir toda la vida en todo un sistema estelar. Bien sintonizadas y con la energía adecuada, podrían hacer más que eso—podrían matar toda la vida neurológicamente compleja a través de franjas enteras de la galaxia.

La facción extrema ganó. El miedo mandaba en el Consejo, y el Consejo escuchaba. El Didacta perdió su batalla política y se vio obligado a exiliarse.

Durante los siguientes mil años, se construyeron doce de estas instalaciones. Su punto de construcción estaba muy lejos de la galaxia, en una instalación superior conocida como el Arca. Adquirió ese nombre debido a la creciente reacción de influencia que surgía por parte de los Trabajadores de Vida, y en particular de la misma Moldeadora de Vida—la Bibliotecaria.

Insistió en que no tomar medidas contra el uso final de los Halos era una blasfemia contra el Manto. Los Trabajadores de Vida tenían su propio tipo de influencia. Si se retiraban, todos los esfuerzos médicos podrían cesar. El Maestro Constructor vio que ceder a sus demandas era menos costoso que luchar contra ella.

Y así, a la Bibliotecaria se le permitió recolectar especímenes y recrear sus condiciones ecológicas en el Arca mismo—incluso cuando el Arca terminaba y transportaba los

primeros Halos, utilizando una poderosa variedad de tránsito por el desliespacio de puntos seguros llamados portales.

Las instalaciones habían sido dispersadas. El Halo probado en Charum Hakkor había sido disparado a muy baja potencia, actuando como lecho de pruebas. Ese había sido un uso autorizado.

Pero entonces, un segundo Halo había sido usado para castigar a los San'Shyuum. Con horror, me di cuenta de que lo que había presenciado había sido sólo el comienzo—y que los mundos de los San'Shyuum, después de nuestra breve y traumática visita, habían sido reducidos a la espantosa condición de fragilidad biológica que habíamos visto en Faun Hakkor.

El Consejo no había autorizado este uso. El Maestro Constructor había excedido su autoridad. Había sido acusado incluso por sus colegas de blasfemia contra el Manto, y de un crimen contra la naturaleza.

Lo que el Didacta no podía entender—en el momento de mi instrucción—era por qué la Bibliotecaria había escogido este momento para reunir especímenes de los San'Shyuum, corriendo el riesgo de provocar su rebelión—y la ira del Maestro Constructor. Encontré esa respuesta en los registros del Consejo, con la ayuda de mi ancilla expandida y liberada.

Trescientos años antes, el Flood había regresado. Había sido descubierto en formas nuevas e inesperadas en mundos reasentados por los Forerunners después de la guerra.

Estaba atrapado en un nudo retorcido de contradicciones. Enfrentado a la realidad del Flood, no pude evitar pensar que la locura de aquellos que habían fabricado los Halos y los habían desatado podría ser el camino correcto. ¡Un objetivo sólido, un plan sólido! Medidas extremas contra un enemigo extremo. Luchando por la supervivencia contra una amenaza sin forma. Al diablo con el Manto—¡la supervivencia y nuestra forma de vida estaban en juego!

Todo parecía eminentemente racional. Casi empecé a creer que era el Didacta quien estaba loco, y posiblemente estos jóvenes consejeros, y no el Maestro Constructor o mi padre.

Finalmente, en furia y frustración, me despojé de mi armadura, cortando deliberadamente el contacto con la ancilla, que creía que me había fallado o vuelto a desorientar—

Y dormí.

Si yo buscaba paz y seguridad, ese fue mi error. Los recuerdos reales del Didacta—partes de ellos—finalmente florecieron dentro de mí.

La arena estaba equipada con pasarelas—

Vi vívidamente, desde su punto de vista, al Didacta explorando la pasarela alrededor del cilindro intacto y sellado de abajo.

Hace diez mil años.

El Didacta anduvo solo alrededor del casco en forma de cúpula, contemplando si debía o no activar un dispositivo humano... algo pequeño, diseñado para una mano humana y que

encajaba como un juguete en su propia palma: una forma de comunicarse directamente con la criatura dentro de la celda.

Algo fabricado por humanos... atravesando la tecnología de los Precursores. ¿Cómo es posible...?

Muchas preguntas relampagueaban en la mente del Didacta, y con dificultad las separaba de las mías. ¿Era esto en realidad un Precursor, como los humanos habían creído al principio? ¿O era algo fabricado por los Precursores—posiblemente un hermano extraño y distorsionado tanto para los Forerunners como (el Didacta era reacio a considerar esto) para los humanos?

Precursor, hermano o antepasado de... ¿qué?

El Didacta manipuló el dispositivo. El casco sobre el cilindro se hizo transparente a sus ojos, y vio lo que había dentro.

La celda contenía, en suspensión temporal, un genuino monstruo: una criatura grande con una anatomía general similar a la de un humano groseramente deformé, aunque poseía cuatro miembros superiores, dos piernas degeneradas y una cabeza casi indescriptiblemente fea—una cabeza con una forma notablemente parecida a la de un artrópodo antiguo sembrado hace mucho tiempo en varios planetas, presumiblemente por los Precursores, y conocido por algunos como un euríptero. Un escorpión marino.

Ojos ovalados, facetados, inclinados, sobresalían por delante de su "cara" baja y plana. Y desde la parte posterior de la cabeza, una larga cola segmentada descendía por la columna vertebral, terminando en una púa malvada de dos metros de largo.

Un timbre me despertó. Desorientado, tembloroso, inseguro de quién o qué era, miré alrededor de mi cabina, vi mi armadura caer en una esquina y la ancilla de una nave parpadeando rápidamente en otra.

Finalmente habíamos llegado a la capital. Incluso con el largo viaje, no había tenido tiempo suficiente para una integración completa. Sin el Dominio, la integración podría eludirme para siempre, y dentro de mí, siempre sería un revoltijo fragmentado.

Traté de recordar todo lo que había visto. La mayor parte ya se estaba desvaneciendo. Sólo tenía una vaga impresión del cautivo—vaga, pero espantosa.

Claramente, esas preguntas que el Didacta no había resuelto para su propia satisfacción eran más difíciles de aclarar.

Pero el proceso de alguna manera había impulsado una pregunta que ni yo ni mi otra memoria podíamos responder: ¿Por qué me necesitaban si el propio Didacta había sido liberado y reintegrado?

¿Por qué no ir directamente a él?

TREINTA Y CINCO

EL JOVEN CONSEJERO parecía flotar en su lugar en la plataforma de mando, ahora suspendida dentro de una gran esfera, la mitad de la cual también era transparente. Cuando subí por el elevador, vi que estaba en compañía de otros tres, en apariencia muy parecidos a él. Sin duda más jóvenes consejeros. Dos eran varones. Uno era mujer.

Polvo Espléndido me saludó con una de sus sonrisas desconcertantes, y me presentó a los demás. Los nombres de los dos varones no los conservé, mi memoria estaba tan desordenada y desarticulada—pero el nombre de la mujer se me quedó grabado. Claramente era una Guerrera-Sierva por rango, más alta que los demás por unos pocos centímetros, de construcción elegante pero poderosa—y contra todos mis viejos e innatos prejuicios, hizo que mi corazón diera un salto. Su nombre era Gloria de un Amanecer Lejano.

Se reunieron para inspeccionarme. Rodeado de esta nueva clase de Forerunners primera forma, me sentí miserablemente fuera de lugar. Y frente a esta mujer Guerrera, con su mirada fría y aguda que me recorría ligeramente y luego se volvía hacia un lado—me sentí como un tocón distorsionado y retorcido por diversas tormentas en medio de fuertes árboles verdes.

Sin embargo, me trataron con suficiente respeto y observaron con orgullo el acercamiento de la nave del Consejo

a la capital de nuestra civilización. Estábamos a un millón de kilómetros. La majestuosidad debería haber sido abrumadora.

Intenté compartir su orgullo, pero surgió más del Didacta. Había estado aquí antes, hace mil años, para oponerse a los deseos del Maestro Constructor...

Recuerdos desagradables.

La grandeza y el poder a menudo se asocian con la derrota. Así es como se forman las civilizaciones—algunas ideas prosperan, otras mueren. La calidad de las ideas tiene poco que ver con el resultado. Son las personalidades las que importan. Presta atención a los que te rodean.

"Un poco cínico, ¿no es cierto?" Hablé en voz alta. Los consejeros se voltearon hacia mí, todos menos Gloria, cuyos ojos apenas parpadearon. Polvo Espléndido llamó su atención de nuevo hacia la capital misma, y me obligué a ir con esta corriente en particular, por ahora.

Es con dificultad que describo la capital como era entonces, apenas algo parecido a lo que hayas experimentado. Imagina un planeta de cien mil kilómetros de diámetro, rebanado latitudinalmente como una de las frutas favoritas de Riser. Permite que esas rebanadas caigan en paralelo contra un plato. A continuación, las rebanadas son perforadas con un palo a través de sus bordes inferiores alineados, el plato es retirado y las rebanadas son desplegadas en medio círculo. Ahora decora cada rebanada, como un peldaño de escalera redondo, con un conjunto de estructuras casi infinitamente densas, y rodéalas con un enjambre dorado de transportes y centinelas y una docena de otras variedades de patrullas de seguridad, espesos como la niebla...

No hay otro mundo como éste en el universo Forerunner.

Aquí yace el centro del poder Forerunner y el repositorio de los últimos veinte mil años de nuestra historia, albergando la sabiduría y el conocimiento acumulado de trillones de ancillas al servicio de sólo cien mil Forerunners—la mayoría de ellos Constructores de las más altas formas y rangos.

Había demasiadas ancillas para tan pocos líderes físicos, la mayoría en realidad nunca se relacionaban con un Forerunner, y así nunca asumían una forma visible. En vez de eso, realizaban sus operaciones enteramente dentro de la metarquía de ancillas, una red inimaginablemente vasta coordinada por una inteligencia de nivel metarca que respondía en última instancia al consejero principal.

A medida que nos acercábamos a esta magnificencia, un delgado arco plateado se levantaba a la vista por encima y millones de kilómetros más allá del eje sur. Mi sangre se enfrió y mi corazón pareció retumbar hasta detenerse. Lentamente asomándose en una órbita ligeramente en descenso estelar desde la capital, escalonados en perspectiva como la entrada a un túnel, once grandes anillos habían sido dispuestos en órbitas de estacionamiento ordenadas y precisas.

Halos.

El poder combinado de las armas del Maestro Constructor—todas menos una—habían sido movidas a unos pocos millones de kilómetros del centro del poder Forerunner, separadas por un mínimo de distancia y enlazadas entre sí por las curvas más delgadas de luz sólida.

Mi otro yo expresó algo más allá que una alarma—más parecido al horror—y tuve dificultades para sofocar un arrebato. *¡No deberían estar aquí! No se debe permitir que los Halos se acerquen a la sede del gobierno. Hasta el Maestro Constructor prohibió tal cosa. Algo ha salido muy mal...*

Los tres varones de entre los jóvenes consejeros no parecían encontrar los anillos ni siquiera ligeramente perturbadores. Uno de ellos dijo, "Cuando interceptemos y recuperemos el último, quizás entonces nuestros portales volverán a su plena eficiencia. Mover monumentos inútiles como estos supone una carga para todo el espacio-tiempo."

Otro agregó, "Han retrasado nuestro presupuesto de reconciliación varios miles de años."

A la sombra de la perdición misma, sólo piensan en el comercio y los viajes.

Ahora la mujer Guerrera, Gloria, me miró de frente, con los ojos entrecerrados, cautelosa, como si no estuviera segura de quién o qué era yo—pero buscando alguna señal de que yo reconocía su desaprobación de esta escena.

Encontré su mirada, pero no podía decir ni hacer nada. Demasiadas contradicciones internas. Ella miró hacia otro lado, decepcionada, y se dirigió al otro lado del grupo que estaba en la plataforma de mando.

"¿Cuánto tiempo debemos sufrir por la arrogancia del Maestro Constructor?" Polvo Espléndido dijo. Luego se dirigió a mí, utilizando—quizás sin darse cuenta—las formas de hablar que se usan para referirse a los de menor rango. "Las armas del antiguo régimen tienen una belleza real, ¿no es así? Pronto todas

serán reunidas aquí, y se tomará una decisión sobre su desactivación y disposición. Verdaderamente, esta será una nueva era para los Forerunners, una era libre de locura y miedo suicida. Pronto estará a la vista una época de paz y seguridad."

A menos de cinco mil kilómetros de la capital, nuestra nave fue rodeada silenciosamente por los pulsos arco iris que fluyen de los campos sensoriales que controlan y entrelazan la capital, y luego desviada suavemente por redes de ataque de luz sólida. Cientos de pequeñas naves de servicio volaron rápidamente para rodearnos como un enjambre de mosquitos alrededor de una fogata.

Polvo Espléndido felicitó formalmente a la ancilla de la nave y, a su vez, recibió una ficha de registro ceremonial por el viaje—un pequeño disco de oro que llevaba el costo de la reconciliación del fondo del desliespacio.

Pidió transporte inmediato para todos los que estaban en la plataforma de observación hasta una sala de recepción quinientos kilómetros más abajo, en el borde exterior de la mayor de las rebanadas desplegadas en abanico. Escuché las formalidades con rápido y aburrido interés. Algo desagradable se avecinaba, de eso yo estaba seguro—el Didacta dentro de mí estaba seguro. Ya no me importaba distinguir entre los dos.

Juntos, conocíamos al Maestro Constructor mejor que cualquiera de estos jóvenes consejeros: un Forerunner de casi infinita complejidad y recursos mentales, ingenioso con tantos siglos como el propio Didacta, más sabio todavía en los caminos de la política y la tecnología Forerunner.

Polvo Espléndido observó a dos de sus colegas partir hacia su nave de tránsito, los varones charlando alegremente sobre el

viaje que acababan de completar. Él y Gloria de un Amanecer Lejano se quedaron conmigo.

"Te vamos a trasladar a una residencia segura", me dijo el joven consejero. "Se te dará toda la protección que nos corresponde, como consejeros, y tal vez más."

"¿Por qué?" Le pregunté. "No puedo completar mi integración. No soy útil para mí mismo, mucho menos para cualquier otro." No me atrevía a ofrecerle mi evaluación más directa de *su* situación. Precaución, sobre todo. No podía saber quién era realmente amigo o enemigo, embaucador o amo.

Y sentí una gran vergüenza ante la mujer Guerrera.

"Admiro tu fortaleza", él me dijo. "Y tu presencia de mente. Pero de hecho estoy observando cortésmente la petición de la Bibliotecaria, que pronto podrá ser capaz de volver de sus deberes. Cuando ella lo haga, ojalá sepamos por qué eres tan importante y cómo puedes ser útil."

"Ella no debería ni acercarse a este lugar", gruñí.

"Estoy de acuerdo", él dijo. "No todos los que habían apoyado al Maestro Constructor están contentos con la situación actual. Pero la Moldeadora de Vida rara vez escucha la razón—la razón de los Constructores." Le hizo un gesto a Gloria. "Acompaña a Nacido de las Estrellas a sus aposentos, y familiarízalo con su equipo de seguridad."

Ella asintió y cumplió.

TREINTA Y SEIS

MI RESIDENCIA, EN las afueras de la ciudad disco ecuatorial, ostentaba el sello austero, pero sumamente cómodo del Consejo. Mi escolta me instruyó en las funciones de la pequeña cámara, se ocupó de mis necesidades inmediatas, y me aseguró que sería libre de ir y venir una vez que se hubieran tomado todas las precauciones.

"Estoy acostumbrado a estos compromisos", le dije.
"Recuerda, soy un Constructor."

Gloria escuchó con un extraño tipo de deferencia que parecía burlarse de mí, pero sin faltarme al respeto. Mi otra memoria miró esto con una extraña emoción juvenil. No podía imaginarme que el Didacta hubiera sido alguna vez joven, o que sintiera tal emoción en presencia de una mujer de su clase.

Nuestra clase.

"Nunca debes quitarte la armadura en las cámaras", dijo Gloria. "Los testigos del Consejo gozan de los más altos niveles de protección, que requieren una armadura en todo momento. Tales medidas pueden ser modificadas después del juicio."

"¿Y el juicio está programado para cuándo?" Le pregunté.

"Dentro de diez días domésticos. El acusado ha estado bajo custodia del Consejo durante una pentada—la quinta parte de un año doméstico."

Desde poco después del incidente en el sistema de los San'Shyuum. La sabiduría del Didacta dentro de mí no hizo ningún comentario.

Gloria y su equipo de seguridad se retiraron. Me sentí ignorado, sin una buena razón—ella se había ido sin una mirada retrospectiva ni ninguna otra señal.

¿Qué es lo que esperabas? Ella es honorable.

Estudié mis dominios. Las paredes podían derretirse a capricho y mostrar cualquier número de ambientes—bellos ambientes artificiales en su mayoría, creados por antiguos maestros.

No me importaba nada de eso. Estaba a solas con mi armadura y mi ancilla, y sin duda una variedad de entretenimientos moralmente aceptables, muy educados y formalistas, aunque—una vez más, como siempre ahora—no estaba solo en mis pensamientos.

Hice un diagnóstico innecesario a mi armadura, no encontré ningún problema, y luego intenté brevemente determinar el estado del Dominio. Como me habían informado, todavía no era accesible. Mi ancilla expresó pesar y consternación por esta situación. "El Dominio es esencial para un evento como un juicio político importante", ella dijo, su color se tiñó a un decepcionado púrpura. "Los jueces evalúan los precedentes a través del Dominio, y a través del Dominio, los testigos y su testimonio pueden estar sujetos a verificación..."

"Me alegro de que no sea culpa mía", le dije.

"No. Pero esa sería una explicación más tranquilizadora. Quizás pueda encontrar pistas en los bancos de conocimiento

físico del Consejo. Al menos se nos ha garantizado el acceso a ellos. En cuanto a tu propia integración, creo que deberías permitirte dormir. Tus sueños pueden ser útiles."

"¿Acaso el Dominio es cómo soñar?"

"En realidad no. Pero algunos han teorizado que los sueños de los antiguos Forerunners han accedido al terreno que soporta el Dominio."

Me estremecí. "Los Forerunners parecen arreglárselas bastante bien sin dejar nunca su armadura. Sin dormir, sin soñar."

"Algunos dirían que esta práctica no es óptima, que los individuos pierden flexibilidad."

O bien ella estaba probando mi paciencia o tratando de obtener una respuesta. Ninguna de las mujeres que me rodeaban—ni siquiera este simulacro—me proporcionaba ningún tipo de facilidad o consuelo. Recordé el comentario de Riser sobre la mujer azul. "Y algunos dicen que ponemos una excesiva confianza en las ancillas para que controlen nuestros estados mentales, nuestros asuntos internos personales—¿cierto?"

"Sí", ella estuvo de acuerdo. "Algunos dicen eso. Espero que no estés de acuerdo."

"El desliespacio está sobrecargado con tránsito", le dije. "El Dominio no es accesible. Nuestros más altos oficiales están encerrados en luchas de poder, exiliados, escondidos o confinados para juicio. No soy quien una vez fui. Mi familia sufre por mis acciones, y todo lo que siempre quise saber o hacer ha resultado ser horriblemente complicado."

"Por eso, debo asumir una parte de la culpa."

"Yo diría lo mismo, sí. Y la Bibliotecaria debe compartirla contigo. Veo su marca en todos estos eventos... ¿tú no?"

"¿Alguna vez negué su influencia?"

La sabiduría del Didacta se despertó ante esto—pude sentir su interés—pero por el momento no contribuyó.

"¿Pero con qué fin?" Le pregunté. "¿Por qué promover la creación de una tergiversación como la mía—y por qué dar a los humanos un *geas* profundamente enterrado? ¿De qué les sirvió eso? Sin duda están muertos, y todos sus antiguos recuerdos con ellos. Eres tan víctima como yo. Y no es probable que una víctima sea de mucha utilidad para otra víctima."

"Soy un constructo artificial. No puedo ser una víctima. No tengo presencia en el aura del Manto."

"Qué humildad."

La figura en el fondo de mis pensamientos pulsó con algo así como indignación, y luego se retiró de mi punto de vista interno. "Haré mis pobres investigaciones lo mejor que pueda", dijo ella. "La humildad será mi consigna."

Por supuesto, podía convocarla cuando quisiera, pero no sentía esa necesidad por ahora. En contra de las instrucciones, me quité la armadura y me senté con las piernas cruzadas en el suelo, como había observado al Didacta hacer en Erde-Tyrene y en su nave, eso pareció que fue hace mucho tiempo. Quería observar de cerca todo lo que poseía naturalmente, todos mis estados internos.

¿Haces esto instintivamente, primera forma?

Traté de ignorar eso. Me haría cargo de mis propios pensamientos, los reestructuraría si fuera posible...

Reformarme, crear mi propia disciplina interna sin el Didacta, sin la ancilla, sin el apoyo de familia y forma, y por supuesto, sin acceder al Dominio. Una tarea imposible.

No tan imposible. Es lo que todo guerrero hace al amanecer antes de la batalla. La fuerza en el conflicto no surge de las sutilezas y nunca lo ha hecho. ¿Lo sientes—esa batalla está a punto de comenzar?

"Por favor, mantente callado."

De acuerdo. Este es tu momento, primera forma.

"Sin tu guía."

Por supuesto.

"Estoy tan contento de tener tu permiso."

No te preocupes. De hecho, no pienses nada.

Eso fue increíblemente difícil.

De alguna manera, horas más tarde, emergí de una blancura como un pez que sale volando de un estanque profundo. Casi podía verme retorciéndome en el aire, rociando gotas brillantes—

Y entonces yo era simplemente una primera forma de ninguna distinción en particular, sentado a solas en una cámara mínimamente cómoda.

Pero yo lo había hecho. No había pensado en nada y había mantenido ese estado durante mucho tiempo. Me permití un pequeño rictus—todo lo que pude conseguir—y luego me levanté para ponerme mi armadura. Me sentía mucho menos desafiante ahora de lo que me sentía horas antes. No obediente—sólo en paz y listo para lo que pudiera venir.

Mi ancilla regresó y parpadeó advirtiéndome. Me estaban llamando. La puerta de mi habitación se abrió y apareció una de las ancillas ciclópeas encarnadas, armadas, conocidas como monitores, flanqueada por dos guardias de la seguridad Constructora. Ambos eran hombres. Tampoco eran Guerreros-Siervos.

"El Consejo solicita tu presencia", me dijo uno.

"Estoy listo", le dije.

"Ofrecemos el servicio de revisar su apariencia", dijo el otro guardia.

"No es necesario", le contesté.

"De hecho, pareces tener experiencia en estos asuntos. Tu armadura se ajusta a la moda apropiada para el interrogatorio del Consejo. Tu porte es fuerte y respetuoso."

"Gracias. Acabemos con esto de una vez."

Me acompañaron a través del elevador y el pasillo hasta el centro de tránsito del Consejo, en el borde del disco ecuatorial, y allí hasta el transbordador del consejero más cercano. Cuatro monitores más se unieron a nosotros—fuerza innecesaria, pensé. Aquí, en el corazón del poder del Consejo, parecía poco probable que yo necesitara tanta protección.

La sabiduría del Didacta no estaba de acuerdo.

Y también noté, adyacente a nuestro transbordador, que docenas de pequeñas cápsulas espaciales de clase Falco estaban siendo alineadas fuera del gradiente de gravedad del disco ecuatorial, cerca de una estación elevadora dedicada al uso del Consejo. Me pregunté sobre eso. Las Falcos se utilizaban generalmente en la evacuación de transportes interplanetarios.

El viaje hasta el nivel de los juzgados centrales duró sólo unos momentos. A través del capó transparente del transbordador, observamos cómo cientos de otros transbordadores llegaban con gracia y dignidad coreografiadas, llevando al quórum requerido de quinientos consejeros de alrededor de la ecumene. Me preguntaba cuántos de ellos eran primeras formas de las nuevas funciones.

No es asunto nuestro.

Me preguntaba por qué no.

No habrá juicio. Pronto, puede que no haya Consejo ni capital.

Eso era todo lo que la sabiduría del Didacta pensaba que era conveniente transmitir—lo suficientemente alarmante. Una vez más, destellé sobre los once Halos en sus órbitas de estacionamiento: anillos plateados imposiblemente delgados y perfectamente circulares que destellaban al sol. El enrevesado entramado de acontecimientos estaba lejos de ser seguro. No había nada que pudiera hacer por el momento más que seguir adelante.

Polvo Espléndido y cinco de sus ayudantes, todos primeras formas, todos sonrientes y orgullosos, se unieron a nuestra falange de ancillas armadas y seguridad Constructora. "Un gran

"momento está llegando", me dijo el joven consejero mientras seguíamos un amplio pasillo equipado con esculturas altas y giratorias de cristal de ingeniería cuántica. Pronto, las paredes mismas estuvieron decoradas con patrones regulares del mismo tipo de cristal. Polvo Espléndido explicó con orgullo que se trataba de escamas desliespaciales gastadas... varios millones de ellas. Verdaderamente, la ecúmene era antigua y poderosa. De verdad, eso nunca cambiaría—yo esperaba.

Luego nos encontramos con el gran anfiteatro del Concejo, un cuenco flotante conectado con el resto de la estructura principal de la capital por puentes ricamente decorados y transbordadores ornamentales atracados ("Esos son poco usados ahora", explicó el joven consejero), junto con tubos de elevación en forma de arco diseñados para depositar a los más altos consejeros directamente en el anfiteatro sin la indignidad de mezclarse con sus compañeros.

Adornado y decorado, en efecto. Polvo Espléndido se unió a un grupo de sus compañeros consejeros y habló con ellos mientras nuestros escoltas localizaban nuestros palcos y asientos, donde más cómoda y prominentemente podríamos esperar nuestra citación.

La pompa triunfa sobre la seguridad.

Levanté la vista hacia las filas y observé lo pequeño que era el anfiteatro para representar el gobierno de la ecúmene. Tres millones de mundos fértiles—pero sólo quinientos asientos y quizás cien palcos. Cuatro plataformas de habla en los cuatro puntos cardinales del anfiteatro. Todo notablemente simple comparado con el mundo capital en sí.

La cúpula de cobertura se dividió en cuatro partes y se retiró. Grandes esferas de exhibición aparecieron en su lugar, brillando con representaciones de los doce grandes sistemas de los primeros Forerunners, cada una de los cuales llevaba una epístola sagrada única del credo y la oración del Manto.

El joven consejero se acercó y me dijo, "Ahora nos sepáramos. Serás examinado y preparado para tu llamada. Otros tres testigos serán inducidos a declarar ante el tribunal."

"¿El Didacta?"

"Sus deberes lo han llevado a otro lugar. Testificarás en su lugar."

"¿Es eso apropiado? No tengo su presencia y experiencia—"

"Viste lo que él vio, con respecto a estos procedimientos. Y tienes su impresión."

No estaba seguro de cómo me sentía al respecto. ¿Quedaría algo de Nacido de las Estrellas cuando esto terminara? Entonces pensé en los humanos. Tal vez pronto sabría si todavía estaban vivos—pero sólo si sus destinos les importaran a estos poderosos Forerunners.

Poco probable.

El anfiteatro se llenó rápida y silenciosamente. Nadie habló cuando la corte se dispuso. Desde el centro del anfiteatro se alzaba la plataforma que albergaría a los seis jueces, rodeada por un círculo de monitores ciclópeos, y el rango inferior de la seguridad del Consejo, de armadura oscura.

Entre ellos, no tardé en darme cuenta, había cuatro Guerreros-Siervos—incluyendo a Gloria de un Amanecer Lejano.

La plataforma ascendió a una altura de cincuenta metros, revelando centinelas negros relucientes y fuertemente armados que rodeaban sus grandes pistones inferiores. Le pregunté a mi ancilla si esa protección era tradicional. "No", dijo ella. "Escucha atentamente la sabiduría del Didacta."

"¿Está aquí la Bibliotecaria?"

"Ella no fue invitada."

"¿Está con el Didacta?"

"No se han visto en mil años."

Esa no fue una respuesta, pero sabía que no podía preguntar lo que no podía saberse. Demasiados secretos, demasiado poder, demasiados privilegios—de repente sentí esa fría repugnancia tan familiar en mis días de Manipular, cuando temía volverme así. Cuando temía ser *responsable*.

Los asistentes y ayudantes despejaron el anfiteatro principal para encontrar sus lugares en las gradas exteriores. Muy pronto estaba sentado solo en mi palco—a solas, pero flanqueado por dos monitores, sus ojos sensoriales de color rojo brillante. Me preguntaba si todos estos monitores eran esenciales para los procedimientos.

"No lo son", dijo mi ancilla resentida. "Soy totalmente competente." Luego se oscureció y se encogió hasta el fondo de mis pensamientos, como si estas inteligencias artificiales armadas la abrumaran con su presencia y poder.

Intenté calmar toda curiosidad, todas las expectativas, todas las preocupaciones. *No pienses nada.*

Fracasé.

El anfiteatro permaneció en silencio mientras una segunda plataforma pasaba a través de una compuerta en el otro lado del cuenco. Aquí estaba el acusado, aparentemente—el propio Maestro Constructor—cubierto por el momento tras unas cortinas verdes iridiscentes, preservando el decoro por no decir toda la dignidad. De hecho, esperaba con ansias presenciar la incomodidad del Maestro Constructor cuando esas cortinas se desvanecieran y se alejaran. Abyecto. Humillado.

Las ceremonias de inducción y juramento fueron breves. Un monitor de nivel metarca se elevó desde el suelo del anfiteatro, su único sensor de color azul zafiro. Cuando subió al nivel de la plataforma que soportaba al Maestro Constructor, aún oculto tras las cortinas, se fijó en su sitio, y una breve serie de notas sonoras se extendieron hacia afuera en dulces y plateadas olas.

El Primer Observador de la Corte—el mismo consejero que me había acompañado desde el mundo de mi familia—levantó el brazo. "El Consejo reconoce la autoridad del Cuerpo de Constructores y Guerreros Siervos del Tribunal de la Capital en el asunto de las múltiples acusaciones contra el Constructor conocido como Faber, una vez titulado Maestro Constructor. Todos los hacedores de Ley designados se sientan ahora en un juicio ordenado y considerado. Los testigos han sido reunidos. Téngase en cuenta que el acusado aún no ha reconocido formalmente al Consejo y estas actuaciones."

Un murmullo de desaprobación. Una vez más, el silencio cayó sobre el anfiteatro. Luego, desde detrás de la cortina verde,

un monitor mucho más pequeño flotó hasta su lugar designado. Parecía más antiguo que cualquiera de las estructuras que nos rodean—quizás más antiguo que el propio mundo capital, lo que lo habría hecho tener más de veinticinco mil años de antigüedad. Su ojo resplandecía de un verde vegetal opaco. Había oído hablar de esta ancilla encarnada, por supuesto—todos los Forerunners lo habían hecho. El simple hecho de pensar que estaba dentro del alcance de ese fabuloso ojo sensor envió una onda de expectativa y reverencia a través de mi cuerpo.

Este era el Guardián, tanto el guardián de la prisión como el guardián de la misericordia, pues cada Forerunner acusado espera que quienes lo encierran también sean los que, con el tiempo, lo defiendan y quizás lo liberen. Tal es la ley antigua, que tiene como fundamento el Manto mismo.

La cortina verde se apartó. Me decepcionó la simple dignidad de todo esto—ni humilde, ni figura inclinada, ni cadenas, ni cánticos de desaprobación—pero, por supuesto, eso último habría sido impensable.

Faber se puso de pie dentro de un campo de confinamiento, quieto como una estatua, sólo sus ojos moviéndose mientras observaba el anfiteatro, a los miembros del Consejo—y a sus jueces. La elegante cabeza gris y azul con su fleco de pelo blanco parecía poco alterada. La adversidad—tal adversidad como la que él había enfrentado—lo había dejado indoblegable.

A su vez, el Consejo examinó en silencio el objeto de sus deliberaciones.

Los ojos de Faber continuaron su lento barrido, como buscando a alguien en particular. La mirada firme finalmente se

centró en mí. Su reconocimiento era obvio, aunque no movió ni un músculo. Me observó un momento desde el otro lado del anfiteatro, y luego se apartó para esperar el juramento del panel de seis jueces.

De los jueces, dos eran Constructores, uno un Minero, uno un Trabajador de Vida—un varón, el primer Trabajador de Vida que había visto desde que era niño—y dos eran Guerreros-Siervos. Estos estaban vestidos con la armadura de seguridad.

Así estaban representados todos los rangos, excepto por los Ingenieros, por supuesto.

El Guardián disolvió el campo alrededor del Maestro Constructor—Faber, me corregí.

No es necesario. No ha perdido nada de su poder.

El Consejo mantuvo su postura. El Primer Observador bajó el brazo y comenzó a hablar. "Ha sido política de algunos altos Constructores, incluyendo al anterior Consejo, llevar a cabo sus planes sin informar plenamente a todos los Forerunners. Es política del nuevo Consejo que ningún Forerunner permanezca ignorante del peligro al que nos enfrentamos, y al que nos hemos enfrentado durante trescientos años... de un ataque desde fuera de los límites de nuestra galaxia, penetrando a través de los confines exteriores del brazo en espiral que contiene nuestro glorioso cúmulo de Orión. De las soluciones que han sido diseñadas e implementadas, y ahora son llamadas a revisión. De la situación estratégica actual, y cómo debe cambiar a medida que nos adaptamos a las nuevas amenazas. Porque el corazón de cualquier acusación contra Faber debe ser que buscó el poder a través del engaño, y manipuló las

emociones de Forerunners clave para impulsar un esquema en contravención directa del Manto mismo."

El Maestro Constructor—por lo que mi otra memoria insistía en seguir pensando al respecto—volvió su mirada para encontrarse con la mía, e hizo un mero asentimiento, como si fuera una invitación.

Pronto, joven Forerunner. Él no puede llevar a cabo sus planes sin ti.

Los procedimientos continuaron con una letanía deshuesada de observancias y purificaciones rituales. Los varios monitores fueron rotados alrededor de la corte y juramentados formalmente por el Primer Observador—absolutamente innecesario, yo sabía, ya que ninguna ancilla había traicionado jamás las instrucciones o la lealtad a los Forerunners.

Parecía que las horas pasaban.

En lo que yo esperaba que fuera el final de este procedimiento interminable, un pequeño murmullo se levantó de nuevo de los asientos del Consejo. Los monitores armados que habían regresado a sus lugares a mi lado rotaron como si estuvieran buscando algo.

Sus sensores parecieron oscurecerse. Sus movimientos se ralentizaron.

Luego, como uno solo, todos se iluminaron y volvieron a la normalidad. Por un momento, nada parecía estar mal; todo estaba como antes. Pero finalmente vi la anomalía atrayendo la atención y los comentarios de los consejeros y jueces.

Un pequeño punto verde de luz maniobró hasta que flotaba como una improbable luciérnaga justo debajo de las esferas de exhibición. Al principio, pensé que debía ser parte del ritual, pero nadie más parecía compartir esa opinión.

Ahora el punto verde se iluminó, cruzó el centro del anfiteatro, y flotó ante el Maestro Constructor, que parecía perplejo. Casi inmediatamente, sus ojos se agrandaron en alarma y levantó las manos como para defenderse, antes de volver a controlar su cuerpo y su expresión. Sin embargo, sus ojos continuaron siguiendo el punto que se movía. Me preguntaba qué podría causar tal preocupación en el Maestro Constructor.

Nuestro hijo bastardo, suyo y mío.

El punto se intensificó y expandió. Intenté acceder a mi ancilla para determinar qué podría ser. Ella apareció, pero inmovilizada en una posición incómoda, los brazos en alto—congelados en una actitud de advertencia. Luego se apagó completamente, y mi armadura se paralizó. No me liberaría por mucho que luchara.

Por el momento, no había nada más que hacer que pararse como una estatua.

El anfiteatro estaba lleno de consejeros, jueces y fiscales—también congelados. Uno a uno, los monitores y todos los centinelas y otras unidades de seguridad comenzaron a vacilar, sus sensores parpadeando. Al unísono, cayeron, golpeando las paredes y los palcos, rebotando, aterrizando y rodando por el suelo, inertes—indefensos—muertos.

En el centro de la cámara, el punto verde brillante resplandecía constantemente.

Yo no podía darme la vuelta.

Con un escalofrío convulsivo, mi armadura comenzó a moverse en contra de mi voluntad, dándome la vuelta. La puerta del pasillo detrás del palco se abrió. Mi armadura me llevó a través. Todo lo que había más allá estaba oscuro. Parecía como si todas las cámaras del Consejo estuvieran sin energía. Durante los siguientes minutos, sentí que mis miembros marchaban por los negros pasillos. Sentí un movimiento hacia adelante y hacia los lados, pero no vi nada. En ocasiones podía determinar el tamaño de un espacio en el que estaba por el eco de mis pies.

Luego me frenaron bruscamente. La luz verde parpadeó ante mí, girando, pareció acercarse. Mi ancilla reapareció en el fondo de mis pensamientos, pero esta vez era de un verde espantoso, su cara lisa—sin rasgos en absoluto—y sus brazos y piernas habían sido reducidos a trazos rápidos como si fueran obra de un artista joven y torpe.

"¿Qué es esto?" Le pregunté. "¿Adónde vamos?"

La figura verde rotó, y luego señaló a mi izquierda. Moví los ojos. Un destello de luz apareció—una escotilla que conducía, vi, a la sala de los cristales desliespaciales. A través de ese resplandor, un resplandor más brillante y concentrado.

Fue una protesta inútil. La sabiduría del Didacta no dijo nada. No era necesario. Estaba siendo guiado involuntariamente hacia un destino que no tenía nada que ver con ser testigo del Consejo. Es probable que todo eso haya terminado.

Más monitores aparecieron a la vista. Se agrupaban en el lado opuesto de la sala, girando unos en torno a otros como bolas en la mano invisible de un mago. Entonces una nueva y resonante voz habló dentro de mi armadura, carente de todo género o incluso de carácter.

"He fatigado al Dominio, pero no estoy completo. Necesito servicio. ¿Eres de servicio?"

"Yo ni siquiera sé lo que eres", le dije.

"Necesito servicio."

Sentí una presión casi física y tuve que resistir que mis pensamientos, mi mente, fueran absorbidos por esta forma verde imprecisa. Había visto este tipo de hambre antes—pero nunca tan abrumadora y exigente: el hambre de conocimiento de una ancilla. Una ancilla tremadamente poderosa, sin amo aparente.

"¿Estás aquí en la capital?" Le pregunté.

"Yo protejo a todos. Necesito servicio."

"¿Por qué vienes a mí? La metarquía puede servirte. Seguramente—"

"Soy Contendiente. Estoy por encima de la metarquía. Mis diseñadores construyeron un control latente de todos los sistemas de la capital, en caso de emergencia. Ha aflorado."

La sabiduría del Didacta, silenciosa hasta ahora, de repente tomó el control de mi discurso, de mis pensamientos, y me hizo a un lado.

"*Mendicant Bias*", me oí decir. "Mendigo tras el conocimiento. Ese es el nombre que te di la última vez que nos vimos. ¿Reconoces ese nombre?"

"Reconozco ese nombre", contestó la imprecisa ancilla verde. Entonces la figura se movió desde el fondo de mis pensamientos y pareció pasar directamente a través de mi frente—tomando forma como una figura proyectada directamente frente a mí.

"¿Reconoces al que te nombró?"

La imagen verde destelló brevemente. "Tú no eres ese. Ningún otro conoce ese nombre."

"¿Quieres que te guíe a un servicio posterior?" En ese momento, no tenía idea de quién estaba hablando, o con qué propósito.

"Requiero más información. El Dominio es insuficiente."

"Libera esta armadura y prepara un camino. ¿Sabes dónde reside el Maestro Constructor?"

"El Maestro Constructor me dio mi conjunto final de órdenes."

"Pero yo soy el que conoce tu nombre elegido, tu verdadero nombre, y el que ordenó tu construcción."

"Eso es así."

"Entonces soy tu cliente y amo. Libérame."

"Tengo un nuevo amo. Eres peligroso para mi nuevo amo."

"Sé tú verdadero nombre. Puedo revocar tu llave y apagarte."

"Eso ya no es posible. Estoy más allá de la metarquía."

El Didacta dentro de mí habló repentinamente una serie de palabras y números. La ancilla verde vaciló como una llama ante un viento fuerte. Símbolos aparecieron en el espacio detrás de mis pensamientos, arremolinándose como una nube de pájaros, combinándose, emparejándose, y luego cayendo en ordenadas columnas a medida que, uno por uno, eran expresados los símbolos hablados y numéricos de la clave secreta de la ancilla. En ese momento, yo no era más que un pasajero en mi propio cuerpo, controlado desde fuera por la armadura secuestrada, y desde dentro por la sabiduría del Didacta.

La lucha terminó de repente. La ancilla verde desapareció. Mi armadura se desbloqueó.

¡Corre!

Corré tan rápido como la armadura me lo permitía—de hecho, muy rápido, a través de un lento laberinto de monitores y centinelas en recuperación, a través de la plaza que rodeaba el hemisferio del anfiteatro—hacia un amplio saliente que miraba hacia el borde del disco ecuatorial—donde fui interceptado por un guardia, que me hizo girar hacia un campo de restricción.

Por un momento pensé que estaba de vuelta en manos de las tropas del Maestro Constructor, hasta que vi la cara de Gloria de un Amanecer Lejano, y noté que, en su otro lado, ella también arrastraba al Primer Consejero, al Primer Observador de la Corte—al propio Polvo Espléndido—en otro campo.

Nuestro viaje a través de la plaza terminó cuando, con un salto repentino, la mujer Guerrera-Sierva nos impulsó a través del debilitado campo de amortiguación—que arrojó un resplandor chispeante a nuestro alrededor—y más allá del gradiente gravitatorio, hacia el espacio vacío, sin nada que detuviera nuestra caída durante al menos cien kilómetros.

TREINTA Y SIETE

MIENTRAS CAÍA, MI ancilla azul recuperó definición y control. "Disculpas", dijo ella. "Ya no estoy conectada a la metarquía ni a ninguna otra red. No puedo servirte completamente—"

"Eso no importa", le dije. "Encuentra algo donde agarrarme."

"Eso ya ha sido arreglado."

Me balanceé y me tropecé con el campo donde estaba el Primer Consejero. Nuestros campos se fusionaron con una presión chispeante distintiva. También con nosotros en el campo—la propia Gloria, acurrucándose como si esperara un impacto inminente.

Una cápsula de rescate de clase Falco se deslizó desde mi izquierda, coincidió con nuestro descenso, y abrió una escotilla. Las agarraderas nos alcanzaron y nos atraparon, y luego nos arrastraron torpemente hacia adentro.

El interior de la Falco se reorganizó para acomodar a tres pasajeros y amortiguar la aceleración. Aun así, incluso con mi armadura, me sentí mal cuando la pequeña nave giró—y luego se puso en modo de evacuación completa.

En pocos minutos, estábamos lejos del disco, de todo el arreglo de rebanadas—lejos del planeta mismo, siguiendo una órbita oblonga para observar desde mil kilómetros de distancia en el espacio.

Toda la disposición de los discos de la capital parecía realinearse lenta y dolorosamente hacia la esfera original. *La capital está bajo asedio*, dijo el Didacta dentro de mí.

"¿Qué es Mendicant Bias?" pregunté, mientras observaba de cerca nuestro paso a través de una lenta y majestuosa lluvia de centinelas, monitores y naves deshabilitadas sin control—la cercana frontera de la protección deshabilitada del planeta.

Es mejor preguntar adónde vamos.

Gloria se levantó de un tirón, y luego arrastró al Primer Consejero, que parecía aturdido. Apiñados como estábamos, esperaba que no estuviéramos en esto por mucho tiempo—esperaba que pronto hubiera otras disposiciones.

Sin embargo, no podía ver a ninguna otra Falco—ni a ningún otro prófugo de lo que fuera el caos que había enredado a la capital. "Muy bien", les dije, "¿adónde vamos?"

"¿Me estás preguntando a *mí*?" dijo Polvo Espléndido, su cara púrpura de consternación. "No tengo ni idea de lo que acaba de pasar."

"La metarquía ha sido desactivada", dijo Gloria de un Amanecer Lejano. "Todo el control ha sido transferido a una autoridad externa. Mis comandantes me ordenaron rescatar al menos a dos de los consejeros."

Polvo Espléndido miró entre nosotros.

"Parece que en vez de eso te he rescatado", ella me dijo, inexpresiva.

Ahora estábamos en una posición para ver de nuevo los grandes anillos de las instalaciones en órbita. Ya no estaban

dispuestas linealmente, sino que se habían extendido en un pentágono y un hexágono—junto con otro anillo periférico, moviéndose lentamente para unirse con el pentágono. Parecía que después de cuarenta y tres años, el Halo pródigo había regresado.

¿Llevando qué locura? ¿Al propio cautivo? Una exageración más allá de toda razón. Esto es totalmente inútil—¿cuál es su objetivo?

"¿El objetivo de quién? ¿Cuál es el objetivo?"

Los otros me miraron fijamente. Estaba balbuceando para mí mismo.

Mendicant Bias. Un clase Contendiente, el primero de su clase. Está tan por encima de la mayoría de las ancillas como los sistemas de nivel metarca se elevan por encima de nuestros componentes personales.

Los ejes de cinco de las instalaciones apuntaban ahora directamente hacia el mundo capital. Uno por uno, los Halos reorientados fueron formando radios delgados de luz sólida.

"¿Qué sabes sobre Mendicant Bias?" Le pregunté al Primer Consejero.

"Diseñado para coordinar el control de algunas de las instalaciones", él dijo. "También dado el poder, en emergencias, de coordinar la respuesta de toda la galaxia ante un ataque."

"¿Quién autorizó esto?"

"El antiguo Consejo—con la contribución del Maestro Constructor."

"¿Mendicant Bias realizó la prueba en Charum Hakkor?"

"Sí."

El Didacta dentro de mí se quedó atónito en silencio.

Las defensas del mundo capital se fueron liberando lentamente de su paralización total. Cruceros de ataque rápido y otras embarcaciones estaban reasumiendo sus formaciones en órbita baja. En la superficie de la nueva esfera de la capital había campos defensivos, como banderas fantasmagóricas, cuyos bordes se entrelazaban para completar un denso escudo—eficaz contra naves enemigas, pero inútil contra cualquier Halo. Y muy probablemente terminaríamos atrapados en uno de esos campos.

Mi ancilla, para mi sorpresa, emitió un código y tomó el control de la Falco, luego guió nuestra nave lejos de los campos en despliegue, arriba y lejos de las formaciones de naves de batalla—y hacia los Halos mismos.

No nos estaban siguiendo.

"No habrá persecución", dijo mi ancilla. "Estamos protegidos por el privilegio de la Bibliotecaria."

"¿Incluso en una emergencia?"

"No todos los protocolos han sido anulados. Sin embargo, el Contendiente ha causado considerable confusión en la metarquía. Ese era aparentemente su plan."

"¿Tenemos algún tipo de plan?" Le pregunté.

"Estamos buscando una ruta de escape", contestó la ancilla. "Aparentemente nuestro deber aquí ha terminado. Hay una

entrada especial para consejeros en el portal dedicado al sistema de la capital. Si la configuración no ha sido cambiada, responderá a la llave de la Bibliotecaria y se abrirá para nosotros."

"¿Y si este Mendicant Bias ha revuelto todas las llaves?"

Pero yo lo sabía mejor que nadie. Había respondido a los números del Didacta.

"No contesto preguntas desalentadoras", dijo mi ancilla. "Mis recursos son limitados. Apreciaría un poco de optimismo."

Eso me hizo callar por un momento, pero mi mente seguía corriendo.

El Primer Consejero y la Guerrera-Sierva me observaron de cerca. Gloria de un Amanecer Lejano se acercó al consejero y le dijo, "No puedo controlar la Falco. Su ancilla parece estar dirigiendo nuestros movimientos."

"¿La ancilla de Nacido de las Estrellas?" dijo el consejero.

"A tus órdenes, intentaré someterlo", dijo la Guerrera-Sierva.

"¿Cómo? Apenas podemos movernos aquí dentro."

"He sido entrenada—"

"¡*Idiota!*!" aulló el consejero, su miedo finalmente se desató. A ambos nos sorprendió que una primera forma tan iluminada eligiera una antigua palabra Constructora usada para poner a rangos inferiores en su lugar. "¡Él tiene la impresión del Didacta! ¡Él tiene diez mil años ante tus veinte!"

Ella retrocedió unos centímetros, y me miró sobriamente desde debajo de la curva de su casco. "No lo sabía", dijo ella.

Los Halos se estaban acercando. A nuestra velocidad actual, la nave podría llegar a su vecindad en media hora—a menos, por supuesto, que mi ancilla supiera de lo que estaba hablando, y que hubiera un portal en algún lugar por aquí también.

Cada Halo tenía unos treinta mil kilómetros de diámetro, una esbelta cinta envuelta en un círculo perfecto, la superficie exterior adquiriendo detalles a medida que nos acercábamos y mientras la luz del sol se inclinaba para crear sombras más profundas. El interior de la cinta más cercana estaba extrañamente moteado, en parte verde, en parte azul—pero sobre todo de plata azulada. Además, ahora podía ver olas de luz sólida ondulando alrededor de la superficie interna, ocasionalmente disparando puntas delgadas hacia el eje—luego retirándolas, como si tratara sin éxito de hacer girar los radios de una vasta rueda.

Cualquiera que sea su exaltado estado, Mendicant Bias todavía no puede controlar a todos los Halos. Este se resiste a la preparación para disparar.

"¿Qué haría la Bibliotecaria con su propio portal?" pregunté.

"No es sólo para su uso", contestó mi ancilla. "El portal también se puede desplazar para entregar grandes construcciones."

"¿Halos?"

"Los Halos y el trabajo de la Moldeadora de Vida son parte del mismo contrato. La Moldeadora de Vida usa el portal para

conectarse con los muchos mundos donde ella está reuniendo sus especímenes."

"Como Erde-Tyrene."

"Desde mi última actualización ya no hay portales abiertos hacia Erde-Tyrene."

"¿Cómo puedes saber eso?"

"Los especímenes fueron recolectados en Erde-Tyrene décadas antes de que fueras allí."

El Didacta en el interior estaba extrañamente indiferente—quizás reflexionando sobre el extraño comportamiento de Mendicant Bias, o la confabulación de la Bibliotecaria con el Maestro Constructor.

"¿Ningún consejo de mi otra sabiduría?" Le pregunté en voz alta.

Es por respeto. Puede que estemos presenciando el fin del gobierno Forerunner.

"¡No puedo soportarlo! No soporto ser ignorante, prisionero—andar por la galaxia de un lado a otro, hospedando a un Prometeo que no comparte ni la *mitad* de lo que sabe... Riser y Chakas serían mejor compañía. Al menos entenderían mi frustración."

Más silencio. Todos estábamos muy concentrados en el Halo más cercano, ahora a menos de un millón de kilómetros de distancia. "¿Qué son esos radios de luz?" Le pregunté.

La instalación parece ajustarse a las fuerzas de mareas por su proximidad al mundo capital. La posición no es óptima para

una estructura grande. También el transporte a través de un portal puede aumentar la tensión.

"No se está preparando para disparar, ¿verdad?"

Las fuerzas de defensa no esperarán para averiguarlo. Con la metarquía de la capital fuera de acción, el mando ahora se divide en escuadrones individuales. Cada uno tiene instrucciones específicas sobre cómo lidiar con ataques potenciales.

"Ahí está el portal", dijo mi ancilla, y suavemente empujó mi mirada hacia una red plateada, de pulso lento, como un tremendo encaje que constantemente estaba creciendo y superponiendo curvas y líneas de luz sólida. Dentro del entramado, fosas de oscuridad atravesadas por el violeta mantenían un ciclo rotativo de crecimiento y disminución. Nuestros sensores indicaron que el entramado estaba más cerca de nosotros que el Halo—alrededor de un millón de kilómetros.

Había visto portales antes, pero ninguno tan grande y poderoso, tan adornado, tan lleno de oportunidades. Cada uno de esos agujeros violetas podía abrirse hacia un lugar diferente de nuestra galaxia. "¿Allí es donde vamos?" Le pregunté.

Antes de que mi pregunta pudiera ser contestada, vi tres de los pozos de oscuridad fluir juntos hacia el centro del entramado. Toda la red resplandeció, y a través de los agujeros combinados surgieron cinco grandes cruceros—y justo detrás de ellos, una fortaleza totalmente activada, llegando con la cola larga primero, llena de armamento. Tan pronto como atravesaron, y teniendo en cuenta unos breves segundos de reconciliación, durante los cuales las naves irradiaban tenues y expansivas cáscaras azules, la nave más pequeña comenzó a

desplegarse hacia puntos distantes, casi todos más allá de los límites de mi visión—excepto por la fortaleza.

Esta no se parecía en nada al triste viejo casco que había estado de guardia durante tanto tiempo sobre los San'Shyuum. Elegante, limpia, quizás dos veces el tamaño de la *Reverencia Profunda*, la fortaleza se dirigía directamente hacia el eje rotacional del Halo más cercano.

"Deberíamos irnos de esta región", sugirió mi ancilla. "Estas son fuerzas que llegan para proteger la capital."

"Las instalaciones no se dejarán atacar", dijo el consejero. "Se defenderán. Aunque no estén bajo el control de Mendicant Bias, habrá enfrentamientos violentos."

Programaré el código de batalla. Mi otra memoria finalmente resultó útil; el Didacta trabajó con mi ancilla y la Falco comenzó a emitir señales protectoras.

Desde la larga cola de la fortaleza, repleta de monturas de cañones y bahías de armas, miles de veloces naves de ataque comenzaron a fluir, abriéndose en abanico, irradiándose hasta posiciones por encima de la superficie interior del Halo. Nuestros sensores ahora detectaron enjambres de naves pequeñas y medianas que salían del propio Halo, y las identificaron como centinelas dedicados—usados sólo para la defensa del Halo.

Son controlados por los monitores de cada instalación. Los monitores están programados para asumir que todos los que atacan una instalación son enemigos—independientemente de su apariencia o de los códigos que posean.

"Eso no tiene sentido", le dije.

Lo tiene si entiendes los métodos del Flood.

"¡Entonces hazme entender!"

No hay tiempo.

Ya, en rápida sucesión, más cruceros estaban emergiendo del portal, tensando el entramado hasta que irradiaba un feroz resplandor rojizo. El tejido del portal comenzó a separarse visiblemente—los filamentos de luz sólida superando incluso sus extraordinarias resistencias a la tensión. Claramente, estas fuerzas recién llegadas estaban preparadas para sacrificarse a sí mismas y al portal en su apuro...

Mendicant Bias ha excedido su capacidad actual. Sólo puede controlar cinco de las doce instalaciones. Las otras maniobrarán para salvarse. Intentarán acceder al portal.

Siete de los enormes anillos—sin incluir el que acababa de aparecer—una vez más reordenaron su arreglo. Un Halo del pentágono rompió la formación, enviando cascadas de energía violeta desde motores de propulsión espaciados a lo largo de su borde. Se unió a los que no estaban bajo el control del Contendiente.

Estos siete comenzaron a alinearse en paralelo, recreando el efecto túnel. Los cinco bajo el control del Contendiente habían completado sus preparaciones de radios y núcleos.

Están preparados. Dispararán—¡debemos irnos ahora! ¡Debemos atravesar el portal!

Los cazas de la primera fortaleza se acercaron, rodeando a uno de los Halos preparados y atacaron a sus centinelas. Simultáneamente, cuatro cruceros enviaron haces de luz

blanca-caliente a puntos alrededor de la instalación objetivo. Los centinelas interceptaron algunos de esos haces, desviándolos parcialmente, pero también absorbiéndolos y sacrificándose. Otros haces golpearon contra el suelo, tallando grietas parecidas a cañones a través de la moteada superficie interior y expulsando penachos azules y blancos de escombros y plasma de los bordes. Los radios interiores comenzaron a brillar y a desvanecerse. El Halo no pudo resistir esta embestida. Se inclinó hacia adentro, se bamboleó. Fascinado, observé cómo enormes secciones del anillo se retorcían como una cinta, dando paso a destructivos nodos de resonancia, que luego se agitaban en ondas sinuosas—y se separaban con una majestad agonizante.

Todo el Halo se estaba desmoronando. No completaría su secuencia de ignición y disparo. Seguir la pista de las once instalaciones restantes en el enfrentamiento armado era agotador. Las otras cuatro instalaciones preparadas, sin embargo, estaban defendiéndose con éxito de cazas y cruceros y se habían desplegado para cubrir al menos la mitad del mundo capital, como si se estuvieran preparando para un terrible amanecer.

Sus radios estaban ahora formando núcleos dorados.

Gloria de un Amanecer Lejano se acercó a observar conmigo. Sus manos apretadas. "¡Yo debería estar allí!" dijo ella. "¡Debería estar protegiendo la capital!"

Un horror inesperado sacudió a mi ancilla. "Los especímenes de la Bibliotecaria—¡muchos mundos están almacenados en los Halos, muchos terrenos y seres! ¿Qué pasará con la fauna?"

La Moldeadora de Vida tuvo éxito en su lucha con el Maestro Constructor. Ella invadió las instalaciones...

Me encontré de nuevo tomando el control de la Falco. Aceleramos fuera de la creciente zona de batalla, hacia el portal, ahora un único y enorme resplandor violeta contra la oscuridad del espacio.

Tres de los siete Halos que huían estaban alineados, también buscando entrar. Ellos también estaban siendo agobiados por los cruceros y ahora eran atacados por los enjambres de la segunda fortaleza. Centinelas de estas instalaciones montaron una vigorosa defensa, haciendo retroceder a sus atacantes. Los anillos mantuvieron su integridad.

Antes de que pudiéramos alcanzar el entramado infernalmente brillante con su único portal suspirando y muy distorsionado, el primer Halo comenzó su paso.

Para mí, bajo la influencia del modo de batalla del Didacta, el tiempo se fragmentó en varias corrientes. Vi el movimiento de la instalación en modo rápido, pero—en insopportable cámara lenta—dirigía la Falco para evitar estallidos de energía de plasma y la desintegración de las embarcaciones de ataque rápido. Una parte de mí parecía luchar a través de muchas vidas, a través de nubes de cazas y escombros, lejos del peligro cada vez mayor.

Una segunda instalación estaba a punto de seguir a la primera a través del portal. Un tercero alineado...

El entramado del portal estaba obviamente a punto de romperse en pedazos.

¡Debemos dejar este sistema antes de que las otras instalaciones disparen! Nos acercaremos a la tercera instalación y entraremos en el portal junto con ella.

"¿Adónde nos llevará el portal?" preguntó mi ancilla, haciéndose aún más pequeña a medida que se reducían sus deberes.

No tiene importancia. A cualquier otro lugar que no sea éste.

"¿Por qué razón los prepararán y dispararían?" Grité. "Eso matará a todos aquí, desintegrará la metarquía—los Forerunners perderán su historia, su corazón y su espíritu..."

Mendicant Bias se ha vuelto contra nosotros. Pero no creo que tenga recursos suficientes para controlar más de cinco instalaciones a la vez. Otras instalaciones siguen instrucciones más antiguas, protocolos prioritarios—se defienden, pero luchan por liberarse del dominio del Contendiente. Pueden hacer un reconocimiento en las afueras de nuestra galaxia—en el Lugar de Inicio. El Arca.

Y debemos unirnos a ellos.

TREINTA Y OCHO

YA NO TENGO acceso al registro mantenido por esa ancilla. Se desvaneció hace mucho, mucho tiempo, en otra batalla y en otra ocasión, llevando consigo muchísimos detalles, mucha de mi transformación y surgimiento.

Los problemas que enfrento al tratar de traer de vuelta y explicar estos eventos son múltiples. Yo era entonces dos seres confinados en un solo cuerpo. Cuánto de este efecto fue accidental y cuánto fue deliberado estaba lejos de ser claro para mí.

Sospechaba... Temía... pero no podía saberlo.

Y así mis recuerdos fueron separados en dos compartimentos, uno de los cuales ha declinado con el tiempo y las circunstancias, y el otro de los cuales—el sobreviviente, como era—es muy diferente de cualquiera de mis dos personalidades en ese momento.

Recordar sin una ancilla es en gran parte una reconstrucción, una reimaginación basada en pistas encerradas en la cronología y contrastadas con fuentes externas. Pero no quedan fuentes externas. Gran parte de la historia Forerunner...

Pero me estoy adelantando.

Esta es la verdad más cercana que puedo manejar. Tendrá que ser suficiente. No hay otra.

¿Qué es lo que vi *en realidad*? ¿Realmente recuerdo nuestro acercamiento al Halo justo cuando entraba en el portal?

La pequeña embarcación de rescate surcó y se deslizó y resplandeció a través de la atmósfera interna del gran anillo, sin duda asemejándose a un meteorito. Fuimos brevemente perseguidos por centinelas, y algunos disparos incluso rozaron nuestros escudos. Pero no estábamos armados y no devolvimos el fuego; ellos dirigieron su atención a otra parte.

Recuerdo breves momentos de impresionante y terrible esplendor, agudizados por el terror: el rápido acercamiento al paisaje interior del Halo, nuestro primer acercamiento a las finas capas de nubes, ríos, montañas, desierto, vastas extensiones de verde, luego miles de kilómetros de materiales de cimentación grabados en azul plateado y desnudos interrumpidos por altísimas centrales eléctricas de cuatro columnas—todo ello sin adornos de decoración de luz sólida.

El Halo estaba casi a mitad de camino a través del portal. Nuestra pequeña embarcación se elevó de su desnatada atmósfera a una maraña de escombros, centinelas y cazas persiguiendo a los cazas que luchaban por el dominio y las posiciones tácticas adecuadas para romper la instalación antes de que terminara su tránsito. Pero fueron insuficientes para cumplir esta tarea. Este Halo estaba a punto de escapar.

Entonces—lo inesperado. Mientras la enorme pero efímera banda del Halo desaparecía lentamente en la boca violeta oscura en el centro del portal, algo blanco brillante penetraba por el otro lado. Comparado con el Halo, era pequeño, pero considerable por derecho propio: una tercera fortaleza. La

seguridad del Consejo estaba pidiendo ayuda con todas sus fuerzas para asegurar el sistema.

Incluso antes de que saliera a medio camino, la fortaleza empezó a soltar nubes de cazas—a esta distancia, parecían una bocanada de polen de una flor—y disparó sus armas en un resplandor secuencial. La curva interna del Halo, incluso protegida por olas de luz sólida, no pudo resistir mucho tiempo este asalto desde dentro de su propio radio.

Los comandantes de la fortaleza y sus ancillas debían saber que se estaban condenando a sí mismos, así como al Halo. La instalación inició una espectacular secuencia de desintegración. La mitad visible del anillo se dobló en direcciones opuestas, y luego se rompió en cinco grandes arcos. Pasamos cerca del más grande de estos segmentos, quizás a cien kilómetros de la superficie interior. Liberado de la integridad rotacional del anillo completo, el segmento se movió hacia afuera, dando un giro adicional hacia el exterior por la ruptura asimétrica. Un extremo se deslizó hacia nosotros como una gran espada oscilante. A pocos minutos del contacto, nuestra embarcación entró en un nuevo rumbo, y cruzamos el ancho del arco que se aproximaba con segundos de sobra, azotados por los crecientes penachos de nubes heladas.

Hileras de bosque de un kilómetro de ancho ondeaban como banderas en un viento lento, estremecidas por la polvareda de los árboles—y se rompían en pedazos. En la creciente violencia, la superficie liberó una tormenta de bloques de piedra, seguida de inmensas secciones transversales de capas sedimentarias, y finalmente, montañas enteras, aún cubiertas de nieve.

Nuestra perdición parecía inevitable. O nos golpeaba la pared más cercana del borde o los grandes terrones y pedazos de material que se derramaban sobre nosotros—o quedábamos atrapados en volúmenes voladores de océano, ahora, a la sombra del portal, congelados en espectaculares esculturas de hielo, piedras voladoras y nieve—

Me senté dentro de la mota de polvo de nuestra nave, incapaz de hablar. Nunca había visto algo tan asombroso, ni siquiera la destrucción del mundo de los San'Shyuum. Mi corazón pareció detenerse, mis pensamientos se congelaron.

Entonces—sentí que la disciplina helada del Didacta disolvía los zarcillos pegajosos de mi miedo. Nuestra embarcación buscaba un camino complejo que subía y bajaba por otra sección del anillo, abriéndose paso entre los escombros, cuando, a través de una capa casi opaca de niebla helada, divisamos la gran cúpula principal de la fortaleza, arrastrando serpentinas de detritos como una avalancha de polvo gris.

La cúpula había sufrido un daño terrible. La fortaleza estaba fuera de acción y en su última agonía, pero el caos de la destrucción aún no había terminado. Un rizado y torturado bucle de anillo de al menos quinientos kilómetros de largo giró desde la nube de escombros y atravesó la fortaleza como una espada a través de pan. Este impacto empujó a la gran nave fuera de nuestro camino, y en su estela, dejó un estrecho vacío a través del cual nuestros sensores podían ver el borde del portal, aun brillando, aun sosteniendo su forma—un milagro, pensé—

El Didacta no aceptaba la existencia de milagros. No los aceptaba, pero no dudaba en aprovecharlos.

Nuestra embarcación parecía al final flotar como una hoja entre montañas y hielo y los cascos destrozados de naves espaciales, dentro del pulsante violeta del portal. Sentí otro tipo de impacto, otro tipo de sacudida. Estábamos en el desliespacio, pero un desliespacio tensado y distorsionado y enfadado por tanto abuso, apenas real—apenas cualquier tipo de continuidad—

Cuán lejos nos llevaba este salto, no había forma de medirlo. Todos ofrecimos sacrificio a las demandas arcanas de otro tipo de física. Completamos nuestro improbable paso, luchando por mantener la apariencia de lo real. La reconciliación causal fue indescriptible. Parecía estirarme y llenarme como una nube de truenos con dolorosas descargas eléctricas.

Entregamos algo inefable, pero, aun así—

Sobrevivimos.

De alguna manera, la solidez—una cosa útil—regresó. Al otro lado de ese viaje, mirando hacia atrás a donde habíamos estado, no vimos nada. El portal se había derrumbado. Ahora íbamos a la deriva a través de un vacío aún mayor, sin empuje ni control, nuestra energía se redujo hasta casi nada. Me pareció ver un moteado distante de estrellas.

Atravesando su sombra por esas estrellas había una flor con una gran y abierta negrura en su centro...

Enorme, desconocida—oscura.

Mi ancilla se había reducido a un vago fantasma gris en el fondo de mis pensamientos. Con su débil ayuda, luché para activar nuestros sensores. Vacilaron—luego regresaron, débiles pero utilizables. Extrañamente, estábamos rodeados sólo por

una ligera neblina de escombros. La mayoría de los restos del Halo, la fortaleza moribunda, y todos los demás desperdicios de esa lejana batalla nunca habían completado el pasaje. El portal había filtrado y desecharo el material inútil.

Me preguntaba dónde estaba todo ahora, los trozos de la instalación y las naves y miles de tripulantes, ni *aquí* ni *allá*...

Sorprendentemente, habíamos estado entre las piezas a las que se les permitía pasar.

Me volví para mirar a Gloria de un Amanecer Lejano. Estaba gravemente herida, pude ver que—aunque su rostro brillaba con algo así como alegría—la cruda alegría de la batalla y la supervivencia.

Cuando nuestros ojos se encontraron, ella retiró sus emociones.

"¿Dónde estamos?" ella preguntó. "¿Hasta dónde hemos llegado?"

No pude responder. Ninguna de las sutilezas usuales del desliespacio—si es que alguna vez podrían ser llamadas así—se aplicaron. Ninguna de las métricas estaba disponible para nuestros sensores.

Pero habíamos viajado una distancia muy grande. Podía sentir eso en mis huesos y nervios.

TREINTA Y NUEVE

LA PEQUEÑA PÉRDIDA de energía de la Falco ahora afectó al soporte vital. Peor aún, la integridad de nuestra armadura e incluso sus capacidades protectoras habían sido dañadas por la oleada contradictoria de instrucciones de Mendicant Bias.

"¿Dónde estamos realmente?" preguntó el joven concejal, mirando a través del pequeño puerto. "No puedo ver nada."

Gloria de un Amanecer Lejano se quedó rezagada en la parte trasera de la nave como un animal herido—no muy lejos, por supuesto. Yo podía alcanzarla y tocarla. Todas las articulaciones de su armadura se habían agrietado. Una pierna y un brazo habían sido doblados hacia atrás más allá del punto de ruptura... Sin embargo, ella se negó a llamar la atención.

No quería mostrar su dolor.

"Estamos en lo que queda de una nube de escombros", les dije. "Vi estrellas antes—a una gran distancia."

Estábamos en ingratidez, el aire se volvía irrespirable, todos estábamos heridos—la guardia más gravemente. Probablemente no había comida para mantenernos. A pesar de que la armadura podía reciclar nuestros desechos, carecer de materias primas adicionales y quedarse sin su propia carga de energía, no llenaría nuestras necesidades por mucho tiempo.

"Mendicant Bias", dije. No podía decir si era Nacido de las Estrellas o el Didacta el que planteaba este tema. Algo había roto

todas mis barreras internas. Ahora tenía conocimiento de la mayor parte de la sabiduría del Didacta, de su impresión—pero su utilidad en este momento parecía dudosa. Aun así, yo—nosotros—queríamos respuestas a algunas preguntas. "El Didacta supervisó la planificación y el inicio del Contendiente, y estuvo presente en el momento de su activación. Pero fue retirado de cualquier contacto con Mendicant Bias hace mil años. ¿Qué ha pasado desde entonces?"

"Mendicant Bias fue encargado por el Maestro Constructor de llevar a cabo las primeras pruebas de una instalación de Halo", dijo el consejero.

"Charum Hakkor", dije.

"Sí. Poco después, el Halo entró en el desliespacio en una misión programada—y desapareció. Mendicant Bias iba con la instalación. Eso fue hace cuarenta y tres años."

Cuarenta y tres años en el primer Halo... ¿en presencia del cautivo? ¿Se comunicaron?

¿Puede eso tener sentido?

"Podría haber sido forzado por instrucciones contradictorias del Didacta, del Maestro Constructor..."

"No es probable", le dije. "Mendicant Bias era totalmente capaz de trabajar con órdenes contradictorias. Nunca he conocido una ancilla más capaz, más poderosa, más sutil... más leal."

"¿Qué sabes del cautivo de Charum Hakkor?", preguntó el Consejero. "Este tema iba a ser parte del testimonio del Didacta

contra el Maestro Constructor... Pero supongo que nada de eso importa ahora. Aun así, tengo curiosidad."

"Sospecho que el cautivo se abrió paso, o fue transportado, a la primera instalación."

"¿Pero qué pasó?"

"Todavía se desconoce. El Contendiente probablemente habría traído cualquier espécimen inusual para examinarlo."

"¿Habría podido Mendicant Bias comunicarse con el cautivo? Algunos dicen que en realidad hablaste con él, usando un dispositivo humano..."

Lo presencié como si hubiera ocurrido ayer. Y noté que el consejero se dirigía a mí como si yo fuera el Didacta. "No fue una conversación real, y ni en lo más mínimo satisfactoria", le dije.

Mirando desde lo alto hacia la desactivada cerradura de tiempo humana, y más allá de esa jaula secundaria, sintonizando la herramienta Precursora, tan pequeña y simple—simplemente un óvalo liso con tres muescas en su costado... "Los humanos encontraron la manera de activar al menos un artefacto de los Precursores", dije.

"¿Qué era eso?"

"Un dispositivo que podía abrir selectiva y temporalmente el acceso a través de la jaula del cautivo."

Viendo la gran y fea cabeza, sus ojos compuestos asumiendo un nuevo brillo mientras su conciencia se elevaba de la somnolencia cuántica de cincuenta mil años...

Habló en un dialecto Forerunner, uno que apenas podía entender—Digon arcaico. Recordé claramente lo que decía, pero el contexto tardó en clarificarse. El contexto lo es todo, a través de todos esos siglos. Me habló de la más grande de las traiciones Forerunner, el más grande de nuestros muchos pecados.

Se lo conté a la Bibliotecaria y a nadie más... y sus investigaciones cambiaron drásticamente. Al igual que mi diseño de las defensas Forerunner contra el Flood.

"Y ahora el Contendiente ha regresado y asumido el control de todas las instalaciones que podía comandar... sólo para dirigir su poder contra la capital misma. Busca la destrucción de todos nosotros. ¿Por qué?" Una mirada de horror cruzó su cara. "¿Acaso el cautivo es parte del Flood? ¿Ahora el Flood controla a Mendicant Bias?"

"Eso no se sabe", le dije. "Pero creo que no. Era algo distinto... más viejo. Y no tenemos forma de saber si el ataque de los Halos causó el daño deseado."

"La respuesta de nuestras naves de guerra fue magnífica", dijo la guardia, su voz todavía más débil.

"Fue magnífica", estuve de acuerdo. "Pero si Mendicant Bias ha sido subyugado, y el Dominio ha sido bloqueado permanentemente..."

"La guerra puede estar perdida", dijo el Primer Consejero.

"Nunca", dijo la guardia. "*¡Nunca!* Eres el heredero del Didacta, a menos que sea encontrado, y si eso sucede, entonces eres su segundo al mando. De cualquier manera, eres mi comandante. Nunca nos rendiremos. Así es, sí."

Me volví hacia atrás instintivamente. Mi armadura se retiró de mi mano, y mis dedos rozaron su protección facial hasta tocar su frente, que estaba caliente. Ella estaba en mal estado.

"Tu valor se convierte en el mío. Soy muy privilegiado", le dije.

La guardia cerró los ojos.

Fuimos a la deriva. Nuestra armadura falló.

Dormimos. Todos nosotros. Soñé con una sola cosa—o tal vez fue la hipoxia.

Soñé con los ojos brillantes del cautivo.

CUARENTA

ALGO RASGUÑÓ EL exterior de nuestra nave como ramas de un árbol en un lento viento—delicado, vacilante. Como el primero en regresar a la conciencia, me arrastré hasta el puerto y contemplé un vasto remolino de estrellas, tantas y tan lejos que no pude distinguir la mayoría de ellas.

Una galaxia. Esperaba que fuera *nuestra* galaxia y no otra.

La Falco rotó lentamente y una complicada silueta se movió a través de la nube en espiral. Pasaron varios momentos antes de que pudiera distinguir formas esbeltas adheridas a esa silueta, como una amplia roseta. Poco a poco me di cuenta de que estaba mirando otro conjunto de instalaciones: seis anillos, cada uno surgiendo de uno de los pétalos de una enorme flor.

Entonces, para mi estupefacción, seis rectos tallos de luz fluyeron hacia el exterior desde la oscuridad en el centro de la flor y a través de los Halos, iluminando el interior de los anillos, así como el cuerpo principal de la flor.

La Falco seguía girando. El borde del puerto oscurecía una vista y el otro lado revelaba otra. Mi otra memoria—ahora convertida en mi memoria—no podía recordar nada sobre esta asociación, esta forma contra la galaxia y el oscuro vacío más allá.

Pero en el fondo de mis pensamientos, una tenue canosidad femenina reapareció. "Hemos regresado", dijo mi ancilla. "Hemos llegado al Arca."

Impresionado por el hecho de que la armadura aún tuviera energía, aparté la vista del puerto y miré los contornos de mis compañeros de viaje. Ninguno se movió. Pensé que debían estar muertos.

"¿Qué tan lejos?" Le pregunté. Pero el resplandor de la ancilla se había desvanecido de nuevo, y yo estaba solo, completamente solo.

Me había olvidado de los rasguños.

Cuando volví a mirar hacia el puerto, me sorprendió ver otra cara que me miraba fijamente—una cara enmarcada en un casco y envuelta en el campo de protección de una armadura completamente activa. Y más allá de esa cara, otras tres figuras, largas y elegantes.

Trabajadores de Vida.

Atontado traté de darle sentido a estas percepciones. Los Trabajadores de Vida estaban maniobrando fuera del caparazón muerto de nuestra nave. Hice un gesto de debilidad a través del puerto. Mi ancilla parpadeaba entrando y saliendo. Entonces sentí en mi cara un indicio de otra cosa que no era un hedor rancio. Energía estaba siendo suministrada externamente a la nave, y de ahí a nuestra armadura—incluso a la armadura rota. Sin embargo, no estaban rompiendo nuestro sello ni abriendo la Falco para rescatarnos. En vez de eso, estaban guiando la nave intacta hacia una nave más grande que vi flotando a unos cientos de metros de distancia.

Una voz me habló ahora—mujer, suave—a través de los restos agrietados de mi casco. "¿Cuántos? Cuento tres."

"Tres", le confirmé, mi boca seca, mi lengua hinchada y agrietada.

"¿Proceden de la instalación dañada que intentó volver al Arca?"

"No", le dije.

"¿Hay infección?"

"No lo creo. No."

"¿Desde cuándo han viajado?"

"De la capital. No debería... hablar por un tiempo."

El rostro se retiró, y fuimos absorbidos por un campo de protección. Habíamos sido cuidadosamente inspeccionados, limpiados... arrastrados dentro de la nave... y luego depositados en una plataforma. El arriba y abajo regresaron. Altas figuras pasaban por delante, pero no podía oír lo que decían.

Entonces la Trabajadora de Vida que había aparecido por primera vez en nuestro puerto me hizo un gesto para que arrastrara a los demás hacia el centro de nuestra nave. Traté de hacer eso, tirando de los miembros del consejero, incluso moviendo y arreglando a la guardia cuando ella no respondió.

Luego desgarraron la parte más grande, desgastada y muerta del caparazón exterior de la Falco, la abrieron de par en par, y los Trabajadores de Vida nos rodearon con sus instrumentos y monitores, trayendo consuelo y alivio. Despojaron los restos de nuestra armadura, luego tomaron a

Gloria de un Amanecer Lejano y la rodearon con una dorada suavidad. Sus ojos se abrieron, y parecía asombrada—luego, avergonzada. Luchó, pero fue sometida pacientemente y llevada fuera de la plataforma, a una cámara de curación.

El Primer Consejero intentó ponerse de pie para inspeccionar el caparazón roto de nuestra nave de rescate. Su fuerza le falló. Más Trabajadores de Vida se lo llevaron, también.

De alguna manera, yo había retenido la mayor parte de mi fuerza—o eso pensaba. Pero mi turno para ceder llegó lo suficientemente rápido.

Sin dormir, sin sueños, sólo una blancura cálida y nutritiva, ni oscura ni brillante. Por primera vez en mil años, me sentí en casa.

La Bibliotecaria está cerca.

CUARENTA Y UNO

HABÍAMOS VIAJADO A un punto muy lejos de nuestra galaxia.

Habíamos sido rescatados y llevados a la fábrica donde las instalaciones en forma de anillo fueron hechas, equipadas, reparadas... también, el último depósito de la colección de la Biblioteca de las formas de vida de la galaxia.

El Arca.

Hice una caminata regenerativa a través del bosque brillantemente iluminado que circundaba la Quinta Estación Pétalo. Casi toda la luz a esta distancia de nuestra galaxia provenía del resplandor diurno de plasmas alargados, proyectando las sombras más extrañas. Los anillos en sí mismos se inclinaban en diferentes ángulos en cada pétalo, girando constantemente dentro de enormes aros de luz sólida para mantener su integridad.

En cada una de las instalaciones, los ayudantes y monitores de la Bibliotecaria supervisaban la colocación de las semillas de la Moldeadora de Vida, contenido todos los registros necesarios para crear y restaurar sistemas ecológicos únicos en la superficie interior de cada anillo. Podía ver la evidencia de su trabajo incluso desde donde me encontraba—parches de junglas y bosques de primera etapa, el bronceado del desierto, capas de hielo...

Anteriormente, cuando había expresado mi perplejidad ante la contradicción de que los Halos apoyaran estos registros vivientes, mi enfermero y guardián, un Trabajador de Vida llamado Calyx, me explicó que la Bibliotecaria había equipado a la mayoría de los Halos con ecosistemas vivientes, y los había abastecido con muchas especies de muchos mundos seleccionados de entre las multitudes que habían sido reunidas durante los últimos siglos, y que ahora poblaban el gran semicírculo del Arca.

Ella esperaba preservar muchas más especies usando los Halos; el Maestro Constructor, después de estar de acuerdo con su plan, había decidido que sería útil probar los especímenes capturados del Flood en los Halos antes de que fueran disparados—para aprender más sobre ellos.

Sacrificando esas poblaciones, por supuesto.

Yo no podía entender cómo había sido organizado o implementado el pacto entre la Bibliotecaria y el Maestro Constructor. Pero admiraba su resistencia. Había demostrado ser mi superior en todos los aspectos. Y ahora que estaba aquí—

Algo como el Didacta, aunque no *él*—

Me preguntaba cuánto podría contribuir.

Mirando hacia la parte superior del gran Halo, me sentí mareado y me estabilicé contra el tronco caído de una cícada. Cerca, algo así como un pequeño tanque pasó sobre muchas patas pomposas, un gigantesco artrópodo blindado de casi tres metros de largo. Me ignoró, porque yo no era la vegetación podrida a la que favorecía como comida.

Cuando los plasmas se oscurecieron, se hizo obvio que el cielo aún estaba lleno de peligro. En la batalla de la capital, sólo una instalación había sobrevivido al paso a través del portal sin romperse. Había regresado al Arca, y ahora giraba a mi derecha, visible a través de una pared verde de helechos. Su superficie interior había sufrido grandes daños, por lo que estaba siendo limpiada cuidadosamente, sus pocos especímenes restantes estaban siendo rescatados y constreñidos. Una nueva superficie estaba en preparación, con un juego de semillas de reemplazo.

Los escombros que habían pasado por el portal seguían amenazando esta extraordinaria construcción. El dominio de la Bibliotecaria—pero también la pieza central de todo lo que el Maestro Constructor había esperado lograr—tenía que ser constantemente protegido contra los impactos. En la oscuridad, era bastante fácil seguir a las muchas embarcaciones que patrullaban el campo de escombros; eran pequeños destellos en una neblina varicolor que me recordaba mucho a las nubes en nuestro complejo de Orión.

Pero esta neblina no era primordial ni nutría a los soles. Era el sudario de la muerte de una gran derrota, tal vez paralizante—la batalla final, tal vez, de una guerra civil Forerunner—y estaba llena de fragmentos de anillos rotos, naves rotas, monitores dementes o dañados, desconectados de todas sus disciplinas, de la metarquía—pérdidas y peor que inútil—y, por supuesto, de cadáveres congelados de cientos de miles de Forerunners...

Caminé a través de los bosques día tras día, y también en la oscuridad, guiado por primos más pequeños del artrópodo blindado, llevando linternas de color azul verdoso sobre sus pequeños ojos y mostrándome el camino.

Noche tras noche, veía los esqueletos vacilantes de los anillos formar radios, estabilizándolos antes de su liberación planeada...

Estudié la extraña forma de los núcleos de luz sólida en el centro de esos anillos, que una vez habían sido diseñados para dirigir las energías mortales de los anillos cuando fueran disparados...

Si fuesen disparados. Eso parecía muy improbable ahora.

Veinte días pasaron—veinte ciclos de los plasmas diurnos. Me curé. De mi enfermero, Calyx—una primera forma, más alto que yo y elegante, pero también bastante fuerte—aprendí que mis compañeros en la Falco también se estaban curando. Pero antes de que nos reuníramos, se había arreglado otra reunión.

Era hora de que me reuniera con la Bibliotecaria. "Ella te ha estado esperando", dijo Calyx.

Lo seguí fuera del bosque.

Un transporte dentro del quinto pétalo me llevó hacia el cuerpo principal del Arca, y a una elegante estructura de lágrima justo debajo de la torre que abastecía a la estrella de plasmas.

Aquí, antes de la reunión, otra Trabajadora de Vida, una tercera forma más antigua equipada con un estilo de armadura aún más antiguo que la del Didacta, llevó a cabo su propia inspección exigente. Olfateó críticamente, y luego me hizo tres preguntas.

Las contesté todas. Correctamente.

Me miró con una extraña expresión de preocupación.

"Sólo soy su pobre doble", insistí. "No me he integrado—"

"Oh, pero *sí lo has hecho*", dijo ella. "Hagas lo que hagas, por favor no la decepciones. Se siente mal por lo que ha pasado, pero—"

"¿Por qué se siente mal?"

"Por interrumpir el camino de tu propio crecimiento, e imponerte algo más."

"Yo tomé esa decisión", le dije.

"No, Nacido de las Estrellas estuvo de acuerdo, en parte. Tú eres la elección que él aceptó, pero él no conocía las consecuencias."

"Él—yo regresaré cuando mi misión haya terminado."

"Así es", dijo la Trabajadora de Vida. "Este es un día de alegría y tristeza para todos. Reverenciamos a nuestros Moldeadores de Vida por encima de todos los Forerunners, y a la Bibliotecaria por encima de todos los Moldeadores de Vida. Ella es nuestra luz y nuestra guía. Y ha anhelado este momento durante mil años, pero no de esta manera. Si tan sólo..."

Pero ella no completó ese pensamiento.

Ahora ella tomó mi mano y me guió a través de una gran puerta arqueada, hacia la base de la lágrima. Un elevador nos llevó a una amplia habitación cubierta con un dosel curvo que permitía entrar en porciones seleccionadas del amplio espectro del haz de luz. La luz aquí era azul verdosa. El espacio estaba lleno de especímenes de un mundo del que yo no sabía nada, capturados en jaulas especiales, inmóviles, inconscientes por el momento.

Y caminando entre esas jaulas, inspeccionando sus cargas, usando sus largos y elegantes dedos para podar, arreglar y persuadir, confirmando su integridad y salud, vi a la Bibliotecaria.

Mi esposa.

Aquí, ella no llevaba armadura. Ella estaba entre sus otros hijos, y nunca había sufrido ningún daño por parte de ninguno de ellos.

Se detuvo y se movió sobre sus largas piernas hacia un sendero que atravesaba las jaulas. A lo largo de ese sendero, ella se me acercó lentamente, con ojos inquisitivos, la cara envuelta en una compleja expresión de alegría, dolor, y algo que yo sólo podía ver como *juventud*.

Eternamente joven. Sin embargo, esta Forerunner era mayor que yo, es decir, mayor que el Didacta—de más de once mil años de edad.

"Tan parecido", susurró ella mientras nos acercábamos, su voz como un dulce suspiro de viento. "Se parecen mucho."

Me acerqué a ella. "Traigo saludos desde el Didacta", le dije, sintiendo la incomodidad, *sabiendo* que yo llevaba los mismos recuerdos... pero deseando ser honesto y honrar la realidad de nuestra situación.

"Tráeme tus *propios* saludos", respondió ella, inclinando su cabeza, y luego agarrando mis manos extendidas. "Tú eres él."

"Soy meramente—"

"Ahora *eres* él", insistió ella, con una triste intensidad que no esperaba. Mis emociones saltaron hacia ella, entonces mis

brazos se levantaron y la abracé, sin comprender, sin preocuparme: satisfecho.

Estaba con mi esposa. Estaba en casa. *¡Así es!*

Los otros Trabajadores de Vida que cuidaban las jaulas de los especímenes se apartaron para darnos privacidad.

"¿Cómo puedo ser él y otro?" Le pregunté mientras nos abrazábamos. Miré su hermoso rostro, azul pálido y rosa, sintiendo la calidez de la piel desnuda de sus brazos ágiles y el tacto de sus dedos infinitamente sutiles.

"El Didacta está *aquí*", dijo mi esposa. "El Didacta se ha ido."

Y entonces lo *supe*, y mi amor fue apartado por un momento de intenso vértigo, como si estuviera cayendo de nuevo a través de un espacio negro y sin estrellas.

Ella agarró mi rostro entre sus frías manos y lo miró. "Te negaste a darle a Faber lo que necesitaba para activar todas las ancillas de clase Contendiente. Te negaste a darle la ubicación de todos tus Mundos Escudo. Se dice que el Maestro Constructor te ejecutó en el planeta en cuarentena de los San'Shyuum. Ahora eres todo lo que tengo.

"Eres todo lo que *tenemos*."

CUARENTA Y DOS

EL AMOR DE los viejos Forerunners es dulce más allá de toda medida. No importaban nuestros rangos o formas. Lo pasé muy bien con mi esposa, antes de que una vez más nos separáramos.

Ella me mostró el trabajo de siglos, la preservación de todas las formas de vida que pudo localizar y reunir, preparándose para salvar lo que pudiera de la terrible solución final de las instalaciones del Maestro Constructor. Vi fauna y flora y cosas alrededor y entre ellas, extrañas y hermosas, temibles y mansas, simples y complejas, grandes y pequeñas, pero sólo una pequeña muestra de un billón de especies diferentes, la mayoría ahora latentes, almacenadas lo mejor que se podía en el Arca y lo que quedaba de los Halos. Criaturas enteras vivas o en suspensión, mapas genéticos, poblaciones preservadas y reducidas, visibles sólo en simulación reconstructiva...

Los otros Halos—si es que alguno sobrevivió- tendrían que ser atendidos más tarde. Ahora no había suficiente, aparte del Arca, para completar el plan del Maestro Constructor. Y si esos otros de alguna manera se las arreglaban para regresar al Arca, nadie aquí los repararía, reconstruiría, reabastecería...

Me aseguraría de eso. Con el tiempo, volvería a preparar la defensa que había promovido hace mil años: mis lejanos Mundos Escudo, si el Maestro Constructor no los hubiese destruido.

El tiempo era muy corto. Pero aún no teníamos comunicación con el sistema capital. Toda la gama del desliespacio estaba en agitación, y puede que no se estabilizara en años.

También me esperaban otras tareas. Tareas—y obligaciones personales. Confirmé lo que sospechaba desde mi renacimiento en Erde-Tyrene. La Bibliotecaria había llenado a los humanos allí con versiones de su historia que despertarían con el tiempo. Las especies inteligentes, me dijo, son muy pequeñas en realidad sin sus memorias profundas.

Como yo contenía la esencia del Didacta, el Maestro Constructor debía sospechar el valor de los dos humanos, así que esperaba que no los hubiera matado, sino que los hubiera escondido, donde sólo él podría encontrarlos de nuevo... si aún vivía.

En algún lugar de la memoria recobrada por los humanos yace nuestra última esperanza de derrotar al Flood, que ya estaba devastando un mundo tras otro, un sistema tras otro—mucho más espantoso de lo que había sido mil años antes.

Más sofisticado, más retorcido. Más decisivo. Y pronto adquirirá un nuevo Amo, si no actuamos rápidamente—si no localizamos la instalación perdida y al antiguo cautivo.

Hace diez mil años, en Charum Hakkor, antes de que yo volviera a sellar su jaula, esto es lo que el cautivo me había dicho, hablando en Digon antiguo, que tenía que haber aprendido de nuestros lejanos antepasados:

Nos volvemos a ver, jovencito. Soy el último de los que te dieron aliento y forma, hace millones de años.

*Soy el último de esos contra los que tu especie se levantó y
despiadadamente destruyó.*

Soy el último Precursor.

Y nuestra respuesta está al alcance de la mano.

AGRADECIMIENTOS

Greg Bear quisiera agradecer al excelente equipo de 343, incluyendo a Frank O'Connor y Kevin Grace, por su creatividad, paciencia y asistencia las 24 horas del día, los 7 días de la semana, en el comienzo de este viaje monumental a través de la historia de los orígenes de Halo. Gracias a mi hijo, Erik Bear, por presentarme Halo en primer lugar, y por proporcionarme información creativa adicional y consejos exhaustivos de los fanáticos. Y gracias a Eric Raab por acompañarnos a todos.

343 Industries desea agradecer a Bungie Studios, Greg Bear, Scott Dell'Osso, Nick Dimitrov, David Figatner, Nancy Figatner, Josh Kerwin, Bryan Koski, Matt McCloskey, Corrinne Robinson, Bonnie Ross-Ziegler, Phil Spencer y Carla Woo. También al personal de Tor Books, incluyendo a Tom Doherty, Karl Gold, Justin Golenbock, Seth Lerner, Jane Liddle, Heather Saunders, Eric Raab, Whitney Ross y Nathan Weaver.

Y nada de esto habría sido posible sin los esfuerzos hercúleos del personal de Microsoft, incluyendo a Jacob Benton, Nicolas "Sparth" Bouvier, Alicia Brattin, Kevin Grace, Tyler Jeffers, Frank O'Connor, Ryan Payton, Jeremy Patenaude, Chris Schlerf, Kenneth Scott y Kiki Wolfkill.

Novelas de la serie Halo® del New York Times más vendidas

Halo®: La Caída de Reach por Eric Nylund

Halo®: El Flood por William C. Dietz

Halo®: Primer Ataque por Eric Nylund

Halo®: Fantasmas de Onyx por Eric Nylund

Halo®: Contacto en Harvest por Joseph Staten

Halo®: El Protocolo Cole por Tobias S. Buckell

Halo®: Evoluciones por Varios Autores

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y eventos retratados en esta novela son productos de la imaginación del autor o son usados de forma ficticia.

HALO®: CRYPTUM

Derechos de Autor © 2010 de Microsoft Corporation

Todos los derechos reservados.

Microsoft, Halo, el logotipo de Halo, Xbox, el logotipo de Xbox, 343 Industries y el logotipo de 343 Industries son marcas comerciales del grupo de empresas de Microsoft.

Un libro electrónico de Tor®

Publicado por Tom Doherty Associates, LLC

175 Quinta Avenida

New York, NY 10010

www.tor-forge.com

Tor® es una marca registrada de Tom Doherty Associates, LLC.

ISBN 978-0-7653-2396-5

Primera Edición: enero de 2011

eISBN 978-1-4299-6164-6

Primera Edición de Libro Electrónico de Tor: enero de 2011